

CARTER
y
ARIZONA

WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY G.
CARTER
ARIZONA

Traducido por María José Losada



Phoebe

Título original: *Sincerely, Carter/Sincerely, Arizona*

Primera edición: marzo de 2018

Copyright © 2015 by Whitney G.

Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-58-2

BIC: FRD

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía de nuzza11/theartofphoto/stock.adobe.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Para Tamisha Draper.

*Eres, definitivamente, la mejor «mejor amiga» que nadie podría desear...
¡Gracias por esas interminables reuniones en Starbucks y por todas las conversaciones
que tuvieron como resultado este libro!*

(Y sí..., soy muy consciente de que el título fue idea tuya).

(Y no, Chris Draper, tú ni pinchas ni cortas, da igual que seas su marido).

ÍNDICE

PRÓLOGO

CUARTO CURSO

PISTA 1

PISTA 2

PISTA 3

QUINTO CURSO

PISTA 4

PISTA 5

PISTA 6

PISTA 7

NOVENO CURSO

PISTA 8

PISTA 9

PISTA 10

PISTA 11

DÉCIMO CURSO

PISTA 12

PISTA 13

PISTA 14

PISTA 15

UNDÉCIMO CURSO

PISTA 16

PISTA 17

PISTA 18

PISTA 19

DUODÉCIMO CURSO

PISTA 20

PISTA 21

PRIMER CURSO EN LA UNIVERSIDAD

PISTA 22

TRES SEMANAS SIN NOTICIAS...

PISTA 23

PISTA 24

PISTA 25

PISTA 26

TRES MESES MÁS SIN NOTICIAS...

PISTA 27

PISTA 28

PISTA 29

PISTA 30

PISTA 31

PISTA 32

PISTA 33

PISTA 34

SEIS SEMANAS DESPUÉS...

PISTA 35

PISTA 36

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

PRÓLOGO

CARTER

Todavía soy capaz de recordar con ese tipo de claridad que eriza el vello de la nuca el comienzo de toda esta historia. Al menos, cómo empezó para mí.

Tenía diez años, y mis padres —los James del 1100 de Joyce Avenue— habían organizado un banquete benéfico en casa. En mitad de aquella cena de mil dólares el cubierto, mi padre decidió dar un discurso que resultaba, a todas luces, innecesario.

Allí estaba él, con su metro noventa, sus ojos azules típicamente americanos e igual de codiciosos, hablando de que quería invertir dinero en que los menús de los críos de la escuela fueran más saludables. También quería conseguir que los niños tuvieran una buena educación, unos ideales justos y disciplina, ya que conocía a cierto chico (ese era yo) que no podía evitar meterse en problemas ni siquiera aunque su vida dependiera de ello.

Sin embargo, ninguno de esos ideales justificó sus siguientes palabras, cuando levantó la copa para brindar con los invitados presentes en la sala.

—Os considero amigos míos a todos los que estáis aquí, acompañándome. Si no sois amigos es solo porque sois familia, y la familia es para siempre. La principal razón por la que os estoy diciendo esto es porque mi padre, que en paz descansa, me enseñó una lección muy importante que me ha acompañado durante todos estos años: «Algunas personas entran en tu vida por una razón, otras por una temporada y otras para siempre».

Hubo muchos aplausos y vítores, y los sinceros «¡Es cierto!», «¡Cuánta razón tiene...!» de respuesta que crearon un murmullo en la habitación. Un poco después, uno de los invitados se inclinó hacia mí y me dijo:

—Tu padre tiene razón, ¿sabes? No te olvides nunca de lo que acaba de decir.

—¿Qué acaba de decir?

—Ha dicho que algunas personas entran en tu vida por una razón, otras durante una temporada y otras para siempre. —Sonrió—. No lo olvides nunca. —Me guiñó un ojo y luego se alejó.

Todavía no lo sabía, pero mi padre y su voluble admirador acababan de

predecir prácticamente mi futuro...

Tiempo después de que mi padre hubiera pronunciado ese discurso, debió de considerar que ya no tenía ninguna razón para que mi madre y yo formáramos parte de su vida, porque nos abandonó a los dos. Algunos años más tarde, mi madre decidió que la maternidad había terminado ya para ella y que se había cansado de ejercer ese papel, que su verdadera vocación se encontraba en los pubs y en los casinos. En cuanto a lo de «para siempre», solo se me ocurría una persona que nunca se hubiera alejado de mí...

CUARTO CURSO

CARTER

Estimada señorita Carpenter:

Siento haberme portado mal ayer en clase. No quise provocar un disrruptamiento, y también siento que se hayan roto sus mejores rotus, pero no soy capaz de arrepentirme de verdad por odiar a Arizona Turner.

Es fea y habla mucho. No sé por qué no la manda nunca al despacho del director como a mí. Ella también se merece un castigo, y espero que mañana muera, así no tendré que volver a ver su horrorosa boca llena de hierro.

Sinceramente,

Carter

Le entregué sonriente la carta a mi madre, esperando que esta vez estuviera bien y no me obligara a escribirla de nuevo.

Estaba harto de que Arizona me metiera siempre en líos y luego se riera de mí. Ella se creía que era muy lista porque siempre sabía las respuestas a todas las preguntas que hacían en clase, pero yo también las sabía. En especial porque me había enterado de dónde guardaba las preguntas el profesor, y las miraba siempre a la hora del almuerzo.

Mis padres y los de ella se conocían personalmente porque siempre tenían que ir a reuniones porque yo siempre la «fastidiaba» y la «hacía llorar». Sin embargo, nadie me creía cuando decía que era ella la que empezaba.

«Y siempre empieza ella...».

—Carter... —Mi madre respiró hondo y negó con la cabeza—. Esta nota es horrible. Todavía es peor que las tres anteriores.

—¿Cómo? Si no he insultado a Arizona ni una sola vez. Solo he puesto que quiero que se muera.

—¿No crees que cada vez que la llamas fea estás hiriendo sus sentimientos?

—Es fea.

—No, no lo es —aseguró mi padre, entrando en la habitación—. Es posible que los *brackets* sí lo sean, pero ella, en conjunto, es una niña preciosa.

—¿Lo dices en serio? —solté observándolo con estupor.

Mi madre lo miró, y él se rio.

—Lo siento. —Se acercó y me dio unas palmaditas en la espalda—. No está bien que le digas a nadie que es feo, hijo. Y da igual que la odies. Tienes que intentar pasar de Arizona. Es la quinta vez en el curso que te metes en líos por su culpa.

—La octava —lo corrigió mi madre—. La semana pasada la empujó cuando estaba en el columpio.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó mi padre, mirándome.

No le respondí; clavé los ojos en el suelo.

—Se levantó en medio de una prueba de matemáticas y se puso a decirle «Te odio, Arizona» —explicó mi madre—. Luego cogió el examen de esa pobre niña, hizo una bola con él y lo lanzó al otro lado del aula... Además, tiró al suelo los rotuladores favoritos de la profesora.

Mi padre suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

—No hables nunca más con esa chica, ¿vale? Ni siquiera la mires. Tienes que aprender a ignorarla pase lo que pase. Algo me dice que, de todas formas, no será una de las personas que formen parte de tu vida. Es alguien de paso, por lo que pronto desaparecerá. Créeme.

—Me alegra ver que por fin actúas como un adulto sobre este tema —le dijo mi madre. Luego rompió la nota por la mitad y se concentró en mí—. Ahora, siéntate y escribe una carta apropiada a tu profesora y otra todavía mejor para Arizona. Dile que no volverás a ser malo con ella. A ver si se te ocurre algo agradable que decirle. ¿Qué te parece si mencionas lo bonitos que son los vestidos que lleva?

Lancé un gruñido, pero cogí el lápiz y empecé a escribir.

Tuve que redactar cinco notas más antes de que quedara bien, dado que ella se las arreglaba para que las palabras «estúpida», «odio» y «morir» salieran de mi boca cada dos por tres, pero al final conseguí que quedara perfecta cuando era medianoche. Luego me prometí a mí mismo que una vez que se la entregara a Arizona, por la mañana, no volvería a hablar con ella nunca más...

Al día siguiente, en la escuela, puse la lamentable nota en el escritorio de la profesora a primera hora y fui hasta la última fila, donde me desplomé en la silla. Luego saqué la libreta con la tarea de la mochila e intenté terminar algunos ejercicios de matemáticas antes de que empezara la clase.

Conté cuatro veces siete con los dedos y vi que Arizona se sentaba a mi lado.

—Buenos días, Carter —me saludó.

Fingí que no la había oído.

—¿Carter? —Me tocó el hombro mientras escribía «28» en el papel—. ¿Eh?
—Me dio una palmada un poco más fuerte—. ¿Carter? ¿Carter?

—¿Qué? —La miré finalmente.

—¿No tenías que entregarme algo hoy? ¿Algo importante y amable? —Me sonrió con esa enorme boca llena de metal.

«Aggg... Es tan fea...».

—No.

—¿No te dijo tu madre que debías escribirme otra disculpa? —Se cruzó de brazos—. Porque esta mañana le ha dicho por teléfono a la mía que lo habías hecho.

—Bien, pues tu madre debe de ser tonta y ha debido de entenderla mal, porque no he escrito nada para ti.

—¿Qué? —Jadeó—. ¡Retira eso o se lo diré a la profesora!

—¡Venga, chívate! —Me encogí de hombros, esperando que levantara la mano y me acusara, como siempre.

Pero no lo hizo. Me miró mientras metía la mano en el bolsillo; luego lanzó un papel doblado sobre mi pupitre.

Quise arrugarlo hasta hacer una bola y arrojárselo a la cara, como debería haber hecho el día anterior, pero lo abrí y lo leí.

Querido Carter:

Lamento haberme portado mal contigo y haber roto ayer los rotos de la señorita Carpenter, pero no me arrepiento de ODIARTE. Eres feo y hablas mucho. Siempre acabo metiéndome en líos porque tú no eres capaz de quedarte callado, y crees que lo sabes todo, pero NO es así. De verdad, me encantaría que te atropellara un autobús porque apestas. ¡APESTAS!

Mis peores deseos.

Arizona

Nos hicimos amigos ese mismo día.

PISTA 1

BLANK SPACE (3:47)

CARTER

EN LA ACTUALIDAD

«El sexo ya no es suficiente...».

Negué con la cabeza mientras mi novia, Emily, me perseguía dando vueltas a mi alrededor por la playa. Cubierta con un brillante bikini rojo, sonreía mientras me salpicaba, atrayendo la atención de todos los chicos cercanos. De vez en cuando, cuando le devolvía la sonrisa, cogía la cámara que llevaba colgada de la muñeca y se detenía junto a mí.

—¡Hora de un *selfie*! —gritaba sosteniéndola sobre nosotros—. ¿Quién es la mejor pareja del mundo?

Si era sincero, todo lo que concernía a esta chica era jodidamente perfecto por fuera: era preciosa, con los ojos verde claro y labios jugosos; tenía una risa contagiosa que era capaz de arrancar una sonrisa incluso a la persona más seria, y su sentido del humor era muy parecido al mío. Tenía una personalidad burbujeante y natural que conseguía que cualquiera la considerara su mejor amiga desde el momento en que la conocía, y cuando se cerraban las puertas del dormitorio, su deseo sexual era tan intenso como el mío.

Pero ahí terminaban todas sus buenas cualidades, algo que, para mi desgracia, descubrí demasiado tarde.

Su verdadera personalidad comenzó a aflorar unos meses después de empezar a salir en serio... Primero averigüé que su carácter burbujeante no era natural, sino un efecto secundario provocado por la sobredosis de Adderall, un medicamento que se usaba para la hiperactividad y que ella tomaba sin receta. Después descubrí que tenía la costumbre de enviarme mensajes de texto a cada

hora tipo «Te echo de menos, cariño, ¿dónde estás?» cuando no estábamos juntos. Si no le respondía en menos de tres minutos, me enviaba un aluvión de mensajes: «¿Estás muerto? ¿ESTÁS MUERTO?». Y, finalmente, la razón por la que tarde o temprano iba a poner fin a esta relación era su nuevo y extraño fetiche sexual: le gustaba arrastrarse por la habitación a cuatro patas y ronronear como un gatito antes y después de practicar sexo. Incluso maullaba cuando se corría.

Eso era algo que no iba a poder manejar a largo plazo...

—¡Eh, tú! —Me salpicó, arrancándome de mis pensamientos—. ¿En qué estás pensando?

—Uff... En un montón de cosas —admití.

—Por eso me gustas, Carter. —Sonrió—. Siempre tienes pensamientos profundos, intensos... —Sostuvo la cámara sobre nosotros—. *Selfie* de pensamiento profundo.

—Por cierto... —Esperé hasta que hizo la foto—. ¿Preparada para regresar?

—¡Casi! Dame cinco minutos más. Quiero meterme más en el agua y sentir las olas contra mis pechos una última vez.

Asentí moviendo la cabeza y la miré mientras se adentraba en el mar, haciéndome señas para que me uniera a ella. Sin embargo, me limité a forzar una sonrisa y permanecí atrás. Todavía seguía pensando, preguntándome por qué jamás podía superar la marca de los seis meses con ninguna mujer con la que saliera, por qué nunca encontraba las ganas necesarias para mantener relaciones más largas.

—¡Vale! —Emily se reunió conmigo en la orilla—. Ya estoy preparada para regresar si quieres, Carter. Además, sé en qué estás pensando exactamente... —Apretó la mano contra mi entrepierna—. Miauuu...

«¡Dios!».

Le moví la mano y se la sujeté, tirando de ella hacia mí.

—¿Qué te parece si vamos mañana a los Everglades? —preguntó.

—Creo que es mejor que lo hablemos mañana... De hecho, tenemos que hablar de muchas cosas.

—Ohhhh... —Me apretó la mano—. Me parece que por fin me vas a dejar entrar en tu corazón para contarme todos tus profundos y oscuros secretos...

—No tengo ningún secreto profundo y oscuro.

—Bueno, sea lo que sea eso de lo que quieres hablar mañana, ¿podemos no hacerlo en Gayle's?

—¿Qué? —La miré y arqueé una ceja—. ¿Por qué?

—Porque, aunque sé que te encanta la comida de allí tanto como a mí, odio ese

lugar. No siento que sea nuestro sitio, ¿sabes?

—No sé si...

—No podemos decir que sea nuestro sitio, ¿entiendes? Cada pareja necesita un lugar que sienta como su sitio especial. Hablando de eso, se me ha ocurrido que deberíamos publicar más fotos de nosotros dos juntos en Facebook. Voy a subir una foto de lo que desayunamos hoy, ¿qué te parece este pie?: «¡Dios mío, mi novio me ha sorprendido trayéndome a la playa! *Hashtag*, me ama, *hashtag*, no te pongas celoso, *hashtag*, siempre gasta su dinero en mí».

—La playa es gratis...

Ignoró mi comentario y continuó balbuceando, pasando de nuestros perfiles en las redes sociales a las ganas que tenía de follar conmigo esta noche, aunque en el momento en el que regresamos a mi apartamento, se hundió en la cama y se durmió.

Aliviado, cogí una cerveza en la nevera y apoyé la cadera en la encimera. Tenía que pensar en cómo iba a cortar con ella mañana. Necesitaba ir al grano, directo y rápido.

«No eres tú, soy yo...». «No sé si realmente soy el hombre que estás buscando...». «Mira, está bien, es por ese rollo tan raro que haces del gato..., —no, no, tengo que ser diplomático al respecto—. Mmmm...».

Busqué en Google «Las diez mejores maneras de cortar con alguien», pero el navegador se bloqueó cuando recibí una llamada telefónica de mi mejor amiga, Arizona.

—¿Hola? —respondí.

—Miauuuu... —susurró—. Miau.... ¡Miau!

—Que te jodan, Ari.

Se rio.

—¿Estás ocupado en este momento? ¿Interrumpo algo?

—En absoluto. —Entré en el dormitorio y di un golpe en la pared para ver si Emily se despertaba—. Acabamos de regresar de la playa. Emily ha caído en coma en cuanto hemos llegado.

—¿Ha comido demasiada hierba para gatos? Es lo que me suele pasar a todas horas...

—Ari, ¿hay algún motivo para que me hagas esta llamada?

—Lo hay..., lo hay... —Soltó una risita—. Lo hay.

—¿Te importaría compartirlo conmigo antes de que te cuelgue?

—Sí... Creo que por fin me he decidido: voy a tener sexo con Scott esta noche.

—Vale. Pues entonces, folla con Scott esta noche.

—No, no, no... —Ahora su tono era más serio—. No estoy segura de si debo hacerlo o no, ¿sabes? Y he notado algunas vibraciones...

—¿Qué tipo de vibraciones?

—Que quizá no sea una buena idea, que no es el momento adecuado.

Suspiré. Arizona siempre tenía que pasar una especie de examen interno cada vez que consideraba mantener relaciones sexuales con un chico. Todo tenía que medirse en términos de riesgos y rendimientos..., incluso la intensidad de los besos, la duración y calidad de las citas y el «factor relación» a largo plazo. Aunque ella lo negaba, sabía que tenía una hoja de cálculo en el móvil para medir todos esos ridículos puntos, y comenzaba una nueva cada vez que salía con alguien.

—Mira —le dije—, si no quieres acostarte con él, no lo hagas. Dile que todavía no estás preparada.

—¿De verdad? ¿Crees que le va a parecer bien? Llevamos juntos ocho meses.

—¿Qué? —Casi me atraganté con la cerveza—. ¿Ya han pasado ocho meses?

—¿Ves? Esa es la cuestión, y sé que él piensa que esta noche vamos a seguir adelante, pero... no sé. No estoy segura de si vale la pena el riesgo. No quiero volver a quemarme.

—Espera un minuto... —Negué con la cabeza—. ¿Dónde te encuentras en este momento?

—En el apartamento de Scott.

—Entonces, ¿dónde coño está él?

—Ha ido al supermercado a comprar condones.

—Al menos piensa con la cabeza... —Puse los ojos en blanco—. En serio, si no estás segura al cien por cien, dile lo que acabas de decirme a mí. Lo tendrá que entender.

—¿Y si no lo hace?

—Búscate a alguien que sí lo haga.

—Vale —repuso—. ¿Sigues pensando en cortar con Emily este fin de semana o vas a darle una segunda oportunidad para que funcione?

—No. —Me acerqué a la puerta del dormitorio y la cerré antes de responder—. Se acabó, es definitivo. Ya no siento nada por ella, y me he hartado de todas las discusiones, de su locura errática y de tener que darle cuenta de lo que hago cada hora.

—Es la cuarta vez que rompes con alguien en un año. Creo que ha llegado el momento de que pases de novias.

—No te preocupes —dije—. He aceptado por fin que no me van las relaciones,

y se lo dejaré muy claro a todo el mundo a partir de mañana. Tengo que disfrutar de la vida y de mi soltería antes de empezar en la escuela de leyes.

—Entonces, ¿estás diciéndome que este verano te vas a acostar con cualquiera?

—No, solo lo estoy insinuando. —Sonreí—. Es diferente.

—La verdad es que no creo que... ¡Oh! ¡Tengo que dejarte! Scott acaba de aparcar delante de la entrada, así que te llamaré por la mañana. ¡Adiós!

Colgué y cogí otra cerveza en la nevera. Cuando estaba cerrando la puerta, un plato pasó silbando junto a mi cabeza, a escasos centímetros de mi oreja. Impactó contra la pared y cayó al suelo.

—¿Qué coño...? —Me di la vuelta y vi a Emily, con la cara muy roja—. ¿Qué cojones te pasa?

—¿A mí? —Me lanzó otro plato y falló—. ¿Qué me pasa a mí? ¡Querrás decir qué te pasa a ti!

—En este momento solo uno de los dos está usando los platos como posible arma homicida.

—¿Vas a cortar conmigo mañana? ¿Solo unos días antes de la graduación?

—Si te digo que sí, ¿vas a dejar de lanzarme los platos?

Y tiró otro, que aterrizó cerca de la cocina.

—Pensaba que íbamos a marcharnos juntos de vacaciones este verano. Tenía planeado un montón de *selfies* y de sexo, pero de repente ¿quieres tirarlo todo por la borda? ¿Así como así? —Hablabo más rápido que nunca—. Sé que te envío mensajes de texto todo el rato, pero solo porque me preocupo y me gustas mucho, y soy periodista, así que veo cosas cada día que te volverían loco... La gente muere todos los días, Carter. Todos. Los. Días.

—Vale... —Negué con la cabeza—. Dime, ¿cuántas pastillas de Adderall te has tomado hoy?

—Dejando a un lado ese futuro perfecto, ¿quieres cortar conmigo y tengo que enterarme mientras hablas por teléfono con otra persona? ¡Eso es una mierda, Carter! ¡No es ni medio normal!

—Tienes razón. —Levanté las manos en señal de rendición—. Y lo siento mucho, pero sí, pensaba cortar contigo mañana. Bueno, en realidad, ahora mismo... —Me decidí por la salida más diplomática—. No es por ti, soy yo...

—¿Lo dices en serio?

Me incliné por la opción diplomática dos.

—Sencillamente, creo que no soy el hombre que estás buscando.

Se mantuvo en silencio durante un buen rato, mientras me miraba con total

incredulidad. Esperaba que no intentara convencerme para seguir, porque si fuera así, tendría que argumentar la razón menos diplomática de todas y esquivar más platos.

—¿Sabes qué? —Dejó la vajilla a un lado y se colgó el bolso del hombro antes de acercarse a mí—. Debería haberlo visto venir; debería haber sabido que jamás me entregarías tu alma como yo te mostré la mía.

—No me importa que pases aquí la noche —la invité, feliz de que lo aceptara tan bien—. No pensaba echarte sin más. Mañana puedo llevarte a tu casa.

—¡Oh! No me digas..., ¿ahora te da por ser un caballero? —siseó—. ¡Por favor...! Mi mejor amiga está esperándome ahí fuera.

—Bueno, en ese caso... Lo siento, no ha funcionado.

—En realidad no es así —aseguró, acercándose—. No lo sientes porque en realidad no quieres tener novia, Carter. Jamás has querido tenerla. ¿Y quieres saber por qué?

Salió de sus labios un leve ronroneo, haciendo que me convenciera todavía más de que lo mejor que podía hacer era poner fin a esta relación.

—Venga, pregúntame por qué —insistió, dándome un golpe en el hombro—. ¡Pregúntame por qué no quieres una maldita novia!

—¿Por qué no quiero tener novia, Emily?

—Porque ya la tienes... Siempre la has tenido... —Me golpeó con más fuerza—. Se llama Arizona Turner.

Arqué una ceja, confundido por completo.

—Así que vete a follar con ella, y espero que tu polla enana...

—Cuando me montabas ayer te parecía enorme...

—¡Da igual! ¡Que te den por culo, Carter! —Me volvió a golpear el hombro y se dirigió hacia la puerta lateral. Allí dio un par de vueltas a la llave al tiempo que empujaba y tiraba de la manilla.

—Tienes que salir por la puerta principal —dije sin moverme—. He puesto una cerradura nueva, ¿recuerdas?

—Ah, sí... Me había olvidado de eso. ¿He llegado a decirte que me encantan las nuevas cerraduras que has elegido? —Se dirigió a la puerta de entrada y la abrió mientras me miraba por encima del hombro—. Me gustan mucho, muy artísticas y originales. ¿Cuánto has pagado por ellas?

La miré impasible.

—Bien, entonces... —dijo, volviendo a cabrearse—. Adiós, Carter James... Y repito, que te den por culo, con algo áspero y rugoso a ser posible.

Inevitablemente, dio un portazo.

Entré en el dormitorio para comprobar los daños, imaginando que había dejado la marca de su venganza en alguna parte, y así era. Las imágenes que había colgadas en las paredes, las únicas que poseía de mis padres, estaban en el suelo. Incluso había logrado abrir los cajones del escritorio y tirar todo lo que contenían sin hacer demasiado ruido.

«¿Por qué me sigo haciendo esto?».

Molesto, aunque aliviado al saber que pasaría la noche solo, coloqué todo en su lugar, colgando las fotografías antes de nada.

Cuando terminé de guardar los lápices y bolígrafos, noté que me vibraba el móvil en el bolsillo. Era Arizona, otra vez.

—¿Sí? —Lo sostuve contra la oreja—. ¿Quieres que te explique los conceptos básicos del sexo? Sé que ha pasado mucho tiempo, pero no es tan difícil...

—¡Scott me ha dejado!

—¿Qué?

—¡Me ha dejado! ¡A mí! —resopló—. Pero ¿sabes qué? Te llamaré mañana y te lo contaré entonces, después de que me calme. No quiero que Emily te acuse de tener sexo telefónico conmigo.

—Emily ya se ha marchado. —Me puse a buscar las llaves del coche—. Podemos hablar.

—¡Dios mío, entonces, deja que te diga que...! —La coherencia de su discurso terminó en ese mismo momento. Cada vez que me contaba la ruptura con un novio, soltaba una interminable diatriba de maldiciones, de «¡Oh, qué cabrón!», de «¡No me lo merecía!», «¡Me echará de menos!» y cosas por el estilo. Quejas variadas antes de que comenzara a sonar inteligible.

—Ari... —la interrumpí antes de que lo llamara imbécil por enésima vez—. Cuéntame lo que ha ocurrido...

—Vale... —Cogió una bocanada de aire—. Regresó con los condones y, de repente, estábamos medio desnudos, besándonos, a punto de hacerlo... Muy cerca... Pero he vuelto a sentir esas extrañas vibraciones, así que le he dicho que se detuviera, que no estaba preparada. Le he explicado que necesitaba un poco más de tiempo para asegurarme de que estábamos haciendo lo correcto. Luego he añadido: «Además, Carter piensa que...».

—Guau, guau, guau... —Me detuve, encontrando por fin las llaves del coche—. ¿Me has mencionado a mí?

—Sí, ¿por qué no? Le he contado eso que has dicho tú sobre que debo estar segura al cien por cien antes de acostarme con alguien. Entonces añadió: «Está bien, eso es todo. Hemos terminado. Vete de aquí».

—No te ha dicho que te largaras, Ari. Estás exagerando.

—¡Lo ha hecho! —Sonaba cabreada de nuevo—. De hecho, cuando estaba atravesando la puerta, ha dicho que dado que siempre te tengo que estar pidiendo consejo para todo, debería ir a follarte contigo.

Silencio.

Y, de repente, los dos empezamos a reírnos de forma histérica.

—No te ofendas —dije, sin dejar de reírme—. Pero jamás follaría contigo, y qué quieres que te diga de la idea de mantener una relación contigo...

—Querrás decir que yo nunca saldría contigo. No solo porque serías el peor novio de la historia, sino que tampoco eres mi tipo.

—Sin duda. —Abrí el localizador de calles del móvil—. Porque resultar muy sexy, estar musculoso en donde se debe y poseer la capacidad de conseguir que una mujer quiera acostarse conmigo después de la primera cita son cualidades que a ti te parecen desafortunadas por alguna razón que yo...

—¿En serio? ¿Te estás escuchando? —se burló—. Por favor, para que conste, mis cualidades son mucho mejores y no tienen en consideración a los hombres con la misma mentalidad que tú: soy inteligente, ingeniosa y con talento en algún lugar además de la lengua.

—Te has olvidado de tu mayor cualidad.

—¿Cuál?

—Que llevas grabada en la frente la etiqueta «no me interesa follarte».

Se rio, y oí que llamaban a la puerta.

—Espera un segundo. —Sostuve el móvil contra el pecho y me acerqué a la puerta de entrada, rezando para que no fuera Emily.

No lo era.

Era Ari, con los ojos rojos e hinchados.

—Dado que Emily se ha largado, ¿puedo dormir en el sofá? —preguntó al tiempo que entraba—. No tiene sentido que vuelva a casa a esta hora y, sinceramente, me parece un poco mal que no te hayas ofrecido a llevarme, ya que te he dicho que Scott me ha echado. Sabes que su apartamento no está lejos del tuyo.

—En realidad, estaba preparándome para ir a buscarte. —Finalicé la llamada.

—Claro que sí. —Clavó los ojos en mi brazo—. ¿Te has hecho otro tatuaje? —Me tocó la piel, pasando los dedos por la última frase grabada en ella, un conjunto de palabras latinas que se ocultaban entre el vello de mi antebrazo—. ¿Cuándo has ido?

—La semana pasada. Ya te comenté que estaba considerándolo.

—Por lo que parece, no solo estabas considerándolo... —Siguió de nuevo las líneas con la punta del dedo—. Me gusta. Aunque vas a tener que usar traje durante tu vida profesional. A nadie le gusta contratar a un abogado con el brazo cubierto de tatuajes.

—Eso lo dices tú. —Cogí una manta del armario del pasillo y se la tendí—. Puedes dormir en mi habitación. Yo lo haré aquí; necesito pensar.

—¿En cómo romper con Emily?

—No, eso ya lo he hecho. Nos ha oído hablar por teléfono, así que me ha dejado justo antes de que me llamaras otra vez.

—¡Guau! Un día memorable para los dos... —La vi fruncir el ceño, pero rápidamente recuperó su optimismo habitual—. ¿Te apetece que hagamos el sábado un desayuno tardío en Gayle's?

—Claro. ¿A las doce?

—En realidad, ¿te importaría que fuera a la una? —Empezó a andar hacia el dormitorio—, a las doce tengo cita para hacerme la cera en las ingles.

—¿Por qué te depilas en una parte que no ve nadie?

—Yo la veo.

—Mmm.... Me parece que esa es la verdadera razón de que no quisieras acostarte con Scott esta noche. Que tenías ahí abajo un matojo que no querías que él viera.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Te conozco muy bien, Ari. —Sonreí—. Y me has oído de sobra. ¿Es esa la verdadera razón?

—Carter...

—¿Cuánto tiempo hace que te conozco? ¿Desde quinto de primaria?

—Desde cuarto.

—Es lo mismo —añadí, notando que tenía las mejillas levemente sonrojadas—. Puedes confesármelo. No pienso juzgarte. Pero te sugiero que mantengas bien recortadito tu matojo en vez de dejarlo para el último momento.

—Incluso aunque tuviera un matojo —replicó, poniendo los ojos en blanco—, algo que no tengo, te aseguro de que esa no es la razón que se oculta detrás de echarme atrás para no mantener relaciones sexuales con un chico, en especial mi novio, en el último momento.

—Mejor —dije—. Porque a la mayoría de los tíos, incluido yo, eso no les importa. Y dado que parece que seguramente no tendrás sexo en otros ocho meses, te puedo ahorrar algo de dinero. Quizá deberías guardarte lo que pensabas gastarte en hacerte la cera y comprarte un buen vibrador.

Cerró de golpe la puerta del dormitorio, y yo me reí hasta quedarme dormido.

PISTA 2

WILDEST DREAMS (3:54)

ARIZONA

¿Por qué nadie te dice que las optativas que más te gustan en el segundo curso de carrera pueden ser las mismas materias que acabas odiando el último año de la universidad? ¿Y cómo puede alguien esperar de verdad que un joven de diecinueve años sepa lo que quiere hacer durante el resto de su vida y tome una decisión acertada?

«Es ridículo... ».

En algún momento entre Microeconomía y Legislación tributaria 101 del tercer curso, me di cuenta de que odiaba la economía o, al menos, que odiaba la idea de trabajar en un despacho durante el resto de mi vida. Aunque podía elaborar una hoja de cálculo y tablas de estadísticas como casi nadie, hacerlo me aburría. Me resultaba insoportable y absolutamente aburrido.

No me di cuenta de cuál era mi verdadera pasión hasta que empecé a hornear *cupcakes* para lograr superar una intensa clase de derecho tributario. Los llevé al grupo de estudio y mis compañeros los devoraron en segundos, así que hice más. Luego me ramifiqué y comencé a cocinar más cosas.

Al principio, me limitaba a los dulces más sencillos: bizcochos variados, galletas, *brownies*... Luego me enfrenté a recetas más complicadas: *éclairs* glaseados, mediasnoches rellenas, gofres de crema...

Cuanto más experimentaba, más feliz estaba, pero no me lo tomé realmente en serio hasta un día que mi madre me hizo reflexionar al respecto. Le hice un *soufflé* de naranja para Navidad, y le gustó tanto que ofreció un poco a los vecinos para que lo probaran. Incluso llamó a mi novio para que tomara un poco.

—Mmm... Es comestible —dijo él.

Aun así, supe que mi amor por el arte culinario llegaba demasiado tarde. Así que en vez de cambiar de especialidad, me quedé en la facultad de económicas, y cada vez que tenía un rato libre, asistía a clases en la escuela de cocina que había en la playa: el Instituto Culinario Wellington.

Todos los sábados y domingos, iba al centro y me sentaba en el fondo del aula, donde cogía notas como si estuviera matriculada en la escuela. Los días que había clase en la cocina —es decir, prácticas pagadas—, fingía ser estudiante de secundaria que estaba haciendo una investigación para un proyecto escolar.

Que era lo que me encontraba haciendo en ese momento.

—No olvidéis que la calificación se hará en función de cómo hagáis la preparación de las capas del *croissant* —comentó el profesor desde la parte delantera del aula—. Tienen que ser crujientes, pero muy esponjosas, y jamás deben resultar pegajosas... También tenéis que esforzaros mucho en el diseño personal: lo que más se valorará será la originalidad. No os limitéis a copiar a nadie o tendréis un suspenso *ipso facto*.

Vi que la joven que tenía delante revolvió la mezcla y añadía unas cuantas cucharadas de azúcar. Probó la masa y negó con la cabeza antes de verter un poco más.

—Eh... —susurré—. Oye...

Me miró por encima del hombro.

—¿Qué?

—No debes echarle más azúcar.

—¿Y tú cómo lo sabes, gorróna?

Puse los ojos en blanco.

—Porque todavía tienes que freírlo y salpicarlo con azúcar glasé, y además, aún quedaría el relleno, que también lleva azúcar. Si usas más, la persona que haga la cata va a caer en coma diabético.

Dejó el azucarero a un lado y se puso a revolver de nuevo. Aliviada, miré por encima de su hombro para poder ver el resto de la preparación del plato.

Mientras escribía la lista de ingredientes, sentí que me tocaban el hombro.

—¿Sí? —No levanté la vista porque estaba anotando las medidas de la masa. Cuando estaba escribiendo la última línea, me arrancaron el cuaderno de las manos y me encontré cara a cara con una mujer vestida de negro. Llevaba la palabra «SEGURIDAD» estampada en el pecho con unas letras enormes y me miraba con los brazos cruzados.

—¿Qué está haciendo aquí de nuevo, señorita Turner? —me preguntó con los labios apretados.

—Estoy... —Me aclaré la garganta y me senté—. Estoy tomando notas para el informe del libro.

—¿El informe del libro?

—Sí —confirmé—. Es un informe de un libro muy importante para el instituto. El instituto de secundaria.

—¿Y a qué instituto se supone que vas?

—El instituto Pleasant View.

—¿Asistes a ese instituto aunque lleva cerrado cincuenta años?

«Mierda».

—Quería decir el instituto Ridge View... —Lo había buscando antes en Google.

—Todos los institutos están cerrados en verano. El curso terminó el viernes pasado. —Chasqueó los dedos, indicándome que me levantara—. Vámonos. Ya conoces la rutina...

Me puse en pie y cogí la libreta para seguirla fuera de la habitación, al pasillo.

—¿De verdad es para tanto que asista de oyente en unas clases y tome algunas notas? —pregunté—. ¿A quién estoy haciendo daño?

La miré mientras pasaba la tarjeta por la plataforma que había junto a la puerta.

—¡Fuera!

—Espere... —Di un paso al exterior—. Si le ofrezco veinte dólares, ¿puede volver ahí dentro y decirme qué tipo de masa usan para los *cronuts* especiales? ¿Quizá pueda enviármela por correo electrónico?

Me cerró la puerta en las narices.

«Uff... ».

Me guardé el cuaderno en el bolso mientras oía una risa que me resultó familiar. Levanté la vista y vi que era el profesor del curso de coordinación de recetas.

—¿Le parece gracioso? —pregunté con audacia—. ¿Le parece gracioso que echen a alguien de clase?

—Lo es. —Se rio todavía con más fuerza sin dejar de mirarme—. Y no te han echado de clase, te han expulsado, porque te vi entrar esta mañana.

—¿Me ha delatado? Y yo pensando que le caía bien... Nunca se había chivado.

—Y me caes bien —aseguró—. Pero hoy tienen un examen, y la suerte está echada. ¿No te has dado cuenta de la relación directa que hay entre las veces que te ha echado fuera seguridad y las que no?

Lo miré aturdida.

—Eso es... —dijo, dándome unas palmaditas en el hombro—. Todos

apreciamos la pasión que muestras, pero los exámenes son solo para los que han pagado la matrícula... Sin embargo, espero verte más a menudo por aquí una vez que termines en la universidad.

Asentí moviendo la cabeza mientras él se volvía a reír.

—Nos veremos el próximo fin de semana, Turner —añadió antes de que me alejara.

Me sentía tan halagada por aquel comentario («Todos apreciamos la pasión que muestras...») que sonreí, preguntándome si más adelante podría conseguir que me escribieran una recomendación no oficial para que me tuvieran en cuenta en otras escuelas culinarias de las que esperaba recibir noticias.

«¿Podría obtener una beca con una carta de recomendación suya?».

Eché un vistazo al reloj y me di cuenta de que disponía de tres horas para prepararme para asistir a la facultad en la que sí que me había matriculado; hoy era la ceremonia de graduación.

PISTA 3

ALL TOO WELL (3:42)

ARIZONA

«Sí... Sin duda he elegido la carrera profesional equivocada... ».

Era oficial: los funcionarios de la universidad de Reeves habían celebrado una reunión secreta con la única finalidad de enumerar las muchas formas en las que poder conseguir que la ceremonia de graduación de este año fuera la más aburrida celebrada hasta el momento.

Todo inducía al hastío, desde el preludio de órgano —veinte minutos para introducir los doctorados— hasta el vídeo de media hora para presumir de las mejores características de la universidad o los discursos de cinco oradores diferentes.

Había permanecido sentada en mi silla durante el tiempo que duró cada uno de ellos, navegando en el móvil en mis perfiles de redes sociales y moviendo los pulgares, aunque sin duda el cuarto discurso fue, sin duda, el más monótono y poco interesante de todos. Cada frase empezaba con un «Y recuerdo que... », «Ojalá hubiera sabido... » o «No me lo estoy inventando, chicos... ja, ja, ja... ».

Cuando terminó, no hubo ninguna risa entre la audiencia. Solo silencio. Y ronquidos.

Me cubrí la boca para bostezar una vez más, y la chica que estaba sentada a mi lado cruzó los brazos antes de apoyar la cabeza en mi hombro. Sin mi permiso.

—Er... —La miré.

—¿Sí? —Clavó en mí los ojos.

—Mmm... ¿Nos conocemos? ¿Por qué te estás apoyando en mí?

Parpadeó.

—Venga, en serio, ¿por qué te tomas esas confianzas?

—Shhh... —Se acomodó de nuevo y cerró los ojos.

Estuve tentada a apartarme y hacer que se desequilibrara, pero decidí sacar el máximo provecho de la situación. Así que miré a la chica que tenía a la izquierda, cuyo hombro parecía susurrar mi nombre, y me apoyé en ella.

Varios minutos después, cuando el orador aseguró que estaba terminando por enésima vez, me vibró el móvil. Era un mensaje de texto de mi madre.

Mamá: Lo siento, cariño, pero no puedo soportarlo un segundo más. Por suerte, te he hecho muchas fotos subiendo al escenario. ¡Y también de la ceremonia en el departamento! Nos vemos en casa para la fiesta. ¡Estoy haciendo pinchos de cangrejo! Nos vemos allí a las siete.

Yo: Eres mi madre. ¡Mi madre! Y vas a marcharte de mi ceremonia de graduación antes de que termine. ¿En serio?

Mamá: De hecho, quiero marcharme desde hace dos horas, pero, como soy tu madre, me he quedado un poco más. ¡Te quiero!

Puse los ojos en blanco, pero tampoco podía culparla. Le escribí un mensaje diciéndole que también la quería y que nos veríamos pronto antes de levantar la vista al público. Mucha gente había tenido la misma idea de mi madre.

¡Dios!, incluso algunos de mis compañeros querían marcharse. Los que todavía poseían la energía suficiente para levantarse...

Antes de que pudiera decidir qué hacer, volvió a vibrar mi teléfono.

Carter: ¿Estás despierta?

Yo: Sí.

Escribí otro mensaje de texto.

Yo: Encuentro este discurso muy inspirador. Así que intenta prestar atención, podrías aprender algo.

Carter: ¿De qué mierda está hablando este tío?

Atendí al orador durante unos minutos, pero, sinceramente, no logré entender por qué estaba hablando de un pez muerto. Aunque fingí que sí lo hacía.

Yo: Está hablando de correr riesgos, de aventurarte a peligros aterradores y aprender que siempre dan sus frutos.

Carter: Esto te va mucho, Ari. Deberías marcharte.

Yo: Quiero escuchar el resto.

Carter: Entonces espero que tengas otra forma de llegar a la fiesta de graduación, ya que acabo de ver cómo se largaba tu madre.

Yo: ¿Quéeee? No creo que yo me haya largado de tu graduación. ¡Me quedé allí sentada todo el rato!

Carter: No dependía de que tú me llevaras a casa. Te doy cinco minutos.

Yo: Nos vemos dentro de diez .

Empujé con suavidad a la compañera que estaba apoyada en mi hombro y me levanté.

—A veces, solo es necesario quedarse hasta el final —dijo el orador con más firmeza, mucha más firmeza de la que había utilizado en todo su maldito discurso—. Ojalá me hubiera quedado hasta el final de muchos discursos cuando era más joven... Sin duda, me arrepiento de no haber escuchado hasta la última frase el de mi graduación en la universidad...

«¿Qué?».

Me di la vuelta, mirándolo para ver si estaba refiriéndose a mí sutilmente.

Así era. Asintió y me hizo un gesto para que volviera a mi asiento.

—Nunca se sabe lo que se puede perder uno... —añadió.

Retrocedí un paso.

—Este podría ser el discurso más importante de tu vida...

Di otro paso atrás.

—Y podrías arrepentirte durante el resto de tu...

Me di la vuelta y salí corriendo de la sala, con las risas y los aplausos de mis compañeros resonando en mis oídos. Cuando llegué al pasillo, miré por encima del hombro y vi que otros estudiantes seguían mi ejemplo y se unían a mi éxodo.

«La universidad ha terminado de forma oficial... ».

Me quité la toga y el birrete y me reuní con Carter en el aparcamiento.

—Como me has obligado a marcharme pronto, tienes que parar en Gayle's antes de ir a la fiesta de graduación.

—¿Tenemos que sentarnos dentro?

—Me sorprende que lo preguntes... —Me subí al coche y abrió la capota del Camaro negro antes de llevarme a toda velocidad al *diner*.

Gayle's era el número uno en lo que se refería a gofres y otros dulces cerca de la playa. Se había vuelto tan popular que la empresa había invertido en furgonetas que estacionaba en el campus durante el curso para distribuir sus productos.

El menú no era nada del otro mundo: un sencillo y típico desayuno americano estilo casero. Lo que lo diferenciaba de cualquier otro era la atmósfera años 50 y la deliciosa receta de los gofres, los más sabrosos que hubiera comido en mi vida. Durante años, la gente los llegó a acusar en broma de usar droga en la masa para enganchar a los clientes, así que el propietario empezó a enlatar el preparado con la palabra «CRACK» delante.

Gayle's era también el único *diner* que poseía un menú de nueve páginas

dedicado exclusivamente a los postres, al que añadían nuevos manjares y bebidas cada semana.

Había ido por allí muchísimas noches, había concertado allí algunas citas e incluso había celebrado en el local una fiesta de cumpleaños. Pero no importaba por qué: era el lugar donde quedaba con Carter cuando la vida nos la jugaba y necesitábamos hablar, o cuando no teníamos nada mejor que hacer.

Nos reuníamos allí con tanta frecuencia que, a veces, sus demás amigos aparecían si necesitaban hablar con él en lugar de llamarlo por teléfono.

—Dejadme adivinar... —La camarera se detuvo delante de nosotros sobre sus patines blancos en cuanto atravesamos la puerta—. Uno quiere un *waffle* belga con yogur de vainilla y fresas, y un puñado de *chips* de chocolate. Y el otro una torre de gofres con yogur de chocolate, mantequilla de cacahuets y *chips* de Oreo a un lado.

Asentimos a la vez. Pedíamos lo mismo exactamente cada que íbamos allí.

—Sentaos —nos invitó—. Enseguida os lo traigo.

Tomamos asiento en un reservado, junto a los ventanales, desde donde teníamos una vista perfecta de los bañistas que comenzaban la temporada de playa.

—Voy a echar mucho de menos este lugar... —comenté—. Si no encuentro pronto otra opción, tendré que aceptar la oferta de la escuela culinaria de Cleveland. Sin embargo, allí no creo que haya playa... Ni un *diner* como este.

—Es Cleveland. Allí no hay nada de nada.

Me reí.

—Ya. Intenta no restregármelo por las narices, dado que tienes la suerte de quedarte aquí, en la escuela de leyes.

—No te preocupes. Te aseguro que si quieres, te enviaré fotos con vistas al mar todos los días.

—Aquí tenéis. —La camarera puso en la mesa nuestros pedidos y, al instante, hundí la cuchara en el gofre de Carter.

—¡Aggg! —Tragué—. No sé cómo puedes comerte eso. «Yogur» y «chocolate» son dos conceptos incompatibles.

Probó a cambio el yogur de vainilla de mi pedido.

—Ni que la vainilla fuera una *delicatessen*. No sabe a nada.

Me encogí de hombros y pillé algunos trozos de Oreo de su cobertura mientras él cogía fruta de mi plato.

Mientras le robaba uno de los remolinos de mantequilla de cacahuete, entraron en el local algunos miembros del equipo universitario de baloncesto en el que

había jugado Carter, tan ruidosos y desagradables como siempre. Al verlo, se acercaron de inmediato para estrecharle la mano. Comenzaron a hacerle también algunas preguntas, y él los felicitó por una temporada muy reñida. También estuvieron recordando los tiempos en los que eran estudiantes de primero.

En realidad, el equipo había hecho una temporada terrible este curso, registrando el peor récord en el baloncesto universitario. Y a pesar de que sus antiguos compañeros de equipo no lo dirían nunca, estaba segura de que muchos se preguntaban si Carter no les habría mentado hacía años, cuando esgrimió una repentina lesión como excusa para abandonar el equipo.

—¿Lo echas de menos? —pregunté, después de que se despidieran.

—Echo de menos a las *groupies*.

—Sigues teniendo admiradoras, solo que de una clase diferente.

—Bueno, en ese caso... —Siguió con la vista al equipo mientras salía—. Nunca me ha gustado que otras personas pongan en mí sus expectativas cuando yo ya tengo las mías. Así que no. No lo echo de menos en absoluto.

—Te entiendo. Hablando de eso, de cosas que echamos de menos y cosas que no... —Saqué el móvil y abrí la hoja de cálculo secreta «Compatibilidad en una relación a largo plazo». Nunca le había hablado a Carter sobre ella porque estaba segura de que encontraría la manera de hacer que la borrara.

—¿Qué te gustaría haber hecho diferente con respecto a tu relación con Emily? —pregunté.

—Me gustaría no haberla conocido nunca.

—Venga... —Empecé a escribir—. Siempre me ayuda a saber qué es lo que no debo hacer en mi próxima relación, así que seré la primera. En el caso de Scott, podría haber intentado comunicarle mis reservas sobre las relaciones íntimas mucho antes.

—No, lo que deberías era haber intentado follar con él.

—Y tú podrías haberte puesto a ladrar —espeté—. Quizá entonces no te hubieran parecido tan extraños los maullidos de Emily. Solo tenías que darle una oportunidad.

—¿En serio? —Se rio—. ¿He tocado un tema sensible? ¿Te sientes muy frustrada sexualmente?

—No. —Le arrojé un oso de gominola a la cara—. Aunque me gustaría disfrutar de un sexo alucinante antes de irme a la escuela culinaria.

—Entonces yo te puedo ayudar con eso.

—¿Qué? —Le lancé una mirada fulminante—. Contigo no. ¿Te has vuelto loco?

—No me refiero a que tengas sexo conmigo. —Me robó el último bocado de mi *waffle* y se levantó—. No serías capaz de seguirme el ritmo...

Puse los ojos en blanco.

—¡Por favor!

—En serio, no tengo mucho que hacer durante los próximos meses —dijo—, así que te ayudaré a encontrar un chico, o dos o tres, solo para descargar esa frustración sexual. De hecho, empezaremos a buscar esta misma noche, justo después de la fiesta de graduación.

—¿Seguro que no vas a tratar de convencerme de que me vaya pronto de la fiesta?

—No, a menos que te las arregles de alguna forma para conseguir que tenga ganas de dormirme. —Se rio y tiró de mí para que me levantara, arrastrándome fuera del *diner*.

Mientras atravesábamos el embarcadero a toda velocidad con el sol poniéndose a nuestras espaldas, me di cuenta de que ya empezaba a echar de menos esta etapa de mi vida.

MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE...

Me metí el último pastelito en la boca antes de abrazar a mi madre.

—Gracias por organizarme esta fiesta.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por ti. —Me devolvió el abrazo—. Espera un minuto, ¿dónde está Scott? ¿No va a venir?

—Er... mmm... Lo nuestro no ha funcionado.

—Ay... Lo siento, cariño. —Me miró con simpatía—. Seguro que encuentras a alguien mejor.

—Eso espero... —Miré al exterior a través de la ventana, donde el resto de la familia se encargaba de recoger la mesa y las luces—. ¿Quieres que limpie algo?

—No hagas nada —me advirtió—. La fiesta era en tu honor, así que no te toca ayudar esta vez. Sal por ahí con tus amigos y disfruta del resto de la noche.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi madre? ¿Esa mujer que vive en la creencia de que todo debe estar limpio en menos de media hora?

—Venga, date prisa y lárgate antes de que cambie de idea. —Se rio y me empujó hacia el salón, donde algunos de mis compañeros empezaban a recoger sus pertenencias para marcharse.

Sentada en el sofá, Tina, mi excompañera en Logística, pasaba la mano por el

brazo de Carter. No resultaba nada sutil, dado que por un lado se ruborizaba y por otro le lanzaba sonrisitas tontas.

—Me encantaría quedar contigo para hablar... —le sugirió, mordiéndose un labio muy rojo.

—A mí también me encantaría hablar contigo. —Él le brindó esa sonrisa estúpida y encantadora a la vez que al parecer tenía efecto en todas las mujeres salvo en mí.

Entré en la estancia y agradecí a todos los presentes uno a uno que hubieran venido, y me hice los últimos *selfies* de la noche antes de que se marcharan. Estaba a punto de hacer lo mismo con Tina cuando, de repente, se levantó del sofá y me cogió de la mano para arrastrarme al cuarto de baño.

—¿Necesitas un tampón o algo así? —pregunté, confusa—. Están en el cajón de abajo.

—No. —Sonrió—. Quería preguntarte algo sobre tu amigo.

—¿Carter?

—Sí. —Bajó la voz como si él pudiera estar escuchando nuestras palabras—. ¿Te importaría que saliera con él?

—¿Por qué iba a importarme?

—Porque... Es decir... La verdad, creo que habéis tenido algo en el pasado, y detecto ciertos sentimientos ocultos por tu parte, así que...

—No escondo ninguna emoción. —La interrumpí—. Ni siquiera nos hemos besado. Apenas nos hemos abrazado... ¿Cuánto tiempo llevas pensando eso?

—Eso da igual —dijo, pasando el tema por alto—. La cuestión es que quiero salir con él y necesitaba asegurarme de que no te parecía mal, dado que somos amigas.

No éramos amigas, sino compañeras de estudio.

—A mí no me parece mal —aseguré—. En serio, no necesitas mi permiso. ¿Por qué no se lo dices a él en vez de a mí?

—He oído por ahí que la tiene muy grande. —Bajó de nuevo la voz—. Y que le gusta hacer guarradas muy salvajes... ¿Es cierto?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—Oh, venga... —Me miró de forma penetrante—. ¿Nunca le has visto la polla? ¿No te has fijado en...?

—No —la corté.

Como si estuviera tratando de pillarme en una mentira, siguió insistiendo desde otro enfoque.

—Ni siquiera va a nuestra universidad, Arizona. Sin embargo, no hago más

que encontrármelo por nuestro campus.

—¿Es que no sabes que salió con unas cuantas chicas de nuestra facultad? Es una buena razón para que te lo encontraras por allí.

—Bien, solo para estar segura al cien por cien: ¿estás diciéndome en serio que nunca os habéis *comprobado*?

—¿En serio has usado el verbo «comprobar» en un contexto sexual? —No podía creérmelo—. Mira, Carter y yo jamás nos hemos enrollado y menos nos hemos *comprobado* el uno al otro. Créeme. También puedes confiar en mí cuando te digo que jamás, jamás en la vida lo haremos.

Me miró durante un buen rato como si estuviera tratando de convencerse de que no iba a cambiar de idea, y luego esbozó una amplia sonrisa.

—¡Eres guay! —Me abrazó, literalmente me abrazó y me estrechó con tanta fuerza que empecé a toser—. Una pregunta más..., seré rápida... ¿Cuál es su color favorito? Seguro que lo sabes.

—Azul. Azul marino.

—Me alegro de que me lo hayas dicho. —Me guiñó un ojo mientras abría la puerta—. Lo tendré en cuenta para saber qué tanga debo llevar cuando quede con él.

No se me ocurrió nada lo suficientemente agudo que decir, así que me limité a sonreír y la seguí hasta el salón. Esperé a que intercambiara las últimas palabras con Carter, le dio su número de teléfono y le susurró al oído algo que me sonó a «Me muero de ganas de follar contigo...» mientras le lanzaba una última mirada sensual antes de marcharse.

—Ha sido una buena fiesta —comentó Carter, cerrando la puerta tras ella—. ¿Qué te toca limpiar antes de marcharte?

—Nada. Mi madre me ha asegurado que no es necesario que ayude esta vez. Que debo disfrutar del resto de la noche.

—No es posible que te haya dicho eso. —Se apoyó en la pared—. Venga, ¿qué te toca? Así podré echarte una mano en la limpieza. Si nos damos prisa, podremos comenzar a buscar tus víctimas sexuales cuanto antes.

—¡Lo he dicho en serio, Carter! —gritó mi madre desde la cocina—. ¡Os podéis ir ya!

Ya no lo pensó más.

—¿Nos vamos de juerga?

—Sin duda. —Salimos de la casa y entramos en el coche. Cambié de emisora de radio mientras respondía a algunas preguntas sobre Tina.

Mientras buscábamos un sitio para aparcar cerca del embarcadero, recé a los

dioses de las buenas amistades para que en el caso de que Carter cambiara de opinión y decidiera tener algo serio con Tina —o con cualquier otra chica—, no volviera a ser otra Emily. No podría soportar a otra como ella...

Ser su mejor amiga era algo difícil. Todas sus novias se ponían en guardia contra mí en cuanto me las presentaba. Me sonreían de oreja a oreja cuando él miraba y me lanzaban dagas con los ojos cuando nos daba la espalda. Y siempre que hablaba de mí, tenía que acabar diciendo: «No, en serio. Es solo mi mejor amiga...» en medio de la conversación. Por lo general más de una vez.

Y casi siempre había un ultimátum en sus relaciones: «¿Con quién estás saliendo? ¿Con Arizona o conmigo?».

Sin embargo, dado que de verdad solo éramos amigos, ¡a-mi-gos! —¿por qué la gente no lo veía?—, no me importaba nada que él dejara de hablarme una temporada, o que no me llamara, porque meses después el resultado era siempre el mismo: una ruptura. Una llamada a altas horas de la noche para analizar lo que había salido mal... Y un breve descanso hasta que encontrara a la próxima candidata.

De hecho, a veces me gustaría poder sentarme a tomar un café con su siguiente novia y decirle: «Oye, antes de que te dé por hacer una estupidez y acusarlo de algo que jamás, jamás en la vida ocurrirá, debes saber unas cosas que seguramente te faciliten la cuestión:

1) No me siento atraída por él. NADA. No sé por qué os cuesta tanto creerlo, lo siento.

2) No siento el menor interés en follar con él. NINGUNO. Ya he disfrutado de sexo del bueno y me siento satisfecha, y cuando no salgo con nadie, tengo un vibrador maravilloso que me ayuda a cumplir mis fantasías. No lo hago con él. #verdadverdadera.

3) Una vez me vio desnuda en una fiesta en la piscina cuando teníamos dieciocho años y me suplicó que me volviera a vestir. Lo antes posible. Así que sí: él tampoco se siente atraído por mí.

¿Me prometes ahora que no te pondrás a pensar cosas raras sobre nosotros?».

Por supuesto, estaba casi segura de que quedar con una de sus futuras novias daría lugar a más problemas en vez de evitarlos, así que simplemente dejaba que todo siguiera su curso, esperando que algún día Carter conociera a una chica que no se convirtiera en una psicópata.

—¿Eh, Ari? —Carter movió la mano delante de mi cara.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes pensado salir del coche esta noche o no? —Me abrió la puerta—. ¿O

has decidido que prefieres correrte usando los dedos durante el resto del verano?

Puse los ojos en blanco y lo seguí al interior de Margaritaville.

Pedí la cerveza de graduación más débil de la carta y eché un vistazo al local.

—Si esto de un polvo de una noche no funciona, ¿crees que conoceré a mi hombre ideal antes de irme a Cleveland?

—Lo dudo mucho. —Sonrió al tiempo que se apoyaba en el mostrador—. Solo te quedan tres meses, y cuando te presentan a uno que quiere salir contigo le sueles hacer esperar ocho antes de cambiar de opinión.

—Lo digo en serio. —Le di un puñetazo en el hombro—. Me encantaría conocer a alguien agradable y sensato con quien sentir que todo está bien por adelantado, no tener que preocuparme por cómo va a resultar todo a la larga.

—¿Estás hablando de un «te veo y no meo»?

—Me refiero a un flechazo.

—Gilipollices, eso no existe —aseguró—. Cualquier relación que se base solo en la atracción a primera vista está abocada al fracaso. Créeme, soy el vivo ejemplo.

—Tú eres el ejemplo perfecto de un ligón. —Bebí un sorbo de cerveza—. Y no, no es lo mismo.

—Si fuera un ligón, no habría tenido solo seis novias en los últimos dos años, Ari. Seis.

—Seis novias, cinco polvos de una noche, cuatro «tengo una chica en mi cama y no sé cómo se llama, Ari», tres «mañanas de mierda, el sexo fue horrible» y un...

—... y fueron a buscar a otro elefante.

—No... Y un «por favor, Ari, ven a buscarme». Pero has estado agudo.

—No pensaba que estuvieras contándolas.

—Solo porque me lo has puesto fácil.

—Lo tendré en cuenta. —Puso los ojos en blanco—. Oye, mira a ese —señaló a un chico con la pajita—. ¿Qué te parece ese tipo? Creo que podría estar un par de noches contigo.

Observé al hombre del que estaba hablando: iba vestido con una camisa blanca de manga corta y pantalones color caqui, a juego con los zapatos.

—No está mal... —Volví a mirarlo—. Sin embargo, no creo que sea mi tipo.

—Te aseguro que sí que es tu tipo. Parece que hace años que no folla.

Me reí.

—No, gracias. ¿Qué te parece ese? —Señalé a otro joven vestido de azul.

—Pensaba que odiabas las zapatillas deportivas.

Posé los ojos en los pies del aludido y negué con la cabeza. Había salido con un tipo así, por lo que sabía que era de esos que solo estaban cómodos con unas zapatillas exclusivas.

—Ah..., espera un segundo... —intervino Carter, sonriente—. Parece que tienes un admirador. Mira a la izquierda.

Moví la cabeza despacio y vi a un hombre con una camisa negra y vaqueros que me sonreía. Incliné la cabeza a un lado, como si estuviera tratando de averiguar qué relación había entre Carter y yo.

Al momento, me alejé de mi amigo. El chico sonrió al tiempo que me hacía un saludo con la mano.

—Venga, ve a hablar con él —me animó Carter.

—¡Shhhh! ¡No me hables! Podría pensar que estamos juntos...

—No lo hará si vas a hablar con él, Ari. ¡Dios...!

Vacilé sin apartar la vista de aquel chico. Lo siguiente que sentí fue que Carter me empujaba fuera de mi asiento.

—Venga —me impulsó—. Estando aquí tampoco dejas que yo ligue mucho.

Negué moviendo la cabeza antes de acercarme al hombre de la camisa negra. Noté que me ruborizaba; al acortar la distancia estaba diez veces mejor que de lejos.

—Hola... —Esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes perfectos y blanquísimos.

—Hola...

—Lamento haberte mirado tan fijamente... —dijo en voz baja—. ¿Tu novio te ha enviado para que me digas que deje de hacerlo?

—No es mi novio.

—Me alegro de oírlo. —Volvió a sonreír mientras me tendía la mano—. Me llamo Chris.

—Yo, Arizona.

—Encantado de conocerte... —Me acarició con suavidad los nudillos—. De hecho, estoy aquí para llevar a casa a algunos amigos que se han emborrachado, pero... ¿Te importaría si te llamo mañana y quedamos algún día esta semana en otro lugar más tranquilo y privado?

Moví la cabeza, asintiendo, casi sin palabras por lo que me hacía sentir aquel roce tan simple.

—¿Me das tu número de teléfono, Arizona? —Me soltó la mano lentamente y sacó el móvil del bolsillo.

—Es 5559076... —Logré coger el mío sin apartar los ojos de los suyos—. ¿Y

el tuyo?

—Es el que te está llamando en este momento. —Sonrió cuando mi móvil comenzó a vibrar por la llamada de un número desconocido—. No lo dudes, mañana te llamaré. —Dio un paso atrás mirándome de arriba abajo—. Me ha encantado conocerte.

—A mí también. —Permanecí inmóvil en el mismo lugar mientras desaparecía entre la multitud; luego regresé a mi mesa.

—¿Qué? —Carter le indicó a la camarera que nos trajera la cuenta—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, muy bien. Solo hemos intercambiado unas palabras, pero me va a llamar mañana. —Me sentí, literalmente, como una niña pequeña—. ¿Te puedes creer que he sentido un escalofrío cuando me ha tocado?

—Pues sería una señal malísima de que te hubiera transmitido ya una enfermedad venérea.

—¡Eres terrible! —Me reí—. ¿Has encontrado alguna futura víctima mientras estaba ocupada?

—¿En solo dos minutos? No, pero me he dado cuenta de que tenemos que encontrar a un par de tipos más esta noche si queremos tener la garantía de que echarás al menos un par de polvos este verano—. Dejó propina en el mostrador y me cogió de la mano para arrastrarme entre la multitud hasta el exterior—. Tenemos que ir a algún pub más.

—¿Qué? ¿Por qué? Acabo de quedar con un tío, un tipo que ya me ha dicho que me llamará mañana. Te he dicho que me he estremecido cuando me tocó la mano. ¿Es que no me estabas escuchando?

—Era un hombre, Ari. —Movié la cabeza—. Uno. ¿Y si no te llama mañana? ¿Confías en él solo porque te ha dicho que lo haría?

—Bueno, sí...

—¿Te crees todo lo que te dice un completo extraño?

—Entre nosotros ha habido una chispa, Carter... Una chispa de verdad, va a llamarme, lo sé.

—Necesitas al menos otras cinco opciones. —Abrió el coche y me indicó que entrara—. Ese es tu mayor problema en este momento. Tienes que salir y no poner todas tus esperanzas en el primer tipo con el que supuestamente notas una chispa.

—No me suele pasar... Al menos suelo esperar a que me besen. —Me reí—. Se me dan bien los besos, ¿sabes? Y puedo decirte mucho de un chico por la forma en la que mueve los labios.

—Estoy seguro de ello. —Aceleró y avanzó entre las calles para llegar a otro pub de moda, a unas manzanas—. Ahora mismo tienes chiribitas en los ojos por una posible llamada. No quiero pensar cómo los tienes después de que te besen.

—Tranquilo, un día lo grabo y te envío el vídeo.

—Por favor, no. —Me miró. Estaba riéndose cuando encontró un sitio para aparcar—. Si se parece algo a la expresión que has puesto después de hablar con ese tipo, no quiero verla. Ahora, sal del coche antes de que te pongas a mirar al cielo. Así podré enseñarte qué es exactamente lo que tu coño necesita.

—¿De verdad? ¿Te he comentado alguna vez lo profundo que llegas a ser?

—No. —Sonrió con suficiencia mientras salía del vehículo—. Pero eso es solo porque nunca hemos follado.

QUINTO CURSO

CARTER

Querido Carter:

No me importa lo que digas sobre Dawson Meade. Será el niño que me dé mi primer beso y no le importarán mis brackets. Se va a enamorar de mí y me pedirá que sea su novia. Y luego te pondrás celoso porque tú todavía no sabrás lo que es besar.

Te diré cómo va todo después de la escuela.

Sinceramente besada,

Arizona

Querida Arizona:

Me importa una mierda tu primer beso, pero debes saber que Dawson es cojo y que está tan desesperado por besar que le serviría cualquiera. De hecho, lo vi besándose a sí mismo en el espejo del baño la semana pasada. Y créeme, sí que le importan tus brackets:

Por cierto, no voy a ponerme celoso porque hoy mismo yo también le daré mi primer beso a Rachel Ryan. ¡Y me ha dicho que será un beso francés!

Ya te informaré de qué se trata después del cole.

Sinceramente, el primero en ser besado.

Carter

Arizona arrugó mi nota e hizo una bola con ella mientras ponía los ojos en blanco cuando sonó la campana.

Cerré la libreta y la seguí hasta su taquilla, que era donde nos reuníamos siempre después del cole.

—¿Cuándo te van a sacar los *brackets*, Ari?

—¿A ti qué más te da?

—Es que no quiero verte llorar cuando solo quiera ser tu novio Dawson... Y será por el aparato de los dientes.

Pensaba que la cosa no podía ser peor, pero a veces se quitaba las gomas para comer. Ya le había dicho que quizá debería pasar hambre.

—¿Rachel y tú habéis decidido ya dónde vais a encontraros? —preguntó ella.

—Sí, hemos quedado junto al árbol que hay al lado del gimnasio. ¿Y tú y Dawson?

—Lo haremos en el aparcamiento, detrás del letrero del equipo de fútbol —me informó—. ¿De verdad piensas que le importará que lleve *brackets*?

—Depende... ¿De verdad piensas que a Rachel le importará lo de mi pelo?

—¿Qué le pasa a tu pelo?

—La semana pasada me dijiste que picaba.

—Te dije que me hacía cosquillas... —cerró la taquilla—, y fue porque te quedaste dormido en mi hombro.

—¡Oh, sí! —Lo recordaba. Fue cuando nos castigaron a quedarnos en el cole la semana pasada después de la clase de ciencias para pasar apuntes. Y, como de costumbre, cada vez que ocurría algo y nos castigaban a los dos, usaba su hombro como almohada.

—Ari, ¿crees que deberíamos...? —Hice una pausa—. ¿Que deberíamos...?

—Si creo que deberíamos ¿qué?

—Es que... ya que los dos vamos a dar hoy nuestro primer beso, ¿no crees que deberíamos ensayar antes? ¿El uno con el otro? De esa manera, podemos ser sinceros y decirnos lo que hacemos mal.

—En realidad iba a sugerirte lo mismo... —Soltó un profundo suspiro—. Si hacemos eso, entonces no estaremos tan nerviosos cuando llegue el momento.

—Está bien, vale. Ven conmigo. —Le hice una seña para que me siguiera por el pasillo. Miré a ambos lados para asegurarme de que no venía nadie, y luego abrí la puerta del almacén del conserje para que entrara.

Dejó los libros en una escalera y cerré la puerta con llave.

—Entonces... —Parecía muy nerviosa—. ¿Cómo empezamos?

—Bien, primero... —Me puse de pie ante ella y me aseguré de que las puntas de nuestros zapatos se tocaban. Luego hice lo que veía que hacía siempre mi padre cuando besaba a mi madre: le puse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Y ahora, nos besamos a la de tres... —Me aclaré la garganta—. Uno...

Ella cerró los ojos y me cogió las manos.

—Dos...

—¡Espera! ¡Me he olvidado de algo! —Sacó un tubo de brillo labial del bolsillo y se lo pasó por los labios—. Puedes empezar a contar otra vez...

«¡Uff..., chicas!».

Puse los ojos en blanco antes de comenzar de nuevo.

—Está bien. Preparados... Uno, dos... —Cerré los ojos y me incliné hacia delante—. Tres...

Juntamos nuestros labios y dejamos pasar unos segundos, esperando... Esperando algo.

No era como en las películas. No ocurría nada. Nada en absoluto.

—Mmm... ¿Cuánto tiempo se supone que debemos estar así, Carter? —preguntó Ari con los labios todavía contra los míos.

—No lo sé... ¿Cinco segundos más?

—Vale... Muy bien...

Conté hasta cinco y me aparté.

—Dime... —dijo ella—. ¿Has notado mis *brackets*? ¿Tenía los labios demasiado pegajosos?

—No he notado el aparato, pero ponte el brillo antes de reunirte con él. ¿Qué tal yo? ¿Te ha picado la frente cuando te la he rozado con la mía?

—No. Ha sido todo normal. Pero cuando beses a Rachel, cuenta mentalmente y no en voz alta.

—Vale. —Cogí los libros de Ari y se los di. Desbloqueé la puerta y giré el pomo, pero se abrió antes de que pudiera empujarla.

—¿Qué? —El conserje de la escuela, un hombre que nos obligaba a ayudarlo a limpiar cuando nos castigaban, miró primero a Ari y luego a mí—. ¿Sabéis qué? Tratándose de vosotros dos, ni siquiera quiero saber qué estáis haciendo. Largo de aquí. Ahora mismo.

—¡No estábamos haciendo nada! —le espetó Ari.

—Entonces, salid ya de mi almacén antes de que le diga a todo el mundo lo que estabais haciendo ahí.

Los dos empezamos a correr, siguiendo caminos separados: ella con intención de reunirse con Dawson y yo con Rachel, para recibir nuestros primeros besos...

PISTA 4

SAD BEAUTIFUL TRAGIC (4:13)

CARTER

—Damas y caballeros —dijo por el micrófono el decano de Ciencias Políticas—, recibamos al último homenajeador de la noche: ¡Carter James

Hubo un fuerte aplauso cuando salí al escenario y acepté el premio, que llevaba grabado en una placa por delante «ESTUDIANTE DEL AÑO».

Esta noche ofrecían la ceremonia privada de graduación para los mejores alumnos de la facultad. Por alguna razón que se me escapaba, los mandamases habían pensado que era una gran idea darla varios días después que el resto de las universidades. También se les había ocurrido que lo mejor sería ofrecerla en la terraza de un famoso hotel; de esa forma, aquellos que nos aburriéramos podíamos admirar la playa al fondo y que siguiera pareciendo que prestábamos atención.

—Muchas gracias a todos por acompañarnos en este pequeño homenaje a los veinte mejores alumnos del departamento —continuó diciendo el orador—. Queremos hacerles saber que todos los estudiantes a los que honramos esta noche han obtenido una puntuación de ciento setenta y siete puntos o más de un total de ciento ochenta en las pruebas de admisión de la escuela de leyes.

Más aplausos.

Miré el reloj.

—No dejéis de probar el plato *gourmet* antes de marcharos, y seguid en contacto con nosotros cuando comencéis vuestras emocionantes carreras en el mundo legal.

Cuando empezó otra ronda de aplausos, me levanté y me dirigí a la mesa donde estaban los postres para despedirme de los pocos compañeros de clase con

los que había establecido alguna clase de contacto mientras hacíamos el grado.

—Bueno, bueno... Si es Carter James... —Un tipo con el pelo blanco se detuvo delante de mí, interrumpiéndome el paso—. Has realizado una transición interesante, ¿no crees?

—¿Perdón?

—De superestrella del deporte a superestrella en los estudios. —Sonrió mientras me miraba la pierna derecha—. Fue una pena que te lesionaras. Estoy seguro de que si no hubiera sido así, habrías conducido al equipo a un buen lugar. Según creo...

Apreté los puños, agradeciendo llevar puesto un traje; la tela era más incómoda si tuviera que golpear a alguien.

El hombre no esperó una respuesta por mi parte, sino que continuó hablando, confirmándome lo que, estaba seguro, se preguntaban de vez en cuando todos los hinchas del campus.

—¿No crees que deberías haber ido a otro médico en busca de una segunda opinión? El que te trató no era precisamente el mejor. La facultad incluso se ofreció a enviarte a Nueva York para que te hicieran más pruebas. Y también estaba dispuesta a pagarte la rehabilitación, ¿verdad?

—Sí.

—Lo que quiero decir, y no me malinterpretes, es que estar incluido cada semestre en la lista del decano y obtener una puntuación de ciento setenta y siete en las pruebas para ingresar en la escuela de leyes...

—Mi nota fue de ciento ochenta.

—Vale... —Se aclaró la garganta—. Bueno, es impresionante, hijo, pero podrías haber llegado muy lejos. Michael Jordan realizó un partido de postemporada muy importante con gripe. Joder, Willis Reed, uno de los mejores pívots de todos los tiempos, jugó con un hueso roto. ¡Roto! Muchos jugadores se recuperan del tipo de lesión que tú has sufrido, así que no entiendo por qué no lo has intentado.

—¿Ha terminado ya? —Mantuve los puños bajos.

—¿Qué opinan tus padres sobre esa decisión? —No se detuvo—. ¿Alguna vez has hablado con ellos al respecto? Estoy seguro de que tu padre jamás hubiera...

—¿Sabe qué? ¡Que le jodan! —escupí—. No sabe nada de mí, y no me importa nada si entiende o no una decisión que tomé con respecto a mi vida. Métase en sus asuntos.

—Solo quiero decir que...

—Es mejor que no continúe con ese tema —le advertí, entrecerrando los ojos

—. No deje que le engañe mi traje.

El hombre me miró confundido.

—Y para que conste —añadí, dando un paso atrás, dejando algo de espacio entre los dos—: Michael Jordan era un deportista profesional cuando jugaba con gripe, yo no. Sí, Willis Reed ha sido uno de los mejores pívots de todos los tiempos, pero se retiró porque no dejaba de lesionarse, ¿o no?

No dijo nada, solo me miró, así que me alejé. No me molesté en acercarme a ninguno de mis compañeros de clase ni en pasar por la mesa de los postres. Tenía que irme a casa para poder disfrutar de la compañía de las personas con las que realmente quería estar.

Me metí en el coche y subí el volumen de la música, esforzándome al máximo en olvidar a ese idiota y sus opiniones, pero no sirvió de nada. Todo comenzó a pasar por mi mente como si fuera una película antigua con los bordes difuminados.

Cinco años atrás, la nota que tenía que sacar en las pruebas de acceso para la escuela de leyes o decidir la licenciatura no era algo que me quitara el sueño. Me habían elegido como una de las mejores promesas del baloncesto del país. Era un «fenómeno inesperado» de «talento increíble», puesto que había comenzado a jugar al baloncesto durante el tercer curso de secundaria.

Cualquiera que lo viera desde fuera pensaría que era algo que me apasionaba. Se habían dirigido a mí entrenadores universitarios de todo el país, había llevado al equipo al campeonato estatal durante el último curso, pero era algo que solo utilizaba para olvidarme del dolor. Un dolor que, reconocía, ocultaba muy bien.

Pasaba todas las horas libres entrenando porque no quería pensar en nada, no porque quisiera mejorar mi juego. Fingía sentirme destrozado y muy afectado cada vez que perdíamos o cuando fallaba una canasta crítica, cuando en realidad no me importaba.

Incluso me sentía un poco culpable por haber aceptado una beca deportiva completa para la universidad de South Beach siendo consciente de que no quería jugar de forma profesional, y claro, la atención que recibí de los medios de comunicación alcanzó su punto álgido durante el primer curso.

Sin embargo, cuando después de cuatro partidos de liga, me rompí el ligamento cruzado de la rodilla, mi instinto de defensa se activó en segundos. La atención que me prestaban los medios de comunicación, que había comenzado de forma tan rápida y repentina, se detuvo bruscamente.

Sí, el médico me había dicho que podría volver a jugar con una buena rehabilitación, que podría tardar entre seis y ocho meses en recuperarme y estar

bien, pero le pedí que escribiera un informe diciendo que probablemente no podría volver a competir. No hubiera soportado ni un día más la vida como deportista universitario. De hecho, hasta ese momento había tenido que obligarme a encontrar la forma de hacerlo.

Como no tenía familia a la que llamar —solo tenía mis recuerdos de vez en cuando—, confiaba en mis amigos.

Solo en mis amigos.

Así tenía a Josh, mi mejor amigo y actual compañero de casa: estaba obsesionado con todo lo relacionado con las fraternidades de estudiantes y siempre tenía una excusa para casi todo. Además, contaba con mi excompañero de equipo, Dwayne, que pronto se convertiría en deportista profesional y formaba parte del primer equipo; todavía me conseguía entradas para los partidos de baloncesto del campus. Y, por supuesto, estaba Arizona, que se había mantenido a mi lado fielmente durante todo el proceso, que no me permitió leer lo que decían los periódicos sobre un «diagnóstico cuestionable», que siempre había permanecido conmigo cuando los demás se alejaron. Era mi mejor amiga, la mejor persona, con la que siempre podía contar sin importar nada más. Y, por alguna razón, era la única que me encontré en la cocina cuando por fin llegué a casa después de la ceremonia de entrega de premios.

—¿De verdad quieres una fiesta de graduación con solo cuatro personas? —preguntó cuando entré—. Sabes de sobra que podrías haber conseguido reunir fácilmente a más de cien personas aquí hoy, y eso solo contando a ese club de fans femeninas que te adoran.

—Te jode que sea tan sexy, ¿verdad?

—Me jode que seas capaz de definirte a ti mismo como «sexy», sin descojonarte de lo ridículo que suena.

Sonreí.

—¿Te gustaría más si fuera modesto?

—Me gustaría más si fueras sincero. —Se rio. Josh y Dwayne entraron justo en ese momento, discutiendo sobre estadísticas de baloncesto, como de costumbre.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que solo nos habías invitado a los tres? —preguntó Dwayne, mirando a su alrededor—. ¿La única chica presente va a ser Arizona?

—¿Algún problema con ello? —interrogué.

—No. —Josh se encogió de hombros al tiempo que dejaba una bolsa sobre la encimera—. Después de asistir esta semana a diez fiestas abarrotadas, creo que

esta noche agradeceré que seamos un grupo pequeño. Bueno, Arizona podría largarse. En eso apoyo a Dwayne. Y como vivo aquí, voto a su favor.

Arizona le mostró el dedo corazón.

—He comprado una tarta, Carter —comentó Josh, sacando un pack de cervezas de la bolsa y tendiéndomelo—. Se me ocurrió que querrías celebrarlo de forma oficial. Además, he pillado un licor nuevo que tengo que beber más adelante. Los tipos de la fraternidad quieren llevar a cabo un experimento que vimos en YouTube.

—¡Buena idea! —Levanté la tapa de la caja y negué con la cabeza cuando leí las letras escritas en color azul claro—. ¿«Felicidades, es niño»?

—Se habían acabado las tartas de graduación. —Se encogió de hombros—. Es mejor que nada, ¿verdad? ¿Debería haberte traído la que ponía «Felicidades, es niña»?

Arizona y Dwayne soltaron una carcajada, y no pude evitar reírme también.

Cogí el pack de cervezas y les hice una seña para que me siguieran al exterior, al patio trasero a través de la puerta de la cocina, y más allá, hacia la playa. Era el último verano antes de que empezáramos a perseguir nuestros sueños por separado, por lo que quería aferrarme a esa vida despreocupada durante un poco más de tiempo. Esa existencia en la que podía permitirme salirme con la mía y ser un poco irresponsable, pero me perdonarían cualquier cosa poniendo los ojos en blanco y con una palmadita en la espalda, incluso los vigilantes del campus. Esa vida en la que podía pasarme horas y horas en un bar con mis amigos y hablar de nada era la norma y no la excepción. Una vida en la que la playa estaba a solo unas manzanas de distancia.

Sin embargo, cuando Arizona se sentó a mi lado en la arena y comenzó a discutir con Josh, como de costumbre, me di cuenta de que este verano había algo diferente. Aunque todavía no podía decir exactamente qué era...

UNOS DÍAS DESPUÉS...

Cerré la puerta de mi habitación para leer el obituario de mi padre por enésima vez. Me detuve en las palabras «... deja un hijo, al que quería más que a nada en el mundo, una exesposa —la mujer a la que siempre ha considerado su mejor amiga— y a una prometida...». La parte que me llamaba la atención era «la mujer a la que siempre ha considerado su mejor amiga».

Mi padre había desaparecido de mi vida entre sexto y séptimo curso de

primaria, entre mi fiesta de cumpleaños y el comienzo de la pubertad. No había habido ningún aviso formal ni una conversación sobre por qué se iba; mi madre y yo nos despertamos una mañana, como nuevos, después de las vacaciones familiares anuales, y nos dimos cuenta de que habían desaparecido todas sus pertenencias.

La siguiente vez que lo vimos, aparecía en la televisión, al frente de un gran caso de divorcio entre celebridades. Después ya supimos de él por los periódicos: acababa de ganar uno de los mayores juicios colectivos del país. Y la última vez fue en su funeral; su nueva prometida, mucho más joven, había bebido de más y perdido el control del volante.

Para ser justos, debo decir que le había dado a mi madre todo lo que ella pensaba que quería en el divorcio: pensión alimenticia para ella y para mí, custodia compartida y las dos casas que habían adquirido durante el tiempo que duró su matrimonio. Nos había enviado las felicitaciones por cumpleaños y otras fiestas puntual como un reloj y, de vez en cuando, nos mandaba billetes de avión para que fuéramos a visitarlo; unos billetes que jamás usamos.

Además, me llamaba una vez a la semana para hacerme una batería de preguntas. «¿Qué tal la semana, hijo?», «¿Qué tal las notas?», «Tu madre me ha dicho que has empezado a jugar al baloncesto en el equipo de la escuela durante la liga de verano, ¿y eso?», «¿Qué tal le va a Arizona? ¿Sigue siendo tu mejor amiga?».

Un día, creo que en séptimo curso, ya cansado de esa mierda, interrumpí todas aquellas preguntas.

—¿Por qué nos has dejado? —le pregunté a bocajarro.

—¿A qué te refieres, hijo? —me había respondido.

—Me refiero a por qué nos has dejado —repetí sin titubear.

No hubo una respuesta inmediata, solo silencio. Después de unos minutos, me planteé colgar la llamada, pero en ese momento, empezó a hablar.

—No era feliz. Solo nos tolerábamos por tu bien... Se suponía que estaríamos juntos hasta que llegaras al instituto, pero, sinceramente..., no pude conseguirlo. Se lo dije a tu madre... Quizá debería haber sido más claro y añadir que no sentía lo mismo que antes, y que suponía que esa era la razón por la que no podíamos ser solo amigos.

—Eso es la mayor gilipollez que he oído en mi vida...

—Cuidado con ese lenguaje —me espetó, ahora en tono glacial—. Me has pedido que sea sincero, y estoy siéndolo... —Suspiró y se interrumpió una vez más—. Nunca conocí a nadie más ni supe quién era alejado de tu madre. Y ese

fue el problema. Nos conformábamos el uno con el otro pero, al mismo tiempo, nos agobiábamos mutuamente.

—¿Le estás echando a ella la culpa de tu marcha?

—En realidad, os culpo a los dos —dijo—. No es posible que un hombre y una mujer puedan seguir enamorados desde la infancia hasta después de cumplir los cuarenta. No es lógico.

—Entonces, ¿crees que engañarla con tu secretaria fue la mejor solución?

Silencio.

—¿Cómo te va en la escuela? —preguntó, cambiando de tema por completo—. ¿Y Arizona? ¿Todavía lleva *brackets*? —Y ese fue el último esfuerzo que hice para tratar de salvar nuestra relación. Por eso me sorprendió enterarme de que me había dejado algo en su testamento. Además de dinero para costearme los estudios universitarios, un fondo fiduciario y una cartera de inversiones, me había legado una casita en primera línea de playa.

En el momento en el que me la adjudicaron, juré que no la usaría nunca, e incluso busqué un agente inmobiliario para ponerla a la venta. Sin embargo, cuando descubrí que la casa quedaba cerca de la universidad de South Beach, cambié de opinión y me mudé a ella al final del segundo curso.

Era mi muy necesario refugio de la agitada vida en el campus y de las fiestas que inundaban la playa, por lo que nunca invitaba a más de tres personas a la vez. Por eso no me gustaba la idea de celebrar fiestas aquí, aunque Josh me quitó poco a poco esa idea de la cabeza a lo largo del verano. Incluso después de la reunión privada que tuvimos después de mi graduación me pidió que tuviéramos un encuentro de negocios.

Doblé el obituario de mi padre con un suspiro y fui a la cocina donde estaban sentados ante el mostrador Josh y cinco de sus hermanos de fraternidad.

—¿Por qué venís de traje? —pregunté mirando sus ropas grises y negras.

—Esto es una reunión de negocios, ¿verdad? —Josh sacó una carpeta.

—Eres mi compañero de casa.

—Y te estaré eternamente agradecido por ello —dijo—. Y creo, desde mi leal saber y entender, que nos hemos llevado bastante bien durante casi todo el tiempo, ¿verdad? Nunca te he pagado tarde el alquiler.

—No existe alquiler.

—Pero si lo hubiera, no me habría retrasado.

Puse los ojos en blanco y cogí una cerveza. Esto iba a alargarse mucho.

—También estarás de acuerdo —continuó— en que me he ocupado mucho del patio trasero sin que me lo pidieras. He rellenado la nevera cada vez que se han

acabado el agua y los batidos de proteínas, y me he asegurado de no darte la murga. Bien, con todo eso sobre la mesa, necesito que me argumentes tres buenas razones por las que no nos dejas organizar aquí una fiesta.

—Puedo darte diez.

—Soy todo oídos.

—Primera, tenemos vecinos a ambos lados, vecinos que no aprecian el ruido que provocan las fiestas y que ya nos tienen avisados de que llamarán a la policía.

—Ya hemos hablado con ellos. —Sonrió—. Estarán fuera el fin de semana que pensamos organizar la fiesta.

—Si hacéis la fiesta —respondí, haciendo mucho hincapié en el «si»—. Dos, no quiero que unos extraños borrachos rompan mis pertenencias.

—Tenemos planeado alquilar un contenedor de U-Haul para esa noche y meter dentro todas tus cosas, incluidos los muebles y la televisión. Al día siguiente lo volveremos a colocar todo en su sitio.

—Tres, no sabes contar. La semana pasada me dijiste que contabas con unas cincuenta personas, pero he visto el evento «secreto» en Facebook esta mañana y según eso vendrán trescientas personas.

—Trescientas setenta y cinco —dijo uno de los chicos que estaban a su lado después de carraspear.

—Sí, ya... —Apuré un largo sorbo de cerveza—. ¡Ni hablar!

—Venga, Carter. Hombre... —Josh se levantó—. No es como si no tuvieras espacio, como si no fueran a caber. De todas formas, teníamos pensado que la mitad de la gente estuviera fuera.

—No, y es no.

—No me dirás que no te gusta la idea de las piscinas de gelatina o las alfombras deslizantes Slip N Slides. O la de un concurso de camisetas mojadas en el patio trasero. Es posible que esta sea la última gran fiesta que tengamos. Debemos tener recuerdos así, de forma que cuando estemos casados y tengamos hijos que no soportemos, podamos decir «Eh, hubo un tiempo en el que realmente me encantaba la vida, ¿sabes?».

—¿Alguna vez piensas antes de hablar o simplemente lo dejas todo en manos del azar?

—En realidad un poco de todo —dijo sonriendo—. No me obligues a suplicártelo.

—¿Por qué no podéis organizar la fiesta en la sede de la fraternidad?

—Sí... Sobre eso... —Se aclaró la garganta—. Después de ciertos eventos

ocurridos en el último semestre, han prohibido que Épsilon Ji organice fiestas en el campus durante los próximos cinco años.

—¿En serio? ¿Y crees que eso hace que me atreva a confiar en que hagáis una aquí?

—No, pero creo que si hacemos todos lo que dijimos que haríamos hace tan solo unos minutos y además te ofrecemos ochocientos dólares, estarás de acuerdo.

—Y tendrás razón. —Lancé la botella vacía de cerveza a la basura—. Trato hecho.

Puso los ojos en blanco y se quitó la corbata mientras sus hermanos de fraternidad se daban palmadas en la espalda.

—De acuerdo, ya que tenemos dos semanas para prepararlo todo, ¿te importaría echarnos una mano durante este fin de semana? Tenemos que ir a recoger las antorchas *tiki*, algo de hierba para fumar y también tenemos que traer la gelatina y el alcohol. Sin embargo, necesitamos cuatro personas para sostener las piezas de las antorchas. Se supone que son frágiles... y tenemos que recogerlas dentro de unos días... Así que, a menos que quieras ayudarnos conduciendo...

—No, yo no. Pero puede conducir Ari.

—¿Ari? —Josh abrió los ojos de par en par—. ¿Ari... Arizona?

—¿Conocemos alguna otra Ari? —Lo miré fijamente—. Sí, esa Ari.

—Tío..., a mí nunca me has dejado conducir tu coche.

—¿Y?

—Ari es una chica.

—Y tú eres un chico. Ahora que hemos dejado claro que distingues los géneros, ¿hemos terminado ya?

—La cuestión es: ¿por qué Arizona puede conducir tu coche cuando yo, tu mejor amigo desde el penúltimo curso del instituto, tengo que suplicarte que me permitas dar una maldita fiesta en una casa que los dos compartimos? ¿Por qué?

Negué moviendo la cabeza. Una vez al mes, con la puntualidad de un reloj, Josh sacaba a colación algo sobre Arizona. Como un crío, siempre acababa preguntándome por qué ella podía hacer algo y él no.

—¿No piensas responderme? —Josh sacudió la cabeza—. Y luego te cuestionarás por qué todo el mundo que os conoce piensa que hay algo entre vosotros.

—Antes de nada —repliqué, molesto—, no me importa lo que piensen los demás. Incluso aunque estuviéramos saliendo, y no lo estamos, no sería asunto

de nadie más que de nosotros mismos. En segundo lugar, mi coche tiene cambio de marchas, y no me importaría dejarte conducirlo si supieras usarlo, pero no es así, ¿verdad?

—Ah, sí... —Trató de salvar su orgullo—. Cierto. Me había olvidado... Sin duda Ari está más que cualificada para conducir mañana. No me importa. Me alegro de que hayamos hablado.

—Lo mismo digo. Y quiero que me deis los ochocientos dólares esta semana, antes de la fiesta. —Me despedí de él y de sus amigos, y regresé a mi dormitorio.

Abrí las cortinas y contemplé el mar, a la gente que daba un paseo nocturno por la playa. Recordé de repente que se suponía que iba a llamar a la amiga de Ari, Tina, para echar un polvo, así que saqué el móvil. Pero vi un mensaje de Arizona.

Arizona: ¡Chúpate esa! El chico del otro día, Chris (ya te dije que había chispa entre nosotros), y yo iremos al cine esta noche. ¡Toma ya!

Yo: Ari, se supone que tienes que follar con él. No ir al cine. (¡No me chupo nada!).

Arizona: Sí, ya... Bueno. A las personas normales nos gusta conocer a alguien antes de acostarnos con él. Lamento no ir tan rápido como tú con Tina.

Yo: Todavía no me he acostado con Tina.

Arizona: ¿Tienes problemas para que se te levante?

Yo: Para lo único que tengo problemas es para cruzar el puente en hora punta.

Arizona: Bueno, estoy segura de que mañana tendrás éxito. ¿Nos tomamos un waffle después de mi cita? ¿A las diez?

Yo: A las once.

Arizona: Genial, te veo allí.

PISTA 5

SPARKS FLY (3:23)

CARTER

Asunto: Tina

¿Quieres saber lo que dice de ti a tus espaldas?

Ari

Asunto: Re: Tina

No, pero me gustaría que te des prisa y vengas de una vez para que podamos terminar con esto. ¿Piensas salir hoy al mediodía? (¿Por qué sigues trabajando aquí? Casi nunca vienes y el jefe te odia...).

Carter

Asunto: Re: Re: Tina

Les va diciendo a todos tus amigos que dices las mejores guarradas por teléfono, que nunca había tenido sexo telefónico y que casi no puede esperar a que folléis de verdad.

(Sinceramente, no sé por qué sigo trabajando aquí... Dame tiempo para pensarlo...).

¿De verdad tengo que conducir yo?

Ari

Asunto: Re: Re: Re: Tina

No pienso hacer comentarios sobre nada de lo que dice Tina.

Sí.

DATE PRISA.

Sinceramente,

Carter

Me recosté en el asiento del copiloto de mi coche mientras seguía esperando a Ari con Josh y dos de sus hermanos de la fraternidad frente al puerto deportivo. Tenía la esperanza de que el día pasara con rapidez, ya que no estaba seguro de poder seguir soportándolos a los tres durante más horas.

—Carter, ¿te he contado que he creado un club de porros privado en la fraternidad? —preguntó Josh.

—No... —Al momento, le envié a Ari otro correo electrónico: «Date prisa», y miré a mi compañero de casa por el espejo retrovisor—. ¿Has fumado demasiada hierba hoy? Es temprano incluso para ti, ¿verdad?

—Para que conste, no se puede fumar demasiada hierba —aseguró—. Volviendo al tema que nos ocupa, mi misión es decirle a los nuevos miembros del club que no deben dejar que mis sueños de porros mueran el año que viene... Mis objetivos deben continuar.

—Permíteme aclarar esto: ¿te sientes feliz al haber fundado un club secreto que promueve una droga ilegal? ¿No querías llegar a gobernador?

—Bueno, antes que nada, los porros no son una droga. Es una hierba —aseguró desafiante—. Esa mierda crece en el suelo, como las malditas zanahorias.

—¿Y qué me dices de los efectos secundarios? —intervino uno de sus hermanos de la fraternidad—. ¿Los adviertes de ellos?

—¿De qué? ¿De que los porros pueden relajarte y hacerte sentir sensacionalmente calmado y feliz? Oh, claro... —Puso los ojos en blanco—. Los efectos secundarios resultan letales. Cura el glaucoma, ayuda a los ciegos, y la única razón por la que es ilegal es porque el gobierno sabe que si los legaliza será difícil cobrar impuestos, porque la gente podría cultivar sus propios suministros en el patio trasero.

—¿De verdad crees eso o estás drogado en este momento? —preguntó otro hermano de la fraternidad—. Sinceramente, estás empezando a preocuparme...

—¡Ja! —Josh se rio—. Créeme, cuando me convierta en gobernador, después de que eliminen de mi expediente todas las tonterías que hice el primer año, legalizar los porros en Estados Unidos será mi objetivo número uno.

—¿Que legalicen la cocaína será el número dos? —pregunté con firmeza.

—Que te jodan, Carter. Escúchame...

No me molesté. Cerré los ojos y me recliné en el asiento.

«No volveré a ayudar a Josh a organizar una fiesta nunca más...».

—Mira eso... —susurró uno de los chicos de la fraternidad—. Me la tiraría ya.

—¡Joder, sí! —Se rio otro—. Un veinte sobre diez.

—Diecinueve con cinco... Le resto medio punto porque es una borde. Me tropecé con ella por el campus en una ocasión.

—Estamos hablando de aspecto, no de actitud.

—En ese caso, subo a cincuenta.

Los dos se rieron, y abrí los ojos para ver de quién estaban hablando, pero la única mujer que vi, la única chica que se acercaba a nosotros, era Ari.

Llevaba una camiseta rosa sin mangas y pantalones vaqueros, se movía de forma fluida, sin pensar, sin una preocupación en el mundo. Venía hacia nosotros con el largo cabello castaño ondeando con el viento, y, por alguna razón, no podía apartar los ojos de ella.

A casi todos los hombres que se encontraban en el puerto deportivo parecía que les pasaba lo mismo. Se volvían a mirarla o no podían apartar la vista, admirados, durante varios segundos.

—Sí... —dijo uno de los chicos que estaban sentados en la parte de atrás mientras ella se giraba para mirar algo por encima del hombro—, y definitivamente, estoy de acuerdo contigo.

Por lo general, le hubiera dicho que se callara, pero seguía perplejo ante esta nueva Ari, y me preguntaba por qué nunca la había visto así con anterioridad. Incluso en cuarto curso (cuando llevaba *brackets*), pensaba que no estaba mal, hasta la consideraba guapa, pero la mujer que se acercaba a nosotros era mucho más que eso. Muchísimo más...

De hecho, cuanto más se acercaba, más resaltaban sus rasgos bajo los rayos del sol. Sus labios gruesos, perfectos y jugosos, sus ojos almendrados de un tono avellana claro, y aquella sonrisa, que parecía volver locos a sus admiradores del asiento de atrás.

«¿Qué coño...?».

Cuando por fin llegó hasta el coche, abrió la puerta con un gemido.

—¿En serio, Josh? Sabía que tenía que ser cosa tuya. ¿Haces esto para anotarte un punto?

—Sí —repuso él, inclinándose hacia delante y abriendo la puerta—. Estabas a punto de conseguir que nos salieran raíces. Si dices que bajas al mediodía, entonces es mejor que lo hagas.

Ella puso los ojos en blanco y se deslizó detrás del volante, ignorándolo, como siempre.

—Ya que tú y yo somos los únicos adultos que hay en el coche... —comentó mientras encendía el motor—. Mmm... ¿Hola? ¿Por qué me miras así? ¿Tengo monos en la cara?

—No... —Volví la cabeza hacia el parabrisas—. Solo estaba pensando.

—¿Sobre qué? —Parecía preocupada.

—Te lo contaré más tarde.

—¿Seguro? Tienes un aspecto muy...

—Mmm... ¿Hola? —Nos interrumpió Josh—. No me gustaría entrometerme en ese ritual diario de «amiguitos» sobre vuestra vida cotidiana, pero tenemos

que recoger algunas cosas para la fiesta.

—Vale. —Ella dejó de mirarme poco a poco—. ¿Te he dicho ya que Carter me está ayudando a echar un polvo antes de marcharme a la escuela culinaria? —comentó ella, sonriendo en mi dirección y mostrándome aquellos dientes perfectos y blanquísimos—. Es un amigo de verdad. No como otro que conozco.

—Yo no he crecido contigo durante media vida, ¿vale? No te debo nada. Y en realidad, ya que estamos...

Desconecté de su conversación. Podían estar discutiendo durante horas sobre cualquier cosa solo porque les divertía. Por suerte, casi siempre me mantenían al margen de sus desavenencias.

Y, ahora mismo, estaba más agradecido que nunca por que estuvieran distraídos.

Giré la cabeza hacia la izquierda para volver a mirar a Ari, esperando que los últimos minutos hubieran sido un error, que me encontrara en medio de una extraña fantasía. Que no pudiera ser que me sintiera tan atraído por ella en este momento, no podía estar pensando en serio que quería decirle que se detuviera para poder saborear sus labios. Tanto los de arriba como los de abajo.

Los pensamientos que cruzaban por mi mente —arrancarle la camiseta, quitarle los vaqueros cortos y separarle las piernas encima del capó— debían desaparecer de inmediato...

«¡La puta hostia!».

PISTA 6

BREATHLESS (3:49)

ARIZONA

Me detuve en una gasolinera y me mordí la lengua para no gritar. No sabía cuántos viajes más podría hacer llevando a Josh y a sus hermanos de fraternidad en el asiento trasero, pero si les escuchaba quejarse por la forma en la que conducía u oía la expresión «antorcha *tiki*» una vez más, acabaría volviéndome loca.

No sabía por qué la fraternidad a la que pertenecía Josh quería organizar otra fiesta. Estaba claro que él sabía cómo montar fiestas realmente buenas, pero también le gustaba saltarse todas las reglas; la fiesta temática inolvidable del año pasado acabó con la mitad de los asistentes huyendo de la policía. El anterior, la experiencia legendaria terminó con un incendio en el patio trasero, y no quería pensar qué tenía en mente este año para la que llamaban «la Fiesta Épica».

Apagué el motor en cuanto aparqué y salí corriendo para entrar en la tienda con idea de refrescarme. Literalmente.

Tarareando, me interné entre los pasillos, cogiendo un montón de chucherías, dado que todavía nos quedaban algunos viajes. Twizzlers, Cheetos y un par de refrescos, por si acaso.

«Nunca aceptaré ayudar a Josh de nuevo con la preparación de una fiesta. No, nunca más...».

Le envié a Carter un mensaje de texto:

Yo: ¿Quieres algo de la tienda?

Carter: Gatorade.

Yo: ¿De qué sabor?

Carter: Sorpréndeme.

Cogí uno de color azul y fui a la caja, donde dejé todos los productos. Esperé a que me mirara y me atendiera, pero no se dio cuenta de mi presencia.

Tenía los ojos clavados en algo que había fuera.

—Dios mío... Es perfecto —murmuraba para sí misma.

Me aclaré la garganta para llamar su atención. Nada.

Incluso tosí un par de veces y pronuncié un «¿Perdón?», pero no obtuve respuesta.

Cuando su jefa apareció por la puerta trasera, esperaba que me dijera algo, o que al menos tuviera la gentileza de atenderme, pero siguió la mirada de su subordinada y se unió a la fiesta.

—Dios mío... —musitó, consiguiendo finalmente que me diera la vuelta y mirara lo que fuera que las tenía tan embobadas.

Sabía que no se trataba de Josh. Él estaba hablando por teléfono sobre gelatina Jell-O. Sus colegas de la fraternidad se reían de algo mientras echaban gasolina. No estaban mal, pero no eran dignos de tanto babeo, nada que justificara que dos mujeres se hubieran quedado boquiabiertas.

Me llevé las manos al pecho, preparada para aclararme la garganta de nuevo y salir de aquella especie de cuarentena autoimpuesta, pero de repente clavé los ojos en Carter.

Lo había visto sin camisa un millón de veces antes, había visto cómo sus ojos azules brillaban bajo la luz del sol todavía más veces, pero jamás había sentido la más leve atracción... Hasta ahora...

Y en ese momento no fue «leve» en absoluto.

Con su tableta de abdominales a la vista, se había apoyado contra un dispensador de gasolina con la mirada perdida en la distancia mientras las gotas de sudor resbalaban por su pecho. Esbozaba esa sonrisa encantadora suya que usaba siempre que tenía delante algún admirador, la misma que me había mostrado durante todo el camino.

Se pasó las manos por el pelo negro azabache y, de repente, me imaginé haciéndolo yo, me vi pasando las manos por sus abdominales y más abajo, donde los oblicuos perfectamente definidos bajaban hasta...

«¡Oh-Dios-mío!».

Al instante, miré hacia otro lado.

Pero luego volví a mirarlo; no pude evitarlo.

«¿Cómo era posible que no hubiera notado esto nunca?».

—¿Esto es todo o estás demasiado ocupada mirando lo que hay ahí fuera para

coger algo más? —me dijo por fin la dependienta, fingiendo que ella no lo había estado mirando también.

—Es todo. —Le lancé a Carter una última mirada y empujé lo que había elegido hacia ella.

Cuando terminó de meterlo todo en unas bolsas, regresé al coche y esperé a que Carter y los demás chicos se volvieran a sentar dentro.

—Gracias por detenerte, Ari. —Josh parecía medio sincero cuando lo dijo.

—De nada. —Repuse lo mismo a sus amigos y, cuando Carter ocupó el lugar del copiloto, no pude evitar estudiarlo con más atención.

«Sin duda es la definición hecha carne de “sexy”...».

—Pareces un poco cansada —susurró por lo bajo—. ¿Quieres que conduzca yo?

—No... —Negué con la cabeza y miré hacia delante mientras encendía el motor—. Estoy perfectamente.

«La leche...».

PISTA 7

EYES OPEN (3:59)

ARIZONA

Saqué una taza de cristal del armario de Carter y la coloqué en una caja.

—¿Es la última? —Josh se acercó para recogerla.

—Sí, la última —repuse. Inmediatamente se dio la vuelta y se alejó. Aunque me había dicho a mí misma que me iría a casa después de pasarme el día haciendo recados, había decidido quedarme para ayudar a guardar los objetos de valor de Carter en el camión contenedor de U-Haul. (De acuerdo, también me quedé para mirarlo a él un poco más y poder descubrir qué demonios me pasaba a mí y a mi pobre y confuso cerebro).

Volví a contemplar a Carter y me di cuenta de que él también me estaba observando.

—¿Quieres que me quede y te ayude con alguna otra cosa? —pregunté.

—Lo mejor será que vayas a dormir un poco. —Parecía preocupado—. Esta noche no haremos nada más. Mañana puedes volver para ayudar.

—No estoy cansada —argumenté con sinceridad.

—En ese caso... —Josh regresó en ese momento y señaló un enorme montón de cajas que había en un rincón—. ¿Podrías organizar las bebidas que hay ahí por marca y tipo, por favor? Y luego, cuando termines, ¿podrías seguir con el resto? —Indicó otra columna que quedaba medio oculta por la puerta.

—Ahora que lo pienso bien, podría tomarme un descanso...

—Que no sea muy largo. Los chicos y yo estaremos fuera preparando algunas antorchas por si nos necesitas. Mientras trabajamos, me pensaré lo de invitaros a la fiesta.

Me despedí de él y me acerqué al sofá, aunque me hundí en la alfombra en vez

de sentarme al lado de Carter.

—¿Demasiado cansada para llegar hasta el sofá? —Carter sonrió—. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve a casa?

«En realidad podría ser lo mejor en este momento...».

—Ven aquí. —Me agarró por el brazo para acercarme más a él, colocándose entre sus piernas. Luego se puso a darme un suave masaje en los hombros.

Cerré los ojos y me incliné hacia atrás, disfrutando de la sensación que provocaban sus manos en mis músculos a pesar de que intentaba no concentrarme en el hecho de que tenía los nervios a flor de piel.

—¿Qué tal te van las cosas con Chris? —preguntó.

—En realidad van bastante bien. Ayer por la mañana salimos a correr juntos... Y no se le da mal besar.

—Entonces... ¿significa eso que hay posibilidades reales de que lleguéis a mantener relaciones sexuales satisfactorias?

—Creo que tendremos un sexo increíble. —Tragué saliva al sentir que apretaba la palma de una mano contra mi nuca—. Y también creo que será tan sorprendente que te morirás de envidia cuando te lo cuente todo.

—Por favor, no. —Soltó una carcajada—. Sin duda deberías invitarlo a la fiesta.

—Lo he hecho ya.

—¿Voy a tener que prestarte mi habitación para asegurarme de que rematas la tarea?

—No...

—¿Por qué?

—Porque aunque ha agradecido la invitación, no podrá asistir. Ese día tiene turno de noche... ¿Qué tal os van las cosas a Tina y a ti?

—No ha ocurrido nada todavía —confesó, masajeándome los hombros una vez más—. Aún no la he llamado.

—¿Alguna razón para que no te hayas decidido todavía? —Lo miré.

—No me había dado cuenta...

Silencio.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos minutos, solo nos miramos el uno al otro. Luego se inclinó hacia mí y me retiró un mechón de pelo de la cara, haciendo que mi corazón se acelerara; noté cómo me golpeaba en el interior de una forma que no había sentido antes.

—¡Épico con E mayúscula! —gritó Josh, haciendo que nos separáramos—. Ya tenemos lema para la fiesta.

—¡Enhorabuena! —le dijo Carter sin dejar de mirarme.

—Sabía que te gustaría. —Josh sonrió—. Además, necesito que le confirméis unas cuantas cosas a mi amigo Martin. —Señaló a un tipo altísimo que había junto a él.

Carter y yo nos miramos confundidos.

—Por favor, decidle que el sexo es lo que siempre arruina las amistades entre hombres y mujeres. —Josh se cruzó de brazos—. Antes de que añadáis nada más, dejadme que enumere los hechos: Uno, si te acuestas con la persona que mejor te conoce, te estás creando un enemigo en potencia. Dos, una vez que tienes sexo, nada vuelve a ser igual. Tres, si no se termináis juntos, nunca más volveréis a ser amigos. Nunca. ¿Tiene sentido o no?

—Parece que estás hablando por experiencia personal... —Me levanté y le hice una señal a su amigo—. Pero... sí, tiene sentido.

—Mucho sentido —corroboró Carter, que de repente estaba a mi lado, tendiéndole la mano a Martin—. Jamás te acuestes con tu mejor amiga. Josh tiene razón: a largo plazo no funcionaría.

—Pero ¿y si ambos estamos de acuerdo en no dejar que pase eso?

—No... —Carter, Josh y yo lo dijimos a la vez y nos reímos después.

—Ahora que lo hemos aclarado —intervino Josh, sonriente—, no me importa que estés hasta tarde esta noche, Carter, pero estamos a punto de hablar de un tema relacionado con Épsilon Ji, así que... ¿qué te parece si te llevas a tu otra mitad a casa? Debo decir que su pericia como conductora fue muy apreciada hoy.

Puse los ojos en blanco y le lancé un sacacorchos.

—Volveré mañana y organizaré las bebidas. Aunque creo que tendré que hacerlo por el color y no por la marca, dado que has quitado todas las etiquetas.

—Ha sido algo deliberado, amiga mía. Son para nuestro nuevo concurso de camisetas mojadas.

—Me das asco.

—Y tú me pones cachondo... —Josh se humedeció los labios de forma lasciva.

—Venga, ya basta... —Carter cogió las llaves del coche—. Vuelvo enseguida, intenta no quemarme la casa mientras no estoy.

—La casa es de los dos. —Prácticamente nos empujó hacia la puerta—. Y lo haré lo mejor posible.

Camino de mi casa, Carter y yo nos comportamos como si aquel momento en el sofá no hubiera ocurrido nunca.

La noche terminó como solían terminar todas en verano, después de las clases;

Carter se detuvo delante de mi casa, esperó a que entrara antes de marcharse y luego me envió un mensaje de texto varias horas después.

Carter: ¿Tienes ganas de hablar o de tomar una cena tardía conmigo?

NOVENO CURSO

CARTER

*Querida Arizona:
Me debes veinte dólares.
Sinceramente,
Carter*

*Querido Carter:
¿Por lo menos podrías INTENTAR aparentar que estás prestando atención en clase?
¿Y por qué me has pasado una nota cuando los dos tenemos móviles?
Irritada,
Arizona*

*Querida Arizona:
No he visto los veinte dólares que me debes en la última nota.
Por favor, respóndeme con los fondos apropiados.
Gracias.
Sinceramente,
Carter*

*Querido Carter:
Solo te debería veinte dólares si hubieras tenido sexo o perdido la virginidad durante el fin de semana.
Y como los dos sabemos que no ha sido así, puedes dejar de fingir que sí lo has hecho. Sin embargo,
puedes darme veinte dólares tú a mí por haberme escrito una nota llena de tonterías.
Madura y usa el móvil.
Arizona*

*Querida Arizona:
Como ya te he dicho..., me debes veinte dólares.
Sinceramente,
Carter*

Ari soltó un jadeo al leer mi última nota, miró por encima del hombro y movió la cabeza. Me envió un mensaje de texto justo antes de que sonara la campana.

Arizona: ¿Nos vemos después de clase de economía del hogar? ¿En tu casa?

Le respondí al instante.

Yo: En la tuya. Mi madre tiene cita con el terapeuta más tarde. Si hacéis brownies, tráeme uno.

Arizona: Trato hecho.

Durante el resto del día me pareció que flotaba, y no presté atención a nada de lo que ocurría a mi alrededor. Incluso pasé una hora más en tutoría preparando los exámenes, algo que no hacía nunca a no ser que estuviera muy aburrido.

Fui a casa de Ari por el camino más largo, deteniéndome cada dos por tres aunque fuera para no mirar nada en particular. Sin embargo, cuando llamé a la puerta, ella no había llegado todavía.

—¡Hola, Carter! —me saludó Ariana, su hermana mayor, invitándome a entrar—. ¿Quieres beber algo?

—Un vaso de agua, por favor.

—Aquí tienes —me dijo, poniéndome una botella fría en la mano—. Si quieres, puedes esperar arriba a Ari, en su habitación. No creo que tarde demasiado.

—No, gracias. —La miré con los ojos entrecerrados—. Prefiero quedarme aquí hasta que venga. Gracias a ti, tu madre se imaginó que estábamos haciéndolo arriba la última vez que vine. ¿No recuerdas la bola que le contaste?

—Fue una broma. —Se rio—. Sinceramente, creo que ya hemos aceptado todos que solo sois amigos. Unos amigos muy raros y demasiado íntimos, pero solo amigos.

—No te creo. —Me dejé caer en el sofá—. Es la cruz de mi vida. Lo siento.

Sonrió mientras cruzaba los brazos.

—¿Sabes? Le he hablado de vosotros dos a uno de mis amigos. Le he dicho que aunque creo que es casi imposible que un hombre y una mujer sean solo amigos, estoy segura de que Arizona y tú sois el único chico y la única chica que conozco que no cruzaréis la línea de la amistad.

—Gracias por pensarlo —repuse—. La verdad es que solo esperaba que me echaras más mierda encima.

—Muy bien, listillo, aquí entre tú y yo: ¿alguna vez has pensado en Arizona como en algo más que una amiga? ¿Alguna vez te ha pasado por la mente que quizá algún día pueda convertirse en tu novia? ¿O tal vez...?

—¿Sabes qué? Creo que voy a esperarla en su habitación, así no tendré que aguantar estupideces. —Me levanté y fui hacia las escaleras ignorando sus carcajadas. Cerré la puerta y me senté junto a la ventana para pensar en el sexo, que era algo muchísimo más entretenido.

Había sido diez veces mejor de lo que me imaginaba, y me moría por contárselo a alguien. No sabía cómo iba a poder pensar en otra cosa o concentrarme en la escuela esta semana porque, si de algo estaba seguro, era que a partir de ahora mantener relaciones sexuales con frecuencia se iba a convertir

en algo fundamental en mi vida.

—¿No puedes dejar de sonreír así? —espetó Arizona, lanzándome una almohada a la cabeza—. Se lee todo en tu expresión.

—Entonces, ¿me crees?

—¿Cómo no voy a creerte después de verte ahí sentado como un pasmarote con esa sonrisa idiota en la cara durante cinco minutos? —Se dejó caer en la cama—. Sí. No me queda otra opción.

—Lo siento, no puedo evitarlo. —Me acerqué y me detuve a su lado—. Ha sido genial.

—¿Con quién fue? ¿Erica? ¿Adriane?

—Con Amber —dije—. Lo hicimos el domingo por la tarde en su casa, mientras sus padres estaban en una barbacoa.

—¡Qué *chic*!

—Lo hicimos más de una vez.

—¡Estás mintiendo! No es posible...

—Oh, joven e inocente Ari... Cuando experimentes las maravillas del cuerpo, podrás asimilar sin esfuerzo la necesidad y la insaciabilidad de los deseos corporales.

—Vaya..., parece que prestas atención en clase de literatura. —Ella se rio y me dejó un *brownie* encima del pecho—. Ya sabía yo que esa chica era una infanticida...

—Solo tiene tres años más que nosotros.

—Lo que tú digas... —Puso los ojos en blanco—. ¿Quién más lo sabe?

—Nadie. —Todavía no se lo había contado a ninguno de mis amigos: Josh estaba castigado por no haber asistido a clase la semana pasada, así que se lo había confesado primero a Ari.

—¿Qué se siente? —preguntó.

—Tarta de manzana.

—Lo digo en serio. —Giró sobre el costado para mirarme mejor—. ¿Qué se siente?

—Bueno... —Tragué saliva—. Es algo realmente muy bueno... Pero...

—Pero ¿qué?

—¿Sabes todo eso que sale en las películas, cuando los actores tienen sexo y se miran a los ojos, que actúan como si el mundo hubiera cambiado para siempre?

—¿Sí?

—Pues no ha sido así.

—¿En serio?

—En serio... —Me encogí de hombros—. Es decir, no me interpretes mal, es una sensación única, en especial la primera vez que me hundí dentro de ella y sentí lo apretada que estaba...

—Agg... Por favor, ahórrame esos detalles tan gráficos...

—Vale..., vale... —Me reí y me puse de lado para mirarla—. Ari, es realmente asombroso. Pero si se supone que debo sentirme como en las películas, debo de estar perdiéndome algo.

—¿Quizá hayas hecho algo mal?

—No. —Me reí con más fuerza—. Te aseguro que no lo hice mal.

—Entonces, ¿es como en las pelis porno? ¿Es algo así?

—¿Ves porno? ¿Desde cuándo?

—Desde... Desde hace tiempo. —Sacó el móvil del bolsillo—. PornMD.com

—No, no, no. —Le quité el teléfono mientras movía la cabeza—. Tienes que usar pornhub.com. Te vincula con las mejores webs y está mucho mejor organizada. —Escribí la dirección—. ¿Qué categoría te gusta? ¿Porno aficionado?

—En realidad me gusta el porno duro.

—¿Me tomas el pelo...?

—No. —Parecía hablar en serio—. El mes pasado, en la fiesta de Lisa Jane, vimos muchas pelis. Ahora veo al menos dos a la semana. Creo que podría volverme adicta.

—Sí, claro, una virgen adicta al porno. —Puse los ojos en blanco—. Creo que ahora ya lo he visto todo. Solo estás pasando por una fase...

Se acercó a mí cuando pulsé la pantalla para reproducir un vídeo.

—Lila la tetona es follada por una polla enorme.

—De todo lo que podías haber elegido... —Suspiró.

—No te quejes, me has dicho que porno duro. —Subí el volumen.

En la pantalla ni siquiera se molestaron en crear una historia. La modelo rubia se quitó la camiseta blanca y separó las piernas encima del escritorio mientras un tipo con una camiseta de «Vitamina D» se meneaba la polla varias veces.

—Me muero por hundirme en ese coño, nena —dijo, guiñándole el ojo a la cámara—. Tienes un coño muy bonito y resbaladizo.

Ari y yo nos reímos.

Vitamina D cogió a Lila por las caderas y la inclinó sobre una silla, donde le golpeó el culo unas cuantas veces antes de penetrarla.

—¿Crees que esas tetas son de verdad? —Ari inclinó la cabeza a un lado mientras los senos de Lila subían y bajaban, rebotando cada vez que Vitamina D

la embestia.

—No. Son de silicona. ¿No ves que la piel alrededor de las tetas no se mueve? Que siempre tengan la forma perfecta es una señal de que no son de verdad. Sí, sin duda son de silicona.

—Esa es, de lejos, la peor explicación que he escuchado nunca.

—Es verdad. La próxima vez que te entren dudas, salta delante del espejo y compara cómo se mueven tus tetas, aunque sean pequeñas, con cómo se mueven las de ella.

—Ya te lo diré. ¿Y el culo?

—¡Arizona! ¡Carter! —nos llamó su madre desde la escalera. Me levanté de la cama y le devolví el móvil a Arizona—. ¡Bajad para ayudarme a guardar la compra! Y sí, Carter, tú también tienes que ayudar. Comes una buena cantidad de ella cada semana.

Tiré de Arizona para que se pusiera de pie.

—Eh, espera... Tengo que confesarte algo —dijo Ari, cruzándose de brazos—. Me da mucha envidia que hayas tenido sexo antes que yo. Ya está... Lo he dicho.

—Yo también tendría envidia. —Me reí—. Pero quieres cumplir la fantasía esa del príncipe azul que te haga ver chiribitas la primera vez...

—Sí... Supongo.

—Así que sigue mirando porno hasta que encuentres al tipo perfecto en la vida real, y será mejor que me avises cuando ocurra.

—Lo haré. —Abrió la puerta—. Como siempre.

—Pero si no sucede, siempre puedo follar contigo por lástima... Es lo que haría un buen amigo.

Me dio una colleja en la parte de atrás de la cabeza antes de empujarme fuera de su habitación.

—Si alguna vez nos acostáramos juntos, sería yo quien follaría contigo por lástima.

PISTA 8

BOTH OF US (4:21)

ARIZONA

De verdad, durante los últimos años, he intentado con todas mis fuerzas que alguna chica fuera mi mejor amiga: alguien con quien poder hacerme las uñas, con quien hablar y discutir de forma obsesiva cada detalle de una cita que salió mal, a quien poder enseñarle un tío bueno y decirle «¿Sabes?, me pregunto cómo será su polla...» sin que me juzgue.

Sin embargo, cada vez que lo he intentado, ha ocurrido una de estas tres cosas:

1) La que se suponía que iba a ser mi mejor amiga quería que Carter viniera a todas partes con nosotras para acercarse a él, no a mí.

2) Solo me utilizaba para algo relacionado con el colegio. Por ejemplo, todavía recuerdo lo mal que me sentí cuando la que se suponía que era mi mejor amiga Carla solo quería estar conmigo porque compartía con ella el bocadillo de la merienda. «Sin bocadillo, no somos amigas», decía.

3) Nicole. La chica que ahora mismo estaba mirándose en el espejo de cuerpo entero.

Nicole iba vestida con un elegante vestido blanco hasta la mitad del muslo que dejaba muy poco a la imaginación y se estaba pasando las planchas por el pelo por enésima vez para asegurarse de que estaba perfecto para la fiesta en casa de Carter.

Nos habíamos conocido en clase el año pasado, y había pensado que era buena señal que tuviéramos en común la misma aburrida especialidad. Solo que un mes después ella se había dado de baja.

—Solo estaba yendo a esa clase para acercarme a ese jugador de fútbol americano —me había confesado—. ¿Sabías que se va a hacer profesional en

otoño?

Aun así, me aferré a esa amistad con uñas y dientes, enviándole mensajes de texto con pequeños detalles de mi vida y pidiéndole que me contara los suyos. Quedábamos todos los fines de semana para hacernos la manicura, y nunca me juzgó cuando le soltaba «Me pregunto lo grande que será su polla...», porque ella también se lo preguntaba. Pero hasta ahí llegaban sus cualidades como «mejor amiga».

A pesar de que era amable y de que de vez en cuando me daba buenos consejos, frecuentemente acababa dejándome colgada en el último momento, casi siempre porque había conocido a un chico nuevo al que tenía que catar. Si quedábamos para otra cosa que no fuera hacernos las uñas en casa, solía ser para ir a fiestas. No para estudiar. No manteníamos conversaciones nocturnas por mensaje sobre chicos. (Y aunque podía contarle a Carter cualquier cosa, quería disponer de un punto de vista femenino).

—¿Por qué sigo intentándolo? —murmuré por lo bajo.

—¿Qué has dicho, Arizona? —Nicole retiró las planchas de su pelo.

—Nada. Sin embargo, quizá deberíamos marcharnos. En esa zona es difícil aparcar.

—Ah... —Me miró por encima del hombro—. ¿Vas a ir así?

Bajé la mirada a la camiseta rosa sin mangas y a los pantalones cortos de color caqui.

—Sí, ¿por qué?

—Ari, es una fiesta.

—Una fiesta en casa de Carter. No es necesario vestirse de gala como si fuéramos a un pub.

—No puedo estar más en desacuerdo contigo —aseguró ella, acercándose a mi armario—. Ni que no tuvieras otras opciones que parecer una *hippie*.

—¿Eres consciente de que se ve que llevas un tanga rosa por lo corto que es el vestido?

—¡Claro, de eso se trata! —Se rio mientras sacaba un vestido corto de color rojo del armario—. Este es perfecto.

—La última vez que me lo puse, estaba en primero. Dudo mucho que todavía me sirva.

—Esperemos que sí que entres en él. —Me lo lanzó—. Y cuanto más apretado, mejor.

Reprimiendo las palabras que me pasaban por la cabeza, me encerré en el cuarto de baño y me quité la ropa que llevaba puesta. Me pasé el vestido de

cuatro años antes por encima de la cabeza y sonreí al ver que, en realidad, sí que me servía. (Vale, metiendo un poco la barriga).

—¿Qué tal me queda? —Di un paso adelante buscando su aprobación—. ¿Mejor así?

—Cien veces mejor... Y todavía ganarás más si permites que te peine y te maquille. ¡Dios, Ari! ¿Cómo se te ocurre ir a una fiesta sin maquillar? Sea en casa o no, no puedes pensarlo en serio...

Me mordí la lengua una vez más y me senté en el borde de la cama para permitir que me convirtiera en su Barbie personal. Me cubrió los párpados con un brillante tono rosa, me perfiló las cejas y me pintó los labios de un profundo y sensual color rojo que combinaba perfectamente con mi vestido.

Incluso consiguió domar mi pelo con laca y sujetarlo en un precioso moño en lo alto de mi cabeza.

—¡Guau... ! —dije, casi sin reconocermme en el espejo—. Es una pasada. Eres muy buena... No, en realidad eres una máquina con el maquillaje, Nicole. ¿Por qué no te dedicas a esto?

—Porque si estudio estética, no conoceré en clase a un futuro deportista profesional ni a un alto ejecutivo en potencia. —Se rio y encendió la luz—. Vámonos.

Cuando llegamos, nos llevó más de cuarenta minutos encontrar sitio para aparcar. Era como si Josh hubiera invitado a todas las personas que conocía, porque los coches ocupaban todos los huecos disponibles a lo largo de cinco manzanas.

Siempre rebelde, Nicole aparcó en la entrada de la casa, justo al lado del coche de Carter.

—¿Qué más da? —preguntó, encogiéndose de hombros—. Le he dejado hueco más que de sobra para que salga, y de todas formas, seguramente esté en la cama.

—Bueno... —Salí del coche—. Está noche no irás a dejarme colgada cuando conozcas a un tipo cualquiera, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Y por qué siempre me preguntas lo mismo?

—Porque siempre me dejas colgada cuando conoces a un chico que te gusta.

—Nunca lo hago a propósito. —Sonrió—. Además, dado que mis planes son que las dos pasemos un buen rato esta noche, no, definitivamente no voy a dejarte colgada.

«No me creo nada...», pensé para mis adentros.

—Son cinco dólares para las chicas —nos dijo el hombre que había en la puerta cuando nos acercamos—. Aunque es gratis si participáis en el concurso de camisetas mojadas.

El chico que había a su lado se rio; era uno de los amigos de Josh, y ya lo había visto por aquí muchas veces.

—Arizona y su amiga no tienen que pagar para entrar. Están buenas...

Dicho eso, el hombre nos abrió la puerta para darnos paso a la fiesta.

Me quedé boquiabierta al ver la casa. Estaba completamente irreconocible.

La sala y los pasillos sin muebles estaban llenos de cuerpos bailando; la cocina se había convertido en el bar, donde la gente se hacía *selfies* entre las toneladas de serpentinas verdes y azules que colgaban del techo.

Mientras Nicole y yo atravesábamos entre la multitud, oímos contar desde diez a la gente en el patio.

Nicole me cogió de la mano y tiró de mí en esa dirección, hacia el cálido aire veraniego.

—Guau... —dijo impresionada—. ¡Menuda fiesta...!

No podía estar más de acuerdo. El patio trasero mostraba un aspecto todavía más impresionante que el interior. Aquellas dichas antorchas *tiki* ardían con fuerza, formando un enorme semicírculo que abarcaba todo el jardín. A la izquierda, un tipo vestido de árbitro les indicaba a los voluntarios cómo luchar dentro de un cuadrilátero de gelatina roja.

A la derecha, había una improvisada pista de baile con un *DJ* contratado, y detrás de él una serie de pistas deslizantes Slip N Slides de brillante color amarillo por las que patinaban un grupo de chicas en bikini con absoluta maestría.

Bajamos los escalones de la terraza y pasamos por delante de la piscina de gelatina hasta una mesa que tenía arriba unas parpadeantes luces de neón en las que se podía leer «BAR».

—¿Qué queréis, hermosas damas? —preguntó el barman—. El especial de la noche vale tres dólares, pero os descontaré dos por cabeza si os levantáis las camisetas y me enseñáis las tetas.

—Sigue soñando —se burló Nicole—. Nos tomaremos cuatro chupitos de vodka cada una.

—Me parece bien. —Dio un golpe en la mesa con los dedos—. Son treinta y dos dólares.

—¡Espera! —Josh apareció corriendo detrás de la barra—. Espera. A Arizona

no le cobres.

—¿Quién es Arizona?

—Esa. —Me señaló con el dedo con los ojos entrecerrados—. Es la mejor amiga de mi compañero de piso.

—¿Y?

—Y a cambio de permitirnos hacer esta pequeña fiesta esta noche... —Josh le devolvió los billetes a Nicole—, su amiga y ella no tienen que pagar ninguna consumición.

El chico se encogió de hombros y sirvió las bebidas mientras Nicole y yo chocábamos los cinco.

—Dime una cosa, Josh... —Me crucé de brazos—. ¿Lo has hecho de buena gana o te tuvieron que obligar?

—Me tuvieron que obligar. Si fuera por mí, pagarías triple por cada copa.

—Tranquilo, me aseguraré de no dejar de beber durante toda la noche.

—Vale... —Sonrió y me empujó el hombro juguetonamente—. He encargado a cuatro de los chicos que se ocupen de la seguridad durante toda la noche. Si tu amiga y tú bebéis demasiado para conducir, avisadme.

—Gracias.

—De nada. —Dio un paso atrás y me miró de arriba a abajo con una ceja arqueada. Parecía que quería decir algo más, pero se conformó con un «Hasta luego» antes de alejarse.

—¡Muchas gracias! —Nicole le guiñó un ojo al camarero cuando le entregó una bandeja llena de vasitos rojos—. Ari, vamos a sentarnos allí.

La seguí hasta un banco de madera, y dejó las bebidas entre nosotras.

—Acuérdate de darle las gracias a Carter de mi parte —me recordó—. Una vez más, vuestra amistad resulta muy útil en el momento adecuado... Vamos a aprovechar ese regalo todo lo que podamos. Tenemos que beber un chupito tras otro y luego pedir cuatro más.

—¿Ocho en una hora? ¿Te has vuelto loca?

—No, para nada. —Me dio uno de los chupitos—. Vive, Ari. Hace siglos que no follas, y solo Dios sabe cuándo volverás a hacerlo, así que deberías experimentar algo que te haga sentir bien. Beber es un buen comienzo.

Me bebí dos chupitos e hice una mueca. Apreté los dientes mientras el líquido me hacía arder la garganta.

Me dio los otros dos y, como si hubiera leído lo que estaba pensando, levantó las manos en señal de rendición.

—No, no voy a conducir el coche esta noche. Iremos en taxi al final y mañana

regresaré a por él.

—¡Genial! —Me acabé la bebida y me llevé la mano al pecho hasta que desapareció aquella abrasadora sensación.

—¿Preparada para la siguiente ronda? —preguntó Nicole, levantándose.

—Oh, no... Mañana temprano he quedado con Chris, de quien ya te he hablado, así que no debería beber tanto.

—Si yo fuera Carter, estoy segura de que no te importaría beber más conmigo.

—Si fueras Carter, sabrías que me emborracho enseguida.

—Pues da gracias a Dios de que no lo sea. —Tiró de mí para levantarme y me arrastró al bar de nuevo. Esta vez, en lugar de sentarnos para beber la siguiente ronda, apuramos los chupitos delante del barman, que incluso se unió a nosotras en los dos últimos.

Cuando el octavo trago llegó a mi corriente sanguínea, me sentía flotando y muy feliz. No estaba segura de qué fue lo que pasó, pero incluso pedí más alcohol. Quizá no pude resistirme a Nicole cuando susurró que todo era gratis. Así que tomé varios combinados cuyo nombre no recuerdo y, en algún momento, llegué incluso a beber directamente de su escote.

«¡Mierda!».

—¡Ahora tenemos que ir a deslizarnos por los Slip N Slides! —gritó Nicole, arrastrándome por el patio.

—Shhh... —gruñí, intentando caminar en línea recta—. Vamos a deslizarnos..., a deslizarnos...

—¡Venga ya, Ari! ¡No arrastres los pies!

—No... edstoy... adrrastrando... —Me detuve—. Guau... —El suelo se movía debajo de mí y estaba segura de que las briznas de hierba trataban de saltar para cortarme las piernas.

—¿Ari?

—Necesito... sentarme... Demasiadas copas...

—¡No! Estarás bien en cuanto llegues al agua. —Enlazó mi brazo con el mío y prácticamente me arrastró hasta la línea.

—Las damas primero. —El único chico que había delante de nosotras se dio la vuelta—. Adelante...

—Muchas gracias. —Nicole bajó la mirada—. Bien, primero, la reina Ligera de Peso.

Di un paso adelante, arreándole al mismo tiempo una patada a un diente de león que bailaba en el suelo. Traté de encontrar el equilibrio mirando fijamente la larga lona amarilla.

—Solo tienes que correr y lanzarte hacia... —explicó el chico que tenía detrás—. Además tienes que gritar «¡Épico!» con toda la fuerza de tus pulmones mientras te deslizas. Las reglas las ha puesto Josh, no yo.

—Si lo hago —le dije a Nicole al tiempo que trataba de recuperar el equilibrio—. ¿Después podemos sentarnos?

—Sí, después podrás sentarte.

—Vale... —Me quité las sandalias muy despacio y corrí hacia la superficie amarilla y grité «¡Épico!» cuando mi cuerpo cayó sobre el plástico, deslizándome más rápido que nunca.

Cuando llegué al final, sentí que me arrojaban una repentina ráfaga de agua fría sobre la cara.

—¡Épico con E mayúscula! —gritaron los chicos de la fraternidad justo encima de mí. Antes de que pudiera lanzarles un aullido o preguntarles qué demonios estaban haciendo, miré hacia otra de las lonas y vi que arrojaban cubos de agua sobre todos los que lo hacían.

Me reí y permití que me ayudaran a levantarme para esperar a que le tocara el turno a Nicole. Por supuesto, con intención de obtener la mayor atención posible, ella se quitó el vestido, dejando a la vista un bikini diminuto que apenas le cubría los pechos, antes de lanzarse.

Los chicos que esperaban al final de la superficie deslizante empezaron a jalearla cuando se incorporó, ajustándose la parte superior.

—¿Qué? —preguntó ella, sonriente—. Es mucho más divertido con un público entregado, ¿no crees? ¿Volvemos a hacerlo?

—Por sorprendente que te parezca que diga esto, ¡sí!

Nos deslizamos por el Slip N Slides una y otra vez, riéndonos como niñas pequeñas cada vez que lo hacíamos. Además, nos acercamos varias veces al bar en busca de más chupitos.

Me daba igual que el vestido estuviera empapado, que el pelo —que por una vez había llevado perfectamente peinado— estuviera hecho un desastre o que nunca hubiera estado más borracha en mi vida. Además, no importaba cuánto lo intentara: no podía dejar de reírme.

—Vale, creo que ahora deberíamos tratar de secarnos un poco. —Nicole señaló una hoguera que acababan de encender—. Acabo de hablar con un tipo que me ha dicho que van a hacer un concurso de chupitos en el interior. También parece que van a hacer una «hora feliz» a medianoche.

—¿Y eso es bueno?

—¡Es genial! —Sonrió—. Como apagan todas las luces, si sentimos curiosidad

por una polla en particular, podremos palparla nosotras mismas para hacernos una idea.

—¡Eres idiota! —Solté una carcajada mientras tomaba asiento frente al fuego.

Las llamas brillaban con intensidad entre siseos y crujidos cuando alargué las manos para calentármelas. Entonces, vi a Carter acercándose a la terraza.

Iba vestido con una camiseta negra ceñida y unos vaqueros azul oscuro. Al verme, levantó el vaso de plástico rojo que llevaba en dirección a nosotras a modo de brindis silencioso antes de tomar un largo sorbo. Tina, que estaba a su lado, no apartaba los ojos de su cuerpo.

Noté que le frotaba las manos contra el pecho con las mejillas sonrojadas, pero él no le prestaba ninguna atención. Nos miraba. Concretamente, me miraba a mí.

Me recorría con la vista de pies a cabeza, fijándose en el vestido empapado, el pelo despeinado..., pero no parecía que estuviera cuestionándolo. Sonriendo, me lanzó una última mirada y se dio la vuelta para centrarse en Tina.

Lo observé mientras seguía la rutina habitual en él para enrollarse con una chica: primero clavaba una profunda mirada en sus ojos, luego un ligero movimiento de muñeca y algunas palabras en voz baja en el oído de su víctima que siempre provocaban un rubor inmediato. Ver cómo hacía todo eso normalmente me llevaba a poner los ojos en blanco, pero esta noche me empecé a imaginar en el lugar de Tina.

«¿Qué estaría diciéndole?».

Deslicé los ojos por su cuerpo una y otra vez, clavando los ojos en los tatuajes negros que cubrían su fibroso brazo derecho, en los músculos de su pecho, en su boca... Y comencé a preguntarme en serio qué sentiría si me cubriera los labios con los suyos.

«¿Qué guarradas le estará diciendo? ¿Me las diría a mí si estuviéramos...?».

—¿Estás vigilando a Carter? —me preguntó Nicole, arrancándome de mis pensamientos—. ¿Es eso lo que estás mirando?

—No —mentí—. Solo estaba pensando y, por enésima vez, Carter es como un hermano para mí.

—¿Hermano-hermano o hermanastro? Porque si la cosa es más tipo hermanastro, quizá deberías intentarlo con él algún día. ¿Crees que tiene la polla grande?

Como si fuera cualquier otro tipo, bajé la vista a su bragueta, pero me detuve antes de mirar allí. Preferí estudiarle los labios.

Como si hubiera adivinado que no le sacaba la vista de encima, Carter se dio la vuelta lentamente y nos buscó con la mirada. Me sonrojé al ver que me sonreía.

¡Me sonrojé de verdad!

«¡Santo Dios...!».

—No hay duda. Tengo que marcharme de aquí.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, es que... creo que es posible que esté borracha.

—Estás borracha.

«No me gusta Carter... No me gusta Carter... No es posible que me guste Carter...», me repetí tratando de mantener el control de mi mente.

—Mmm... ¿Ari? —preguntó Nicole—. ¿Por qué me da la impresión de que estás a punto de levantarte y huir?

—No lo sé. Por favor, ¿podemos entrar?

—Claro. —Se levantó y enlazó el brazo con el mío, tirando de mí lentamente—. ¿Sabes? Me acostaría con Carter ahora mismo si no fuera tu mejor amigo y pudiera contártelo todo al día siguiente.

—Bueno... Gracias, creo...

—¡De nada!

Me condujo fuera del patio como si fuera una viejecita, deteniéndose cada vez que se lo pedía, y como lo hice al menos diez veces, nos llevo una eternidad llegar a la terraza.

—Bien, ahora sube los escalones —me indicó—. Primero el pie derecho, luego el izquierdo. No, no, no... el derecho, Ari. Ese es el izquierdo... Sigue siendo el izquierdo...

—¿Qué le pasa?

La profunda voz de Carter me hizo levantar la vista.

—Nada. Está muy borracha porque ha bebido más de diez chupitos. Deberías haberla visto cuando se deslizó gritando «¡Épico con E mayúscula!».

—Y seguramente no ha comido lo suficiente antes de venir. —Me rodeó la cintura con el brazo y me ayudó a subir los escalones que quedaban—. No es mi intención echarte la bronca, pero, siendo su amiga, deberías saber que no tolera bien la bebida. Se le sube enseguida.

—En serio... No tenía ni idea... —Noté que las mejillas de Nicole se ponían rojas de vergüenza, pero tenía los ojos clavados en los labios de Carter—. No quiero que se vaya a dormir todavía, así que le voy a dar un poco de agua para que se le baje el pedo. ¿Quieres venir con nosotras?

—Claro, dame un minuto. —Buscó mis pupilas con esos ojos tan azules—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te lleve a casa?

«Si me llevas a casa, ¿me prometes follar conmigo? Creo que me gustaría

hacerlo contigo... Ahora mismo...».

Reprimí cualquier intento de respuesta de mi mente, agradeciendo para mis adentros haber tenido el suficiente sentido común como para enviar la señal para morderme la lengua y no decir esas palabras en voz alta.

—¿Ari? —Carter seguía mirándome, esperando una respuesta—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—No... —Logré articular, excitada por su contacto y por la forma en la que me frotaba la espalda con la mano.

—Carter... —gimió Tina detrás de nosotros—. Ahora que Ari está bien, ¿podemos tomar otro chupito juntos? No me gusta estar sola y...

Me preguntó si estaba bien y me miró una última vez antes de llevar a Tina al bar instalado en el patio.

—Tenías razón —comentó Nicole, abriendo la puerta de la casa—. Sin duda es como un hermano mayor.

«Creo que nunca hubiera deseado acostarme con mi hermano mayor...».

En el momento en el que entré, la mezcla de olores a alcohol, sudor y humo era tan fuerte que sentí que iba a desmayarme.

Para mi sorpresa, Nicole fue en busca de unas botellas de agua y, pacientemente, me ayudó a beberla antes de llevarme a la pista de baile.

Un montón de luces móviles blancas y rojas iluminaban la estancia, haciendo brillar las paredes.

—¡Preparaos! —gritaba el DJ cada pocos minutos—. ¡Está a punto de llegar la hora feliz!

Con el alcohol ya bajo control, cerré los ojos y me dejé llevar por la música. Incluso me incliné hacia delante, sujetándome a unos hombros para apoyarme, pero mi punto de referencia se alejó, lo que hizo que perdiera el equilibrio.

—¿Es una forma de pedirme que baile contigo? —Me dijo un desconocido dándose media vuelta y atrapándome antes de que me cayera.

—Lo siento... —Di un paso atrás.

—No es necesario que te disculpes. —Me rodeó la cintura con las manos, ayudándome a recuperar el equilibrio—. ¿Mejor?

—Muchas gracias.

Varias canciones más tarde, empecé a diferenciar entre el suelo y el techo, y pude bailar sin que él me sostuviera las caderas.

—¡Que lancen un grito todos los solteros! —soltó el DJ por los altavoces—. ¡Ha llegado la hora feliz, zorras!

Grité con toda la fuerza de mis pulmones mientras bailaba al ritmo de la

música *techno*. Incliné la cabeza hacia atrás, contra el pecho de un desconocido, y sentí que me cogía con fuerza por la cintura mientras me susurraba algo al oído. Pero toda mi atención estaba puesta en la música.

—¡Arizona! —Nicole se puso delante de mí, gritando y moviendo las manos—. ¡¿Ari?! —

—¿Sí?

—Me lo he pasado muy bien, pero me voy. No te importa, ¿verdad?

—Espera un momento... ¿Te vas de la fiesta? —grité para hacerme oír por encima de la música—. Me voy contigo, solo tengo que encontrar mi...

—No, no, no... —Me interrumpió—. Me voy con un chico a su casa. Y me da la impresión de que tú también has conocido a alguien con quien marcharte.

—No, solo estoy bailando... —La parte más sobria de mi cerebro tomó el mando, y me pregunté si Nicole pensaría de verdad que dejarme colgada era algo que haría una buena amiga—. ¿No se suponía que íbamos a volver juntas?

—Así era hasta que he conocido a un macizo, me he puesto a bailar con él y, en la oscuridad, he sentido que tenía una polla enorme. —Me puso las manos en los hombros—. Estarás bien... Además, Carter anda por ahí. Se encargará de que llegues bien a casa. Y, si no quieres ir a tu casa al final de la noche, el chico con el que estás bailando es realmente guapo... Por si te interesa. —Y dicho eso, me dejó colgada igual que tantas veces antes.

«No debería sorprenderme».

El desconocido me hizo girar para que lo mirara y sonrió.

—¿Quieres marcharte de aquí? —me susurró al oído, inclinándose hacia mí.

—Vale, ¿juntos?

—Sí, nena. —Sonrió—. Nos vamos juntos. ¿A mi casa?

—¿A tu casa? —Mi cerebro todavía no establecía las conexiones lógicas necesarias—. ¿Para follar?

—Mmm... sí... —Parecía satisfecho—. Para follar. Para follar muy bien...

—No. No estoy... —Negué con la cabeza—. No creo que esté lo suficientemente sobria para follar en este momento.

—¿Por qué es necesario que estés sobria para follar? Se me da muy bien, te aseguro que cuando terminemos habrás quedado completamente satisfecha.

«¡Qué...!».

Al instante, retiré mi mano de él y me abrí paso entre la multitud para ir directamente al cuarto de baño. Llamé con los nudillos, esperé una respuesta y, al no recibirla, entré y cerré la puerta.

Abrí el grifo de agua fría para salpicarme repetidamente la cara.

—Tengo que estar sobria, sobria, sobria... —murmuré. Me di un par de bofetadas.

De repente, oí que se abría la puerta.

—¡Eh! —espeté, dándome la vuelta—. ¡Está ocupado! ¿Por qué no llamas antes?

—Ya —dijo Carter, entrando—. Te he visto entrar y quería comprobar cómo estás.

—Ah... —Continué mojándome la cara—. Gracias.

—¿Dónde se ha metido Nicole?

—¿Tú que crees? —Lo miré a través del espejo, preparada para añadir algo más, aunque me distrajo su sonrisa.

«¿Siempre ha tenido esos hoyuelos?».

—Sería mejor que dejaras de intentar ser su amiga. —Cerró el grifo y sacó una toalla de debajo del lavabo para apretarla contra mi frente mojada—. Desde mi punto de vista creo que puedes aspirar a algo mucho mejor.

—Bueno, desde el mío creo que puedes tener un amigo mucho mejor que Josh, pero no voy diciéndotelo.

Se rio y me apretó la toalla contra las mejillas y el cuello.

—¿Estás bien?

—Sí. —Asentí moviendo la cabeza—. Después iré a dar una vuelta, pero antes quiero bailar un poco más.

—Te acompaño. —Abrió la puerta y me siguió.

Para mi sorpresa, el salón estaba todavía más lleno y las luces eran más tenues. Como no logramos encontrar un lugar decente en la pista de baile, Carter me cogió de la mano y me llevó a una esquina.

Me puso las manos en las caderas mientras bailábamos, pero a diferencia de las numerosas ocasiones en las que habíamos bailado antes, yo tenía los nervios de punta. Y el corazón me latía a cien por hora.

Traté de actuar de forma normal, pero, cuando la música pasó de estridente a sensual y Carter se me acercó tanto que nuestros labios casi se rozaban, ya no pude.

Quería que mantuviera las manos sobre mí, que me siguiera tocando durante el resto de la noche.

—Ari, esta noche estás guapísima... —susurró contra mis labios, acariciándome por encima de la tela del vestido.

—Gracias... —suspiré.

—¿Te habías puesto antes este vestido? —preguntó, tirando del borde.

—En el primer curso. —Me sonrojé y hundí la cabeza en su pecho para evitar que nuestras bocas estuvieran más cerca.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —musitó en mi oído. No respondí, estaba respirando su olor, soltándolo al sentir que apretaba la mano contra mi muslo.

—¿Ari? —llamó—. ¿Ari?

Lo ignoré una vez más, y en vez de insistirme, me pasó los dedos por el pelo, incendiando de nuevo mis terminaciones nerviosas.

Unas cuantas canciones después, cuando me convencí a mí misma de que la aceleración del ritmo de mi corazón no tenía nada que ver con el hecho de que Carter todavía estuviera abrazándome y acariciándome, lo miré.

—¿Por qué el DJ está poniendo canciones lentas? —pregunté.

—¿Quieres que le diga que ponga otras?

—Sí... —repuse en voz baja—. Quiero.

Las luces se oscurecieron todavía más y solo pude distinguir el contorno de su rostro.

—Dentro de poco será música más rápida —aseguró, rozándome los labios suavemente con los de él—. Siempre es más lenta justo antes de la hora feliz.

—Vale... —Sentí su frente contra la mía.

Las luces se oscurecieron del todo y lo siguiente que supe fue que me cubría la boca con la de él y que tenía la espalda contra la pared. Noté que deslizaba la lengua en el interior de mi boca, exigiendo un control completo y absoluto, al que me rendí de inmediato.

Cerré los ojos con un murmullo mientras él usaba las caderas para mantenerme apretada contra la pared al tiempo que ahuecaba una mano sobre mi trasero.

Deslizó una mano por debajo de mi vestido y pasó los dedos con suavidad por el borde de las bragas. En respuesta, le rodeé el cuello con los brazos y hundí los dedos en su pelo. Me mordió el labio inferior con tanta fuerza que gemí. Pero no dejó de besarme. Mantuvo la boca unida a la mía, sin dejarme apenas respirar.

—Mmm... —emití otro murmullo contra sus labios y me mordisqueó el mío una vez más. Ahora con más fuerza.

—¡Bien, ya son suficientes lentas! —gritó el DJ—. ¡Hora feliz, zorras!

Las luces volvieron a encenderse, y Carter y yo nos separamos, jadeantes, y nos miramos con absoluta incredulidad.

—Joder... —suspiró—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Explicámelo tú. —Me apoyé contra la pared—. Estábamos bailando y, de repente, me has metido la lengua hasta la garganta.

—No te he metido la lengua hasta la garganta —repuso, sonriente—. Centrémonos mejor en el segundo siguiente, cuando tú estabas devolviéndome el beso como si te fuera la vida en ello.

—No, no, no... Solo reaccioné a una repentina y grosera intrusión en mi boca. —Hice una pausa, negando con la cabeza—. ¿Sabes qué? Creo que he bebido demasiado esta noche... Voy a acostarme. ¿Puedo usar tu habitación?

Me bajó el vestido y me alisó el pelo antes de responder.

—Por supuesto.

Esperaba que se alejara y me dejara sola, pero me cogió de la mano y me arrastró hacia el pasillo, pasando por delante del cuarto de baño y abriendo la puerta que separaba su dormitorio del resto de la casa.

Cuando entramos, apagó las luces, indicándome que me metiera en la cama.

—Espera... —Un repentino escalofrío me recorrió de pies a cabeza, haciéndome consciente de que todavía tenía el vestido algo húmedo—. Tengo que darme una ducha... ¿Puedo usar el cuarto de baño?

—Claro que puedes —dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Ya sabes que ni siquiera tienes que pedirme algo así.

Seguimos estudiándonos el uno al otro, y estaba bastante segura de que la humedad que sentía no era debida al vestido.

—Mmm... —Di un paso adelante, desviando la vista—. Voy a darme... Mmm... esa ducha ahora mismo... —Pasé por delante de él y entré en el baño, pero un segundo después, vi su reflejo en el espejo detrás de mí.

Sacó una toalla del armario y me la tendió.

—Ten.

—Gracias... —respondí, preguntándome por qué estaba cerrando la puerta. Por qué estaba cerrándola sin haber salido antes...

—No estarás pensando en quedarte aquí dentro todo el rato, ¿verdad?

Sonrió.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Te dedicas a mirar a Josh cuando se ducha? ¿Te excita mirar a tus amigos cuando están desnudos?

—No —dijo con una risita, mirándome de arriba a abajo y haciendo que se me volviera a acelerar el corazón—. Solo iba a ayudarte a desnudarte porque todavía no estás sobria por completo, por si acaso no puedes hacerlo sola.

—Estoy suficientemente sobria y creo que me las arreglaré. —Noté que me ardían las mejillas—. Me quito la ropa yo sola todos los días. Así que estoy segura de que podré...

—Solo estoy intentando comportarme como un buen amigo, Ari.

—Sí. Un amigo, Carter.

—Un buen amigo.

—Sí... —No había duda: en este momento me sentía muy atraída por él—. Eso ya lo has dicho...

Nuestros ojos volvieron a encontrarse, y sentí que no podía obligarme a mirar hacia otro lado.

—Bueno. Esperaré en el dormitorio hasta que termines. —Clavó la vista en mi labios durante unos segundos antes de marcharse.

Tragué saliva, cerré los ojos e intenté pensar.

«Esto es un sueño, Arizona. Un sueño sexy y excitante, aunque rarísimo... No has besado a Carter. Él no te ha besado. Te gusta solo como amigo y no lo encuentras atractivo. Estás en su cuarto de baño porque, seguramente, has estado en la playa y quieres limpiarte... Sí... sí... Eso tiene mucho más sentido...».

Abrí los ojos y moví el grifo, poniendo la mano debajo del chorro hasta que sentí que estaba caliente. Entonces moví la palanca de la columna para que el agua cayera de arriba.

Solo en ese momento me di cuenta de que todavía no me había quitado la ropa.

De que no podía quitármela.

La cremallera del vestido estaba atascada, y recordé que Nicole la había forzado un poco antes de la fiesta.

Consideré romper el vestido, pero la tela era demasiado fuerte, así que deseché la idea. Me acerqué a la puerta y llamé a Carter.

Unos segundos después se acercó a mí con una sonrisa de complicidad.

—¿Sí, Ari?

—¿Podrías ayudarme a quitarme el vestido?

—¿Solo el vestido? —Arqueó una ceja.

—Sí. —Retrocedí y dejé que me siguiera—. Solo el vestido.

—Vale. Date la vuelta.

Me giré y sentí sus manos en el pelo, subiéndolo y sujetándolo en lo alto de mi cabeza, en un moño improvisado.

Cogió la lengüeta de la cremallera y tiró de ella un par de veces antes de que cediera, y luego la deslizó lentamente hacia abajo, hasta la parte baja de la espalda.

Había empezado a darme la vuelta para agradecerse, pero me sujetó por las caderas para que me quedara quieta. Trazó con suavidad una línea imaginaria por encima del broche del sujetador, luego deslizó los dedos por debajo y lo

soltó.

—¿Necesitas mi ayuda para quitarte algo más? —susurró.

Negué con la cabeza, muy excitada.

Mientras todavía le daba la espalda, pasó los dedos por debajo de los tirantes del vestido y me los bajó por los hombros, empujándome la tela por los brazos, por la cintura, por las piernas...

Entonces, apretó la boca contra mi nuca mientras me quitaba el sujetador.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda con esto? —me susurró al oído, tirando de mis bragas.

—Estoy segura...

—Vale. —Volvió a besarme la nuca antes de salir del baño.

Permanecí allí quieta durante al menos veinte minutos, sin moverme ni parpadear, tratando de averiguar qué demonios estaba pasando.

Cuando por fin recuperé el sentido, entré en la ducha y me puse debajo del chorro de agua. Sacudí la cabeza una y otra vez, preguntándome si sería un sueño. Sin saber por qué estaba reaccionando con aquella intensidad a él.

«Es como un hermano para mí... No debería tener estos pensamientos...».

Cuando mi piel ya estaba roja y casi en carne viva, cerré el grifo y salí de la ducha. Vi que Carter había dejado un albornoz blanco sobre el lavabo para mí.

Me sequé y me lo puse antes de volver al dormitorio, donde podría dejarme caer en la cama.

Carter levantó la vista del escritorio tan pronto como entré en la habitación.

—¿Lista para meterte en la cama?

—Sí, pero... Mmm... Tú no vas a... —Mi corazón todavía no había recuperado su ritmo normal—. No vas a unirme a mí, ¿o sí?

—No... —Curvó los labios lentamente en una sonrisa mientras se levantaba—. A menos que quieras que lo haga.

—¿Estás sugiriendo que nos pongamos a follar?

—¿Y tú?

Abrí los ojos como platos, y se rio.

Me cogió en brazos para arrojarme sobre la cama, luego ahuecó las almohadas y me cubrió con las sábanas. A continuación sacó unas botellas de agua de la minivera y las dejó en la mesilla de noche, a mi lado.

—Por la mañana volveré a verte —dijo—. ¿Necesitas algo más?

—Mmm...

—¿Mmm...? —Arqueó una ceja—. Estás empezando a decir eso mucho.

—Es que... —De repente me sentí muy somnolienta—. Creo que eres muy

sexy, y si no fueras mi mejor amigo, y esto no fuera un sueño, estaría follando contigo ahora mismo...

—¿Perdón?

Todo se volvió negro.

PISTA 9

TELL ME WHY (3:13)

CARTER

«¿Qué coño ha sido eso...?».

No podía quitarme de la cabeza lo último que había dicho Arizona, así como tampoco podía dejar de recordar lo que era sentir su boca y su cuerpo contra mí, en la fiesta. Eso significaba mucho considerando que en ese momento estaba muy enfadado por dos cosas importantes...

Suspirando, limpié el último rastro de vómito de Tina del coche y miré el mensaje de texto que acababa de enviarme.

Tina: No sabía que estaba tan borracha... Perdóname por haberte manchado el coche... Hablaba en serio cuando te dije que quería que fueras el primero con el que hacer sexo anal... ¡Llámame cuando veas esto!

«¡Aggg...!».

Me guardé el móvil en el bolsillo mientras volvía a pensar en lo que había ocurrido la noche pasada.

En cuanto vi a Arizona con aquel vestido rojo, no pude concentrarme en otra cosa. Ni siquiera en Tina, y mira que lo había intentado. Con todas mis fuerzas.

Me había esforzado muchísimo para parecer interesado en la conversación insulsa y prepotente de Tina, para mostrarme intrigado cuando me enseñó —con muy poca sutileza— el color del tanga que llevaba, pero daba igual cuántas veces me hubiera susurrado que quería follar conmigo más tarde: solo podía pensar en Arizona y en lo mucho que quería estar con ella.

Y, lo que era más importante, cuando bailamos juntos al final de la fiesta, lo que había entre nosotros no era tan frívolo e inocente como siempre. Y sabía que ella también había sentido la diferencia; jamás se había sonrojado antes cuando

estaba conmigo y, sin duda, nunca me había tocado de esa forma.

La había ido a ver varias veces después de que se quedara dormida en mi habitación, y cuando vi que se había caído de la cama al suelo, la desperté. Le había envuelto la cabeza en una toalla mojada mientras ella me maldecía por lo bajo, luego la obligué a beber una botella de agua con una aspirina y esperé a que volviera a dormirse. Sinceramente, me había sentido muy tentado a pasar el resto de la noche con ella para asegurarme de que estuviera bien, pero Tina había dado conmigo y me había rogado que la llevara a su casa para que pudiéramos follar allí.

«Quizá había salido algo bueno de que hubiera vomitado en el coche...».

Todavía pensando en eso, recorrí el camino de entrada a casa y abrí la puerta del patio trasero, topándome de bruces con la segunda razón por la que estaba cabreado.

Había vasos rojos y botellas de cerveza por todas partes, y varias personas dormían semiinconscientes sobre la lona amarilla de Slip N Slides. La piscina de gelatina se había volcado y muchas camisetas blancas ondeaban en una cuerda improvisada. También vi a varios invitados durmiendo por el resto de la propiedad.

Fui al interior en busca de Josh, con ganas de matarlo.

—¿Eh, qué pasa? —Me lanzó una sonrisa cuando entré en la cocina, levantando una sartén a modo de saludo.

—¿Ves todos los vasos de plástico rojos y las botellas de cerveza vacías que hay en el patio? —Miré a mi alrededor—. ¿Y las que hay también aquí dentro?

—No te preocupes por eso —repuso—. La última clase del último semestre no tardará ni una hora en tenerlo todo limpio. ¿Quieres unos huevos?

—No. —Cogí zumo de naranja en la nevera—. ¿También volverán a colocar hoy los muebles?

—Sí. —Les dio la vuelta a los huevos—. Todo estará ordenado como mucho a las tres... Quizá después de que todo esté listo, podríamos organizar otra reunión de negocios para planear la próxima fiesta. ¿Qué te parece «Épico, segunda parte»?

Puse los ojos en blanco, y él se rio.

—Es una broma..., es una broma... Vi que te marchabas de la fiesta con Tina a eso de las tres. ¿Qué tal te ha ido con ella?

—Mal —repuse—. Vomitó en el coche en cuanto llegamos a la autopista.

—Oh, vaya... Deja que adivine. ¿La ayudaste a limpiarse y todo eso al llegar a su casa?

—Por supuesto que sí. —Puse los ojos en blanco—. No soy tan gilipollas como tú. ¿Qué tal te fue a ti la noche?

—¿Eh? He tenido polvos mejores, pero no ha estado mal.

—¿Puedo saber quién fue la desafortunada víctima?

—No, a no ser que me prometas que no vas a juzgarme.

—Oh, lo haré. —Me reí al tiempo que daba un paso atrás—. Por cierto, sea lo que sea lo que les pusiste a los chupitos, deberías evitarlo la próxima vez que quieras organizar una fiesta épica.

—Épica con E mayúscula, amigo mío. —Sonrió—. ¿Y por qué tendría que evitarlo en la próxima fiesta? ¿Porque una persona se puso mal?

—Porque todo el mundo se puso mal. —Señalé el panorama que había en la habitación—. ¿O es que no te has dado cuenta de los veinte compañeros de casa que tenemos esta mañana?

—Eso es bueno. Y para que cambies de opinión con respecto a otra fiesta, no te olvides de que hoy a las tres te darás cuenta de que cumplo mi palabra.

No me molesté en responderle. Recorrí el pasillo hacia mi habitación y, al llegar, vi que Ari estaba intentando sentarse.

—Detente. —Le puse una almohada detrás de la espalda y la ayudé.

—Gracias... —Me miró—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Escupe.

—¿Nos besamos anoche o fue una pesadilla?

—Sí, nos besamos anoche —repuse—. Pero incluso aunque no lo hubiéramos hecho, sería un sueño caliente y no una pesadilla.

—Olvida que te lo he preguntado... —Trató de darse la vuelta, pero se lo impedí.

—¿Recuerdas algo de lo que ocurrió la noche pasada?

—¿Qué quieres decir con «algo de lo que ocurrió»? —Parecía aterrorizada—. ¿Es que hemos hecho algo más que besarnos?

—No... —dije. No sabía cómo sentirme al ver que no recordaba nada—. ¿Quieres quedarte aquí durante el resto del día o prefieres que te lleve a casa?

—Si soy sincera, no puedo sentir las piernas en este momento —graznó mientras me tendía el teléfono—. ¿Podrías enviarle a Chris un mensaje de texto preguntándole si podemos quedar mañana en vez de esta noche? Tengo una resaca de la leche.

—¿Tener resaca significa que no eres capaz de enviar mensajes de texto?

—Yo he enviado mensajes de texto a tus amigas y jamás me he quejado... —Entrecerró los ojos y me tendió el teléfono otra vez.

Lo encendí y vi que Chris le había enviado un montón de mensajes desde la noche pasada.

—¿Estás segura de que este chico no es la versión masculina de Emily? Te ha enviado un mensaje cada media hora desde ayer por la tarde. Creo que deberías leerlos antes de enviarle uno.

Se deslizó hasta el borde de la cama con una sonrisa sin dejar de mirarme.

—Léemelos.

—A cambio de un desayuno en tu casa, un sábado.

—Trato hecho.

Presioné el primero.

Chris: Me muero de ganas de verte otra vez, nena...

—¿Os conocéis desde hace menos de dos semanas y ya te llama «nena»?

—Limítate a leerlos, no necesito oír tus comentarios. Gracias.

Puse los ojos en blanco y presioné el siguiente.

Chris: Estás muy buena, nena.

Ari sonrió.

Chris: Me pones a cien, nena.

Sonrió de nuevo.

Chris: Me muero de ganas de ver tus...

Me interrumpí.

—No pienso seguir leyendo esta mierda, Ari.

—Por favor...

Gruñí.

Chris: Me muero de ganas de ver tus tetas perfectas y tus labios alrededor mi polla, dura como una piedra... Me muero de ganas de devorar tu coño...

Ruborizada, me arrebató el teléfono.

—No sabía que me había enviado mensajes guarros... Esos son privados.

—Ari, ¿te pone cachonda esta mierda? ¿Mensajes en los que te dicen que quieren ver tu boca alrededor de una polla dura como una piedra?

—A eso se le llama intercambiar guarradas.

—A eso se le llama intentar intercambiar guarradas..., no que se consiga.

—Lo es. —Me miró con los ojos entrecerrados, tan guapa como lo estaba la noche pasada—. Quizá si lo hubieras hecho con alguna de tus miles de novias, tus relaciones habrían durado mucho más.

La estudié, notando cómo se mordía el labio, y supe que, definitivamente, iba a tener que encontrar la manera de mantenerme alejado de ella durante un tiempo, al menos hasta que descubriera por qué de repente me afectaba tanto.

—¿Te vas a limitar a mirarme fijamente? —preguntó ella—. ¿No vas a darme una de esas réplicas tan agudas? ¿O un juego de palabras?

—No...

—Bueno, es impactante. —Se mordió de nuevo el labio y, para evitar cogerla en mis brazos y mordérselo yo también, agarré la toalla que había en el borde de la cama—. Voy a darme una ducha. Ya hablaremos cuando no estés pensando en bocas llenas de pollas duras...

PISTA 10

THE BEST DAY (3:55)

ARIZONA

Recordaba todo lo que había ocurrido la noche pasada. Todo. Hasta el último detalle.

Lo que me hacían sentir sus labios sobre los míos, cómo me había mirado en la fiesta, cómo me había dejado sin palabras cuando me desnudó en el cuarto de baño. Jamás me habían besado de la forma en la que me había besado él, nunca había sentido el beso en cada célula de mi ser ni me habían dejado anhelando más. Mucho más.

Aun así, una parte de mí quería seguir negándolo todo, así que había concentrado todas mis fuerzas en mantener a raya cualquier pensamiento sobre él.

Me estudié en el espejo de cuerpo entero sin saber si debía llevar el pelo suelto o no. Esta noche tenía la cita que había pospuesto con Chris, y daba igual que todavía pudiera sentir los labios de Carter contra los míos: debía regresar a la realidad. Una realidad en la que solo éramos amigos que habían compartido un beso cuando estaban borrachos.

Me comenzó a sonar el móvil justo cuando decidí recogerme el pelo. Era Carter.

Carter: ¿Ya te ha comido el coño?

Riendo, me hice un moño antes de responderle con otro mensaje.

Yo: Todavía no... Dale un par de horas.

Carter: ¿Un par de horas para que empiece o para que termine?

Yo: Para cada cosa... Estoy segura de que tardará mucho tiempo. Algo me dice que no sabes nada

sobre dar y mucho sobre recibir.

Carter: Algo me dice que no me conoces tan bien como deberías.

Antes de que me diera tiempo a comprender lo que quería decir con eso, me envié otro mensaje.

Carter: Diviértete esta noche en la cita. Cuéntame luego cómo te ha ido todo.

Yo: Gracias. Eso haré.

Me envié a continuación una colorida imagen de un esqueleto tumbado en la cama con la frase «Estaré esperando» y solté una carcajada, dándome cuenta de que a pesar del increíble beso que habíamos compartido y del extravagante mensaje de texto que acababa de enviarme, lo ocurrido no significaba nada para ninguno de los dos. Solo éramos amigos.

«Solo somos amigos... Solo amigos...».

Me puse otra capa de lápiz de labios rosa.

—¿Sí? —dije al oír un suave golpe en la puerta.

—¿Arizona? —Heather, mi compañera de piso, llamó una vez más.

—¿Sí? —repetí.

—¿Tienes un minuto?

— Claro, pasa... —Me incliné hacia el espejo y me arranqué un pelito de la ceja.

Cuando entré, me brindó una sonrisa a través del cristal, que le devolví al instante. Cuando me había trasladado desde el campus a esta casa que compartíamos, había pensado que tanto ella como las demás chicas se convertirían en mis mejores amigas, pero no había sido así. Todas estaban muy concentradas en sus estudios de medicina, y, dado que sus horarios coincidían, solían relacionarse entre ellas. Si exceptuábamos las conversaciones matutinas alrededor de la cafetera los fines de semana, solo nos veíamos de paso.

—Las chicas y yo queríamos darte esto —explicó, entregándome una caja envuelta en papel de regalo de color rosa—. Es un regalo de despedida ya que eres la única que no se queda después del verano.

—Pero para eso aún faltan unas semanas...

—Sí, pero ahora que estamos con la residencia, no coincidimos nunca, cada una está por su lado, y no queríamos olvidarnos. —Sacó una pequeña cajita azul del bolsillo trasero—. Y esto es para Carter.

—¿Por qué le hacéis un regalo a él? No es vuestro compañero de piso...

—No, pero lo vemos a él tanto como a ti. —Se encogió de hombros—. Me está esperando mi novio abajo. Solo quería darte el regalo antes de ponernos a ver

una película.

—Gracias. —Me sentía casi emocionada—. Lo aprecio de verdad.

—De nada. —Me dijo un rápido abrazo y se dio la vuelta a la misma velocidad que había entrado.

Desaté la lazada de la caja para abrir el obsequio, pero cuando estaba levantando la primera solapa, me llamó Chris.

—¿Hola? —respondí.

—¿Estás preparada o necesitas más tiempo?

—Estoy preparada.

—En ese caso, estoy en la puerta.

—Muy bien. —Cogí el *clutch* y bajé la escalera, deteniéndome en el pasillo para comprobar mi aspecto en el espejo una última vez.

Abrí la puerta y vi a Chris allí con un enorme ramo de flores amarillas en la mano.

—Estás muy guapa... —Se acercó para besarme, y deslizó la lengua con suavidad contra la mía al tiempo que susurraba algo. Solo sentí un pequeño cosquilleo. Nada innovador.

Me deslizó un brazo alrededor de la cintura y me llevó hacia su coche, donde mantuvo la puerta abierta, sonriente, mientras me metía en el interior.

—Nunca hubiera pensado que te gustaba la música pop —dije cuando encendió la radio.

—Bueno, acabo de acordarme de que sí que me gusta..., ya que se supone que debo hacer lo que crea que es necesario para que te acuestes conmigo más tarde.

Me reí de su sarcasmo antes de empezar a tararear la música mientras él ponía el coche en marcha. En realidad, esta era nuestra tercera cita, y, aunque estaba bromeando, sabía que la regla de nada de sexo hasta la tercera cita flotaba en su mente.

Llegamos al embarcadero media hora después y fuimos de la mano hasta Emilia's, un restaurante italiano que había cerca de la playa que gustaba a todo el mundo. Como Chris había hecho una reserva, nos sentamos al llegar junto a la ventana y el camarero nos sirvió inmediatamente unas copas de vino de la casa.

Mientras el chico tomaba nota de lo que queríamos cenar, vi a Carter sentado en una mesa cerca de la esquina, acompañado de Tina. Llevaba una camisa blanca con el cuello abierto y unos pantalones negros, mientras que ella había recurrido a un vestido verde oscuro que dejaba poco a la imaginación.

Aunque Carter parecía un tanto indiferente a los encantos de mi compañera de clase, se daban la mano por encima de la mesa.

Saqué el móvil del bolso y le envié un mensaje de texto.

Yo: ¿Has decidido probar a tener una relación con Tina en vez de que sea solo sexo? ¿Desde cuándo?

Carter: No es así. ¿Por qué piensas eso?

Yo: Porque estáis en Emilia's cogiditos de la mano y ella lleva puesto un vestido con el que parece que quiere decirte que te va a dar el mejor polvo de tu vida.

Carter: En serio, tienes que practicar para mandar mensajes guarros...

Tomó un sorbo de su copa mientras miraba a su alrededor hasta que dio conmigo. Separó un poco los labios cuando sus ojos se encontraron con los míos, y me dio la impresión de que estaba a punto de levantarse para acercarse a mí, pero se quedó en su silla y me envió otro mensaje de texto.

Carter: Me llamó y me preguntó si quería ir a cenar... Como no tenía otra cosa que hacer, acepté... Y si su vestido indica que quiere darme el mejor polvo de mi vida, ¿qué coño transmite el tuyo?

Yo: Dice: «Sé que me deseas aquí mismo, en este momento...».

Carter: Más bien dice: «Quiero que me folles aquí y ahora...».

Me reí y levanté la vista para ver que sonreía.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Chris.

—Nada, es solo un mensaje de texto de un amigo. —Guardé el móvil y le presté toda mi atención—. Muchas gracias por trasladar la cita a esta noche.

—¿En serio? Ni que fuera para tanto. Hubiera esperado hasta que tú me dijeras. —Me cogió la mano y la apretó—. No te tomes esto como una locura, pero en serio, me gustas de verdad. Tienes algo que no puedo entender, pero me gusta mucho.

—¿Ahora es cuando me vas a decir que te completo o algo así?

—Sí. —Se rio al tiempo que me soltaba la mano—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por instinto. —Tomé un sorbo de vino y luego cambié la conversación hacia temas más simples y seguros: los planes que tenía para después de la universidad, la mierda de los programas posgrado y que comenzaban a acortarse los días en verano.

Cuando el camarero volvió a llenarme la copa por segunda vez, me apreté la servilleta contra la boca.

—¿Me disculpas un momento, Chris? Tengo que ir al baño.

—Por supuesto.

Me levanté y me dirigí al fondo del restaurante. Lancé una mirada por encima del hombro a Carter y Tina, que parecían absortos en una profunda conversación. A pesar de lo que había puesto en aquel mensaje de texto, sabía que se iba a

acostar con ella, y no podía creer que me sintiera un poco celosa; jamás había sentido nada así con respecto a él, daba igual con quién saliera.

Entré en el cuarto de baño con un suspiro y volví a aplicarme el lápiz de labios. Me puse también un poco más de colorete y máscara de pestañas pensando que ojalá Chris tuviera algo más previsto para la cita de esta noche y no solo sexo.

Miré a mi alrededor para no dejarme nada en el lavabo y salí al pasillo. Vi que Carter se acercaba a mí.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté, cruzando los brazos.

—No creo, a menos que vengas del cuarto de baño de hombres.

Al ver que se acercaba una pareja de ancianos, Carter me cogió de la mano y tiró de mí hacia las ventanas.

—¿Va bien tu cita? —preguntó—. ¿Quieres que te llame por teléfono como si hubiera surgido una emergencia?

—¿Qué? No, no... Lo que necesito es que te vayas. Estás distrayéndome...

—¿Que me vaya?

—Sabías que iba a venir a cenar aquí, Carter —aseveré—. Y tenemos una regla no escrita...

—¿Y qué regla no escrita es esa?

—Todos los que nos conocen, todos los que nos rodean, piensan que nos estamos acostando juntos cuando no es así, así que cuanto menos tiempo pasemos en los mismos lugares cuando salgamos con otras personas, mejor.

—Para empezar, no estoy saliendo con Tina. Para seguir, fue ella la que eligió este restaurante. Lo cierto es que no has llegado a decirme dónde ibas a ir con Chris... —Arqueó una ceja; parecía preocupado—. ¿Qué te pasa? ¿También hoy has bebido demasiado?

—Quizá. —Suspiré mientras contaba para mis adentros las cuatro copas de vino que acababa de tomar con la cena—. Es solo que... he pensado que estabas aquí porque...

—¿Porque qué?

—Nada. —Respiré hondo—. Lo lamento. He pensado que habías aparecido aquí para distraerme.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Parecía muy confuso.

—No es algo que pudieras hacer; por eso me he disculpado. —Empecé a moverme, pero se interpuso en mi camino y me empujó con suavidad contra la pared.

—¿Vas a acostarte con él esta noche? —preguntó—. ¿Es eso lo que has apuntado en la hoja de cálculo?

—No tengo ninguna hoja de cálculo —repuse—. De hecho, me toca empezar una nueva porque alguien me la borró del móvil después de la fiesta «Épica con E mayúscula».

—Mmm... qué pena...

—Sí. —Me reí—. Espero que, fuera quien fuera, sepa que podría acusarlo de un delito contra la intimidad, porque aunque solo era un móvil, iniciar sesión en la nube de datos personales de alguien es... —No tuve oportunidad de terminar la frase. La última palabra quedó ahogada contra sus labios cuando me cubrió la boca con la de él y empezó a besarme de nuevo, tomando control total del beso y haciéndome sentir todo lo que había sentido en la fiesta una vez más.

—Carter... —jadeé, alejándome de él muy despacio—. ¿Qué... qué haces?

—Ahora sí que estoy distrayéndote a propósito. —Me miró a los ojos—. También estoy intentando averiguar si siento lo mismo si te beso mientras estás sobria.

—Bueno, ¿y cuál es el veredicto sobre eso?

—El jurado sigue deliberando. —Se alejó de mí sin añadir una palabra más y regresó a su mesa tras dejarme con la mente en blanco.

Me apoyé en la pared durante varios minutos, intentando tranquilizarme. Esperé hasta que dejé de sentir mariposas en el estómago, hasta que mi corazón latió de forma acompasada... Entonces, respiré hondo varias veces y regresé a la mesa.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Chris mientras me sentaba—. Estaba a punto de ir a buscarte.

—Estoy muy bien. —Sonreí—. ¿Has pedido cinco vinos diferentes?

—Sí. —Se movió hacia mi lado de la mesa y me puso el brazo sobre el hombro—. Quiero que hagamos una cata los dos juntos... ¿Preparada para concentrarte?

—Por supuesto...

Lo intenté, pero sinceramente no pude concentrarme durante el resto de la cena. No importó cuántos cumplidos me hiciera Chris ni que hiciera bromas que suelo encontrar graciosas: mi mente regresaba una y otra vez a Carter, al beso salvaje que nos habíamos dado en la fiesta. Al que me había dado en el pasillo.

Cuando el camarero nos informó de que esta noche el restaurante cerraría pronto, pagamos y nos fuimos a Sandy Park.

Chris encontró un lugar para aparcar aislado entre los árboles y la maleza y apagó el motor del coche. Me miró, seguramente para medir mi reacción, así que sonreí.

Después, se cambió al asiento trasero y me llevó con él.

No perdimos el tiempo hablando.

Sus labios buscaron los míos. Yo deseaba desesperadamente sentir esa pasión imprudente e incontrolable, aquel deseo salvaje que había sentido con Carter hacía apenas un rato, pero no fue así. Era como si solo estuviéramos haciendo unos movimientos ensayados.

Sin darse cuenta de mi falta de entusiasmo, se alejó lentamente de mi boca y se puso a besarme el estómago.

«Quizá ahora empiece lo bueno... Quizá ahora me haga olvidar...».

Me apoyé contra el asiento y me levantó el vestido. Apartó mis bragas a un lado y empezó a besarme la piel del interior del muslo.

—Ñam, ñam, ñam.... ñam, ñam... —susurró, acariciándome las piernas.

«¿Qué diablos ha dicho?».

—Ñam... Ñam... Ñam...

«¡Oh, Dios mío!».

—Me encanta devorar coños... Y voy a comerme el tuyo durante toda la noche.

Aquellas palabras hicieron que mi sexo se secara como un desierto y gemí para mis adentros... Me senté antes de que pudiera acoplarse a mi cuerpo y me alejé.

—Espera, Chris... Estoy...

—¿Todavía no estás preparada?

«No lo estaré nunca».

—No... Todavía es pronto. No estoy preparada.

—Me lo he imaginado —comentó, sentándose—. Desde que hemos salido del restaurante parecías un poco apagada.

—No es que... Es que... —Se me ocurrió que podía echar la culpa al alcohol—. No debería haber bebido tanto vino, en especial después de haber tenido ayer una de las peores resacas de mi vida.

—Ah... —Asintió—. He pasado por eso... —Me ayudó a regresar al asiento de delante—. Bueno, te llevaré a casa para que puedas descansar un poco.

—Muchas gracias.

El trayecto hasta casa fue un poco incómodo. No hablamos de otra cosa de lo desagradable que resultaba la habitual afluencia de turistas veraniegos, y cuando llegamos a casa se comportó de nuevo como un perfecto caballero. Me abrió la puerta del coche y me acompañó a la entrada.

—Prueba con Sprite y limones —sugirió.

—¿Para qué?

—La próxima vez que tengas resaca. —Me besó y regresó al coche,

haciéndome una seña para que entrara antes de que se marchara.

En cuanto cerré la puerta, me quité los zapatos y dejé caer el bolso al suelo. Oí que una de mis compañeras de casa estaba con su novio en el salón, así que corrí a la cocina y cogí una botella de vino y un vaso. Luego subí las escaleras y me encerré en mi habitación.

Me serví un vaso y me lo bebí lentamente mientras repasaba las últimas cuarenta y ocho horas. Lo reviví todo en mi mente como si fuera una película, deteniéndome en los momentos que más me habían gustado. Me pregunté si después de todo este tiempo podía desear a Carter después de todo.

«Me tiró de las bragas en el patio cuando estábamos en cuarto...».

Rellené el vaso y lo vacié más rápido que la primera vez.

«Me quemó el trabajo de ciencias después de que le dijera que el suyo era malo...».

Negué con la cabeza y me metí en la cama con otro vaso en la mano. Me recosté contra las almohadas, pensando con más intensidad en todo lo que había ocurrido.

Justo cuando estaba recordando el beso que nos habíamos dado en la fiesta, sentí que me vibraba el móvil. Era él.

Carter: ¿Qué tal tu cita?

Dudé antes de responder.

Yo: Maravillosa.

He tenido el mejor sexo de mi vida.

Carter: Te he preguntado qué tal tu cita..., no por tus fantasías...

Yo: ¿Qué tal ha ido la tuya?

(¿Por qué te resulta tan difícil creer que Chris y yo hemos mantenido relaciones sexuales?).

Carter: No era una cita. Solo una cena. (Porque sé que no follasteis).

¿Qué estás haciendo ahora?

Yo: Estoy bebiendo vino barato en vaso.

Carter: ¿Quieres que te lleve comida china del restaurante que está abierto veinticuatro horas?

Miré el reloj y vi que pasaba de medianoche.

Yo: Solo si me traes tres rollitos de primavera y no tengo que compartirlos contigo.

Carter: Por supuesto.

Llegaré dentro de veinte minutos.

Me levanté de la cama y me puse a ordenar la habitación, algo que no había

hecho nunca mientras esperaba que llegara Carter. Retiré todas las revistas, alimentos y bebidas del alféizar de la ventana y quité de encima del escritorio todas las recetas a medio escribir, dejando solo una libreta para que pareciera que había estado trabajando.

Cambié las sábanas por primera vez en meses y... me detuve de repente, cuando estaba pasando el aspirador.

«¿Qué demonios estoy haciendo?».

Guardé el aspirador y me quité el vestido para ponerme el pantalón de chándal más viejo y poco favorecedor que poseía junto con una camiseta *oversize*. Luego me recogí el pelo en una coleta. Para perfeccionar más mi estilo «no podría importarme menos que vengas» me retiré el maquillaje con unas toallitas, que me froté contra la cara hasta que hicieron desaparecer cualquier rastro de cosmético.

Cuando estaba terminando, Carter entró en la habitación con un montón de comida china.

—Te he mentado sobre los rollitos de primavera —anunció, dejando la bolsa marrón encima del escritorio—. Vas a tener que compartir conmigo al menos uno.

—El trato no ha sido ese.

—Es que no formaban parte del menú especial. —Me lanzó un tenedor y se quedó paralizado. Luego miró a mi alrededor con una ceja arqueada—. ¿Chris y tú habéis venido aquí después de la cita?

—No... ¿Por qué piensas eso?

—Porque nunca había visto tu habitación tan limpia. —Me entregó un caja blanca—. ¿Va a venir tu madre de visita?

—No... Es que... Es que tenía ganas de limpiar.

—Vale... —Se sentó en el borde de la cama. Hundió su tenedor en mi caja de arroz tres delicias y cogió un trozo de pollo de su plato—. ¿Qué ha sido lo que te ha pasado de verdad en tu cita? No puedo entender que ese chico te deje en casa mientras llevas puesto ese vestido.

—Hemos ido al parque... —Hice una pausa—. Todo iba bien, o casi bien... pero...

—¿Crees que quiero conocer el resto de la historia?

—No, pero para que lo sepas para el futuro, si alguna vez estás besándote con una chica, no te pongas a decir «Ñam... Ñam... Ñam...» antes de soltarle que quieres comerle el coño. Te corta el rollo.

Se le dibujó una sonrisa en la cara, que no desapareció en, al menos, cinco

segundos.

Puse los ojos en blanco.

—Cuando veas, dejas de reírte, ¿vale?

—No puedo. —Soltó una carcajada—. Es realmente patético. Incluso para esos rollos simplemente satisfactorios que tú tienes.

—No, lo patético es tener delante a un chico que iba a follar todos los días del verano y ver que no es capaz. —Me recosté contra las almohadas, riéndome.

—¿De verdad te parece gracioso?

—¿Qué no consigas tener ese sexo salvaje tuyo? Sí, sin duda lo es... —Cerré los ojos, todavía riéndome, y lo siguiente que sentí fueron sus labios sobre los míos. Hundió los dedos en mi pelo al tiempo que profundizaba el beso, haciendo que me viera obligada a abrir los ojos para mirarlo.

No nos quedamos paralizados, no nos preguntamos qué demonios había sido eso. Entre nosotros solo hubo una mirada de comprensión compartida, una silenciosa confirmación de que quería que él llevara las cosas más allá. Mucho más allá.

Se alejó de mi boca y me pasó los dedos por los labios.

—¿Hay alguna razón por la que esta noche decidieras ponerte tu peor ropa antes de que yo llegara?

—¿Qué te hace pensar que he hecho algo así?

No respondió. Deslizó lentamente un dedo por mis labios, y gimió cuando froté la lengua contra él. Sonriendo, unió un segundo dedo al primero.

—Ari, a mí no puedes mentirme... —afirmó, metiendo y sacando los dos dedos de mi boca—. Te leo los pensamientos.

—No es mi peor ropa.

—Lo es. —Sonrió, retirando los dedos—. Pero no va a evitar que nos pongamos a follar esta noche... —Me hizo levantarme de la cama para que me quedara de pie delante de él.

Me pasó las manos por los pechos, acariciándolos por encima de la tela de la camiseta. Me puse a gemir cuando me pellizcó los pezones con suavidad.

—Desnúdate...

Me quedé quieta, fascinada al estar sintiendo sus manos sobre mi cuerpo.

—Ari... —Me apretó los pechos.

—¿Qué?

—Desnúdate.

Vacilé durante unos segundos, y él se inclinó para morderme con suavidad el labio inferior.

—Ahora mismo —insistió.

Cogí el borde de la camiseta, pero él puso las manos sobre las mías y me ayudó a pasarla por encima de la cabeza. Sin añadir nada más, tiró del cordón de los pantalones de chándal. Luego me miró a los ojos mientras daba un paso atrás y se quitaba la camisa.

Se me detuvo la respiración al ver que se desabrochaba los pantalones y los bajaba despacio junto con los calzoncillos, dejando al descubierto su erección.

«¡Oh, Santo Dios...!».

Supe que me había quedado boquiabierto, que se me habían encendido las mejillas, pero, aun así, me las arreglé para deshacerme de las bragas sin quitarle la vista de encima.

Entonces, me cogió la mano y la puso sobre su pecho para deslizarla por sus abdominales... una y otra vez... hasta que noté que su respiración se acompañaba con cada caricia.

Se apoderó de nuevo de mi boca y me rodeó la cintura con las manos, notando cómo clavaba los dedos en mi piel por la fuerza con la que me sujetaba. Luego deslizó una mano más abajo y me dio una palmada en el culo. Una palmada fuerte.

—¡Ay! —grité cuando lo hizo otra vez... Y otra...

El agudo dolor era un completo contraste con la suavidad con la que me besaba, y no podía explicarme por qué, pero me encantaba la forma en la que me hacía sentir.

Gemí cuando empezó a dejar de besarme, cuando, repentinamente, retiró los labios de los míos y me hizo girar sobre mí misma. Noté su polla contra mi culo y su boca en mi cuello, mordisqueándome la piel con suavidad.

Cerré los ojos al sentir que movía las manos de arriba a abajo por mis costados.

—¿Puedo follarte como quiera? —escuché que susurraba antes de morderme con más fuerza—. ¿O para eso también sigues los pasos que has escrito en una hoja de cálculo?

Moví la cabeza.

—¿Te refieres a que puedo follarte como quiero... —deslizó la mano entre mis muslos— o a que lo has escrito en la hoja de cálculo?

—A... a... —tartamudeé mientras apretaba el pulgar contra mi clítoris hinchado y empezaba a frotarlo—. A lo primero.

—Bien. —De repente, me inclinó sobre el escritorio, presionando mis pechos contra el frío metal, y me separó las piernas

Noté que abría un condón y se lo ponía.

—Estás empapada... —dijo mientras pasaba un dedo entre mis pliegues.

Agarrándome por las caderas, se inclinó sobre mí y empezó a darme besos en la columna.

Uno... Dos... Tres...

Traté de concentrarme en la calidez de su boca, en la fuerza de sus manos, y, cuando por fin estaba encontrando un patrón a sus besos, noté que comenzaba a deslizarse en mi interior.

Al principio despacio... Muy despacio...

Era como si se obligara a sí mismo a profundizar lentamente hasta llenarme por completo, y luego me dio un último beso en la espalda antes de retirarse y hundirse con tanta fuerza y rapidez que casi perdí el equilibrio.

—Joder, Ari... —susurró con la voz ronca—. Eres increíble...

—Ahhh... Ahhh... —gemí mientras él movía la mano entre mis piernas para tocarme el clítoris sin detener ni un momento aquel ritmo intenso, impulsándose dentro y fuera de mí una y otra vez.

—Carter, yo... —Notaba que me temblaban las piernas, que mi coño vibraba—. Carter, yo...

—Shhh... —Se apartó de mí y me dio la vuelta. Me cogió las piernas para ponerlas alrededor de su cintura antes de hundirse dentro de mí otra vez. Me miró a los ojos al tiempo que me apretaba los dos dedos contra la boca, ahogando mis gemidos.

Incapaz de aguantar mucho tiempo más, apreté las piernas en torno a sus caderas, pero perdí cualquier muestra de control cuando embistió una vez más. Me puse a gritar su nombre cuando alcancé el clímax, haciendo que me cubriera la boca con la de él para ahogar mis gemidos mientras alcanzaba su propia liberación.

Jadeé, temblorosa, y cerré los ojos, sin responder a ninguna de las preguntas que me hacía mientras me salpicaba la frente con besos.

A continuación, sentí que se retiraba y que, cogiéndome en brazos, me dejaba sobre la cama. Vi que salía al pasillo y oí correr el agua, y luego noté que me limpiaba entre las piernas con un paño caliente.

—Me encanta la forma en la que dices mi nombre cuando te corres... —susurró, besándome otra vez en la frente.

Tenía el corazón acelerado y no sabía qué demonios decirle. No sabía cómo demonios un refrigerio de comida china a medianoche se había convertido en un polvo...

Seguí tendida en la cama mientras él, a mi lado, me peinaba con los dedos y

me acariciaba el cuello con ternura.

Estaba segura de que él tampoco sabía qué decir, porque horas después se quedó dormido mientras yo seguía mirando el techo. Intenté cerrar los ojos para que me viniera el sueño, pero mi cuerpo no me lo permitía.

Mis labios querían más besos; mis muslos, más caricias, y sentía un doloroso anhelo entre las piernas que no había experimentado nunca antes.

Para asegurarme de que no estaba soñando ni atrapada en medio de una de mis más recientes fantasías, miré a Carter, asegurándome de que no estaba despierto, y bajé la mano entre mis muslos para tocarme el clítoris y comprobar si realmente estaba hinchado o si había...

—¿Sigues excitada? —susurró Carter con una nota divertida en la voz.

Lo ignoré, retirando la mano al momento y manteniendo los ojos clavados en el techo.

—¿Ari? —insistió.

No respondí.

Soltó una carcajada antes de moverse sobre mí para mirarme a los ojos.

—Ari... —dijo una vez más.

—¿Qué?

—¿Sigues excitada?

—No.

Deslizó la mano entre mis piernas con una sonrisa, y obtuvo la verdadera respuesta a su pregunta.

—¿Quieres que te ayude?

Negué con la cabeza, pero él se inclinó para empezar a succionarme un pezón con los labios.

—¿Por qué?

No pude responder porque se puso a rodearme el clítoris con el pulgar y a chuparme el pecho con más fuerza.

—¿Crees que debería tomarme tu silencio como un sí? —Deslizó un dedo en mi interior en ese momento y apenas fui capaz de mover la cabeza para asentir.

Mis ojos se encontraron con los suyos y sonrió, sin preguntarme nada más.

Cogió una almohada de su lado de la cama y la puso debajo de mis nalgas. Luego apretó los labios contra mi frente antes de comenzar a bajar lentamente por mi cuerpo, pasando la lengua juguetonamente por cada centímetro de mi piel.

Cuando llegó al estómago, me separó las piernas y empezó a lamerme con más intensidad. Luego, de repente, me empujó hacia delante y hundió la cara en mi

sexo.

Al instante, le agarré la cabeza con las manos, tratando de alejarlo y luchando contra él, pero me ignoró. Me capturó el clítoris con los labios al tiempo que se ponía a golpearlo con la lengua una y otra vez.

Completamente excitada, me retorcí contra su boca, pero me mantuvo inmóvil, sin dejarme escapar.

—Carter... —murmuré—. Carter...

Él no respondió. Me soltó el clítoris hinchado y deslizó dos dedos dentro y fuera de mí, hundiéndolos más profundamente cada vez que decía su nombre.

—Córrete en mi cara, Ari... —susurró. Me recosté contra las almohadas y cerré los ojos, permitiendo que me atravesara otro orgasmo.

No moví los párpados hasta que pude sentir de nuevo las piernas.

Cuando por fin abrí los ojos, vi a Carter mirándome con una expresión de preocupación en la cara.

Asentí moviendo la cabeza, y atravesó su rostro una sonrisa tierna. Cogió otra toalla para limpiarme entre las piernas. Luego me estudió durante varios minutos sin decir nada.

—Vengo ahora —murmuró finalmente, desapareciendo en el cuarto de baño.

Oí que abría el agua y que se cepillaba los dientes. Me di la vuelta antes de que regresara.

Sonreí, totalmente saciada, todavía presa de la incredulidad porque:

Había sido un polvo fantástico y...

Acababa de follar con mi mejor amigo.

—Buenas noches, Ari —me susurró Carter al oído antes de hacerme rodar para mirarlo.

O eso pensé... porque me hizo pasar por encima de él hacia el otro lado de la cama.

—Odias dormir en el lado derecho, ¿recuerdas? —explicó, y luego, rodeándome la cintura con un brazo, me dijo que me durmiera.

A partir de ese momento, fue mucho más fácil.

PISTA 11

KNEW YOU WERE TROUBLE (1:55)

CARTER

«Mierda...».

DÉCIMO CURSO

CARTER

Asunto: Pruebas de baloncesto.

Creo que la semana que viene haré las pruebas para entrar en el equipo de baloncesto. Si me seleccionan, no podrán elegirme para jugar en el equipo universitario hasta el tercer año. ¿Crees que lo conseguiré?

Sinceramente,
Carter

Asunto: Re: Pruebas de baloncesto.

Sí. Si no recuerdo mal, eres bastante bueno, aunque creo que tu ego ya es bastante grande. ¿De verdad necesitas que las chicas te presten más atención? Además, es posible que tengas que explicar lo de los tatuajes del brazo cuando te pongas la equipación. (Sigo sin poder creerme que tu madre te haya llevado a ti, un menor de edad, a que te los hagan...).

Espera... ¿No es hoy la lectura del testamento de tu padre? (Es de mala educación enviar correos electrónicos durante ese tipo de actos).

Espero que estés bien.
Arizona

Asunto: Re: Re: Pruebas de baloncesto.

Ya le he dicho al entrenador que tengo tatuajes. Me ha asegurado que si soy bueno, a la mayoría de la gente no le importará, y no seré el primer jugador de baloncesto del instituto que tenga tatuajes. (Lo que yo no podría creerme es que se comportara como una madre).

La lectura del testamento ya ha terminado. (Y lo que es de mala educación es abandonar a tu único hijo y engañar a tu esposa).

Me siento fenomenal.
Carter

Asunto: Re: Re: Re: Pruebas de baloncesto.

¿Dónde estás?

Sigo esperando que estés bien.

Arizona

Asunto: Re: Re: Re: Re: Pruebas de baloncesto

En mi habitación.

Ya te he dicho que estoy bien. (Créeme)

Sinceramente,
Carter

Puse el móvil en silencio y me tendí en la cama, mirando al techo. Hoy había

sido uno de los peores días de mi vida, así que estaba preparándolo todo para que mañana fuera mejor: pensaba tener sexo después del instituto con mi novia si no estaba enfadada conmigo por no haberle contado lo que me había pasado. Había asistido al instituto los últimos tres días, pero me había negado a hablar de mi familia con nadie. También planeaba ir al salón de tatuajes para hacerme otro en el interior del brazo, algún tipo de árbol al que agregar más diseños durante los años próximos. Además, seguramente necesitaría pasar algo de tiempo con Arizona al final del día. Por alguna razón, estar con ella siempre conseguía que todo fuera mejor.

Cogí los auriculares blancos de la mesilla de noche y me los puse en las orejas. Cerré los ojos, quedándome dormido.

O eso pensaba.

Justo cuando empezaba a sonar una canción de mi álbum favorito, me separaron el auricular de la oreja izquierda y se arrastró sobre mí una mancha de color rosa y morada para apoderarse del lado izquierdo de la cama.

Arizona.

—¿Qué coño haces aquí? —La miré con los ojos entrecerrados—. ¿Mi madre te ha dejado entrar?

—¿Crees eso de verdad? —Estiró el brazo delante de mi cara para que viera un brazalete que se balanceaba en su muñeca—. Ya te dije hace meses que hice una copia de la llave de tu casa. Tu madre está inconsciente en el sofá...

—Como era de esperar... —dije—. Bueno, necesito estar solo para poder pensar. Así que, sin ánimo de ofender, no quiero tu maldita compañía en este momento, y como literalmente has allanado mi casa para verme, me veré obligado a pedirte que te largues.

—Vale. —Me miró, parpadeando. Luego se puso el auricular izquierdo en la oreja y se apoyó en las almohadas.

—Arizona, ¿no has oído lo que te he dicho? ¿Tengo que repetirlo?

—Te he escuchado perfectamente —repuso, haciéndome una seña para que me tumbara a su lado—. Me has dicho que me ibas a pedir que me largara porque no quieres mi compañía. Así que cuando realmente me pidas que me largue, lo haré...

Nuestros ojos se encontraron y supe que podía decirle que estaba bien hasta quedarme sin voz, pero ella era consciente de que hoy, en realidad, yo era un desastre emocionalmente hablado y que lo que quería era que se quedara.

Así que en lugar de luchar contra los hechos, me tendí a su lado y me puse el otro auricular en la oreja derecha.

—Ni has estado aquí ni me has visto así...

—No ha ocurrido nunca...

PISTA 12

THE MOMENT I KNEW (4:09)

CARTER

La mañana después de haberme acostado con Arizona, me encontraba en la cocina de su casa preparando una taza de café recién hecho. Dos de sus compañeras de piso, Jenny y Heather, estaban frente a mí, esperando a que sonara el temporizador.

—Sabéis que podéis tomar vuestro café mientras se prepara el mío, ¿verdad? —pregunté, notando que me miraban el pecho.

—Sí, somos conscientes de ello. —Jenny se sonrojó—. Pero preferimos esperar a que...

—La verdad es que yo no lo sabía... —Heather dio un paso adelante y sostuvo su taza de café junto a la máquina—. Nunca te acostarás sin saber algo más. Por si acaso no la vemos hoy, ¿puedes decirle a Arizona que tiene que comprar detergente? Es su turno.

—Sí. —Asentí.

El temporizador sonó y Jenny se adelantó, rozándome el pecho con la taza antes de acercarse a la máquina de café.

—Lo siento. No he podido evitarlo —se rio.

—Además —añadió Heather, haciendo caso omiso a Jenny—, ¿podrías decirle que compre un poco más de café? También le toca a ella.

—Tomo nota. —Me di cuenta de que Jenny seguía tocándome—. ¿No tienes que ir a trabajar?

Se sonrojó otra vez y dio un paso atrás.

—Cuando quieras que deje a mi novio por ti, dímelo. Solo haría falta una palabra.

—No cuentes con ello. —Me reí.

—Claro que sí. —Bebió un sorbo de café y fue hacia la puerta sin dejar de sonreír—. Estaré esperando tu llamada.

Aguardé a que se marcharan y me aseguré de que su coche se hubiera alejado de la casa antes de sentarme.

Al instante, empecé a intentar procesar qué cojones había ocurrido la noche pasada. Lo recordé todo como si fuera una serie de fotografías: Película. Risas. Beso que parecía eterno. Sexo. Sexo con Arizona. Otra vez sexo con Arizona. Sexo con la mejor amiga que tengo desde que puedo recordar, Arizona...

—Buenos días —dijo el objeto de mis pensamientos entrando en la cocina cubierta con un albornoz y evitando mi mirada.

—Buenos días.

—¿Quién ha hecho el café? ¿Tú o una de mis compañeras de piso?

—Yo.

—Entonces, ¿no lleva avellanas?

—No. —Me levanté y le preparé una taza, añadiendo el polvo de avellana que siempre le gustaba agregar al café. Mientras le ponía también las tres pastillas de sacarina habituales, ella se sentó en el taburete, enfrente de mí, sin mirarme a los ojos.

—¿Qué tienes pensado hacer este fin de semana? —Le acerqué la taza deslizándola por la encimera.

—Lo que suelo hacer todos los fines de semana del verano: reunirme contigo en Gayle's en algún momento del día, colarme en una clase de la escuela de cocina y esperar que no me echen. Ah... y tomar una copa con Nicole el domingo.

—Si no te deja colgada...

—Sí. Si no me deja colgada. —Tomó un largo trago de café permitiendo que, por fin, nuestros ojos se encontraran—. ¿Qué tienes pensado tú?

—Reunirme contigo en Gayle's en algún momento... Hacer algunos recados, ir a buscar algunos de los libros de la lista de lectura de verano de la facultad de derecho y, posiblemente, también haga algo con Josh.

Silencio.

Se llevó la taza a los labios inclinando la cabeza hacia atrás, para vaciarla.

—Tus compañeras de piso me han dicho que tienes que comprar café y detergente —recordé—. Dicen que te toca a ti, así que no te olvides cuando...

—Bueno, en serio no vamos a hablar de lo que ha ocurrido esta noche —me interrumpió—. ¿De verdad vamos a actuar como si no hubiéramos follado?

—No. —Sonreí—. ¿De qué parte quieres hablar, Ari?

—¿Qué te parece si hablamos de la parte en la que mi mejor amigo desde cuarto curso se acostó conmigo? ¿O quizá deberíamos hablar de la parte en la que se aprovechó de mi silencio y estado de *shock* absoluto para presumir que quería que me hiciera un *cunnilingus*? Sí, ¿sabes qué? Empecemos por eso, ¿vale?

—Antes de nada, soy tu mejor amigo desde quinto curso. En cuarto te odiaba, y no empezamos a hablar de forma amistosa hasta final de curso. Mucho después de que me metieras en líos por enésima vez.

—De todo lo que acabo de mencionar, ¿es eso lo que quieres discutir primero?

—No. —Me acerqué a ella y le puse las manos en los hombros—. La cosa es que follamos esta noche. Ocurrió y, por lo que yo recuerdo, tú no es que estuvieras callada o poco participativa...

Me miró boquiabierta, y me reí al tiempo que le cerraba la boca con los labios.

—Estaba de broma —aseguré—. Sin embargo, no creo que debamos discutir sobre eso. Lo que ocurrió anoche no cambia nada entre nosotros.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿Me prometes también que no hablaremos nunca de ello ni dejaremos que vuelva a ocurrir porque no queremos dejar de ser amigos, y los dos sabemos que el sexo arruina cualquier amistad? ¿Que las arruina de forma innegable e inevitable?

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Las dos.

—En ese caso, sí. —Ahuequé las manos sobre sus mejillas y la miré a los ojos—. No permitiremos que vuelva a ocurrir, porque los dos valoramos demasiado nuestra amistad.

—Vale... —Soltó el aire que contenía—. Entonces, para asegurarme de que estamos de acuerdo: no ha ocurrido nada.

—Exacto. —Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y di un paso atrás—. Y no he dormido aquí.

—¡Genial! —Se bajó del taburete—. Bueno, me voy a preparar para ir a clase y creo que te veré en Gayle's... ¿Puedes recogerme a las once y media?

—Sí.

Nos miramos en silencio, sin añadir nada más.

—Vale, bueno... —Dio un paso atrás—. Son solo las nueve, así que... vete a casa, yo me quedaré aquí y... nos vemos luego.

Desvié la vista a sus labios.

—Muy bien.

—Ah... y ¿Carter? —me miró.

—¿Sí?

—Te aseguro que fue en cuarto. Nos hicimos amigos en cuarto curso.

—Tienes que dejar de insistir en eso. —Me reí y fui hacia la puerta—. Estoy convencido de que fue en quinto.

No podía hacer que el agua de la ducha estuviera más caliente. Tenía que borrar a Arizona de mi piel lo más rápido y fuerte que pudiera. Con independencia de lo que le hubiera dicho a ella, me iba a costar mucho olvidarme la noche anterior por varias razones: para empezar, había sido el mejor polvo de mi vida. Dos, sus súplicas y gemidos seguían resonando en mi mente. Y, definitivamente, había sentido algo mientras nos mirábamos a los ojos en aquel instante, algo que no me había ocurrido nunca cuando me había tirado a otras chicas.

«¡Joder!».

Frustrado por lo del agua, cerré el grifo y salí de la ducha. Me envolví una toalla alrededor de la cintura antes de entrar en la cocina.

—¿Una noche dura? —preguntó Josh, soltando el periódico para mirarme.

—No. He dormido en casa de Ari.

—A ver si lo adivino, te ha hecho ver uno de esos aburridos programas de cocina y luego te ha dejado dormir en el sofá.

—Casi...

—Es ridículo. —Se levantó y me siguió hasta la nevera—. Es necesario que me expliques algo importante.

—Pensaba que jamás me lo preguntarías —dije—. Es cierto lo que te dijo tu última novia: no puedes ir vestido así.

—Olvídate de eso, tío. —Se rio—. Quiero saber cómo lo consigues.

—¿Cómo consigo qué?

—Cómo consigues seguir siendo «solo amigo» de una chica.

—¿Eres consciente de que mantenemos esta conversación cada seis meses?

—Lo sé, y no lo digo por ti y Arizona. Sé que sois solo amigos, es una pregunta sobre la cuestión en general. ¿Cómo es posible que nunca hayáis considerado cruzar esa línea? —Apoyó la cadera en la encimera—. Solo lo pregunto porque dado que los dos asistiremos en otoño a la facultad de derecho, creo que eso es justo lo que necesito, una chica que solo sea mi amiga.

—Los amigos no están a la venta en las tiendas.

—Venga, dímelo... ¿Cómo lo hacéis?

Un recuerdo de la noche anterior, de Ari susurrando mi nombre mientras se acercaba a mi boca, cruzó por mi mente.

—Se trata de no olvidarlo nunca, y seguramente también tengas que aprender a ser su amigo de verdad. Y a no hacer todas esas cosas de carácter sexual que sueles hacer.

—Cierto... Bueno, ¿y si la chica tiene el aspecto de Ari? ¿Cómo alguien como yo, con pelotas, no como tú, puede no verse afectado por ella?

La cara de Ari después de alcanzar el orgasmo cruzó de nuevo por mi mente.

—Simplemente... No ocurre. Supongo.

—Vale, vale, vale... —Puso la mano sobre la encimera—. Tú. Yo. The Bakery Bar. Esta noche. En lugar de un polvo de una noche, vamos a ver si conozco a una chica que pueda convertirse en mi amiga. Cuanto más fea sea, mejor.

—En serio, a veces me avergüenzo de ser tu amigo.

—El sentimiento es mutuo, colega. —Cogió una botella de agua y regresó al sofá.

Cuando estuve seguro de que estaba profundamente absorto en la lectura del periódico, me serví un chupito de vodka y lo vacié de golpe. Sin duda iba a necesitarlo para mantener los labios de Ari fuera de mi mente durante las próximas horas...

O días..

O... «¡Mierda!».

Y más mierda...

PISTA 13

THE LAST TIME (4:56)

ARIZONA

«Follar con Carter ha sido un error... Un error que voy a cometer una sola vez...».

Me repetí esas palabras durante toda la mañana hasta que casi me las creí, hasta que entré en la clase en la que me estaba colando los últimos días: diseño de postres.

Saqué un delantal del estante y me senté en la parte de atrás, esperando que no hubiera prácticas hoy, pues entonces no habría un lugar para mí, pero, para mi sorpresa, habían preparado uno con mi nombre.

Presa de la incredulidad, di un paso adelante con vacilación y pasé los dedos por las letras para asegurarme de que era real. Solo entonces, vi que había una nota al lado de mi nombre. Así que la abrí para leerla.

«¿No es irónico que la mejor alumna de la clase no esté realmente en clase? No te acostumbres, será solo durante el verano.

Chef Brandt

P. D.: Quiero comentar contigo algunos programas de escuela culinarias que podrían ser buenos para tu futura carrera».

Levanté la vista y lo vi asentir con la cabeza desde el frente de la clase, en una rápida señal de aprobación.

Agradecida, saqué la tarjeta con la tarea del día, esperando que fuera algo lo suficientemente complicado como para dejar de pensar en Carter.

«Tarea del día: Hacer un soufflé usando solo los ingredientes que hay en la nevera. El tema de hoy es: “Pasión inquebrantable. Solo una noche”».

Dejé caer la tarjeta al suelo.

Horas más tarde, después de que el profesor me hiciera completar algunos cuestionarios para solicitar plaza en los cuatro mejores programas culinarios del mundo, me encontré paseando descalza por la orilla, dejando que la cálida brisa me envolviera.

No importaba nada lo mucho que hubiera intentado a lo largo del día pensar en otra cosa, lo que fuera, los apasionados besos y las caricias de Carter seguían asaltando mi mente. Supuse que lo que decían sobre él y el sexo —que le gustaba experimentar cosas salvajes y sucias— era cierto, pero una parte de mí no podía evitar pensar que lo que había ocurrido la noche pasada entre los dos había sido algo más que lujuria.

«No, basta... Es solo sexo... Solo somos amigos...».

Saqué el móvil y llamé a Nicole.

—¿Sí? —Respondió al primer timbrado—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—¡Genial! Estoy deseando que llegue mañana por la noche. Mañana pienso dejar en tu casa algunas bebidas y bocadillos de camino al trabajo, para poder beber algo antes y después de ir al club. Incluso podemos ver algunas pelis.

—¿Dices en serio lo de tener una fiesta de pijamas después de salir?

—Absolutamente. Quiero compensarte por haberte dejado colgada en la fiesta de Josh.

—No me importó, en serio. Sin embargo, aprecio tu idea.

—Deja de ser tan amable, sé que soy una amiga terrible. —Había una sonrisa en su voz—. Llegaré alrededor de las ocho, ¿vale?

—Vale...

—Espera un segundo... ¿Por qué tienes esa voz?

—¿Qué voz?

—Parece como si estuvieras triste o deprimida o algo así. ¿Estás bien?

«Me he acostado con Carter... Díselo... Me-he-acostado-con-Carter».

Sin embargo, no pude decirlo. Quería hacerlo, pero una parte de mí, una parte muy poderosa, me decía que me reprimiera.

—¿Arizona? —preguntó—. ¿Arizona? ¿Estás ahí?

—Sí. No me pasa nada. Es que ha sido una jornada dura en la escuela de cocina.

—Gorróna. Me había olvidado de eso... ¿Has visto hoy a Carter?

—Sí, antes. ¿Por qué?

—Bueno, sé que vas a pensar que estoy loca, pero ¿crees que podrías decirle que estoy interesada en él a ver qué dice?

—Mmm...

—¿Eso significa sí o no?

«Mmm... joder, no».

—Por supuesto. Se lo comentaré la próxima vez que hable con él.

—Bueno, en ese caso, creo que obtendré una respuesta en las próximas veinticuatro horas. —Se rio—. ¡Oh! Acaba de entrar un cliente. Nos vemos mañana a las ocho.

—Hasta maña... —Cortó la comunicación antes de que pudiera terminar de hablar.

Mojé los dedos de los pies en el mar durante unos minutos antes de decidir que iría directamente a Gayle's. Se me ocurrió que en este momento, tomarme un *waffle* de los suyos me haría sentir diez veces mejor, y quizá me podría ayudar a pensar más claramente en esta situación.

«En especial porque Carter no estará allí...».

Pero no, Carter sí estaba allí.

En cuanto entré, lo vi sentado en el fondo del local. Vacilé, sin saber si debería irme o no, pero de repente me miró.

Pude sentir como si me arrastraran hacia él, literalmente, como si no tuviera control sobre mi cuerpo. Avancé un paso, dos... y, antes de que supiera lo que hacía, estaba sentada frente a él.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

—¡He hecho vuestro pedido en cuanto te he visto atravesar la puerta! —anunció la camarera que nos atendía siempre acercándose con una bandeja—. Un *waffle* belga con yogur de vainilla y fresas, y un puñado de *chips* de chocolate. —Esbozó una sonrisa mientras lo dejaba frente a mí—. Y una torre de gofres con yogur de chocolate, mantequilla de cacahuets y *chips* de Oreo a un lado para ti. —Dejó el otro plato delante de Carter—. ¿Podría hacerme alguna vez el favor de pedir otra cosa? ¿No os cansáis de tomar siempre lo mismo?

Carter sonrió.

—¿Por qué hoy no traes un *waffle* extra gratis? ¿Eso servirá?

—Tienes suerte de caerme tan bien, chico. —La camarera se rio—. Te lo traeré cuando sirva las mesas que están esperando. —Nos guiñó un ojo antes de alejarse.

—Entonces... —me interrumpí. La primera pregunta que le hacía siempre era para saber cómo le había ido la noche anterior, pero ya sabía la respuesta. La

había pasado conmigo.

Al parecer él se dio cuenta también, porque desvió la conversación.

—¿Nicole te ha enviado el habitual «No puedo salir contigo este fin de semana, pero quiero hacer las paces contigo»?

—Todavía no. Creo que esta vez cumpliré su palabra. Me ha dicho que va a comprar algunas bebidas y algo de comida para mañana por la noche y que se quedaría en mi casa después de salir.

—¿Y la has creído?

—Sí. —Asentí moviendo la cabeza—. Lo único que me ha impactado hoy ha sido el mensaje de texto de Chris. Me ha preguntado si podemos volver a salir el fin de semana que viene.

—Creo que a ese chico le gustas de verdad. ¿Vas a darle otra oportunidad y quizá acostarte con él, dado que eso era lo que se suponía que ibas a hacer?

—No. —Cogí el tenedor—. Creo que no soy capaz de tener rollos de una noche como tú.

Arqueó una ceja.

—Es decir... No me siento cómoda al pensar en tener sexo con él; todo lo que hay entre nosotros es atracción y besos, pero necesito algo más para establecer una conexión con alguien. Incluso aunque sea para follar de forma excepcional. Además, de todas formas no me vale la pena comenzar nada con él, al final me iré, ¿entiendes?

—No tiene por qué ser así. Además, bajo ciertas circunstancias, las relaciones a distancia logran funcionar.

—¿Bajo qué circunstancias?

—En ningún caso. —Se rio—. Solo intentaba transmitirme una falsa sensación de esperanza.

Sonreí y corté el *waffle*, y durante la hora siguiente fue como si todo fuera normal entre nosotros. De hecho, llegué a convencerme que haberme acostado con él la noche anterior no había cambiado nada.

Cuando llegó el momento de pagar, Carter se hizo cargo como de costumbre y se guardó mi parte. Sin embargo, a diferencia de lo que era usual, me puso la mano en la parte baja de la espalda cuando nos levantamos y no la quitó hasta que llegamos al coche, haciendo que me enervara con ese simple contacto.

No dijimos nada camino de mi casa, y me di cuenta de que también se había olvidado de encender la radio. El único sonido que se oía era el viento y los ruidos del tráfico.

—Después de tantos meses colándote en clase de cocina —dijo finalmente, a

dos manzanas de mi casa—, ¿sigue sin importarles que no hayas pagado ni un centavo de la matrícula?

—Por sorprendente que resulte, eso parece. Hace semanas que me di cuenta de que solo llaman a seguridad cuando hay examen. Los profesores me aprecian de verdad. De todas formas, es mi pasión. ¿Te he contado ya que uno de ellos me ha escrito una carta de recomendación para otras escuelas culinarias?

—No. —Se rio mientras se detenía junto a la acera—. Por favor, dime que te la has leído hasta el final y que estás segura de que no pone en ninguna parte que eres una gorrana.

—¡No lo pone! —Me reí con él al tiempo que abría la puerta—. De hecho, dice que soy una alumna brillante, y que poseo la más ferviente pasión que ha visto desde hace años... Lo que menciona es mi «creatividad» a la hora de aprender, pero nadie va a relacionar esa frase con el hecho de que me haya colado en sus clases.

—Esperemos que no.

—Gracias por traerme. —Cerré la puerta—. Te llamaré mañana si Nicole me deja colgada.

—Lo hará.

—¡No lo hará! —Me alejé con rapidez y entré corriendo en la casa.

Solo entonces me puse la mano encima del corazón y suspiré; volvía a tenerlo acelerado.

«Esto no puede ser bueno...» .

PISTA 14

SPEAK NOW (3:42)

ARIZONA

Al día siguiente dormí hasta tarde. O más bien dormí todo el día.

Incluso llamé al trabajo de media jornada que realizaba en el puerto deportivo, y dejé que el gerente volviera a echarme la bronca de nuevo. (Algo sobre que si llegaba tarde otra vez o llamaba diciendo que estaba enferma un día más, me despedirían. La verdad es que me importaba una mierda que me despidieran, pero si lo hacían, perdería el pase de acceso al barquito que necesitaba usar a veces, cuando los chefs daban clase en Parker Island; las tarifas de los barcos privados eran muy caras).

Cuando por fin encontré motivos para levantarme, eran las seis de la tarde. Pensé que debía empezar a prepararme para pasar la noche con Nicole. Bajé las escaleras para ver qué había dejado ella antes y me encontré con un montón de bolsas de plástico llenas de todo tiempo de comida basura: Cheetos, tabletas de chocolate, veinte tipos diferentes de dulces de fruta y un montón de vodka y cerveza.

Era como si Nicole hubiera soltado todo aquello sin intención de guardarlo. Cuando terminé de meterlo en la despensa, eran ya las siete y mi querida amiga me había enviado un mensaje de texto:

Nicole: ¡No me mates, pero tengo que cancelarlo todo! Aunque tengo una razón de peso. Tiene un eight pack que te mueres, y te lo contaré todo mañana, ¡te lo prometo!

«¿Qué coño... ?».

Reprimí un grito de frustración mientras le respondía.

Yo: Es la enésima vez que me dejas colgada por un chico, Nicole. ¡Un chico que ni siquiera es tu novio! Y ya me he hartado. No sabes lo que significa la amistad ni nada que se le parezca. Así que

cuando decidas que quieres aprenderlo, házmelo saber».

Moví el dedo al botón de enviar, pero no lo apreté.

Nicole no valía la pena.

Cogí parte de los sándwiches que había traído y me fui a mi habitación.

Hice *zapping* en los canales de cocina y, finalmente, me decidí por uno en el que el chef preparaba una especialidad de *crème brûlée*. Me puse un pijama y me metí en la cama con la libreta, dispuesta a tomar notas.

Cuando el chef estaba comprobando la temperatura de la crema, empezó a vibrar mi móvil. Carter.

De inmediato me lo imaginé besándome los labios y abrazando mi cuerpo tenso contra el suyo, así que supe que no debía hablar con él en este momento.

Le di a ignorar.

Pero volvió a llamar.

Lo ignoré de nuevo.

Así que me envió un mensaje de texto.

Carter: ¿Me estás ignorando porque no quieres admitir que tenía razón sobre Nicole?

Yo: En realidad te has equivocado con ella. Estamos en mi casa, haciendo fotos y comiendo pizza. Te llamaré después.

Carter: La estoy viendo en este momento, así que a menos que te hayas dejado barba y bigote en las últimas seis horas, estoy seguro de que te ha dejado colgada.

Yo: Por desgracia, no... ¿Está con un tipo con barba y bigote?

Carter: Sí. Y da la impresión de que es unos diez o doce años mayor que ella.

Yo: Estás de coña.

Carter: No lo estoy. ¿Qué estás haciendo?

Yo: Lamentándome por los patéticos amigos que tengo. Tú incluido. ¿Y tú?

Carter: Preparándome para ir a casa. Estaba tratando de ayudar a Josh a encontrar a una chica que pudiera ser su amiga «solo amiga».

Yo: ¿Ha funcionado?

Carter: No. Ha decidido que la opción «rollo de una noche» le mola más. ¿Quieres compañía?

Yo: La verdad es que no...

Mentí.

Carter: Bueno, pues voy para ahí. Estate preparada dentro de veinte minutos. Te recogeré y vendremos a mi casa.

Yo: ¿Le pasa algo a la mía?

Carter: Podría responderte, pero ahí pasó algo que nunca ocurrió.

Me sonrojé.

Yo: Bueno, nos vemos dentro de veinte minutos.

No me molesté en cambiarme de pijama. Me puse unas viejas zapatillas deportivas y cogí una bolsa de lona en el armario.

Bajé las escaleras y la llené con las provisiones que Nicole había comprado.

—¿Te vas a una fiesta de pijamas, Ari? —Heather me miró desde detrás de la barra de la cocina, sonriente—. ¿No eres un poco mayor para eso?

—No, Nicole me ha dejado colgada otra vez, así que me voy a casa de Carter a pasar el rato.

—Oh, lo lamento. Así que Nicole te lo ha vuelto a hacer... Menos mal que Carter estaba libre esta noche, ¿verdad?

—Bueno... —Hice una pausa—. La otra noche me acosté con él.

—¿Con quién te has acostado? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Con Carter. Me he acostado con él. Follamos, ya sabes...

—Sí, claro... —Se llevó la mano al pecho y soltó una carcajada—. ¡Como si pudiera creerte! Sois los mejores amigos que no son pareja de todos los tiempos.

—Bajó la vista a su trabajo—. Que te diviertas...

—Lo intentaré. —Me colgué la bolsa al hombro y salí al porche. Estaba segura de que la mayoría de la gente no se creería que Carter y yo habíamos tenido sexo; joder, aunque mis recuerdos me lo demostraban, también yo me sentía bastante incrédula al respecto.

Carter se detuvo justo cuando me senté. Pero en vez de esperar a que yo me acercara al coche, salió y se acercó por el camino de acceso para coger la bolsa.

—¿Estás pensando en mudarte? —La sostuvo en alto—. ¿Qué coño llevas aquí?

—Sándwiches y licores, cortesía de Nicole.

—Bueno, al menos esta vez tuvo un detalle antes de dejarte colgada. —Me puso la mano en la cintura, haciéndome sentir aquel estremecimiento, ya familiar, en la espalda mientras nos acercábamos al coche.

Durante el corto trayecto hasta su casa no nos dijimos apenas nada, y, como siempre, sintonicé una emisora donde sonaba rock y un poco de pop.

Quería decir algo, reír y bromear sobre algún tema sin importancia, pero en lo único que podía pensar era en lo mucho que quería volver a sentir sus labios sobre los míos.

—¿Arizona? —Su voz me arrancó de mis pensamientos, y me di cuenta de que

me estaba sosteniendo la puerta abierta para que saliera—. ¿Piensas quedarte ahí dentro todo el día? ¿Por qué siempre te quedas mirando al infinito cuando el coche ya está aparcado?

—Es una mala costumbre. —Me moví y lo seguí al interior. Mientras recorríamos el pasillo, escuchamos unos suaves gemidos provenientes de la habitación de Josh.

Intenté ignorarlos con todas mis fuerzas mientras seguía a Carter hasta su dormitorio y cerraba la puerta.

—¿De verdad vas a hablar con Nicole sobre esa costumbre suya de dejarte colgada en el último momento o vas a dejarlo pasar, como de costumbre? —preguntó, dejando la bolsa de lona en el suelo.

—¿Sinceramente? Creo que voy a pasar de quedar con ella... Al final pillaré la indirecta y, quizá entonces, cuando se dé cuenta de lo que ocurre, podamos hablar.

—Tiene sentido. —Abrió una botella y me la ofreció—. ¿De verdad habíais pensado ver alguna de estas películas?

—¿Por qué lo dices?

—Porque son horribles... —Se puso a ojear los DVDs—. Ya sé que soy yo quien quería compañía hoy, pero ¿podemos descartar los que son de chicas?

—¿A cambio de qué?

—Veré uno de los programas de cocina que te gustan a cambio de olvidarnos de una de estas pelis: *Cuando Harry encontró a Sally*, *Sucedió en Manhattan* o *El club de los cinco*, ¿trato hecho?

—*El club de los cinco* no es una peli de chicas. —Le arranqué el DVD de las manos—. Dudo mucho que ella o yo pudiéramos soportar cualquiera de esas.

—Mejor. —Cogió el mando a distancia y encendió el televisor. Haciendo *zapping* llegó al canal de cocina que había estado viendo antes.

El chef había terminado con la *crème brûlée* y ahora estaba preparando una comida de siete platos.

Carter me entregó el mando y unos cuantos sándwiches.

—¿Quieres algo más?

—¿Podemos turnarnos para pintarnos las uñas mientras cocina esos platos?

—Ni hablar. ¿Es una repetición?

—Quizá. ¿Por qué?

—Solo me lo preguntaba... —repuso mientras se acostaba detrás de mí— porque quería saber si podía hablarte durante el programa.

—Eres tú quien se sentía solo y necesitaba compañía. Yo estaba bien.

—¿En serio?

—Sí. —Subí el volumen—. Y a pesar de que es una repetición y de que afirmas que odias los programas de cocina, sé que en el fondo te encanta verlos conmigo.

Se rio, pero no dijo nada. Tiró de mis hombros hacia atrás, hasta que me quedé apoyada en su pecho.

Tragué saliva y, tratando de ignorar la repentina tensión que surgió entre nosotros, mantuve los ojos pegados al televisor.

—Aseguraos de tener el horno a doscientos grados, no ciento noventa ni doscientos diez. Doscientos grados... —El chef sacó otro montón de ingredientes.

Carter sopló con suavidad contra mi cuello y se me detuvo la respiración. Traté de ignorar el hecho de que mi corazón estaba acelerado y de que, literalmente, estaba empapada.

—Así es como se sazonan las verduras... —El chef sonreía a la cámara, mostrando los pinceles que usaba, pero yo ya no le prestaba atención. No podía.

Carter me besaba el cuello cada pocos segundos, rozándome a la vez la piel con los dientes, y mi cuerpo traidor reaccionaba a cada uno de sus movimientos.

—¿Podrías ir a buscar un poco de hielo a la cocina? —Me separé de él cuando comenzó a darme un masaje en los hombros—. Y también unos vasos, gracias.

—Claro. —Se levantó sonriente y salió del dormitorio.

Sacudí la cabeza al tiempo que respiraba hondo varias veces, tratando de no pensar demasiado. Luego me moví al otro extremo de la cama, a los pies, cerca del tocador.

Carter regresó a la habitación y me miró. Noté que contenía una carcajada mientras dejaba el hielo en el escritorio. Luego llenó uno de los vasos con zumo y se acercó a mí para entregármelo.

—¿Te has cambiado de sitio por alguna razón? —preguntó.

—Desde aquí se ve mejor. Mucho mejor.

—¿Te importa si me pongo a tu lado para comprobarlo?

—Sí. —Noté que me ardían las mejillas—. Sí, me importa... Parecías muy cómodo en el lugar en el que estabas antes, así que... —Dejé de hablar al ver que me estaba ignorando y que se acercaba a mí de todas formas para sentarse detrás de mí.

Me volvió a pegar a su cuerpo y a pasarme los dedos por el pelo.

Traté de concentrarme en lo que estaba diciendo el chef, pero no fui capaz. Había visto este programa cientos de veces, de hecho, había preparado esa

comida mientras veía el episodio y, seguramente, sabía tanto la receta como las instrucciones de memoria.

Sentí que Carter me tiraba del pelo otra vez y me giré para mirarlo.

—¿Por qué no estás prestando atención al programa?

—Porque prefiero prestar atención a algo mucho más interesante.

—¿Algo como mi pelo? —Sonreí—. ¿Quieres saber qué acondicionador he utilizado hoy?

Esbozó una sonrisa, y parecía a punto de soltar una agudeza de las suyas, pero fui más rápida.

—¿Quieres acostarte otra vez conmigo? —pregunté.

—¿Pasando los dedos por tu pelo? —Sonrió—. Si fuera así, creo que sería mucho más directo...

—¿Como por ejemplo intentar besarme?

—¿Intentar? —Se inclinó hacia delante y apretó los labios contra los míos—. No. Te besaría y punto... —No liberó mi boca hasta que estuvimos sin aliento, y luego me colocó a horcajadas sobre su regazo.

Sin añadir una palabra más, me pasó los dedos por el pelo, besándome los labios una y otra vez.

—¿Recuerdas... ? —Hice una pausa mientras me daba un beso en la frente—. ¿Recuerdas que te dije que debíamos olvidar lo que pasó esa noche entre nosotros? —pregunté.

—No sé a qué noche te refieres.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando.

—¿Te refieres a cuando follamos? —sonrió.

—Sí... —Le empujé por los hombros—. Bueno...

—¿Bueno?

—Técnicamente mantuvimos relaciones sexuales de madrugada... No fue por la noche, así que... Todavía disponemos de las horas de hoy que forman parte del fin de semana, así que... Creo que deberíamos follar de nuevo, pero no después de hoy. Porque de esa manera...

—De esa manera, ¿qué? —Se me acercó.

—Así podremos tener un fin de semana completo de mmm... sexo para nuestra conveniencia... Y nuestra amistad no se verá afectada, porque creo que podremos olvidarlo cuando acabe... ¿Qué me dices?

—No he oído nada después de «deberíamos follar de nuevo».

Parpadeé y en cuestión de segundos su boca estaba sobre la mía, y yo había hundido los dedos en su pelo. Deslizó las manos por debajo de mi camiseta y me

desabrochó el sujetador antes de empezar a frotarme la espalda de arriba abajo.

Apartó la boca lentamente de la mía.

—¿Te sigue gustando el sexo duro? —susurró contra mis labios.

Me sonrojé.

—Venga, confiesa —insistió, pasándome la camiseta por la cabeza—. ¿Todavía lo ves?

—Sí...

—Bien. —Me capturó el labio inferior con los dientes y lo mordió con suavidad al tiempo que me ponía las manos en su cinturón, ordenándome sin palabras que se lo desabrochara. Cuando lo hice, me levantó de su regazo.

Me miró mientras se deshacía de la camisa.

—Quítate los pantalones y ponte en el suelo.

Vacilante, me quedé en la cama, estudiándolo mientras se bajaba los pantalones. Clavé los ojos en el bulto de sus calzoncillos y, cuando se los quitó, tragué saliva.

—Ari... —Me levantó la barbilla con la punta de los dedos—. Quítate los pantalones y ponte en el suelo... Ahora.

No escuché nada de lo que dijo.

Me incliné hacia su entrepierna y apreté los labios contra su polla.

Él contuvo la respiración cuando la capturé con la boca, y hundió los dedos en mi pelo mientras me impulsaba arriba y abajo por su longitud. Me agarró el cabello con fuerza y se tensó en el momento en el que empecé a moverme con más rapidez, pero cuando sentí que estaba a punto de correrse, me apartó la cabeza.

Sonriendo con ternura, se alejó y me ordenó que me levantara.

Me quedé erguida delante de él mientras comenzaba a desatarme los pantalones, aunque separó mis manos y aflojó él mismo el cordón. Luego se inclinó hacia delante para apretar la boca contra mi estómago, deslizando lentamente la lengua hasta el borde de las bragas.

Con un fluido movimiento, tiró de ellas y las bajó con el pantalón del pijama.

—Ponte a cuatro patas... —indicó en voz baja.

Lo miré durante unos segundos antes de obedecer y hundir las rodillas en la gruesa moqueta. Mantuve la vista hacia delante mientras se colocaba a mi espalda, y le oí cuando desenvolvió el condón.

Unos segundos después, sentí sus manos en los costados, sujetándome con fuerza antes de deslizar una mano entre mis muslos y hundir un dedo en mi húmeda entrada. Soltó un suspiro cuando gemí ante su contacto.

Sin avisarme previamente, me penetró de golpe, llenándome por completo.

Solté un grito que hizo que tirara de mí hacia atrás por el pelo.

—Si sigues haciendo tanto ruido... —me susurró al oído—, todo el mundo va a saber que estamos follando. —Volvió a hundirse en mi interior—. ¿Es eso lo que quieres?

No pude responder. Él no me dio la oportunidad.

—Pensaba que eras de las calladitas, Ari...

—Carter... —gemí mientras me deslizaba una mano por la cintura para apretarme un pecho—. Carter...

—¿Sí? —Me dio una palmada en el culo. Y otra... Y otra...

Me mordí el labio para no gritar, clavé las uñas en la moqueta, sintiéndome cada vez más cerca del orgasmo.

—¡Oh...! ¡Oh...! ¡Oh, Dios...! —Empezó a tocarme el clítoris con el pulgar—. ¡Ahhh...! ¡Ahhh...!

Se estaba formando entre mis muslos una intensa presión, y comenzaron a temblarme las piernas.

De repente se detuvo, y me mantuvo inmóvil durante unos segundos, presionando las manos firmemente contra mi piel. Susurró mi nombre unas cuantas veces antes de balancearse lentamente en mi interior.

Gemí al sentir que me frotaba las manos en los costados.

—Déjate llevar... —escuché que decía.

Dijo mi nombre una última vez, y mi cuerpo colapsó al mismo tiempo que el suyo. Me desplomé en el suelo.

Abrazándome desde atrás, me susurró al oído algunas cosas que no pude entender antes de que se retirara de mi interior y se deshiciera del condón. Luego deslizó las manos por debajo de mí y me cogió en brazos para llevarme a la cama.

Lo miré mientras me limpiaba entre las piernas y me pasaba las manos por los pechos.

—¿Estás bien? —preguntó, apagando el televisor.

Solo lo miré.

Se inclinó para besarme en la frente y luego se metió en la cama, a mi lado, rodeándome la cintura con los brazos.

—¿Qué pasa, Ari? —Parecía preocupado—. ¿He sido demasiado brusco contigo?

—No... —Sonreí—. Sencillamente, no es que esté bien... es que estoy mejor que bien.

Sonriendo de nuevo, me besó los labios, las mejillas y la frente una y otra vez hasta que me quedé dormida.

PISTA 15

EVERYTHING HAS CHANGED (3:43)

ARIZONA

La primera vez que me desperté, estaba tendida sobre Carter. Teníamos las manos entrelazadas, y había apoyado la cabeza en su pecho. Nos despertamos dos veces más en mitad de la noche y mantuvimos relaciones sexuales, y de alguna manera nos quedamos dormidos de nuevo mientras nos besábamos.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba sola. Y llegaba tarde.

La alarma del despertador había empezado a sonar a todo volumen y mi reloj indicaba que eran ya las once y media.

«¡Joder!».

Salté de la cama y fui al vestidor, pero me di cuenta con rapidez de que allí no estaba mi ropa. Me encontraba en la habitación de Carter.

Abrí los cajones buscando algo mejor que un pijama de franela. Así que cogí una camiseta de Carter y me la ceñí con un nudo en la espalda. Incluso me probé algunos de sus pantalones, pero los más pequeños que pude encontrar no me servían, y se me cayeron en cuanto me los abroché.

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!».

Cuando me miré en el espejo, me quedé sin aliento, literalmente. Tenía marcas rojas en el cuello, los labios hinchados y el pelo tan encrespado que parecía que había metido los dedos en un enchufe durante unos segundos.

Como no quería arriesgarme a que me despidieran por el momento, me recogí el pelo en un moño casual, me lamí los labios y busqué otra prenda que me tapara las marcas.

Sin embargo, no me quedaba otra opción que llevar los pantalones del pijama...

—¿Por qué llevas un jersey de cuello vuelto en pleno verano? —Mi jefe me miró fijamente mientras me acercaba al embarcadero—. ¿Es que has olvidado en qué sitio estamos?

—No, para nada... —dije, sudando la gota gorda—. Es que hoy me apetecía ponerme un jersey de cuello vuelto.

Miró el reloj.

—Has tenido suerte. Hoy no puedo prescindir de ti. Pasa para dentro.

Abrí la taquilla y dejé mi bolso en el interior.

—¿Por qué estás tan radiante hoy? —me preguntó Ashley, mi compañera de trabajo, mirándome fijamente—. ¿Te has reconciliado con Scott?

—No, hemos roto de verdad... No estoy radiante.

—¡Lo estás! —Se levantó y se acercó a mí—. Cuéntamelo...

Por suerte, no fue necesario que cambiara de tema o que buscara cualquier distracción. Se acercó un cliente a la ventanilla y después de que organizáramos su trayecto en el barco, llegaron veinte personas más.

Durante el verano era habitual que la cola fuera interminable, que la gente estuviera preguntando sin parar. Cuando llegaba la hora del almuerzo, era mucho más importante lanzar una moneda al aire para saber quién hacía antes el descanso que discutir sobre si estaba radiante o no.

—¡Cara! —Ashley se puso a aplaudir—. Vuelvo dentro de treinta minutos. ¿Quieres algo?

—No, gracias. —Giré el cartel de mi ventanilla a «Cerrado para almorzar» y bajé las persianas.

Después de que ella se fuera, comencé la poco emocionante tarea de contar la recaudación de la primera parte del día. Estaba en la mitad de los tickets infantiles cuando noté que el tejido del jersey de cuello vuelto de Carter me estaba picando de una forma insoportable.

Saqué el móvil del bolsillo y lo llamé.

—¿Hola? —respondió al instante.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Ya me he olvidado de todo lo que ocurrió anoche.

—No me refería a eso..., pero me alegra que estemos en sintonía con respecto a ese tema. Algo que no ha ocurrido.

Se rio.

—¿De qué favor se trata, Ari?

—¿Puedes ir a mi casa, coger algo de ropa y traerla al embarcadero?

—¿Ahora estás desnuda?

—No. —Puse los ojos en blanco—. Hay una llave de repuesto debajo de la maceta del porche de delante. Puedes traer cualquier pantalón corto, cazadora o vaqueros. Sin embargo, nada de camisetas sin mangas. Ni se te ocurra venir con una.

—¿Por qué no puedo llevarte una camiseta sin mangas? —Noté un tono risueño en su voz—. Sin duda es la prenda más adecuada para hoy, a menos que quieras ocultar algo.

Solté un bufido antes de colgar y volví a concentrarme en las cuentas. Cuando levanté de nuevo la vista, me di cuenta de que habían pasado cuarenta minutos sin que hubiera señales de Ashley, así que la llamé.

—¡Hola! —respondió al primer timbrado.

—Mmm... Hola... —Miré mi reloj—. ¿Tienes pensado regresar antes o después de que termine la hora de descanso? A mí también me gustaría salir, ya sabes...

—¡Oh! ¡Se me ha pasado el tiempo sin querer! Estaré ahí dentro de quince minutos.

—Si haces eso solo tendré cinco minutos de descanso.

—¿En serio tienes pensado ir por el paseo marítimo con un jersey de cuello vuelto? —Sonaba tan convincente que parecía que en vez de dejarme sin descanso estuviera haciéndome un favor.

—Entonces, ¿podrías al menos traerme algo para almorzar?

—Puedo intentarlo... —dijo—. Pero deberías habérmelo dicho cuando te lo pregunté, porque ahora está lleno y...

—¡Uff...! —Colgué. Momentos como ese hacían que me planteara si realmente valía la pena este trabajo, a pesar del descuento en los pasajes del barco.

Estaba mirando el menú de la camioneta de pizza que había enfrente cuando sonó un golpe en la puerta.

«Quizá colgarle el teléfono la ha hecho reaccionar —pensé—. Quizá ha reflexionado».

No era así. Quien había llegado era Carter.

—Hola... —lo saludé, dejándolo entrar.

—Hola. —Me miró de arriba abajo—. Interesante vestimenta. —Dejó una caja blanca sobre el mostrador y me dio la ropa.

Ni siquiera pude darle las gracias en ese momento. No llevaba camiseta y

estaba vestido solo con un pantalón corto que dejaba a la vista la V perfecta de sus oblicuos y la línea de vello que desaparecía por la cinturilla.

—¿Pasa algo? —Se quitó las gafas y noté que tenía el pecho salpicado de gotas de sudor.

—Nada de nada... —Me di la vuelta y entré en el cuarto de baño para ponerme la ropa, agradeciendo que la camisa cubriera todas las marcas que tenía de la noche anterior. Miré de nuevo en la bolsa y vi que incluso había metido un pequeño set de maquillaje.

Tomándome un tiempo para coger valor, no salí hasta diez minutos después. Me lo encontré sentado en mi silla.

—¿No vas a agradecermelo? —preguntó sonriente.

—No —repuse—. Si pudiera discutir sobre ese tema en cuestión, sabrías por qué.

Sus ojos azules buscaron los míos y negué con la cabeza, mirando hacia otro lado.

—¿Qué hay en la caja?

—Tu almuerzo. —Me la entregó—. He supuesto que todavía no habías comido. ¿Por esto tampoco me vas a dar las gracias?

—Gracias —dije, abriendo la tapa. Era un poco de pollo a la parrilla y *chips* de mar—. Ashley me ha vuelto a dejar sin descanso...

—Lo siento.

—Ya imagino... ¿A dónde has ido esta mañana?

—A ningún sitio. Solo estaba paseando por la playa.

—¿Tienes que dejarlo con alguien otra vez? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Muy graciosa... —Soltó una carcajada—. Necesitaba pensar. —Parecía como si quisiera decirme algo más, pero justo en ese momento entró Ashley.

—¡Eh... hola! —exclamó—. He venido corriendo para que tuvieras al menos quince minutos de descanso.

Puse los ojos en blanco y la miré.

—Qué considerado por tu parte...

—Lo sé. —Se sentó para contemplar a Carter—. Me quedaré aquí mientras...

Cogí el pollo y fui a la puerta, sorprendida de que Carter me siguiera.

Fuimos hacia el borde del embarcadero sin decirnos nada. Cuando terminé de comer, me di cuenta de que estaba mirándome, sonriente.

Le devolví la sonrisa con torpeza y pasaron unos minutos en los que observamos a las gaviotas, que volaban sobre nosotros.

—Gracias por haberme traído la ropa y el almuerzo —dije, dándome la vuelta.

—De nada. ¿Qué tienes pensado hacer después del trabajo?
«Evitarte para poder pensar...».
—He quedado con una amiga.
—¿Con qué amiga?
—No la conoces.
—Conozco a todas tus amigas. —Me miró a los ojos—. ¿Con quién has quedado?
Eché un vistazo al amuleto que llevaba en la muñeca.
—Con Betty.
—¿Con Betty?
—¿Es que hoy tienes problemas de oído? —Me detuve frente a la puerta de la taquilla—. Sí, con Betty.
—¿Cómo se apellida?
—Crocker. Acaba de llegar, así que voy a enseñarle la zona después del trabajo.
—De acuerdo, Ari. —Curvó los labios en una sonrisa muy sexy—. Nos encontraremos en The Book Bar a las seis. Puedes traer a tu amiga, Betty Crocker, si es que existe de verdad.

En The book Bar no habló ninguno de los dos. La camarera debió de suponer que estábamos enfadados el uno con el otro, o que no hablábamos por alguna razón, porque ni siquiera se molestó en saludarnos. Dejó dos botellas de agua sobre la mesa y la libreta de los pedidos con un bolígrafo para que escribiéramos nosotros mismos lo que queríamos.

—Así que... —logré articular después de beber un sorbo de agua.
—¿Así que... qué? —Se inclinó sobre la mesa y me sujetó la barbilla con los dedos—. ¿Qué?
—Nada... Mmm... ¿Qué tal la noche?
—Igual que la tuya, creo. —Sonrió.
Aparté la vista, sonrojada, y me concentré con rapidez en el agua otra vez.
Estaba claro que hoy no iba a poder mirarlo con seriedad. Esperaba poder superar este encuentro y largarme a casa, donde podría recuperar mi identidad en privado.

Me metí unas patatas en la boca y calculé las que quedaban. De repente, noté que Carter se levantaba y se sentaba a mi lado.

—¿A qué hora termina hoy la clase nocturna? —me preguntó.

—Pues la verdad es que ha sido cancelada... —Nuestros ojos se encontraron—. Cuando llegué acababa de recibir un correo del profesor.

—¿Tienes que ir hoy a algún otro sitio?

—No... —Tragué saliva—. Pero no quiero marcharme a casa todavía. A menos que tú tengas algo que hacer...

Me miró fijamente a los ojos durante un buen rato.

—No, no tengo nada que hacer.

—Entonces... deberíamos pasar el rato juntos.

—Deberíamos...

El silencio flotó en el aire, entre nosotros; era algo sumamente extraño, porque aquella nueva atracción que había surgido entre nosotros era como una corriente eléctrica, casi palpable. Me pregunté si alguno de los dos empezaría a soltar sugerencias como hacíamos normalmente o si habernos acostado juntos habría arruinado ya la capacidad de ser solo amigos, porque, sinceramente, no era capaz de hablar en este momento. Mi cerebro no era capaz de funcionar cuando sus labios estaban tan cerca de los míos.

—¿Qué te parece si vamos a Marina Cove? —Fue Carter quien rompió finalmente el silencio—. Los de Épsilon Ji están ahora allí.

—Me parece bien.

—Tengo tu bolsa de la playa en el maletero. ¿Tenemos que pasar por tu casa a por algo más?

Negué con la cabeza, y dejó un billete encima de la mesa. Ya de pie, me cogió las manos y tiró de mí para que me levantara. Me condujo hasta el coche, e incluso me abrió la puerta.

Me senté en el lado del copiloto y encendió el motor para ir a una cala privada que no quedaba muy lejos. Las olas que impactaban contra la costa eran los únicos sonidos que había entre nosotros mientras intentaba fingir que no teníamos los dedos entrelazados sobre el cambio de marchas, que no me acariciaba los nudillos con las yemas cada vez que nos deteníamos en un semáforo.

Cuando giró hacia el desvío a la autovía, me puse las gafas de sol y empecé a echarle una mirada de vez en cuando. El alto chico desgarbado con el pelo de punta de cuarto de primaria se había convertido en el hombre dominante y sexy que estaba ahora sentado a mi lado. ¿Quién lo iba a imaginar...?

Cuando llegamos a la cala, nos soltamos las manos mientras aparcaba.

Vi varias caras que me resultaban familiares de la Fiesta Épica organizando redes de voleibol y parrillas. De repente, nos vio Josh y se puso a gritar nuestros

nombres mientras se acercaba a nosotros.

—¡Hola! —Parecía sorprendido al vernos allí—. Así que al final habéis decidido venir, ¿eh? ¿Tenéis ahora mejor opinión sobre Épsilon Ji?

—Joder, no —respondimos al unísono, riéndonos a la vez.

—Bueno, ¿entonces por qué habéis venido? —Se cruzó de brazos.

—No teníamos nada mejor que hacer —repuse—. Las playas están llenas de turistas y hay un bodorrio en el embarcadero, así que hemos considerado que venir a tu fiesta y hacer que te sintieras importante era la mejor manera de pasar la tarde.

—Una vez más... —dijo Josh—. De todas las chicas de la escuela, ¿tenía que ser esta la que eligieras para ser tu amiga?

—Estás celoso porque no soy tu amiga —le chinché.

—No me gusta tener que decírtelo, Ari —respondió—, pero tú y yo nunca habríamos sido amigos porque te habría follado hace mucho tiempo.

—Jamás. —Abrí el maletero de Carter para coger mi bolsa de la playa—. Voy a cambiarme y a ponerme cerca de las rocas. Cuando empiecen a cocinar, decídmelo y echaré una mano. —Me alejé para ir al cuarto de baño de la villa, esperando que la tensión que existía ahora entre Carter y yo no fuera muy obvia.

Me recogí el pelo en lo alto de la cabeza y busqué el sitio perfecto para descansar. Me recosté contra las rocas para echar una siesta mientras el sol me calentaba la piel.

Josh me llamó para que le ayudara a marinar el pollo justo cuando me iba a dar la vuelta y, por una vez, logramos permanecer juntos durante más de diez minutos sin discutir.

Cada hora que pasaba, llegaban más personas con toallas y cervezas desde la playa del puerto deportivo, y aunque todos eran amables y agradables, lo único que quería hacer ahora era estar con Carter.

Al atardecer, una mano que conocía muy bien me cogió la mía y me arrastró hacia la orilla.

—Ten cuidado —le advertí, soltándome—. Alguien podría pensar que hemos echado un polvo.

—Hemos echado más de un polvo.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Me sonrojé—. Pensarán que estamos juntos, y estoy segura de que eso no es cierto.

—Todavía somos buenos amigos, Ari.

—Los amigos no van de la mano.

—Solo te la sujetaba para no perderte —aseguró. Parecía divertido—. Ya

hemos paseado por la orilla mientras hablábamos muchas veces. Tantas que es imposible contarlas.

—Sí, bueno...

—Bueno ¿qué?

—Perdona, pero todavía estoy digiriendo algo que puede haber pasado la última noche. Al contrario que tú, hago todo lo que está en mi mano para no caer en pequeños detalles que te lleven a pensar que puede volver a ocurrir.

De repente, se detuvo y me miró. Luego me empujó hacia la ola que se aproximaba.

Me reí cuando mi cuerpo impactó contra el agua. Tragué un montón de agua salada cuando me cubrió otra ola.

Me puse de pie inmediatamente y corrí hacia él, persiguiéndolo arriba y abajo por la arena mientras trataba de atraparlo.

Aunque no llegué a hacerlo. Cada vez que me acercaba, me agarraba y me lanzaba hacia otra ola. Luego empezó a perseguirme él.

Al final, terminé por rendirme y levanté las manos.

—Voy a descansar junto a la hoguera. Sin embargo, pienso recordar lo que has hecho.

—No lo harás. —Sonrió y me sonrojé por enésima vez en el día.

—Hola, Carter... —dijo una chica morena acercándose a nosotros—. Y tú eres Arizona, ¿verdad? —añadió sin mirarme a los ojos.

Le lancé a Carter una mirada indicándole que estaría por ahí y busqué sitio cerca del fuego. Cogí una de las brochetas vegetales que estaban asándose en la parrilla mientras miraba cómo aquella chica le lanzaba toda clase de mensajes corporales.

Sin embargo, para mi sorpresa, él no estaba desplegando su encanto habitual. Le sonreía y respondía a sus preguntas, pero no estaba haciendo gala de aquella experimentada rutina que había llegado a conocer muy bien.

Le dijo más cosas, algo que parecían insinuaciones sexuales, pero luego se alejó.

Cuando ella se fue, Carter se acercó por la orilla hasta sentarse a mi lado.

—¿Has quedado con ella? —pregunté—. ¿Cuándo saldréis?

—No he quedado con ella —repuso—. ¿Por qué piensas eso?

—Es tu *modus operandi* habitual. Eso o llevarla al asiento trasero de tu coche justo después de...

Me apretó un dedo contra los labios.

—Hace poco que he pasado la noche con una chica, y es posible que después

de estar con ella, no quiera acostarme con ninguna más.

Abrí mucho los ojos, notando que me ardían las mejillas.

—Aunque, por supuesto, es algo que para ella no ha ocurrido realmente. Sin embargo, no sería un buen amigo si mintiera y dijera lo mismo... —Apartó el dedo—. Para que conste en acta, a mí me va a llevar mucho más tiempo olvidarlo.

—Entonces... ¿esa chica tiene un coño mágico?

—Debe de ser eso. —Se rio.

—¿Crees que es posible que tengas sexo otra vez con tu mejor amiga sin que se joda vuestra amistad?

—Creo que es muy posible que vuelva a acostarme con ella, y creo que es mejor que evalúe los daños después...

—La chica en cuestión está acostumbrada a tener una cita cuando se acuesta con alguien.

—Entonces tendré que tener citas con ella.

—Pero ese es el problema —insistí, sintiendo que me presionaba el muslo sutilmente con la mano—. Los amigos no tienen citas.

—Entonces estoy empezando a pensar que nunca hemos sido normales...

Vacilé antes de responder.

—¿Podemos volver a tu casa esta noche?

UNDÉCIMO CURSO

CARTER

Asunto: *Algunos consejos para tu cita de esta noche.*

Por favor, no te pongas una sudadera, sería una vergüenza.

Sinceramente,

Carter

Asunto: Re: *Algunos consejos para tu cita de esta noche.*

Por favor, no hables más de cinco segundos seguidos, sería una vergüenza.

Nada de «sinceramente».

Arizona.

Asunto: *En serio...*

¿A dónde te va a llevar tu cita?

¿Tienes toque de queda?

Sinceramente,

Carter

Asunto: Re: *En serio...*

Como es un caballero de verdad y no solo busca follar, como alguien que yo me sé..., me va a llevar a una cita «torbellino» (de esas de las que hablan todas las chicas). Primero iremos a ver una película de la sección VIP del Waldman's Theater. Luego iremos a Sandcastle para ver los fuegos artificiales sobre el lago helado... Y luego pasaremos por el embarcadero al atardecer y nos haremos unos tatuajes antes de mirar las estrellas como colofón de la noche. (Toma nota para saber cómo se hacen las cosas).

¿A dónde vas a llevar a Monica? Déjame adivinar... Ya que te ha dicho que está deseando acostarse contigo y solo quieres hacer cosas sencillas... ¿Una película y el Burger King?

Debes ser más creativo.

Arizona

Asunto: Re: Re: *En serio...*

Una peli y el McDonald's.

Sinceramente,

Carter

Al final resultó que Ari tenía razón con respecto a las citas «torbellino».

En el momento en el que fui a buscar a Monica —que por irónico que resultara llevaba puesta una sudadera— me dijo:

—No sabes cómo agradezco que no seas como otros chicos, Carter... No es necesario que me vista como una modelo para impresionarte. Estoy segura de que no me llevarás a ver una película en el autocine y a cenar a una

hamburguesería como todos los demás...

«Claro que no...».

Puse en Google «cita torbellino barata» y le hice creer que era lo que había pensado hacer desde el principio. La llevé a una galería de arte gratuita y a Zapas, un restaurante un escalón por encima de las hamburgueserías de toda la vida. Luego, porque era un «buen chico», fuimos a un aparcamiento privado.

Cuando apagué el motor, comenzaron a aflorar sus verdaderas intenciones. Me rodeó el cuello con los brazos y apretó los labios contra los míos.

Recliné el asiento y la acomodé sobre mi regazo antes de subir las ventanillas.

Se sentó a horcajadas sobre mí, besándome más profundamente mientras me pasaba los dedos por el pelo. Deslicé la mano por debajo de la sudadera, acercándome al broche del sujetador, pero antes de que pudiera llegar más lejos, comenzó a sonar mi móvil.

Ignoré el sonido, y dejé que el aparato siguiera vibrando en el bolsillo.

Cuando Monica gimió contra mi boca, volvió a sonar el móvil, pero lo ignoré una vez más. Seguramente era alguien que se había equivocado, o alguna persona sin importancia; la gente más cercana a mí sabía que tenía una cita.

Puse las manos en los pechos de Monica sin desabrocharle el sujetador.

El teléfono siguió sonando, cada vez más fuerte.

Con un gemido levanté a Monica de mi regazo y la puse en el asiento del copiloto.

—Dame un segundo. —La besé en los labios otra vez antes de mirar quien era.

«Ari...».

—Será mejor que sea un caso de emergencia nacional... —dije al acercar el móvil a la oreja.

—Lo es... —Estaba llorando... mucho—. Estoy fatal...

—Guau... Espera un momento —añadí, cambiando el tono—. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás llorando?

—Lamento haberte llamado en vez de enviarte un mensaje de texto durante la cita, pero...

—Pero ¿qué?

—Después de que lleves a Monica a casa, sea la hora que sea, ¿podrías venir a buscarme?

—¿Dónde estás?

—En el Waldman Theater...

—¿El que está cerca de la librería?

—No... —repuso ella—. El del aeropuerto...

—¿Qué? ¿Y dónde está Elliott?

—Se ha marchado... Me ha dejado aquí. —Sollozó—. Estoy bien... Solo quería que vinieras a buscarme porque desde aquí no hay autobuses. Ah, y antes de que me lo pidas, sí, te pagaré la gasolina.

—No pensaba pedirte que me dieras el dinero de la gasolina.

—Ha sido una broma... —Sollozó de nuevo—. ¿Podrías recogerme?

—Sí.

—Gracias. Hasta luego. —Colgó, y supe que en ese momento no podría prestarle a Monica toda mi atención, incluso aunque lo intentara.

Me abroché los pantalones y puse el motor en marcha.

—Monica, me ha surgido algo importante. Tendremos que quedar en otro momento.

—Ohhh... —Se sonrojó mientras se ajustaba el sujetador—. ¡Eres un caballero! ¡Quieres esperar a la segunda cita para follar! Estaba dispuesta a que fuera hoy, pero me alegra que desees posponer el momento.

«¡Joder...! ¡Ari...!».

Dejé a Monica en su casa en un tiempo récord con una promesa de una noche más satisfactoria el próximo fin de semana, y comencé el largo viaje hasta la zona del aeropuerto. Pasé por el peaje preguntándome qué tipo de problema habría habido entre Ari y Elliott para que él la dejara tirada en medio de la nada.

«¿Por qué demonios habría hecho eso?».

Cuando llegué al cine, Ari estaba sentada en un banco con un vaso de palomitas de maíz en el regazo, mirando el móvil. Aparqué junto a la acera y salí del coche.

—Hola... —la saludé.

—Hola... —No levantó la mirada cuando me senté junto a ella—. Espero que no hayas interrumpido tu cita por esto.

—Ha habido más razones...

—¿Sí? —Me miró y noté que tenía los ojos rojos e hinchados, así como la cara manchada por las lágrimas.

—Sí... —Le quité el pañuelo de seda que llevaba y se lo pasé por las mejillas—. Resulta que ella también quería una cita torbellino. Monica se ha creído que era un caballero de verdad, así que ha llevado una sudadera.

Estalló en carcajadas, y tuve que coger el vaso de palomitas antes de que se cayera al suelo.

—¡Oh, Dios mío! Estoy... —Más risas—. Eso es lo que te pasa por tratar de acostarte con todas las chicas posibles.

—Me alegro de que mi estrepitoso fracaso te haga tanta gracia. —Esperé a que se detuviera—. ¿Qué te ha pasado a ti?

—Resulta que tenías razón...

—¿Sobre qué?

—Los chicos de nuestra edad solo están interesados en el sexo... —Hizo una pausa para mirarme.

—Vale... —repuse—. ¿Me vas a contar el resto de la historia o estás esperando algo?

—Estoy esperando a que me digas lo que se supone que debes decir. Ya sabes: «Ari, eso no es cierto. No todos los chicos de nuestra edad están interesados solo en el sexo».

Parpadeé.

—Uff... —Ella negó con la cabeza—. Trató de meterme mano en el cine y..., es decir..., acepté al principio porque besa muy bien. Me refiero a que realmente lo hace genial. Mueve la lengua de una manera que...

—¿Podemos pasar por alto la parte en la que adulas a un gilipollas que te ha dejado tirada en medio de la nada, por favor?

—Vale. —Suspiró—. Cuando estábamos besándonos, empezó a meter la mano por debajo de mi vestido y, ya sabes, a...

—¿A meterte mano?

—Sí..., a tocarme y... mmm...

Arquee una ceja, esperando a que terminara.

—Me gustó, aunque era incómodo, ¿sabes? Entonces le pedí que se detuviera y lo hizo. Vimos el resto de la película y solo me dio algún beso más. Después de la película, nos metimos en el coche y le pregunté si quería ir a cenar algo, que todavía faltaba un rato para los fuegos artificiales, pero se puso a besarme y a manosearme una y otra vez, y... mmm...

Le apreté de nuevo la seda contra las mejillas.

—Cuando volví a decirle que se detuviera, se enfadó. Me dijo que estaba cansado de gastar dinero sin obtener nada a cambio. Dijo que solo continuaría adelante con la cita si le prometía que follaríamos por fin al final de la noche...

Suspiré.

—Entonces..., cuando le dije que no podía prometerle eso, me dijo que tampoco podía prometerme que llegaría al final de la cita. Después me obligó a salir del coche lo más rápido que pudo y antes de marcharse me dio las gracias por haberle hecho desperdiciar seis meses de su vida... —Las lágrimas volvieron a caer por su rostro otra vez—. Debería haberte creído... Debería

haberlo sabido.

—No, no es así —aseguré—. Solo es un gilipollas. —Le envié un mensaje de texto a mi amigo Josh sobre Elliott e intenté calmar a Ari otra vez—. De hecho, creo que es genial que no quieras acostarte con nadie hasta que estés preparada.

—¿De verdad? ¿Lo piensas en serio?

—No. —No pude mantenerme serio al decir esa mentira—. Pero es honorable. Una putada, pero honorable.

—¿Esta semana te he dicho ya que eres imbécil?

—Acabas de hacerlo. —Sonreí, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse y llevarla hasta el coche.

—Por otro lado, viendo la parte positiva, al menos dormiré bien esta noche y tendré energía para pasarme la mañana vendiendo pasteles.

—Ni hablar. —Puse el motor en marcha—. No pienso dejar que desperdicies un sábado por la noche, en especial porque tengo las pelotas azules. Vamos a hacer algo los dos, así no perderemos la noche por completo. —Me dirigí hacia la autopista—. ¿A dónde se suponía que te llevaría tu flamante amante después de la peli?

—A Sandcastle para ver los fuegos artificiales.

—Agg... ¿Y después de eso?

—A tomar un superhelado.

—Dios mío... ¿Y después?

—A hacernos un tatuaje.

—Vale, podemos hacer todo eso, pero solo si nos hacemos los tatuajes primero. Voy a necesitar el dolor para superar el resto de la cita.

—¡Genial! —repuso—. Ahora, háblame sobre la sudadera de Monica. Ha sido una broma, ¿verdad?

—Ojalá, amiga mía. Me gustaría que lo fuera... —Le expliqué detalladamente cada momento de mi cita, y, cuando terminé, habíamos llegado a La aguja caliente.

—¿Habías pensado ponerte «Ari & Elliott forever»? —La miré—. Espero que ahora sepas que habría sido una idea terrible.

—Iba a ser una llave y una pluma.

—De acuerdo con la llave, pero no a la pluma.

—Vale, papi. —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué estás pensando?

—No lo sé. —Saqué una caja de cervezas de debajo del asiento—. Pregúntamelo después de haberme bebido cuatro. Te puedes quedar con las otras dos.

—Qué generoso por tu parte...

—Lo soy, ya sé que eres una nenaza bebiendo.

—Si te bebes cuatro latas, no te dejaré conducir a la vuelta. —Me sacó las llaves y las guardó en el bolso—. Llamaremos a un taxi para volver a casa, y mañana cogeré el autobús contigo para venir a por el coche.

—Genial... —dije—. Entonces, viendo que podemos ver los fuegos desde aquí, podemos tomar el superhelado después de hacernos los tatuajes. Espera un momento. Nunca te había visto tomar helado. ¿No tomas solo yogur?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Es a Elliott al que le gusta el helado.

—Vale, olvídalo. —Abrí una lata de cerveza—. Será yogur. A mí tampoco me gusta tanto el helado, ¿sabes?

—¿A menos que quieras ligarte a una chica a la que sí le gusta?

—Exactamente. Eso provoca matizaciones en mi lista de «Me gusta» y «No me gusta».

Se rio.

—¿Por qué seguimos siendo amigos?

—Porque nadie más te aguanta.

Una hora después, tras habernos bebido casi toda la cerveza, entramos en el salón de tatuajes, intentando con todas nuestras fuerzas parecer sobrios. Nos reíamos de todo mientras enseñamos como si tal cosa nuestros carnets de identidad falsos y dijimos la idea que teníamos para el tatuaje.

Ella se hizo la llave, y yo me decidí a dejarle libertad al tatuado sobre mi brazo derecho.

Ni siquiera me di cuenta de lo que había grabado exactamente hasta la mañana siguiente, cuando un niño curioso se acercó a mí en el autobús y me preguntó por qué tenía tatuado el estado de Arizona en el brazo...

PISTA 16

LOVE STORY (3:27)

CARTER

—¿Hola? —Josh agitó la mano delante de mi cara—. ¿Hola?

—¿Qué pasa?

—¿Vas a ser una buena compañía esta noche o no? —Bebió un sorbo de su bebida—. Yo voy a por la rubia y tú te quedas con la morena. —Señaló con la cabeza a dos chicas que teníamos delante.

—No me interesa —dije—. Pero me quedaré contigo una hora o así.

—¿No te interesa? —Parecía atónito—. ¿Has visto bien a esa morena? ¿Te has fijado en su cuerpo?

La miré de nuevo y ella me saludó, sonrojándose.

—La he visto bien, sí —aseguré.

—Entonces, ¿cuál es el problema? La semana pasada solo pensabas en enrollarte con todo lo que se te pusiera a tiro, ¿qué ha cambiado?

Una imagen de la noche anterior, de Ari sentándose a horcajadas sobre mí en el coche, pasó por mi mente.

—En realidad, nada.

—Perfecto. —Terminó la cerveza y dejó bruscamente la botella vacía sobre la mesa—. Entonces serás mi compañero de ligue. —Se levantó, e hice lo mismo para ir con él al reservado siguiente.

—Buenas noches, señoras... —Josh hizo una seña a la camarera mientras se sentaba—. Yo soy Josh, y este es mi buen amigo Carter. ¿Os importa si nos unimos a vosotras?

Ambas se mostraron de acuerdo, y sonreí mientras tomábamos la primera ronda de bebidas charlando de temas sin sentido a los que no presté mucha

atención. Tenía la mente en otro sitio, principalmente en Arizona.

Desde aquel día en el puerto deportivo, habíamos pasado las últimas noches en casa, viendo los programas de cocina que le gustaban y discutiendo sobre temas al azar, como era nuestra costumbre, pero poniendo fin a la noche con unas inusuales sesiones de sexo, cada una era más memorable que la anterior; jamás había deseado a nadie tantas veces en una sola noche.

Salvo algunos mensajes sueltos que me había enviado a lo largo de la mañana, no habíamos hablado demasiado. Tenía examen de cocina durante todo el día en la escuela culinaria, y le habían dicho que, para variar, no pensaban echarla.

Miré el reloj pensando que ya debería de estar en casa, así que mientras la morena me decía que iba a disponer de su apartamento esta noche para ella sola, le envié un mensaje de texto a Ari.

Yo: ¿Qué tal te ha ido el examen?

Arizona: Creo que bien.

Pero añadió al instante:

Arizona: En realidad, jodidamente bien.

Yo: Me alegro mucho.

¿Lo has celebrado ya con los compañeros de clase?

*Arizona: ¡Ja! Ya sabes que me odian. (Risas) Soy la gorróna, ¿recuerdas?
Acabo de llegar a casa y he decidido hacer un éclair.*

Yo: ¿Solo has hecho uno?

Arizona: Sí. Solo uno :)

¿Qué vas a hacer tú?

Yo: He salido con Josh, de compañero de ligue.

Arizona: Vale.

Yo: Val, ¿qué?

Arizona: Nada. ¿Y cómo va la cosa?

Yo: Como si te importara...

Arizona: Si no me importara, no te habría preguntado... ¿Cómo-va-la-cosa?

Yo: Tan bien que prefiero irme a tu casa para celebrar cómo te ha salido el examen.

Arizona: Bueno, pues no puedes.

Yo: ¿Por qué?

Arizona: Porque ahora mismo no quiero tu compañía, no quiero estar con el chico con el que dormí la

noche pasada y que ha salido de ligue con su amigo para tirarse a otra tía esta noche.

Yo: Ari...

Arizona: Carter...

Yo: ¿Que uses mayúsculas significa que estás cabreada?

Arizona: No. en absoluto.

Sonreí.

Yo: En ese caso... Antes que nada, no soy un chico cualquiera, sino tu mejor amigo. Para seguir, ¿no has captado lo que he escrito previamente, «compañero»? Estoy seguro de que si estuviera intentando ligar, te lo diría. Siempre lo he hecho, ¿verdad?

Arizona: ...

Yo: Si no lo puedo celebrar contigo en persona, ¿podrías recogerme cuando te llame luego? Me gustaría tener alguna conversación inteligente hoy.

Arizona: ...

Yo: ¿Qué significa «...»?

Arizona: Quiere decir que sí.

Yo: Pero no puedo ir esta noche...

Arizona: No, no puedes venir esta noche.

—¿Carter? —Josh carraspeó para llamar mi atención—. ¿Puedo hablar contigo en la barra un minuto?

—Claro. —Lo seguí fuera del reservado a un pasillo—. ¿De qué quieres hablar?

—Son dos cosas: la primera, has sido un compañero de ligue horrible. Jodidamente horroroso.

—Te dije hace horas que no tenía ganas de salir esta noche.

—Dos... —continuó, ignorando mi comentario—. En realidad eso es bueno, Ahora que la morena está convencida de que eres tan divertido como un pez muerto...

—Se llama Farrah.

—Da igual. —Se encogió de hombros—. Las dos quieren ir conmigo a casa esta noche... Solo conmigo. —Me miró sonriente, mientras asentía moviendo la cabeza lentamente.

—¿Estás esperando que te aplauda? —pregunté.

—No. —Contuvo una carcajada—. Solo quiero que hagas tiempo y llegues a casa más tarde... Mucho más tarde. Ya sabes, para que podamos usar la sala de

estar frente a ese ventanal de suelo a techo. Siempre he querido hacer algo así.

—¿Por qué no puedo irme a casa antes? ¿Ahora mismo, por ejemplo?

—Porque acabo de pagar la cuenta y están preparadas para marcharse ya. —
Me lanzó una mirada penetrante—. Más que preparadas.

—Lo que tú digas, Josh. Vete ya...

—Sabía que lo entenderías.

Esperé cinco minutos antes de regresar al reservado.

Una parte de mí estaba realmente agradecida al saber que no tenía que soportar esa compañía ni un minuto más, pero al no poder regresar a casa todavía, necesitaba ocuparme con algo.

Inquieto, decidí conducir el coche sin rumbo fijo durante un rato, así que me senté detrás del volante y puse rumbo a la autopista. Cuando tomé una salida familiar, saqué el móvil y llamé a Arizona.

—¿Hola? —respondió al primer timbrado—. ¿Es el compañero de ligue de Josh?

—No. —Me reí—. Teniendo en cuenta que se ha quedado al final con las dos chicas, no creo que se me pueda llamar así.

—¿Se ha llevado a las dos chicas a casa? —dijo en tono burlón—. ¿Estás seguro de que será el compañero de piso ideal cuando empecéis en la escuela de leyes? ¿Estás seguro de que no quieres buscar otro?

—No, a menos que no te vayas a Cleveland y tengas pensado asistir a la escuela culinaria de aquí. Sin duda prefiero compartir la casa contigo que con él.

—Mmm... —Supe que estaba sonriendo—. Aprecio mucho la oferta. Pero me conviene ir a Cleveland. ¿Qué tal te ha ido el día?

—No me ha pasado nada especial. He leído algunos artículos para el otoño, he puesto el coche a punto y, al parecer, cabreado a mi mejor amiga.

—Solo está molesta... No es una psicópata.

—Mmm... —De repente, ya no tenía ganas de seguir conduciendo, así que busqué un lugar para aparcar—. ¿Qué tengo que hacer para que te olvides de eso?

—Puedes darme un masaje en los pies. —Se rio—. Es algo que disfrutaría yo y tú no.

—Hecho —dije—. Abre la puerta.

—¿Qué?

—Estoy delante de tu casa. Abre.

—¿Qué parte de «no quiero tu compañía» no has entendido? —Oí un crujido de papeles de fondo.

—Debo de haber malinterpretado el mensaje... Abre la puerta.

Colgó y, unos segundos después, apareció ante mí.

—¿Sí? —Me miró con los ojos entrecerrados como si tratara de parecer enfadada, pero sin conseguirlo—. ¿Puedo ayudarte en algo esta noche, Carter James?

—Dejarme entrar sería un buen principio. —Di un paso adelante—. O, si prefieres, puedo obligarte a hacerlo.

—Me encantaría verte intentándolo.

Se quedó allí de pie, sin moverse, así que la cargué sobre un hombro y entré. La llevé al sofá y la arrojé encima antes de cerrar la puerta.

—¿De verdad has hecho solo un *éclair* para celebrar lo del examen? —pregunté.

—No. —Sonrió—. El tuyo está en la encimera.

—Gracias. —Me acerqué para cogerlo y lo devoré antes de sentarme a su lado en el sofá.

—Estaba muy bueno —aseguré, sonriente.

—Gracias... —Empezó a inclinarse hacia mí, casi como si quisiera que le pusiera el brazo sobre los hombros, pero la evité. La senté en mi regazo para poder mirarla a los ojos, y saboreé sus labios un par de veces.

—No me parece que estés preparándote para darme un masaje en los pies —susurró—. ¿Sabes cómo se hacen?

—Sé de sobra cómo se hacen.

—Entonces, ¿por qué me has puesto las manos en el culo en vez de en los talones?

—Porque, aunque voy a darte un masaje en los pies para compensar haberte ofendido esta noche, antes voy a follarte hasta dejarte sin sentido.

Se le pusieron rojas las mejillas.

—Esto es lo que intentabas evitar cuando me enviaste todos esos mensajes evasivos antes del examen de esta mañana, ¿verdad?

—Quizá... —Se sonrojó de nuevo y la besé en los labios, empujándola lentamente de mi regazo.

—Inclínate sobre el sofá...

PISTA 17

COME IN WITH THE RAIN (5:12)

ARIZONA

Cuando me acosté el viernes por la noche, me sentía ansiosa e incapaz de conciliar el sueño. Al otro lado de la ventana caía una ligera llovizna, y se oían truenos rugiendo en la distancia.

Mi corazón me suplicaba que le enviara a Carter un mensaje de texto para preguntarle qué estaba haciendo y si quería venir, pero mi cerebro votaba en contra. Sobre todo porque apenas hacía unas horas que se había marchado de mi casa.

«Dios mío, no puedo estar enamorada de él...».

Me giré y cogí los auriculares, pensando que si me ponía a oír música, me quedaría dormida enseguida, pero en ese momento me vibró el móvil. Era un mensaje de texto de Carter.

Carter: Hola, ¿qué haces?

Yo: Estoy intentando dormir. ¿Y tú?

Carter: Lo mismo. ¿Te gustaría ir a algún sitio esta noche?

Yo: Sin duda...

Carter: Te recojo dentro de veinte minutos.

Prácticamente salté de la cama para ponerme un viejo vestido veraniego y unas sandalias planas. Me recogí el pelo en una coleta y, en el último momento, decidí maquillarme un poco. Me apliqué sombra rosada en los párpados y máscara en las pestañas.

Cuando estaba pintándome los labios, Carter me envió un mensaje de texto

para decirme que estaba esperándome fuera.

Me miré al espejo una vez más antes de coger el bolso y correr escaleras abajo.

—¿Ahora me recoges en la puerta? —Retrocedí un paso al abrir, sorprendida al verlo allí de pie—. Normalmente me esperas en el coche.

—¿Ahora te maquillas para salir conmigo? —Sonrió, pasándome un dedo por el párpado izquierdo—. Normalmente no lo haces si salimos solos.

—Ya estaba maquillada. Estaba haciendo pruebas delante del espejo.

—Ah... Pensaba que estabas intentando dormir.

Me sonrojé y miré hacia otro lado, pillada en una mentira.

Levantó el paraguas y lo sostuvo sobre mi cabeza.

—¿Te apetece pasear por la playa?

—No —dije, esquivando los charcos mientras nos acercábamos al coche—. No querría incluso aunque no lloviera.

—¿Por qué?

—Porque cuando tú decides pasear bajo la luna por la playa, la cosa nunca termina bien para la chica...

—Cierto. —Se rio—. ¿Y qué te parece si vemos una peli?

—Eso ya lo hicimos ayer.

—Sí, bueno, en realidad no vimos la película. Podríamos intentarlo en serio esta vez.

Me abroché el cinturón de seguridad, recordando que estábamos compartiendo palomitas de maíz en un cine vacío y, al momento siguiente, estaba a horcajadas en su regazo, susurrando su nombre hasta los créditos.

—Nada de cine... —dije—. No me fío de ti. ¿Cuál es el mejor lugar al que has llevado a una de tus... mmm...?

—¿Novias?

—Sí. —Me di cuenta de que todavía no estábamos preparados para plantearnos lo que éramos en realidad—. ¿Qué te parece esa preciosa arboleda donde llevaste a Sarah? ¡Oh...! ¿Y no fuiste con Emily a la vieja estación de tren? He recordado que me dijiste que te encantaba, ¿verdad? ¿Y donde estuviste con...?

—Para... —Se inclinó y me apretó un dedo contra los labios—. ¿Te has dado cuenta de que de alguna forma hemos aceptado tácitamente no decirle a nadie que estamos acostándonos, que seguimos saliendo con nuestros amigos y fingiendo que no follamos de forma salvaje cada noche?

Asentí moviendo la cabeza, incapaz de impedir que se me pusieran las mejillas rojas.

—Vale —dijo, bajando la voz—. Bueno, aunque te lo cuento todo, y lo digo en

serio, tengo una nueva regla: sinceramente, lo último que quiero hacer cuando salgo contigo es hablar sobre lo que he hecho con otra chica... Así que cada vez que estemos juntos de ahora en adelante, no vamos a hablar de nadie que no seamos nosotros, ¿vale?

Me volví a sonrojar.

—Vale.

Condujo el coche lejos de mi vecindario, hacia las avenidas principales, apretando mi mano en su regazo.

—¿A qué hora suele cerrar el atraque del muelle?

—A medianoche, a veces; si los empleados lo consideran, a la una.

Me miró cuando nos detuvimos en un semáforo.

—Bueno, ya que trabajas en el puerto deportivo...

—Trabajaba. —Lo interrumpí—. Creo que hoy me han despedido.

—¿Qué? ¿Por qué «crees» que te han despedido?

—Porque me tocaba hacer el descanso de primera, lo hice y no he vuelto.

Me apretó la mano mientras se reía.

—Bien hecho. Es más, te iba a preguntar si alguna vez habías hecho una excursión en alguno de los barcos de la compañía.

—No —repuse—. Es irónico, ¿verdad?

—Mucho, y creo que deberíamos ponerle remedio. ¿Te gustaría hacer una?

Asentí, moviendo la cabeza, y giró ciento ochenta grados para ir al otro lado de la ciudad. Cuando llegamos, tuvimos que correr hasta la taquilla para comprar los tiquets antes de que cerraran.

Agradecí para mis adentros que ni mi *manager* ni Ashley estuvieran trabajando esta noche. En cambio, sí estaba el guía, que nos informó de que como estaba lloviendo, seríamos los únicos pasajeros a bordo esta noche.

Sin desanimarse por la falta de audiencia, soltó las mismas trivialidades de siempre con el entusiasmo que le caracterizaba mientras el barco navegaba por el oscuro océano Atlántico. Incluso nos ofreció copas gratis durante los momentos en los que no había nada que decir, reconociendo que la mayoría de sus bromas eran horribles, aunque nos reímos de todas formas.

Carter me puso el brazo sobre los hombros en la mitad del trayecto y no retiró durante el resto del viaje. De vez en cuando, sin ninguna razón, me levantaba la barbilla y me daba un beso en los labios durante largos minutos.

—Y ahora... —comentó el guía mientras el capitán aproximaba el barco a una pequeña isla iluminada—. Esa es Infinity Island. Durante el día puedes ver a gente en las playas, pero como está tan oscuro... —Miró el reloj—. Suelo hacer

una pausa en el recorrido y dejó que los pasajeros se bajen para hacer fotos durante unos veinte minutos antes de marcharnos, así que...

Carter y yo intercambiamos una mirada confusa.

—Así que como tengo un cierto trastorno obsesivo compulsivo, voy a decirle al capitán que se detenga aquí. —Se rio—. Podéis bajar del barco siempre y cuando estéis de vuelta dentro de veinte minutos para seguir con la excursión. —Dejó el micrófono y sacó de su bolsa un lector electrónico mientras hablaba con el interfono que llevaba en la solapa de la chaqueta—. Barney, veinte minutos de parada. Tres paradas más y habremos terminado por hoy. —Sostuvo el libro electrónico delante de la cara y nos ignoró.

—Está bien... —Carter me cogió de la mano y se levantó—. ¿Puedes enseñarme el barco?

—Seguramente lo conoces mejor que yo... No sé dónde está cada cosa.

—¿No te han enseñado nada sobre el barco en el cursillo de preparación?

—Es posible que lo hicieran... Pero estoy segura de que ese día estaba leyendo una revista de cocina en lugar del manual de información.

Riendo, me apretó la parte baja de la espalda con la mano y nos dirigimos hacia la cubierta superior, que no tenía techo. Seguía lloviendo, una leve llovizna que nos impedía ver nada a lo lejos.

Saqué el móvil y se lo tendí.

—¿Te importaría hacerme una foto? Me gustaría tener un recuerdo. —Me puse delante de la barandilla.

—¿Una vista nocturna?

—Sí. —Mantuve una sonrisa para la cámara, pero no presionó el botón. Me estaba mirando con una expresión de confusión—. Mmmm... —añadí—, ¿tengo que explicarte cómo funciona el móvil? ¿Lo has olvidado?

—No. —Se acercó a mí y me sostuvo contra el costado. Luego levantó la cámara para captarnos a los dos—. Dime cuándo aprieto el botón... Yo también quiero un recuerdo.

—Oh... —Sonreí—. En tres... Uno..., dos..., tres.

Me besó en los labios al tiempo que hacía la foto.

—¿Es suficiente? —me preguntó, devolviéndome el teléfono.

—No. —Todavía seguía sonriendo—. Creo que necesito más antes de regresar.

—¿Fotos o besos?

—Ambos.

Se acercó de nuevo e hizo tres más, luego me condujo hacia el otro lado del barco, donde había un café de estilo *vintage*. Pensé que iba a abrir la puerta para

que pudiéramos hacer más fotos, pero no fue así.

Me cogió las manos y las sostuvo por encima de mi cabeza al tiempo que me apretaba contra la puerta con las caderas.

—Tenemos diez minutos antes de regresar. —Inclinó la cabeza hacia mi cuello y me mordisqueó la piel con suavidad—. ¿Crees que les importará que nos tomemos un poco más de tiempo?

—No —murmuré mientras me miraba a los ojos al tiempo que me levantaba el vestido y me hacía el amor contra la puerta con suavidad... Con mucha suavidad. Menos salvaje que antes...

Grité su nombre en la oscuridad, derritiéndome entre sus brazos, y se tomó su tiempo para besarme una y otra vez hasta que tuve ganas de regresar para continuar el trayecto.

El barco ya había empezado a moverse, y al guía no pareció importarle que hubiéramos llegado tarde cuando nos reunimos con él. Por cierto, durante el resto del viaje, Carter me hizo sentarme en su regazo y me estuvo besando todo el rato. Y estoy segura de que el guía sabía lo que habíamos estado haciendo.

Al llegar al embarcadero, dimos un paseo por la playa y hablamos de todo y de nada durante horas. No quería que nuestra conversación terminara, pero cuando salió el sol, Carter debió de notar que estaba cansada, porque me cogió en brazos (es decir, me cargó al hombro) y me llevó a casa.

Fue como si esa cita marcara un antes y un después, durante las siguientes noches, ni siquiera nos preguntábamos nada. Me enviaba un mensaje de texto y me decía a qué hora iba a venir a buscarme para salir juntos. Todavía nos resultaba incómodo mostrar afecto frente a las personas que conocíamos, era algo que solo hacíamos cuando estábamos solos, y nuestros amigos no notaron nada diferente.

Todo lo que normalmente llevábamos a cabo juntos normalmente parecía nuevo y emocionante, y no importaba que tratáramos de fingir que era lo mismo. Esos «puedes dormir en mi cama, que yo lo haré en el sofá», se convirtieron en cortesías inútiles; a pesar de que siempre terminábamos en brazos del otro en algún momento de la noche, nunca hablábamos de ello por la mañana.

Estaba segura de que lo amaba, y no de la misma forma que lo quería antes.

Esto era diferente. Era más bien que ahora necesitaba estar con él cada momento del día, algo que no podía ser, y que haría lo que fuera para tenerlo.

Y por la forma en la que me miraba, nadie podría convencerme de que él no sentía lo mismo.

PISTA 18

CRAZIER (3:08)

CARTER

Asunto: ¡Dios mío! ¡Buenas noticias!

Reúnete conmigo en el embarcadero hoy al mediodía. En el sitio nuevo. Tengo que enseñarte algo.

¡Ven preparado!

Ari

Asunto: Re: ¡Dios mío! ¡Buenas noticias!

Estoy bastante seguro de que, sea lo que sea, ya lo he visto. Varias veces anoche, y la noche pasada, y la semana pasada...

Sinceramente,

Carter

Asunto: Re: Re: Re: ¡Dios mío! ¡Buenas noticias!

Esto no está relacionado con el sexo, gracias.

Date prisa.

Ari

Una hora después, vi a Ari frente a la tienda. Esperaba que se diera la vuelta y me mirara. Llevaba el pelo recogido en una coleta y sus ojos castaños brillaban bajo los intensos rayos del sol.

—Has tardado un montón —dijo al verme—. Ya veo que hoy has decidido ponerte camisa.

—Solo porque me has dicho que esto no estaba relacionado con el sexo. — Casi la abracé para besarla, pero me contuve. Todavía no sabía qué era lo que estaba pasando entre nosotros, y aunque ahora manteníamos una relación más íntima, todavía no habíamos pasado a la etapa de mostrar afecto en público, y no estaba seguro de qué pasaría si lo hiciera.

—¿Quieres que te lo cuente aquí o mientras almorzamos? —me preguntó.

—Mejor durante el almuerzo. —Le indiqué que me siguiera al interior del local y nos sentamos en la parte de atrás.

La camarera anotó el pedido con rapidez y prometió que nos lo traería en menos de diez minutos.

—Entonces... —empezó ella, sonriente—. De hecho, tengo tres noticias, y voy a dejar que elijas cuál...

—Hoy estás jodidamente preciosa —la interrumpí, mirándola mientras me preguntaba por qué nunca me había fijado antes en lo impresionante que era—. De verdad. Estás guapísima....

Se sonrojó.

—Gracias... —Guardó silencio durante un momento antes de volver a hablar—. ¿Quieres que te dé antes las buenas noticias, las malas o las regulares?

—Las malas.

—Hace media hora me he encontrado con tu ex, Emily, y se me ha puesto a gritar delante de todo el mundo en el supermercado.

—¿Qué te ha dicho?

—Que me odia, que te odia, que odia tu polla diminuta...

—¿A ti te parece pequeña?

Se volvió a poner roja, pero ignoró mi pregunta.

—Me ha dicho que si alguna vez terminábamos juntos, se encargará personalmente de sabotear nuestra boda... Con un ejército personal de gatos, estoy segura.

Me reí.

—¿Cuáles son las noticias regulares?

—Intentó golpearme y ha acabado en el suelo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que no —se burló—. La han puesto en el suelo los de seguridad, pero lo he intentado. —Sonrió mientras la camarera nos dejaba los sándwiches.

—¿Quiero conocer las buenas noticias?

—Perdón, son fenomenales. —Sacó un sobre doblado del bolsillo y lo puso encima de la mesa para deslizarlo hacia mí—. Ábrelo.

Dejé la servilleta y cogí la carta. Se trataba de una breve notificación del Collège Culinaire de Francia.

—Están profundamente arrepentidos por el enorme error que cometieron al procesar tu solicitud anterior y estarán «encantados y muy honrados de que formes parte en su nuevo grupo de chefs de formación clásica» —leí, realmente

contento por ella.

—Sigue leyendo... —Sonrió—. Eso no es lo mejor.

Lo leí y lo resumí en voz alta.

—Dado que ha habido un error y el plazo es ahora muy corto, dado tu enorme talento y las cartas de recomendación recibidas, te ofrecen una beca completa si confirmas tu aceptación.

Lanzó un chillido.

—¡Enhorabuena! Me alegro muchísimo por ti. —Le estaba devolviendo el papel hasta que capté la línea en negrita que había en la parte inferior—. Ahí dice que tienes que estar allí el 16 de junio. ¿Te va bien?

Asintió, todavía sonriendo.

—Ari, solo faltan dos semanas.

—¿Qué? —Su sonrisa se desvaneció lentamente y me arrebató la carta—. No, no es así. Es... —Volvió a leer la carta una y otra vez—. Cuando la he recibido esta mañana, no me he fijado en la fecha... Hubiera jurado que decía que era en julio.

—Y es un programa de dieciocho meses sin descansos intermedios —informé, leyendo la letra pequeña—. Solo tienes cinco días libres entre semestres para tus cosas... Y el primero será dentro de seis meses.

Sus ojos se encontraron con los míos, y ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

Me levanté y me senté a su lado en el banco. Sus dedos y los míos se entrelazaron de forma automática por debajo de la mesa mientras la miraba a los ojos.

—Aprovecharemos al máximo el tiempo que nos queda.

PISTA 19

I'M ONLY ME WHEN I'M WITH YOU (2:22)

ARIZONA

Dos semanas que pasaron como si fueran dos segundos, y que me hicieron empezar a desear no haber enviado aquel correo electrónico a la escuela francesa con un sí en letras mayúsculas antes de ver a Carter. Me había sentido tan contenta en el momento, tan feliz de que mi sueño de estudiar cocina se pudiera hacer realidad que no pensé en lo que podría significar para nosotros.

Fuera lo que fuera «nosotros»...

Pasamos juntos todos los momentos de vigilia durante los últimos días. Me ayudó a comprar y conseguir todo lo que necesitaba para el viaje, incluso me regaló una maleta nueva y se ofreció a enviarme lo que no cupiera. Nos habíamos recreado en el cuerpo del otro más veces de las que podíamos contar, y nos pasábamos la mayoría de las mañanas paseando junto a la orilla del mar.

A lo largo de los años, no había llegado nunca a entender lo que significaba que la gente dijera que sentía ganas de reír y llorar a la vez, hasta ahora. Me encontraba en Margaritaville, esperando que Carter regresara con las bebidas, tratando de ocultar el hecho de que me sentía como si fuera un agujero negro de emociones.

—¿Pasa algo? —Carter me tendió la cerveza.

—No. Me estaba preguntando por qué siempre nos prometemos que vendremos aquí a tomar la última, pero siempre acabamos viniendo antes.

—Una mala costumbre. —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Ahora dime qué es lo que te preocupa de verdad.

—Nada... —mentí—. Nada de nada.

—¡Carter! ¡Arizona! —Josh se acercó con ganas de cotillear—. ¿Qué hacéis

aquí vosotros? No, esperad, no respondáis a eso...

—¿Os apetece veniros con nosotros de copas? —preguntó la chica que llevaba colgada del cuello—. Vamos a ir a la calle trece y volveremos por esta zona dentro de dos horas.

—¡Yo corro con todos los gastos! —dijo Josh.

Era una oferta que no podíamos rechazar.

Salimos del pub y empezamos a andar bajo la cálida brisa nocturna de la ciudad. Sin embargo, unas manzanas más adelante me estremecí; Carter me puso su chaqueta sobre los hombros al instante.

—¿Sabéis lo que va a ser muy divertido dentro de cinco o seis años? —preguntó Josh mientras hacíamos cola en el Club Red.

—¿Qué?

—Cuando uno de vosotros se case. Si eres tú, Carter, tendrás que explicarle a tu mujer que, donde quiera que vaya Ari, irás tú. Y no sé si se lo va a tomar muy bien.

—Vale... —Carter movió la cabeza—. ¿Cuánto has bebido esta noche?

—Estoy prácticamente sobrio. —Josh se rio—. En serio... Piénsalo ahora que hemos terminado en la universidad y nos enfrentamos al mundo real... No creo que sea muy buena idea que vayáis juntos a los pubs para ligar.

—¿No sois pareja? —se interesó su cita—. ¿No os vi juntos en la Fiesta Épica que hubo en su casa?

—No, no, no... —intervino Josh—. Pero van juntos a todas partes. No preguntes ni intentes entenderlo. Es la amistad más extraña que he visto, así que haz lo mismo que yo: pasa. Aunque ¿sabes qué es lo mejor?

—¿Qué? —Parecía muy intrigada.

—Jamás se les ha ocurrido traspasar la línea —dijo—. Y se conocen desde quinto de primaria.

—Desde cuarto —le corregí.

—Vale, cuarto —concedió—. Y ni siquiera se han besado. Si fuera una nenaza y no fueran mis amigos, pensaría que es una idea bonita...

—¡Es que lo es! —Ella se rio—. Vale, vale... Seguramente en la fiesta vi a otras personas. Es genial... ¿Solo amigos sin nada sexual? Me encanta la idea.

—A mí también me gusta —aseguró Josh—. Avisadme si alguno de vuestros cónyuges intenta afirmar en el divorcio que le poníais los cuernos. Me encantará ejercer voluntariamente como abogado vuestro.

—Gracias... —articulamos a la vez Carter y yo.

Josh le entregó un billete de veinte al matón de la puerta y, después de que el

tipo comprobara nuestras identificaciones, fuimos directamente al bar. Josh pidió una ronda y nos animó a disfrutar. Fue entonces cuando me di cuenta de por qué estaba siendo tan generoso.

El bufete número uno de la ciudad había aceptado su solicitud para hacer allí las prácticas.

Quería echar un polvo. Lo antes posible.

Y por el cariz que tomaban las cosas, era algo que sí que iba a ocurrir.

Los cuatros fuimos de un pub a otro, bebiendo, riendo y bailando de forma imprudente. De vez en cuando sentía las caricias no demasiado sutiles de Carter: su mano en las caderas cuando bailábamos, sus dedos rozando los míos mientras caminábamos. Y cada vez que nuestros ojos se encontraban, era como si me diera un vuelco el corazón, y empezaba a latirme a un ritmo más rápido.

Cuando llegamos al séptimo local, Josh y su cita habían desaparecido ya y nosotros solo bebíamos chupitos.

—Tienes que inclinar la cabeza hacia atrás, Ari. —Carter me alzó la barbilla—. De lo contrario, el licor no hará efecto del todo.

—Sigo tomando zumo de arándanos. —Me reí—. No me hará ningún efecto.

—¿Todos los chupitos han sido de zumo de arándanos?

—Sí. Alguien tiene que conducir. —Señalé las tres copas vacías que tenía delante—. No podemos emborracharnos los dos.

Me miró durante un buen rato mientras negaba lentamente moviendo la cabeza.

—Los míos eran también de zumo de arándanos.

—¿No estás borracho? ¿Estás totalmente sereno?

—Sí...

—Entonces, ¿podríamos habernos marchado cuando Josh desapareció?

—Pensaba que jamás lo preguntarías... —Se puso en pie y me cogió de la mano para llevarme a la calle—. ¿Mi casa o la tuya?

—La tuya... —Le apreté la mano sobre el cambio de marchas y fuimos hasta allí en silencio.

Me miró en cuanto aparcó en el camino de entrada.

—¿A qué hora sale tu vuelo el viernes?

—A las diez de la mañana —dije, aunque era consciente de que conocía la respuesta a esa pregunta.

—¿Qué día haces las maletas y las vuelves a deshacer siguiendo las directrices que has anotado en tu hoja de cálculo?

Sonreí.

—Mañana...

—¿Vas a necesitar ayuda?

Asentí.

—De acuerdo. —Apagó el motor—. Allí estaré.

Silencio.

Salió del coche y me abrió la puerta para acompañarme a su casa en la que probablemente sería la última vez este verano. Cuando llegamos a la habitación, me quité la chaqueta que me había dado y abrí el bolso.

—Tenía intención de entregarte esto hace semanas. —Saqué la caja azul que mis compañeras de piso querían regalarle—. Es un regalo de despedida de las chicas, dicen que te consideran otro compañero de piso más.

—¿Es una factura por todo lo que he cogido de la nevera? —Desató el lazo de la parte superior y sacó un pequeño collar de plata donde se podía leer: «Mejor amigo de Arizona *forever*»—. Es precioso, pero estoy seguro de que jamás lo usaré...

—También me han regalado uno a mí. —Me reí—. El mío pone «Mejor amiga de Carter *forever*». Me confesaron que estaban borrachas cuando los eligieron.

—Evidentemente... —Dejó el colgante en la caja y se me acercó para hundir los dedos en mi pelo.

Lo miré a los ojos; quería aprovechar nuestra última noche juntos para confesarle lo que sentía por él, para escuchar cómo me decía lo mismo, pero no era capaz de pronunciar las palabras.

En cambio, me centré en un tema seguro.

—¿Sabes que me he acostumbrado a que siempre estés a unas manzanas, a poca distancia? ¿A que seas accesible sin importar para qué?

—¿Qué te hace pensar que no siento lo mismo?

—¿Lo haces?

—Sí —afirmó, besándome los labios. Lentamente me pasó la camiseta por la cabeza y me desabrochó los vaqueros.

Le devolví el favor tirando de la camisa por encima de su pelo y soltándole el cinturón.

Sonriendo, me cogió en brazos y me puso sobre la cama para bajarme lentamente los pantalones. Mantuve los ojos clavados en los suyos mientras se deshacía de sus pantalones y, cuando se reunió conmigo en la cama, me besó de nuevo sin dejarme controlar el *tempo*.

Me besó y cerré los ojos, dejando que me acariciara cada centímetro de piel, escuchando cómo susurraba mi nombre entre jadeos. Unos segundos después,

me puso encima de él, sobre su polla, y me hizo bajar lentamente sobre ella. Sujetándome por las caderas, me hizo oscilar despacio de un lado a otro sin apartar la vista.

Le apreté las manos contra el pecho con las palabras «Te amo» en la punta de la lengua, pero solo salieron unos suaves gemidos.

Me desplomé hacia delante y él se retiró de mi interior.

Sentí que salía de la cama mientras yo recuperaba el aliento. Quise preguntarle a dónde iba, pero volvió enseguida y me estrechó contra su pecho, besándome en la frente.

Ninguno dijo nada durante mucho tiempo, solo nos miramos a los ojos.

—Te voy a echar de menos —dijo—. Con toda mi puta alma.

—Si no nos hubiéramos acostado, ¿sentirías lo mismo?

—Mucho más... Eres la única persona con la que hablo casi todos los días.

—A menos que tengas novia...

—No. —Sopló para apartar un mechón de pelo de mi cara—. Cuando tengo novia sigo hablando contigo con la misma frecuencia.

—Seguramente esa sea la razón de que todas me odian.

Sonrió y volvió a besarme.

—Sí, seguramente... —Me apartó y me pasó el dedo por el costado, deteniéndose solo al llegar a mi tatuaje, una pequeña llave plateada.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—La noche de undécimo grado, ¿no te acuerdas? Estábamos juntos.

—No lo había visto antes.

—Nunca había tenido una razón para desnudarme por completo delante de ti.

—Mmm... ¿Qué significa eso?

—Significa que estaba borracha cuando pedí que me tatuaran una llave; como no podía describir exactamente lo que quería, el tatuador hizo lo que quiso.

—Qué profunda y perspicaz... Cuéntame algo que no me hayas dicho antes...

—Siguió bajando la mano hasta llegar a mi muslo.

—No creo que haya algo que no te haya dicho antes.

—Algo habrá... —Me besó los labios—. No es necesario que sea importante...

—Es posible que hayas estado parcialmente en lo cierto sobre Scott, que lo calaras mejor que yo. Había malas vibraciones que no tenían nada que ver con nosotros...

—Claro... —Sonrió—. Y una vez más, para que conste, a ningún hombre le importa eso... —Bajó la vista hacia mis piernas—. Aunque me gusta mucho

verte desnuda.

Puse los ojos en blanco, sonrojándome.

—Es tu turno. Dime algo que no me hayas dicho nunca.

—También te odiaba en tercero.

—¡Ni siquiera me conocías entonces! —Me reí—. Venga, en serio...

—Quería terminar lo que empezamos en la fiesta Épica. Quería follarte contra la pared.

—¡Qué romántico!

—No has dicho que tuviera que ser romántico —se justificó—. Y además, lo digo en serio...

—De acuerdo, espera. Estaba pensando en algo de lo que nunca me has hablado.

—Lo dudo, pero ¿a qué te refieres?

—A Elliott, en undécimo curso. No fue a la escuela durante dos semanas después de aquella cita desastrosa conmigo, después de que me fueras a buscar. ¿Sabes por qué fue?

—No. —Sonrió—. Ni idea.

—¡Lo sabes! —Lo miré a los ojos—. ¡Cuéntamelo!

—¿Qué obtendré a cambio?

—No estoy segura, pero me largaré si no me lo dices...

—Entonces, ¿estás amenazándome?

Asentí.

—Muy en serio. Dímelo...

—Después de ir a buscar mi coche al día siguiente, llamé a Josh y le pedí ayuda con algo, le dije que un tipo te había tratado mal y que no me había gustado nada.

—¿Y?

—Lo buscamos y le dimos una paliza. Jamás debería haberte abandonado de esa manera.. —Dibujó mis labios con los dedos—. Podría haberte pasado cualquier cosa...

Lo miré boquiabierta, pero me recuperé con rapidez.

—¿Nunca se chivó?

—Le dimos muchas y buenas razones para que no lo hiciera. —Sonrió—. Se lo merecía.

—No me puedo creer que le pegarais...

—Créelo —insistió—. Jamás te mentaría.

«De acuerdo, dilo ahora. Di: creo que te amo... Dilo, creo que estoy

enamorada de ti... Te amo, Carter...».

Sus labios cubrieron de nuevo los míos y cualquier pensamiento desapareció de mi cabeza. Decidí que era mejor que me concentrara en las últimas horas que íbamos a pasar juntos antes de que me marchara y que no las desperdiciara con más palabras...

DUODÉCIMO CURSO

CARTER

Asunto: Verdad o reto

Elige.
Sinceramente,
Carter

Asunto: Re: Verdad o reto

Reto.
Intrigada,
Arizona

Asunto: Re: Re: Verdad o reto

Te reto a que me digas lo que pasó de verdad anoche entre Matt y tú.
Sinceramente,
Carter

Asunto: Re: Re: Re: Verdad o reto

He elegido reto, y eso es una verdad. ¡Estás haciendo trampa! Pero ya que estamos hablando de Matt... ¡Bah! Debería haberme negado a salir con él esta noche. ¿Por qué se ha puesto un esmoquin amarillo?
Desconcertada,
Arizona

Asunto: Esperando el reto...

Sin duda era mejor que vinieras sola a la fiesta de graduación. Empiezo a pensar que yo también debería haber hecho lo mismo.
Mi cita sigue preguntándome cuándo tengo pensado convertirme en un deportista profesional. Dime qué ha pasado entre Matt y tú o, de verdad, cuéntame cualquier otra cosa. Necesito una conversación inteligente. Mi cita no habla demasiado.
Sinceramente,
Carter

Asunto: Re: Esperando el reto...

Nos vemos delante de la fuente del ponche dentro de quince minutos.
De nada (por adelantado) por la distracción.
Arizona

Unos minutos después me acerqué a la fuente del ponche para reunirme con

Arizona.

—Tengo cinco minutos antes de que se dé cuenta de que llevo fuera demasiado tiempo.

—Yo tengo diez. —Me cogió la mano y me sacó del salón de baile.

Intentó abrir todas las puertas mientras recorríamos el pasillo, hasta que por fin una cedió: el almacén del conserje.

—¿Teníamos que hablar aquí? —pregunté—. ¿Es que volvemos a estar en primaria?

—Ha sido horrible. —Se dejó caer en una silla pequeña—. Totalmente horrible.

—¿De qué hablas?

—De la pérdida de mi virginidad. —Ella negó con la cabeza—. Espero que la próxima vez sea mejor...

—La virginidad no se regenera... Es que... No funciona así.

Ari puso los ojos en blanco.

—Me refiero al sexo. Me imagino que tratará de hacerlo otra vez esta noche, y les he oído decir a algunas chicas que mejora con el tiempo, así que espero que tengan razón.

—También espero que sea mejor para ti... —Suspiré—. Siento que no haya sido como pensabas que sería.

—No es culpa tuya... —Me miró—. Dime, ¿cuándo tienes pensado contar a los medios de comunicación a qué universidad asistirás? Ya sabes que todos los reclutadores están esperando la noticia conteniendo la respiración con ojos codiciosos.

—¿Tú no lo haces?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque tampoco te lo he dicho.

—Pero te conozco, así que es fácil suponer cuál has elegido.

—¿Con cuarenta y seis propuestas de otras tantas universidades encima de la mesa? —Crucé los brazos—. Probemos...

—Si lo adivino, me invitarás a un *waffle* de Martha's. ¿Trato hecho?

—Si te equivocas, te llevaré al IHOP que hay calle abajo.

Sonrió.

—A la universidad de South Beach.

Guardé silencio.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Lo he adivinado?

—No.

—¡Mentiroso! —Se rio—. Lo leo en tu cara. Deberías aceptarlo: te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo.

—No, solo lo piensas.

—¿Quieres apostar algo?

—De hecho... —Dejé de hablar cuando el pomo se giró y la puerta se abrió de repente.

Entró el señor Florence, el mismo conserje que nos había encontrado años atrás, que miró de uno a otro sacudiendo la cabeza.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias a los dos por ser la señal que esperaba de que necesito jubilarme... Salid ahora mismo del almacén...

PISTA 20

ALL YOU HAD TO DO WAS STAY (4:49)

CARTER

Cuando me levanté por la mañana tuve el presentimiento de que me arrepentiría durante el resto de mi vida de despedirme de Arizona. Sin embargo, tenía que hacerlo. No me cuestioné esa sensación desconocida que apareció de repente. Me limité a dejarme llevar por ella.

Me vestí temprano, conduje hasta el aeropuerto para reunirme con Arizona e ignoré aquella desagradable emoción, fuera lo que fuera.

—¿Estás seguro de que no puedes pasar con ella el control de seguridad? —La madre de Ari estaba con nosotros en la terminal—. Solo quiero asegurarme de que llega allí sana y salva.

—Mamá... —intervino Ari—. La gente va en avión a todas horas. Te aseguro que todo irá bien.

Aunque no le había contado nada a Ari, su madre me había llamado todos los días a lo largo de la semana para pedirme chorradas que la ayudaban a disminuir su ansiedad y preocupaciones: imprimir información sobre el tipo de avión en el que iba a viajar Ari, sobre la última catástrofe aérea. Incluso conseguí averiguar quién sería el piloto, y pude explicarle su historial, que era ejemplar y no había tenido ningún accidente.

—Quiero haceros una foto a los dos juntos —pidió ella—. Necesito un recuerdo de este momento.

Me acerqué a Ari y le puse un brazo sobre los hombros. Los dos compusimos una sonrisa mientras mirábamos fijamente a su madre. Sin embargo, cuando apretó el botón, no pasó nada.

—¡Uf! —Se dio un golpe en la frente con la palma de la mano—. Me he

olvidado de comprar pilas nuevas para la cámara. Vuelvo enseguida, no os mováis. —Se alejó en dirección a una tienda de regalos.

Ari me miró y suspiró.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Crees que he tomado la decisión correcta? —Se le quebró la voz—. ¿Que he elegido bien?

—¿A qué te refieres?

—Hace... Hace solo tres semanas iba a marcharme a Cleveland, a la escuela culinaria. Así me quedaría en Estados Unidos y podría venir a casa una vez al mes... o más. Pero hace dos semanas cambió todo y solo es que... no sé. ¿Crees que lo mejor para mí es ir al extranjero? ¿A estudiar fuera?

—Vas a ir a la escuela de cocina número dos del mundo, ¿verdad?

Asintió.

—Entonces, no creo que sea necesario que te diga que es la decisión correcta.

—Solo me preguntaba si... —Su voz se apagó—. Da igual... Me siento como si me fuera a explotar el pecho en cualquier momento, porque tengo ansiedad desde que me he levantado esta mañana... Solo quiero que sepas que voy a seguir esperando que me envíes un correo electrónico cada vez que puedas, aunque no sé si podré responderte al momento, porque a mí me salen muy caros los datos, y, además, tienes que escribirme una carta al mes.

—¿Por correo electrónico?

—No, una carta de verdad, a la antigua.

—Tardará un par de semanas en llegarte.

—No me importa, quiero recibirlas. Creo que me voy a sentir rarísima al no poder hablar contigo cada vez que quiera.

—Lo dudo. Yo no pienso notar tu ausencia.

Me dio un golpe en el hombro.

—Me echarás de menos más de lo que yo te eche de menos a ti y lo sabes.

—¿Te apuestas algo?

—Veinte dólares.

—¿Es todo lo que valgo para ti?

—Es todo lo que vas a conseguir. —Se rio y se inclinó hacia mí.

Le pasé los dedos por el pelo y, de repente, sentí la necesidad de besarla. De abrazarla y devorarle los labios delante de todo el mundo de una forma que jamás olvidaría.

«¡A la mierda...!».

Le cubrí la boca con la mía, reclamando cada centímetro con la lengua, sin soltarla cuando fingió que quería alejarse. Le mordí el labio inferior y sonreí mientras murmuraba algo contra mi boca. Solo me retiré cuando sentí que necesitaba respirar.

Me miró sorprendida, con las mejillas rojas por una mezcla de deseo y furia.

—Agrega eso a la lista de todo lo que no ha pasado entre nosotros... —mascullé entre dientes, acariciándola con suavidad—. Y, para que conste, estás haciendo lo correcto al perseguir tus sueños. Lo sabes de sobra, y deberías...

—Te amo —me interrumpió—. Estoy enamorada de ti y necesito decirte que... que creo que te he amado durante la mayor parte de mi vida, y... aunque voy a marcharme, tengo que saber si... si sientes lo mismo.

Guardé silencio.

El último párrafo se repetía en mi mente como una letanía: «Te amo... Estoy enamorada de ti... ¿Sientes lo mismo?».

Sabía lo que debería haber dicho, lo que le haría más fácil el vuelo, pero tenía que decirle lo que sabía que era mejor. Lo que era correcto.

—Ari... —le dije, mirándola a los ojos.

—¿Qué?

—Lo siento... —Vi lágrimas en sus ojos—. Por favor, no te lo tomes en serio, pero... te amo, te quiero mucho, aunque...

—¿Aunque? —Su expresión cambió—. ¿Aunque qué?

—Aunque no de esa manera... Eres mi mejor amiga y sé que nos hemos acostado juntos, pero... solo somos amigos.

Forzó la sonrisa mientras se limpiaba una lágrima y asintió, dando un paso atrás.

—Cierto... Solo somos amigos.

Alargué la mano, pero la dejé caer.

—Estás haciendo lo correcto al irte al extranjero. Vas a ser lo máximo.

—Gracias... —Me abrazó y los dos nos quedamos quietos, con incomodidad, antes de separarnos lentamente.

—¿Me he perdido algo? —preguntó su madre, mirándonos a los dos al regresar—. Ari, ¿por qué estás tan roja?

—No tengo ni idea. —Se alejó de mí.

Su madre nos miró primero a uno y luego al otro, pero no insistió más.

—¿Podéis ponerlos ahí juntos?

Nos aproximamos y ella lanzó un disparo tras otro.

—Vale... ¿Qué tal una abrazándoos? —Chasqueó la lengua—. ¡Un abrazo de

verdad! Como si fuerais buenos amigos que no se van a ver durante un tiempo. Ari, parece que ni siquiera quieres estar cerca de Carter en este momento...

«Si ella supiera...».

Cuando se sintió satisfecha con las fotos, hizo sonar los dedos y le dijo a Ari que posara sola.

—¿Podrías ponerte junto al letrero de «Salidas», Ari? —preguntó su madre—. Ah, y también quiero una de los dos delante de los vuelos internacionales.

Diez minutos después, cuando su madre consiguió fotografiarla en todos los ángulos posibles, Ari nos abrazó.

—Cuidaos mucho los dos —nos dijo—. Os quiero... Os quiero muchísimo...

—Nosotros también te queremos —respondimos.

—El embarque empieza dentro de treinta minutos... —Miró el reloj—. Tengo que atravesar seguridad. —Nuestros ojos se encontraron—. ¿Hablabamos más tarde?

—Hablabamos más tarde.

Se alejó y mantuve la mirada clavada en ella hasta que desapareció. Acompañé a su madre, que empezó a llorar, de vuelta al coche, y cuando estuve seguro de que podía conducir, fui hasta el mío.

En el momento en el que estaba encendiendo el motor, noté que me vibraba el móvil... Era un mensaje de texto de Ari.

Arizona: ¿Cuánto has pagado por trasladarme a primera clase?

Yo: No te he trasladado a primera clase.

Arizona: Pues alguien lo ha hecho... Yo no he pagado este billete.

Yo: Claro que lo has hecho. Tu asiento siempre ha sido el 2A.

Arizona: ¡Ja! ¡Lo sabía! Muchas gracias...

Yo: De nada. He pensado que diez horas en turista habrían sido lo peor para ti y tu ansiedad. Cuídate.

Arizona: Vale.

Yo: Vale.

Me puse en marcha y cuando me detuve en un semáforo en rojo, vi que ella me había enviado otro mensaje de texto.

Arizona: Bueno, entonces... Solo para dejarlo claro, porque, bueno... No sé... A veces te alejas de la gente cuando no quieres mostrar tus emociones... Cuando estábamos teniendo sexo, ¿no sentías nada? ¿Solo era sexo?

Yo: Ari, al decirlo de esa forma me haces quedar como un idiota...

Arizona: *No te he llamado idiota. Solo dímelo.*

Yo: *Sí. Solo ha sido sexo.*

Arizona: *Vale. Hablaremos más tarde.*

Yo: *Hablaremos después.*

PISTA 21

SHOULD'VE SAID NO (2:44)

ARIZONA

Sentía el corazón pesado, y no importaba cuántas veces me limpiara las lágrimas, otras nuevas resbalaban por mis mejillas. Una parte de mí deseaba estar sentada en turista y no en primera clase, así me sería más fácil ocultar el dolor porque las azafatas no serían tan serviciales y dejarían de ofrecerme de manera interminable bebidas o miradas de simpatía.

Comencé a preguntarme si llevaría la angustia escrita en la cara, si todos los pasajeros de la cabina podrían verla.

Las palabras de Carter «te amo, te quiero mucho, aunque... no de esa manera...» no dejaban de repetirse en mi cabeza. Y no podía dejar de mirar su último mensaje de texto «Sí. Solo ha sido sexo».

Esperaba que esas palabras fueran una broma cruel, porque todavía no podía creerme que sintiera algo diferente a lo que sentía yo.

Pensaba que la forma en la que me miraba mientras hacíamos el amor significaba algo, que la manera en la que me trataba (mejor que cualquier otro chico con el que hubiera salido) indicaba que había algo más —mucho más— entre nosotros.

—Aquí tienes... —Una azafata dejó otro paquete de pañuelos de papel en mi regazo—. ¿Quieres otro vaso de zumo?

—No... —sollocé—, pero quiero... —Hice una pausa. Seguramente no la volvería a ver a ella ni a ninguna otra persona del avión en mi vida—. ¿Me puedes dar un par de copas del licor más fuerte que tengas? Espera..., mejor que sean cuatro.

Me dio la impresión de que me iba a soltar alguno de los estatutos de la

compañía aérea, pero al final solo sonrió.

—Ahora vengo...

Me volví hacia la ventana y miré el ala del avión mientras surcábamos las nubes. Esperaba que cuatro copas fueran suficientes para dormir las horas que me quedaban de vuelo sin soñar.

Por otra parte, si lo conseguía, esperaba que en las imágenes retrocediera en el tiempo y no le dijera nada a Carter. Quizá si nunca hubiéramos traspasado la línea, esto no habría sucedido.

Recorrí los recuerdos que tenía con él, llegando a uno que, definitivamente, habría impedido que me sintiera así, enamorada y sin que él me correspondiera. No me centré en las llamadas telefónicas nocturnas ni en los correos electrónicos ni en estar siempre con él en el instituto... Me estaba acordando de cuando tomé la decisión de ir a una universidad cerca de la suya.

«Jamás debería haberlo hecho...».

PRIMER CURSO EN LA UNIVERSIDAD

CARTER

Asunto: Muro de facebook de una estrella

No sé si atreverme a preguntarte cuántas chicas han intentado acostarse contigo desde que comenzó el semestre. Si veo otro comentario en Facebook sobre lo «sexy» que estás en la foto del perfil, gritaré. (¿Por qué usas una imagen de nosotros dos? ¿Y qué coño pasa con el título!?).

Arizona

Asunto: Re: Muro de facebook de una estrella

Decir que lo están intentando implica que tengo que tratar de acostarme con alguien aquí. Y no es así. Solo estás irritada porque ninguno de los comentarios habla de ti. (Me encanta esa foto de nosotros dos en undécimo grado. Nadie se imaginará nunca el motivo, pero fueron los mejores veinte dólares que he ganado en mi vida).

Sinceramente,

Carter

Guardé el móvil y me concentré en la chica que estaba sentada ante mí.

Hoy mismo había afirmado que no tenía ni idea de quién era yo, pero la primera pregunta que me soltó fue: «¿Crees que te harás profesional después de la universidad?».

«Joder..., no».

—Todo es posible —respondí—. Ahora mismo prefiero concentrarme en el presente.

Por lo que en este momento nuestros temas de conversación estaban agotados, y solo esperaba que llegara el inevitable final de la cita.

—Entonces... —continuó interrogándome ella—. Cuando no sales con tus amigos, ¿con quién estás?

—En realidad estoy solo —repose—. No tengo mucho tiempo para salir de juerga.

Frunció el ceño y se levantó para sentarse a mi lado.

—Qué triste... ¿No tienes amigos de verdad? ¿Otra gente diferente a tus compañeros de equipo?

—Por ahora no, pero al final estoy seguro de que los tendré.

—¿Por qué no empiezas conmigo? —Se mordió el labio inferior y me acarició

la pierna por debajo de la mesa—. De hecho, estoy segura de que tú y yo podemos ser los mejores amigos del mundo.

—Convertirse en los mejores amigos del mundo es algo que lleva mucho tiempo. —Mi polla se puso dura cuando la acaricié por encima del pantalón—. No estoy seguro de que vaya a disponer de demasiado cuando empiece la temporada.

—Pero tendrás que dormir en algún sitio, ¿verdad? —Se volvió a morder el labio—. Estaré a tu lado cada vez que me necesites... ¿Quieres que te demuestre lo magnífico que podría ser tu futuro como mi mejor amigo?

—Me encantaría... —Sonreí—. ¿Cuándo?

—¿Esta noche?

—Perfecto, esta noche.

—Vale. —Satisfecha con mi respuesta, su sonrisa se hizo más grande, y se levantó—. Voy a decirles a mis amigas que me voy. ¿Crees que estarás preparado cuando vuelva?

—Sin duda.

Se sonrojó antes de alejarse. Le hice una señal a la camarera para que me trajera la cuenta. Luego saqué el móvil y vi otro correo electrónico de Arizona.

Asunto: Tiempos de cambios

Ahora que vas a ser una gran estrella del baloncesto, creo que tendré que pedirte una cita cada vez que quiera verte. ¿Cómo tienes la agenda con las groupies? ¿O tengo que ponerme en contacto con tu agente para este tipo de cosas?

*Con los ojos en blanco,
Arizona*

Asunto: Re: Tiempos de cambios

No tendrías que pedirme ninguna cita si hubieras decidido estudiar en una universidad más cercana. Odias la nieve y la lluvia, por lo que jamás deberías haber aceptado ir a la universidad de Pittsburgh. Sinceramente,

Carter

Asunto: Re: Re: Tiempos de cambios

Lo sé... Por eso acabo de pedir el traslado. Bueno, por eso y por otras estupideces varias... Ufff. Sé que es una locura que solo haya aguantado un mes, pero no podía soportar más la melancolía. Y ¿te acuerdas de ese profesor que tanto quería que me diera clase? Al parecer ha firmado un contrato muy jugoso con una editorial antes de empezar el semestre y ha pedido una excedencia de dos años para terminar un libro.

Por favor, no digas «te lo dije»...

*Lamentando muchas cosas,
Arizona*

Asunto: Re: Re: Re: Tiempos de cambios

Aunque te joda, «te lo dije».

Sinceramente,

Carter

P. D.: ¿A qué universidad has pedido el traslado?

Asunto: Re: Re: Re: Re: Tiempos de cambios

Universidad de Reeves. A solo siete minutos de tu preciosa universidad de South Beach.

De hecho, ya estoy aquí, deshaciendo la maleta. ¡Dios, cómo he echado de menos la playa!

Te llamaré cuando esté libre.

Arizona

Asunto: Re: Re: Re: Re: Re: Tiempos de cambios

No es necesario. Voy a ayudarte. Dame tu dirección.

Sinceramente,

Carter

Escribí «Me ha surgido algo» en una servilleta para mi futura mejor amiga y me largué directamente a la dirección que Ari me había enviado en un mensaje de texto. Como ella acababa de decir, estaba a siete minutos exactos, y su casa, como la mía, estaba a pie de playa. Sin embargo, a diferencia de mí, que solo tenía un compañero de piso, todas las habitaciones de la casa de Ari estaban ocupadas.

No me molesté en llamar a la puerta, ya abierta.

—¿Ari?

—¡Estoy aquí! —gritó.

Me acerqué al armario y la vi doblando ropa encima de la cama.

—¿Por qué no me has dicho que te trasladabas aquí? Te habría ayudado a instalarte —pregunté.

—Porque la semana que tomé la decisión, estabas en el canal universitario de la ESPN con tus compañeros hablando de lo explosiva que iba a ser la temporada y lo intensos que serían los entrenamientos que te esperaban. Así que he pensado que estarías muy ocupado. ¿Hoy no tienes entrenamiento?

—No. —Estudié su dormitorio—. Estaba con una chica. Tenía una cita con ella.

—¿Y cómo te ha ido?

—Estoy aquí contigo, ¿cómo crees que me ha ido?

Me arrojó una almohada a la cara.

—¡Yo también me alegro de verte! ¿Quieres ser útil de una vez y ayudarme de verdad? ¿Podrías desempaquetar los libros?

—Claro. —Abrí la caja con esa etiqueta y me puse a ordenar los volúmenes—. Durante el mes que has desperdiciado en Pittsburgh, ¿has hecho algo de lo que

valga la pena hablar?

Durante las horas siguientes, nos pusimos al corriente de todos los pequeños detalles que no habíamos podido compartir por correos electrónicos y mensajes de texto, cosas sin importancia que ahora parecían tomar una fuerza inusitada. Y al final de la noche, casi habíamos ordenado todas sus pertenencias.

—¿Hay algún sitio digno de mención en el que comer en el campus? —me preguntó bostezando—. Si no es así, ¿te importaría que fuéramos a nuestro vecindario para poder tomar algo en Sam's?

—De hecho, he descubierto un restaurante llamado Gayle's que creo que te gustará.

—¿Gayle's? Suena a algo pasado de moda...

—Y lo es, pero su comida es alucinante. Sirven helado de yogur de tantos sabores que vas a flipar, y los gofres son diez veces mejores que en Sam's.

—No puedo creérmelo... ¿También tienen barritas de chocolate?

—Las hacen ellos mismos.

—¿Y qué pasa con los desayunos a cualquier hora del día?

—También los tienen.

—Vale, vale... —Sonrió—. Te creo, pero como no me guste, pagas tú.

—Iba a pagar de todas formas... —Saqué las llaves del coche—. Vámonos ya.

Unos minutos después estábamos sentados en un reservado de Gayle's discutiendo sobre estupideces como en los viejos tiempos y mirando la extensa carta de los postres.

—Bueno, ¿por eso has estado rechazando a todas las chicas que se acercan a ti, Carter? —La única camarera del lugar se acababa de acercar a nosotros—. ¿Es tu novia?

—¡Oh, no! —Arizona se rio—. Yo soy su mejor amiga, no su novia.

—Desde quinto de primaria —agregué.

—Desde cuarto, Carter —intervino Ari—. Es desde cuarto.

—No, es imposible que te hubiera soportado desde cuarto.

—Bueno, yo ni siquiera puedo soportarte ahora en ocasiones, pero seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Así que amigos, ¿eh? —La camarera puso los ojos en blanco—. Está bien... Me lo creeré por ahora... ¿Qué queréis?

—Un *waffle* belga con yogur de vainilla y fresas, con un puñado de *chips* de chocolate —pidió Ari.

—Y una torre de gofres con yogur de chocolate, mantequilla de cacahuets y *chips* de Oreo a un lado —añadí yo, esperando que se fuera—. Y para que conste

y quede claro, somos amigos desde quinto.

—¿De verdad vas a ponerte a discutir conmigo sobre esto? —Se cruzó de brazos—. ¿Piensas en serio que alguna vez vas a ganar? Estábamos en cuarto, Carter. En cuarto.

—Tenemos toda la noche.

PISTA 22

TWO IS BETTER THAN ONE (3:58)

CARTER

Asunto: Aterrizando

En Francia. Hablaremos pronto.

Arizona

P. D.: Tengo activado el móvil, pero no dispongo de adaptador para cargarlo.

Suspiro.

Te llamaré cuando averigüe dónde comprar uno ...

Asunto: Re: Aterrizando

Me alegro de que hayas tenido un buen vuelo.

Sinceramente,

Carter

P. D.: Estoy deseando hablar contigo...

No me llamó.

Ni tampoco me envió un correo.

Habían pasado tres semanas desde que intercambiamos un correo electrónico por última vez, tres semanas desde que la besé, y me estaba costando mucho más tiempo acostumbrarme a la vida sin ella de lo que había previsto en un primer momento. Los fines de semana, que siempre iba a pasear con ella por la playa, se convirtieron en horas de estudio. Los correos electrónicos sobre chorradas que nos enviábamos a todas horas desaparecieron. Y en lugar de desayunar con ella en Gayle's todos los días, lo hacía con la camarera, que, para mi sorpresa, nunca había desayunado allí.

Me despertaba buscándola todas las mañanas, y rodaba por la cama para acercarla hacia mí, pero no estaba allí. El dolor que había sentido en el pecho en

el aeropuerto se intensificó cada día que pasaba sin que me llamara, y una parte de mí comenzó a preguntarse si había hecho lo correcto...

Revisaba mi correo electrónico y mi buzón sin cesar, con la esperanza de recibir algo, lo que fuera, y cuando ya no pude soportarlo más, decidí escribir mi primera carta...

TRES SEMANAS SIN NOTICIAS...

CARTER

Querida Arizona:

No he tenido noticias tuyas desde que llegaste a Francia, así que espero que no te importe que te escriba primero. No sé cuándo te llegará exactamente esta carta, y dado que ha pasado bastante tiempo desde que escribí una a mano, intentaré hacerlo lo mejor posible...

Dentro de un mes comenzarán las clases en la escuela de leyes, y te vas a sentir orgullosa (e imagino que algo sorprendida) cuando sepas que he terminado todas las lecturas y que he entregado los informes necesarios. Josh todavía no ha empezado el primer libro, aunque me ha asegurado que se las arreglará para hacerlo.

Como no estás aquí, he entablado amistad con la camarera de Gayle's. ¿No te parece irónico que jamás haya desayunado allí y que nunca se le haya ocurrido hacerlo? Ahora, sin embargo, está enganchada. También me ha dicho que el dueño está pensando en renovar el local para hacerlo más grande, debido a la avalancha de turistas. Si lo hace, te enviaré fotos.

Hablando de fotos, te mando algunas de la playa y de las que nos hicimos juntos en el embarcadero antes de que te fueras...

No sé qué más decirte en este momento, salvo que te echo muchísimo de menos, y espero que vengas a casa en las vacaciones que tienes en otoño. También espero que respondas al menos a uno de mis correos electrónicos... Te he enviado bastantes...

Respóndeme y dime cómo te va todo.

Espero que estés bien.

Te echo de menos de verdad.

Sinceramente,

Carter

Querido Carter:

Estoy bien. Me alegro de saber que estás bien.

Gracias por tu carta.

Arizona

Querida Arizona:

¿De verdad has desperdiciado un sello para el extranjero y tres semanas de envío para esa carta tan corta? Además, ¿todavía sigues sin internet? ¿No puedes responder correos electrónicos?

Sinceramente,

Carter

Querido Carter:

Te pido perdón por la brevedad de mi última carta. No fue a propósito, te lo prometo. Aprecio que me enviaras esas fotos —las he colgado en la pared—, y no me ha sorprendido que terminaras las lecturas obligatorias antes de tiempo: a fin de cuentas, sacaste un ciento ochenta en las pruebas de acceso a la escuela de leyes; me hubiera sorprendido más que no lo hicieras.

En realidad, me siento muy triste aquí, y creo que puedo haberte contagiado mi humor, así que lo

siento. Las clases son muy intensas, duran de las seis de la mañana a las seis de la tarde, y después estamos obligados a asistir a talleres que pueden ocuparnos entre cuatro y cinco horas más, así que cuando llega el final del día, caigo muerta en la cama.

He pedido un cargador para el móvil en Amazon, pero el que me enviaron no me servía. Ha pasado dos veces, así que espero que la próxima vez reciba el correcto.

Mi compañera de habitación es imbécil y apenas habla conmigo, así que he decidido ignorarla por completo.

No tengo mucho más que contar, pero te prometo que te llamaré pronto y que responderé a tus correos electrónicos...

Gracias por la carta.

Arizona

PISTA 23

TREACHEROUS (3:39)

ARIZONA

«No puedo hacerlo...».

Entré en mi cuenta de correo electrónico y vi que Carter me había enviado más de cincuenta correos desde que llegué a Francia. Moví el ratón hasta el primero. «Asunto: Mi mejor amiga ha desaparecido de verdad», pero no pude abrirlo.

Ya había sido suficientemente difícil responder a su carta basándome en la idea genérica «Actuar como si no hubiera pasado nada entre nosotros», así que apagué el ordenador y me metí en la cama.

Ahora que no hablaba con él, mis días eran mucho más cortos, menos memorables y más triviales. Pero no podía sacrificarme y establecer contacto con él, no soportaría el intenso dolor en el corazón a cambio de esas conversaciones vacías entre nosotros. No ahora.

Necesitaba pensar mucho sobre todo esto antes de enviarle más correspondencia...

PISTA 24

HALF OF MY HEART (4:15)

ARIZONA

Asunto: Actualización del teléfono.

Querido Carter:

He intentado llamarte, pero la cobertura en la habitación es tan mala que no he logrado completar la conexión... De hecho, estoy escribiéndote el correo desde un cybercafé porque en el piso internet me va todavía peor que la cobertura.

De todas formas, el curso está a punto de ser todavía más intenso que antes, y aunque ahora ya tengo cargador, no voy a poder disponer de tiempo para hablar contigo durante la semana.

Solo quiero que sepas que no estoy evitándote ni ignorándote.

Espero que estés bien. Haré todo lo posible para escribirte una carta cuando pueda...

Por cierto, gracias por enviarme esas latas con masa de waffle de Gayle's. Lo aprecio de verdad.

A ver si tengo unas vacaciones y puedo hablar contigo. Tengo muchas ganas.

Sinceramente,

Arizona

El ochenta por ciento del correo era mentira.

Disponía de una wifi perfecta en el apartamento. Y la cobertura del móvil era incluso mejor.

Y estaba muy adelantada en todas las clases, así que tenía mucho tiempo para descansar. Lo único cierto de todo lo que había escrito era lo mucho que le agradecía que me hubiera enviado masa de *waffle*; había devorado la mitad la semana que la recibí.

Envié a Carter aquel correo electrónico lleno de mentiras y cambié la configuración de mi cuenta para asegurarme de que todos los que recibiera de él de ahora en adelante fueran directamente a la carpeta de correo no deseado.

Todavía lloraba todas las noches antes de dormir, daba igual lo mucho que intentara no hacerlo. En clase me sentía más equilibrada y concentrada, ansiosa

por absorber todo lo que pudiera distraerme y no pensar en él, pero cuando estaba sola, sin lecciones que aprender, me derrumbaba.

Incluso intenté varias veces responder a una de sus cartas, pero las únicas palabras que me salían eran maldiciones.

Peor aun, como los dos éramos tan buenos amigos, no tenía a nadie con quien hablar de esto. Él era, literalmente, todo lo que tenía.

Me iba a desconectar de internet, pero vi que el perfil de Nicole aparecía en línea en la barra lateral del videochat, así que cliqué en «conectar» sin pensármelo dos veces.

En la pantalla apareció el mensaje de que el portátil estaba estableciendo la conexión y en unos segundos su cara apareció en mi pantalla.

—¡Bueno! ¡Hola, extraña! —sonrió.

—Hola... —logré decir.

—Llevo tiempo intentado conectar contigo. Ni siquiera sabía que te habías marchado hasta que Carter me lo dijo... Podrías haberte despedido al menos, ¿no?

La miré con una expresión neutra.

—¿Ari? —preguntó. Parecía confusa—. Ari, ¿por qué estás así? ¿Me oyes bien?

—Sí... Sí, te oigo.

—Vale. —Sonrió de nuevo—. Bueno, ¿cómo estás? ¿Qué tal es Francia? ¿Cómo lo llevas sin poder ir a Gayle's y sin tener a tu mejor amigo cerca?

No pude contenerme más.

—Hice el amor con Carter... —Rompí a llorar y mi pecho empezó a subir y a bajar bruscamente—. Me acosté con él todos los putos días después de la maldita fiesta Épica...

Me miró boquiabierta.

—Sin embargo, yo pensaba que no era solo sexo —continué, sintiendo que las lágrimas seguían cayendo sin parar—. Pensaba que estaba enamorándome de él porque pensaba... pensaba que era... —Mis siguientes palabras fueron confusas y negué con la cabeza—. No soy capaz de comer ni de dormir, y no puedo pensar con claridad.

»Me costó mucho decirle que me estaba enamorando de él, y sinceramente pensaba que me diría que a él le pasaba lo mismo... Pero solo me dijo que me quería, pero no de esa manera... Que en su opinión, solo éramos amigos. Que el sexo no había significado nada...

Nicole parecía sorprendida, completamente estupefacta, y yo seguí hablando

sin parar. No podía seguir callándome.

—Desde que he llegado aquí, Nicole, me paso las noches llorando. Lloro todas las putas noches. En parte por la situación, porque me duele que no me ame. Pero por otro lado porque quiero hablar con él, ¿entiendes?

—Ohhh, Ari...

—Quiero contarle lo que he visto, que debería venir para poder mostrarle lo poco que conozco y... —me limpié la cara con la manga—, pero ahora mismo ya no puedo ser su amiga. No puedo hablar con él como solía hacerlo porque no quiero que piense que estoy bien. No lo estoy, y no pienso fingir lo contrario.

Nicole se mantuvo en silencio durante un buen rato, con los ojos clavados en los míos, esperando que la mirara y le dijera que quería que hablara.

—Ari, lo siento mucho. —Hizo una pausa—. En realidad, antes de meterme de lleno en el tema que acabas de tocar, quiero disculparme por lo que yo hice.

Arqueé la ceja, confundida.

—La semana pasada, cuando seguía llamándote y me saltaba el buzón de voz o no respondías, me di cuenta de que he sido una amiga horrible para ti. He estado demasiado ocupada persiguiendo chicos que solo formaron parte de mi vida unas cuantas noches como para apoyarte a ti... Estaba a punto de enviarte un correo electrónico diciéndote todo esto ahora mismo, y que realmente quiero hacerlo mejor en el futuro y ahora.

—Gracias...

—En cuanto a Carter... —hizo una pausa—, tengo que hacerte una pregunta importante.

—¿Cuál?

—¿Tiene la polla muy grande? —preguntó con la cara seria, haciéndome reír por primera vez desde hacía una eternidad.

—Mucho..., en realidad la tiene enorme.

—Lo sabía... —Se abanicó mientras se mordía el labio—. Tienes suerte. Ahora en serio, no es necesario que hables con él hasta que estés preparada. Tendrá que entenderlo. Sin embargo, cuando lo hagas, debes ser sincera y contarle todo lo que me has dicho a mí, dejarle claro cómo te ha hecho sentir. También tienes que estar dispuesta a aceptar que a lo mejor no podéis volver a ser amigos. Al menos por un tiempo...

—Sí... —Me dolía el corazón al pensarlo—. Es lo que más triste me pone...

—Si te hace sentir mejor, me lo encontré el fin de semana pasado en una fiesta y parecía estar pasándolo fatal.

—¿Por qué piensas que eso podría hacer que me sintiera mejor?

—Se me ha ocurrido... —Se encogió de hombros—. Apenas hablaba con nadie y siempre que una chica intentaba bailar con él, la rechazaba. Cuando le dije a la amiga con la que estaba que iba a sacarlo a bailar, me advirtió que me preparara para que me ignorara o para que me mandara a la mierda... Puede que esté sintiéndose como tú, y estoy dispuesta a apostar algo a que te ama igual que tú a él.

—Si fuera así, ¿no me lo habría dicho? ¿No me lo escribiría en una carta, ya que está claro que evito sus llamadas y sus correos electrónicos?

—Quizá... —Se encogió de hombros—. O tal vez, solo tal vez, sea tan terco como tú... Si sois amigos es por alguna razón.

—Hemos sido amigos por una razón, sí. Pero ahora lo odio.

—¡Ja! —Inclinó la cabeza a un lado al tiempo que soltaba una carcajada—. No quería reírme de ti, pero... ya hables con él este año o dentro de cinco, eso no cambiará el hecho de que lo amas. No podrías odiarlo de verdad ni aunque lo intentaras.

—Eso no es cierto. Deberías habernos visto en cuarto de primaria.

—¿Era así? —Seguía riéndose—. Algo me dice que quizá también lo amaras entonces.

Negué con la cabeza, pero no puede evitar reírme con ella.

Me sentía ya un poco mejor, así que alejé la conversación de Carter y le pregunté sobre su vida, intentando averiguar qué había sido de ella desde que habíamos dejado de vernos.

Me dijo que se había tomado tiempo para estudiar para el examen de acceso a la escuela de posgrado y poder estudiar allí el año que viene, y que hacía mucho que no tenía una cita. Para su sorpresa, estaba disfrutando mucho de la vida como estudiante.

Cuando terminamos de reírnos por el último desastre sexual que había tenido y que había provocado su cambio de actitud, prometió llamarme a la semana siguiente y colgamos.

Me desconecté de Skype y sonreí. Cerré el portátil antes de inclinarme para apagar la lámpara, pero justo en ese momento entró mi compañera de piso en la habitación y encendió la luz.

—Vale..., paz... —dijo—. No te lo tomes a mal, pero he escuchado sin querer la mayor parte de la conversación que has mantenido con tu amiga, y creo que me caes bien. No eres tan idiota como parece. —Levantó las manos, en las que llevaba unas tazas—. ¿Un té?

PISTA 25

COME BACK... BE HERE (2:58)

CARTER

Estuve actualizando la bandeja de entrada una y otra vez, esperando una respuesta de Ari, aunque sabía que no habría ninguna.

Algún tiempo después, estaba sentado en un reservado en The Book Bar, fingiendo escuchar lo que decía mi primo mayor, Sam. Era la única persona de mi desintegrada familia con la que hablaba de vez en cuando. Había estado a mi lado cuando perdí a mi padre, cuando mi madre se marchó y se molestaba en visitarme al menos dos veces al año, sin importar lo ocupado que estuviera.

Sin embargo, llevábamos sentados en el reservado durante más de una hora, y lo único a lo que le había prestado atención fue al primer saludo. Todo lo que me había dicho después estaba borroso en mi mente.

—¿Carter? —Agitó la mano frente a mi cara para captar mi atención—. ¿Dónde estás? ¿Me escuchas?

—Apenas... Perdona. ¿Qué estabas diciendo?

—Nada. —Negó moviendo la cabeza—. Pero ahora que tengo tu atención, creo que lo que necesitas es echar un polvo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que follaste?

—¿Quién sabe? Todos los días parecen iguales.

—No digas que no te advertí sobre la escuela de leyes, ya te dije que era mortal.

—Pero ¿tú no eres abogado?

—Todos los abogados pensamos lo mismo —se rio—. Estoy seguro de que tu padre se sentiría orgulloso y que te ve desde ahí arriba... Seguramente se dé palmadas en el pecho mientras proclama: «¡Ese es mi chico! ¡Lleva la sangre de

los James!».

—Mi padre a veces era un coñazo.

—Sin duda. —Bebió un sorbo de la cerveza—. ¿Cuál es la verdadera razón por la que pareces un gato apaleado? Siempre que vengo a verte, salimos de juerga, pero esta vez no estamos haciendo nada, solo hemos paseado por la playa antes de beber unas cervezas.

—Suená fatal...

—Sí para alguien como tú. ¿Qué te pasa? Por favor, no hagas que tenga que adivinarlo...

—Puedes intentarlo si quieres.

—Vale, genial... —Pidió otra ronda de cervezas—. En realidad no quieres ser abogado, sino ser mochilero y recorrer el mundo o ser fotógrafo erótico para ganarte la vida.

—¿Qué? No... Me gusta la escuela de leyes. De hecho, voy muy avanzado en todas las materias.

—Solo estaba elucubrando. —Se rio—. Vale, no, espera... Ya lo tengo. ¿Te ha dejado otra chica por ser gilipollas?

—Por sorprendente que resulte, no.

—Vale, entonces... ¿te ha plantado otra chica por hablarle demasiado de Arizona?

Apreté los dientes cuando mencionó el nombre de ella.

—¿Otra vez eso, Carter? —Negó con la cabeza—. ¿Cuántas veces vas a seguir cometiendo ese error? En serio, habláis demasiado.

—No se trata de eso. —Le hice una seña al camarero para que sirviera otra ronda.

—Bueno, si no es eso..., ¿de qué se trata?

—Has dicho que querías adivinarlo.

—Cierto... Mmm... No sé, tío... ¿Qué pasa? ¿Te has enfadado por algo con Arizona?

No dije nada.

Sus ojos buscaron los míos y casi se atragantó con la cerveza.

—¡Joder! ¿Te has acostado con Arizona?

No respondí.

—Habéis dormido juntos, ¿no? ¿Se trata de eso?

—Te das cuenta de que estás haciendo la misma pregunta de diferentes maneras, ¿verdad?

—Es una costumbre típica de abogados. —Empujó hacia mí una de las

cervezas y abrió la espita—. Dime, ¿ha ocurrido eso? ¿Cómo...? ¿Cuándo empezó?

—Hace algunos meses.

—Mmm... —Negó con la cabeza—. Bueno, sinceramente, me gustaría poder decirte que me sorprende, pero... lo único que me causa sorpresa es que hayáis tardado tanto tiempo en hacerlo.

Lo miré fijamente.

—Así no me ayudas.

—No es mi labor ayudarte. Estoy aquí para que me acompañes de juerga y nos divirtamos un poco. Tú sí que no me ayudas...

Le lancé la mano para tomar otro trago.

—Así que habéis follado alguna vez... —se interesó.

—Hemos follado más de una vez —repuse. «Muchas más veces...».

—Y no hubo un «por fin lo entiendo todo» o un «te amo» al final.

—No...

—¿Por qué? —Bebió de la cerveza.

—Había razones...

—¿Razones? Por favor... Si se tratara de otras personas, quizá me lo creería. Pero ¿de vosotros? —Negó con la cabeza—. Si es que los dos sois demasiado idiotas para daros cuenta de que lleváis enamorados toda la vida...

Le lancé una mirada neutra.

—¿No me crees? —preguntó.

—No es lógico. Estoy seguro de que si hubiera estado enamorado de ella toda mi vida, jamás habría salido con otra persona...

—Uno —dijo, contando con los dedos—, en sexto de primaria hizo una fiesta de cumpleaños a la que solo fuiste tú.

—¿Y qué?

—Luego, cuando celebraste el tuyo, solo la invitaste a ella para vengarte de toda la gente que la había hecho sentir tan mal. Incluso le entregaste la invitación delante de la chica a la que diste el primer beso.

—Solo intentaba ser un buen amigo.

—Dos, no logras mantener ninguna relación estable porque, subconscientemente, comparas a todas las chicas con las que sales con Ari, incluso aunque sabes que jamás te entregarías a ninguna si se diera el caso de que estuviera a la altura.

—Tengo una desafortunada tendencia a elegir a mujeres locas como cabras. No las comparo con Ari.

—Tres, si ella te llama, respondes al momento, y luego te vas corriendo a donde quiera que ella te pida que vayas.

—Eso es algo que haría cualquier amigo.

—¿Incluso en medio de una cita? ¿O justo después de follar con tu novia? —
Se cruzó de brazos—. No lo creo.

No dije nada.

—Lo que pensaba. Ahora que parece que por fin estás aceptando la verdad, ¿quieres conocer la razón más obvia de que estás enamorado de Arizona y siempre lo has estado?

—No demasiado.

Me cogió el brazo y señaló el pequeño tatuaje con la forma del estado de Arizona.

—¿Hay alguna razón por la que nunca te lo hayas cubierto ni tatuado nada encima como en cualquiera de los demás? Ya no queda ni rastro de otros viejos tatuajes como «Carter y Jane» o «Rose, siempre Rose...».

—Se ha convertido en un recuerdo de una borrachera. Es una buena anécdota.

—¿Para quién, Carter? Una futura esposa o novia no va a considerarla una buena anécdota, y lo sabes.

Me encogí de hombros.

—Ninguna chica se ha quejado por ello.

—Eso es porque ninguno de tus ligues era lo suficientemente inteligente como para conocer todos los estados de América. Para empezar, seguro que les sorprendería saber que existe uno llamado Arizona.

Intenté pensar en alguna forma de negarlo todo, pero no encontré ninguna.

—¿Sabes qué? Vámonos de aquí... —Tenía un tono de lástima—. Estás fatal y voy a necesitar otro compañero de juergas en esta ocasión. El patético y encoñado Carter no va a ayudarme en absoluto...

PISTA 26

WE ARE NEVER EVER GETTING BACK TOGETHER (3:53)

CARTER

Pasaron varias semanas más en una temperatura otoñal bipolar, que a veces traía cálidos días en la playa y otras, insoportables jornadas de lluvia. La vida transcurrió sin incidentes, sin Arizona.

Según lo que me había dicho su madre, Ari no creía que tuviera mucho sentido gastarse más de mil dólares en un billete de avión para volver a casa en vacaciones de otoño. No tuve la oportunidad de ofrecerme a pagar la factura porque estaba demasiado ensimismado en la agitada locura que suponía la escuela de leyes y no podía tomarme un momento ni aunque mi vida dependiera de ello.

Todos mis compañeros ofrecían una competencia feroz y había creado grupos de estudio muy unidos, lo que me había dejado una única compañera con quien hacer los trabajos: Erica.

Era tan entusiasta del derecho como yo, y también había sacado un ciento ochenta en las pruebas de acceso. Además, teníamos en común que tanto en su caso como en el mío su padre la había influido a la hora de elegir la carrera.

—Oye, ¿nos dividimos otra vez los temas de justicia? —Me lanzó unos ositos de gominola—. ¿O prefieres quedarte mirando ensimismado el vacío durante unas cuantas horas más?

—Nos los podemos dividir. —Me levanté y entré en la cocina del apartamento—. ¿Quieres más café?

—Sí, por favor.

Cogí dos tazas y vi un Post-It de Josh pegado en la puerta de la alacena:

«No existe ninguna razón para que todavía no te hayas tirado a Erica. Es la mejor manera de superar

lo de Ari. Hazlo ya...».

Arrugué la nota y la lancé a la basura.

—¿Puedo preguntarte algo, Carter? —Erica estaba sentada en el sofá cuando regresé.

—Claro.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Creo que, si así fuera, lo sabrías, ¿no crees?

—No tengo por qué... —Se sonrojó—. Es decir, pasamos mucho tiempo juntos, pero siempre desapareces durante horas todos los fines de semana.

—Tengo que completar horas de prácticas como pasante. —Sonreí—. Estoy seguro de que tú también haces lo mismo.

—Ah, claro... —comentó, y luego dejó el café en la mesita, frente a ella, y carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Te gustaría salir conmigo alguna vez? Es decir, como amigos. Solo como amigos...

Vacilé, por fin la estudié bien, prestando atención a sus rasgos. Era guapa, con el pelo castaño rojizo y brillantes ojos azules, y si no fuera por cierta persona, quizá la habría considerado una de las chicas más hermosas que hubiera conocido.

—Por supuesto...

—¡Estupendo! Este fin de semana irán a cenar juntos todos los alumnos del curso, luego piensan ir a ver una película en el centro. ¿Te parece un buen plan?

—Perfecto. ¿Qué capítulos quieres que haga yo?

Trabajamos codo con codo hasta casi la medianoche, y solo nos detuvimos después de habernos ventilado dos cafeteras más. La ayudé a guardar todas sus cosas en la mochila y la acompañé al coche.

—Hoy hemos trabajado mucho —comentó sonriente mientras le abría la puerta del vehículo.

—Sí. Estoy seguro de que volveremos a obtener la puntuación más alta otra vez.

—Yo también lo creo... —Vaciló un segundo y luego se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla—. Nos vemos el sábado, Carter.

—Nos vemos el sábado... —confirmé, forzando una sonrisa mientras esperaba que se alejara antes de volver a entrar. Estaba a punto de hundirme en el sofá y poner punto final a la noche cuando vi una carta en el pie del televisor. Estaba dirigida a mí y era la letra de Arizona.

La abrí con rapidez y me senté en el sofá a leerla.

Querido Carter:

Lamento que me haya llevado tanto tiempo responder a tu última carta, pero por desgracia para mí, mi vida no ha cambiado demasiado desde la última vez que te escribí... (o hablé...).

Todavía odio esto. Es un lugar muy bonito a pesar de que no hay playas en la zona en la que estoy, pero es lo único bueno que puedo decir...

De todas formas, ¿quién iba a pensar que serías el número uno de tu clase? Es decir, sabía que lo harías bien, pero eso es increíble. Bien por ti. Quizá puedas ser mi abogado si en algún momento me decido a abrir mi propio restaurante. (Es curioso que nunca me hubiera planteado eso antes, pero es una buena idea, ¿no crees?).

Además, muchísimas gracias por enviarme más latas con masa de waffle de Gayle's. Lo creas o no, ya la he acabado, y tengo a mis compañeros de clase enganchados a los gofres de Gayle's. Bueno, eso es todo por ahora... Dime cómo te va y trataré de responder antes la próxima vez.

Sinceramente,

Arizona.

TRES MESES MÁS SIN NOTICIAS...

CARTER

Querida Arizona:

Me niego a creer que no puedas ver el correo electrónico.

Quizá pueda entender que los leas y los elimines al momento, pero al menos podrías responder a uno de los que te envié la semana pasada (o este mismo. Por favor, contesta al menos a este maldito correo, así sabré que estás leyendo lo que te envió...) cuando tengas la oportunidad. Necesito hablar contigo sobre algo muy importante.

La vida aquí, en casa, no ha cambiado mucho.

Sigo en la escuela de leyes.

Sigo siendo el número uno de la clase.

Sigo echándote de menos (más de lo que nunca podré expresar).

Sinceramente,

Carter

Querida Arizona:

Necesito que me respondas ya. Dime algo... Lo que sea.

Sinceramente,

Carter

Querido Carter:

¡Feliz día de Acción de Gracias! ¡Espero que hayas disfrutado de las vacaciones!

(Por favor, saluda a Josh de mi parte).

Sinceramente,

Arizona

Querido Carter:

¡Feliz Navidad! ¡Te ha traído Santa Claus todo lo que querías y más! (Gracias por enviarme más latas con masa de Gayle's. Te he enviado una nota de agradecimiento por correo físico solo por eso).

Sinceramente,

Arizona

¡Querido Carter!

¡Feliz año nuevo!

¡Guau! Qué rápido han pasado los últimos seis meses, ¿verdad? Soy oficialmente la alumna favorita de la profesora y creo que por fin tengo una amiga de verdad: Nicole. (Es posible que la distancia ha ayudado mucho a nuestra amistad y la ha hecho más fuerte).

Arizona

PISTA 27

BEGIN AGAIN (5:03)

ARIZONA

Un sábado por la mañana, eché al buzón varias postales para mi madre. Poco a poco me iba acostumbrando a mi nueva vida sin Carter, y aunque todavía me despertaba algunos días muy sensible y a veces me descontrolaba y lloraba en mitad de la noche, me estaba yendo mucho mejor que al principio.

Había empezado a hacer nuevos amigos en clase, hablaba con Nicole una vez a la semana a través de Skype, y cada vez que me sentía sola, me acercaba a la costa.

Como aquí no había playas, solo rocas afiladas y aguas turbulentas golpeando contra ellas, me envolvía en una manta y cerraba los ojos, fingiendo que había regresado a casa. Me imaginaba días soleados y arena cálida, y que, por una vez, los turistas no me molestaban.

Sin embargo, ese día, mis planes de imaginarme en una playa se fueron al garete. En el lugar en el que solía estar, había un grupo de personas vestidas con esmóquines grises y vestidos de color rosa celebrando una boda, así que me dirigí a la cafetería más cercana.

Pedí un bollo y una botella de agua antes de sentarme junto a la ventana; quería echar un vistazo a la ceremonia para ver qué aspecto tenía de cerca el verdadero amor.

—¿Te importa que me siente contigo? —Era Sean, un compañero de clase muy guapo, con los ojos verdes, natural, como yo, de Estados Unidos.

—No, siéntate.

—Genial. —Me tendió una taza blanca—. ¿Te gusta el té de naranja?

—No lo he probado nunca. —Cogí el recipiente y bebí lentamente. Estaba

buenísimo—. ¿Qué haces aquí?

—Te he seguido para saber por qué me has dejado plantado —repuso, sonriente—. Ayer teníamos una cita. ¿Lo has olvidado?

—¿Qué? —Arqueeé una ceja, confundida.

—¿No recuerdas que te dije que te recogería en tu apartamento a las seis para salir por la noche?

Lo recordaba. Sencillamente no pensaba que hablara en serio, así que me metí en la cama y me fui a dormir temprano.

—Lo siento mucho, Sean, pero pensé que estabas de broma.

Él sonrió y acercó una silla a la mía antes de sentarse.

—¿También piensas que estoy de broma cuando te llamo todas las noches y hablamos por teléfono durante horas? ¿O cuando te pido que te quedes después de estudiar en mi casa?

Parpadeé, de nuevo sorprendida.

—Arizona... —Se inclinó hacia delante y me pasó los dedos por el pelo—. Quiero salir contigo... ¿Hay alguna forma de decírtelo más claramente?

Me sonrojé, sintiéndome una completa idiota. No se me había ocurrido que las conversaciones telefónicas nocturnas, que los paseos en bicicleta los fines de semana o que las sesiones de estudio tuvieran ese objetivo.

—Solo pensaba que eras un buen tipo —dije.

—Soy un buen tipo. —Todavía tenía los dedos en mi pelo—. Fuera del dormitorio...

Abrí mucho los ojos y él se rio, acercándose todavía más.

—No se me ocurre qué más puedo hacer para que te enteres de que me interesa salir contigo —añadió en voz baja—. Dime qué necesito para...

Tragué saliva mirándolo. Era la segunda vez en mi vida que no me daba cuenta de lo sexy y atractivo que era un chico. Sean tenía el pelo rubio, aclarado por el sol, los ojos verdes y unos labios demasiado tentadores para no querer besarlos. Sin duda era muy, muy sexy.

—¿Me lo vas a decir? —preguntó.

Vacilé.

—¿A qué te refieres con «salir»?

—Me refiero a que después de pasar un rato conmigo, tendrás la impresión de que soy algo más que un buen tipo. —Me miró a los ojos—. Un tipo al que le gustas de verdad... Lo que significa que me dejarás llevarte a la ciudad mañana.

—¿Y si mañana estoy ocupada?

—Ese «si» condicional implica que no lo estás, así que te presionaré.

—Qué romántico... —Me reí—. Sin embargo, sí, saldré contigo.

—Vale... —repuso, levantándose y dando un paso atrás—. Te recogeré mañana a las siete.

—Espera —lo llamé—. Estabas bromeando al hacer ese comentario sobre el dormitorio, ¿verdad?

Me miró por encima del hombro y sonrió.

—No, no lo estaba...

Sonrojada, miré cómo se alejaba y permanecí sentada en la cafetería un poco más, preguntándome si el día siguiente, que pasaríamos en París, respondería al cliché «enamorarse en la Torre Eiffel». Aunque sabía una cosa: estaba segura de que iba a empezar una nueva hoja de cálculo para conocer la química que existía entre nosotros. Tenía que puntuar lo antes posible la categoría «compatibilidad en los besos».

Cuando por fin llegué a casa, vi que había una nueva carta de Carter en la mesa

La miré durante un momento, pasé el dedo por la solapa donde aparecían las palabras «Urgente: Ari, por favor, ábrela», pero no fui capaz de obligarme a ver qué había dentro.

Al menos no por ahora...

PISTA 28

HOW YOU GET THE GIRL (4:32)

CARTER

—Señor James —suspiró el empleado de la oficina postal—. Por enésima vez, no podemos hacer seguimiento de cartas, solo de paquetes ¿Quiere que siga el recorrido de su último paquete a Francia quizá?

—Joder, tiene que haber alguna manera de saber dónde ha acabado esa puta carta.

El hombre puso los ojos en blanco y me indicó que me hiciera a un lado.

—¡Siguiente, por favor!

Enfadado, me guardé el resguardo en el bolsillo y salí de la oficina. Habían pasado semanas desde que le envié a Ari la última carta, y la había mandado en un brillante sobre azul con las palabras «Urgente: Ari, por favor, ábrela» en el remite para asegurarme de que la leyera. Sin embargo, no me había escrito ni una palabra al respecto, y la única correspondencia que había recibido de ella eran tarjetas navideñas impersonales. Faltaba mes y medio para San Valentín y me preguntaba si tenía pensado enviarme otra del mismo tipo.

Como de costumbre, cuando llegué a casa, revisé el correo, aunque no albergaba la esperanza de encontrar nada de ella allí. Para mi sorpresa, esta vez sí había noticias. Era una carta fechada hacía dos semanas y su letra picuda ocupaba toda la solapa del remite. La cogí y la abrí inmediatamente.

Querido Carter:

Lamento haber tardado tanto tiempo en escribirte una carta de verdad, pero tengo muchas noticias, tanto buenas como malas.

Mi compañera de piso y yo nos llevamos mucho mejor (en realidad ahora somos buenas amigas,) y todavía sigo teniendo las mejores notas de la clase. Sin duda estoy viviendo mi sueño y me siento muy feliz de haber venido a estudiar aquí. Que sepas que me muero por hacerte uno de mis desayunos

especiales de gourmet. (Es mucho mejor que lo que tomábamos en Gayle's, y si no te lo parece, no me lo digas, por favor...).

No me sorprende saber que sigues siendo el número uno del curso. Tendremos que celebrarlo cuando regrese a casa...

Hablando de eso, pensaba sorprenderte, pero es posible que esta carta llegue antes que yo, porque... ¡voy a volver a casa durante dos semanas enteras!

Nos veremos muy pronto.

Sinceramente,

Arizona

«¡Joder...!».

Sacudí la carta, le di la vuelta y volví a leerla varias veces, preguntándome si le faltaba una parte. No mencionaba nada de lo que le había enviado en mi última carta. No sabía si la habría leído y se limitaba a eludir el tema hasta que llegara a casa, o si todavía no era consciente de las emociones que habían surgido el verano que pasamos juntos, de lo que sentía por ella.

Saqué el móvil para llamar a Josh y decirle que seguramente pasaría las próximas dos semanas con Arizona, desde que ella llegara, pero me di cuenta de que tenía una llamada perdida de la madre de Ari.

Suspiré y le devolví la llamada.

—¡Hola, Carter! —me saludó, respondiendo al primer timbrazo.

—Hola, señora Turner.

—¿Señora Turner? —Se rio—. ¿En serio? No me habías llamado así desde que me escribiste aquella nota sobre cómo habías herido los sentimientos de mi hija. Sabes que no es necesario...

Sonreí.

—De acuerdo... Mamá...

—Mucho mejor. Te he llamado para preguntarte si podrías hacerme un enorme favor.

—Tú dirás...

—Según la información que me ha enviado Ari sobre su vuelo, estará de vuelta dentro de unas tres horas.

«¿No pensaba decirme cuándo llegaba su avión?».

—¿Sigues ahí, Carter? —me preguntó su madre.

—Sí, estoy aquí.

—Bien, quería pedirte si podía quedarse ahí contigo este fin de semana. En este momento estoy en casa de una amiga porque nos reventaron las tuberías y me niego a pisar la casa hasta que el problema esté solucionado. Si supone mucho trastorno para ti, dímelo, por favor. Quizá su amiga Nicole...

—No supone ningún inconveniente —dije, aunque todavía me sentía irritado

ante la evidente incapacidad de Ari para ponerme al tanto de la situación—. ¿Tengo que ir también a recogerla al aeropuerto?

—¡No, no es necesario! Va a usar los puntos que tengo en la tarjeta para alquilar un coche. Sin embargo, le voy a enviar ahora mismo un mensaje de texto para informarla sobre el cambio de alojamiento. Estoy segura de que se sentirá encantada de volver a verte.

—Sí, seguro...

—Muy bien, tengo que dejarte. Debo terminar de limpiar la cocina de mi amiga. ¿Te puedes creer que no limpia nunca debajo de las alacenas? Tantos años siendo mi mejor amiga y yo sin saberlo. Me pregunto qué más me oculta...

—Conozco la sensación...

—Seguimos en contacto, Carter.

—En efecto. —Colgué y me senté en el sofá, donde empecé a sacudir la cabeza mientras trataba de asimilar todo lo que acababa de ocurrir.

Primero, aquella carta tan vaga de Ari. Después, que no me hubiera enviado un correo electrónico con información sobre su vuelo.

Arizona actuaba como si no fuéramos amigos.

«¡Joder!».

Incapaz de contenerme, le envié un mensaje de texto.

Yo: ¿No podías haberme enviado al menos un correo con la información sobre tu vuelo?

Recibí la respuesta horas después.

Arizona: Lo siento, me olvidé. He visto ahora el mensaje de mi madre diciéndome que me quedo en tu casa este fin de semana... ¿Estás ahora en casa? Acabo de aterrizar y me siento muy cansada.

Yo: Sí.

Arizona: Bien. Hasta dentro de un rato, estoy de camino.

Respiré hondo y decidí ponerme a limpiar para despejar mi mente. Entré en la cocina y guardé todos los platos. Por si acaso quería hablar antes de dormir, lancé almohadas y mantas al sofá, y cuando estaba cambiando las sábanas de la cama, oí que llamaban a la puerta.

«Ari, necesito que me escuches durante cinco minutos... Solo cinco minutos...», repetí para mis adentros silenciosamente mientras me acercaba para abrir la puerta.

En el momento en que la vi, perdí el hilo de mis pensamientos.

Estaba jodidamente impresionante. Iba vestida con unos simples vaqueros y una camiseta blanca (una de mis viejas camisetas, concretamente), se había

cortado el pelo a la altura de los hombros y se había puesto reflejos rubios.

—Hola... —logré decir mientras ella me miraba de arriba abajo. Sus ojos color avellana se encontraron con los míos y forzó una sonrisa.

—Hola...

Estuvimos mirándonos durante varios segundos sin que ninguno de los dos rompiera el silencio. Me incliné para cogerle el bolso, pero dio un paso atrás.

—Sean, este es Carter, mi mejor amigo. —Inclinó la cabeza para señalar al chico que estaba detrás de ella, al que no había prestado ni pizca de atención—. Carter, te presento a Sean, mi novio.

—¿Tu qué?

—Mi novio.

—Encantado de conocerte. —Sean me tendió la mano y me obligué a estrechársela—. ¿Te importa si entramos? Necesito acostarme ya. Hemos tenido un vuelo horrible, y, por si fuera poco, hemos tenido que venir en el coche hasta aquí.

Abrí más la puerta, manteniendo los ojos clavados en Ari mientras ella le daba a Sean un beso en la mejilla justo delante de mí. Allí mismo, frente a mí.

—El cuarto de baño está en el pasillo, a la izquierda —le dijo con una sonrisa—. Ah, y creo que estas almohadas y mantas son para nosotros. ¿Prefieres la azul o la verde?

—La verde. —La besó también en la mejilla y se alejó—. Ahora vuelvo.

«Qué... coño... Ari...».

Me acerqué a ella y me ignoró mientras desdoblaba las mantas y ahuecaba las almohadas.

—Ari... Sé que me estás escuchando... Quiero hablar contigo.

—Te escucho, sí.

—Esto de Sean es una broma, ¿no? Después de todo este tiempo sin vernos, ¿crees que es apropiado gastarme una broma?

—¿De verdad piensas que alguien viene desde Francia a Estados Unidos para gastarte una broma a ti? Es mi novio.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace más o menos un mes. —Parecía confusa—. ¿No has recibido mi carta?

—¿Esta? —Le mostré la que había recibido hoy.

—No... —repuso—. Había otra.

—Me gustaría creerlo..., pero tu historial enviando cartas no es precisamente bueno. ¿No has recibido la mía?

—¿Cuál? ¿Esa en la que decías que esperabas verme y pasar un rato juntos algún día? ¿O quizá esa en la que me pedías «dime algo, lo que sea, Ari, por favor»?

—No... No me refiero a esa. Aunque debo decir que me alegra saber que realmente leías lo que te escribía.

—¿Podrías no mirarme así? —Se cruzó de brazos—. No llevo ni cinco minutos en casa y ya estás molestándome.

—No es mi intención molestarte... Trato de averiguar cómo puedes irte a otro país durante meses dejándome de hablar sin ningún motivo y, cuando por fin vuelves, no solo no me lo dices con cierta anticipación, sino que la primera vez que te veo, estás saliendo con otro tío.

—«Salir con otro tío» implicaría que tú y yo estábamos saliendo, que manteníamos algún tipo de relación íntima..., algo que no es cierto. —Me miró con los ojos entrecerrados—. —. Y además, tenía una buena razón para no hablar contigo.

—¿Te importaría compartirla?

—No me apetece demasiado. —Parecía que trataba de mantenerse lo más tranquila posible—. No estábamos saliendo, Carter. Solo éramos amigos, ¿recuerdas?

Sentí que me subía la tensión, pero no dije nada. En cambio, me concentré en mirarla, tratando de descubrir quién era en ese momento. No era mi Arizona, no conocía a esta chica.

—Carter, este es un sitio muy agradable —comentó Sean, entrando en la estancia—. ¿Es tuya esta casa?

—Sí —repuse sin apartar los ojos de Ari.

Ella me sostuvo la mirada.

—Me alegro de que nos hayas cedido el sofá.

—No lo he hecho. Puedes dormir en mi cama.

—¿En serio? —Sean sonrió, malinterpretando una oferta que era solo para Ari—. Genial, tío. Voy a poner allí nuestras cosas. ¿Es la habitación de la derecha?

— Sí... —No podía creer lo que estaba ocurriendo. En el momento en el que se alejó para examinar el dormitorio, miré a Ari—. Tengo que hablar contigo ahora mismo.

—No, ahora no. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, no me importaría hablar contigo durante la cena de hoy. Quiero llevar a Sean a Gayle's. Ya le he enviado a Josh un mensaje de texto y se ha mostrado de acuerdo en encontrarse allí con nosotros a las seis. ¿Te apetece venir?

—Quiero hablar contigo a solas.

—Si tengo tiempo mientras estoy aquí... —Se sentó en el sofá y ahuecó una almohada—. Me lo pensaré. ¿Puedes apagar la luz, por favor?

—Ari...

Se levantó y apagó la luz ella misma antes de volver al sofá.

—Me alegro de verte de nuevo, Carter. Tienes muy buen aspecto. Pareces feliz.

—No me siento feliz...

—Bueno, yo sí lo soy. —Me miró—. Vete.

Y tuve que controlarme para no volver a encender la luz y obligarla a levantarse para que escuchara lo que tenía que decirle.

Para evitar perder la paciencia, entré en la habitación de invitados y cerré la puerta con fuerza.

PISTA 29

I WISH YOU WOULD (4:32)

ARIZONA

No podía respirar.

Estaba segura de que iba a desmayarme en cualquier momento de esta incómoda cena y que Sean acabaría teniendo que hacerme el boca a boca para que recuperara la consciencia.

Los cuatro —Josh, Sean, Carter y yo— estábamos sentados en una mesa en el fondo del local y, salvo Carter, todos nos lo estábamos pasando bien. Revisábamos el menú, señalando todo lo que debíamos probar mientras él me miraba, sin decir palabra.

No podía negar que cuando lo había visto hoy después de tanto tiempo, el corazón me había dado un salto de emoción en el pecho, y que casi había gritado «¡Todavía lo amo!», pero me las había arreglado para mantener la cara inexpresiva, sin mostrar ninguna emoción.

Aunque incluso un simple contacto con su mano había hecho que mi cuerpo se erizara, seguía sintiéndome herida. Además, no tenía duda: mi corazón era un puto idiota.

Sean cumplía a la perfección con todas las especificaciones que había marcado en la hoja de cálculo: era inteligente, ingenioso, sutilmente elegante y besaba genial. Era cierto que todavía no nos habíamos acostado y que la idea de echar un polvo con él todavía no se me había cruzado por la mente, pero estaba esperando que desapareciera cualquier tipo de esperanza con Carter antes de entregarme a una relación con él al cien por cien.

«Corazón mío, no te lances... El hombre que está sentado frente a mí te rompió en mil pedazos. Recuérdalo...».

—Entonces... —Sean parecía confuso—, ¿en este lugar solo hay desayunos y postres?

—Sí —repuso Josh—. ¿No es asombroso? No te equivocas nunca elijas lo que elijas.

—No me van mucho los desayunos... —Puso el menú boca abajo—. Ni tampoco soy demasiado aficionado a los postres.

—Entonces, ¿no eres un chef de mierda? —murmuró Carter en voz baja.

Sean no lo oyó, pero Josh le lanzó una mirada penetrante.

—Tienes que probar esto —le dije, cogiéndolo de la mano—. Créeme, tu vida no volverá a ser la misma.

—Bueno, si lo pones de esa manera... —Se inclinó y me besó—. Tomaré el *waffle* especial de la semana.

La camarera se acercó en ese momento, sin darse cuenta de que nos estaba ofreciendo un respiro muy necesario.

—Qué bien, mis clientes favoritos... Josh, ¿qué vas a pedir?

—Probaré un *waffle* de caramelo con *chips* de mantequilla de cacahuete. También quiero que lleve jarabe de fresa, a menos que, finalmente, hayáis tenido en cuenta mi sugerencia de crear algo con sabor a hierba.

Ella le dio un golpe en la cabeza con el bloc de notas y se rio. Luego hizo un gesto con el bolígrafo hacia Sean.

—¿Y tú?

—Quiero un *waffle* especial.

—¿Con algo por encima?

—Un poco de jarabe de arce está bien.

—De acuerdo. —Plegó la libreta y la guardó en el bolsillo del delantal—. Os traeré también más zumo de naranja y servilletas. Pronto estarán los pedidos.

—Espera un segundo. —Sean se aclaró la garganta—. Solo has anotado dos pedidos. No le has preguntado a Arizona y a Carter.

Ella le lanzó una mirada seria con el ceño fruncido.

—Bien... Me gusta tu sentido del humor —repuso antes de alejarse.

—Vale... —Me miró confuso—. ¿Anotar el pedido de la mitad de la mesa es una peculiaridad local que no entiendo?

—No... Mmm... —Sonreí—. Es que yo acostumbraba a venir mucho por aquí con...

—... conmigo —finalizó Carter, interrumpiéndome—. Y dado que siempre pedimos lo mismo, no es necesario que nos pregunte nada.

Sean sonrió sin percibir la rudeza del tono de Carter.

—Entonces, Sean... —Josh trató de aliviar la tensión—. Háblame de ti, ¿de dónde eres?

Desconecté de la conversación y tomé un sorbo de agua. Mi mirada se encontró con la de Carter.

No quería admitirlo, pero me parecía incluso más sexy ahora que antes de marcharme. Llevaba el pelo negro azabache un poco más corto, y sus labios —a pesar de que los apretaba hasta formar una rígida línea— me hacían sentir mariposas en el estómago ante la idea de que se unieran a los míos.

Noté que tenía un nuevo tatuaje en el antebrazo, debajo de una de las ramas del ciprés, pero no me atreví a preguntarle qué era. De hecho, ahora no iba a dirigirle la palabra.

La camarera se acercó de nuevo a la mesa con los pedidos y, como si supiera qué le pasaba a Carter, no se molestó en sonreírle.

—Avisadme si necesitáis algo más. No estaré muy lejos...

—¿Podéis perdonarme un momento? —Sean se levantó con el móvil en la mano—. Es mi madre. Me he olvidado de llamarla cuando hemos aterrizado, así que tengo que responder. —Me dio un beso rápido en los labios antes de alejarse.

—Entonces, Josh... —Corté el *waffle*—. ¿Te gusta...?

—Josh —me interrumpió Carter mirándome y dejando el cuchillo a un lado—, ¿podrías disculparnos unos segundos?

—Será un placer. —Josh nos dejó solos al instante.

—Carter —le dije, mirándolo airadamente—. Escucha...

—¿De verdad piensas que no te amo, Ari?

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿De verdad crees que no te amo? —dijo en un tono más alto.

—Eso es lo que me dijiste antes de que me fuera, ¿verdad? ¿Por qué no iba a creerlo?

—Porque eres una chica muy lista y, en el fondo sabes que no era cierto... —siseó—. Además, sé que no has venido aquí para rechazarme y actuar como si no me conocieras.

—He venido de visita y para presentaros a Sean .

—Que le den a Sean —gruñó—. Incluso si me creyera que lo amas, algo que por cierto no cuela, no eres de las que se comprometen con un tío tan rápido. No es tu estilo.

—La gente cambia.

—No tanto —aseguró—. Sé que todavía te gusta que te toque. Lo único que ha cambiado de ti desde que te fuiste es el puto corte de pelo.

—En tu caso, definitivamente, ha cambiado tu lenguaje —respondí, cruzando los brazos—. Nunca habías usado palabras tan malsonantes.

—Porque nunca me habías pillado desprevenido antes. —Respiró hondo y suspiró—. Mira, tenemos que hablar en cuanto tengas un par de horas libres, sin tu compañero de clase.

—Es mi novio.

—Sí, ya, lo que tú digas. —Se levantó y sacó la cartera—. Busca el tiempo y, cuando lo encuentres, envíame un mensaje de texto. A ser posible antes del fin de semana.

—¿No vas a dormir en tu casa? ¿No voy a verte para poder decírtelo en persona?

—No —repuso secamente—. He cogido una habitación en el Beach Hotel, en la misma calle que mi casa.

—¿Qué? —tragué saliva—. ¿Por qué?

—Porque, para que lo sepas, no puedo soportar la idea de que duermas con otro tío. Además, tenerte en casa y no poder tocarte... No puedo soportarlo. —Dejó un billete de cien dólares sobre la mesa—. Llámame cuando estés dispuesta a hablar. A solas.

Se fue del restaurante un segundo antes de que regresara Sean.

Sin embargo, Josh no volvió.

—¿Y tus amigos? —se interesó Sean.

—Les ha surgido algo importante y han tenido que marcharse.

Se encogió de hombros y se puso a comer. Hice todo lo posible para sonreír y actuar como si la conversación con Carter no hubiera ocurrido nunca.

PISTA 30

SHAKE IT OFF (3:18)

CARTER

Arizona estaba poniendo a prueba mi paciencia de verdad.

Me pasé todo el fin de semana esperando a que me llamara, pero lo único que hizo fue enviarme un mensaje de texto.

Arizona: Gracias por dejarnos alojarnos en tu casa durante el fin de semana. Mi madre está organizando una cena de bienvenida en casa para el martes por la noche. Quiere que asistas.

No respondí a su mensaje. Me sumergí en tareas legales hasta que no pude mantener los ojos abiertos. El sueño era lo único que podía impedir que apareciera en casa de su madre y le exigiera que me escuchara.

—Marisco, pollo y gofres sin fin hechos especialmente para Ari. ¡Venid si no queréis saber lo que os espera! —anunció Josh mientras entraba en el salón—. ¿Qué? ¿Vamos o no?

—¿Vamos a dónde?

—A casa de la madre de Ari. —Cruzó los brazos—. Ya sabes de lo que hablo. Ha enviado un mensaje a todo el mundo, aunque estoy seguro de que ella ya te lo ha dicho...

En ese momento me vibró el móvil con el mismo mensaje que Josh acababa de recitar en voz alta.

—Bien, ¿vamos? —preguntó.

—No si está allí ese novio ficticio suyo.

—¿Por qué pareces celoso? —se interesó.

—Porque lo estoy.

—Dios... Córtate un poco, tío. Lleváis más de seis meses sin hablar, ¿de verdad pensabas que no se iba a interesar nadie por ella? ¿Que se quedaría sola

llorando por ti hasta que regresara y decidieras contarle la verdad? ¿En serio? Es imposible, soy consciente de que no te has dado cuenta hasta hace poco de lo jodidamente sexy que es, pero...

—¿Qué pretendes? ¿Ayudarme o enfadarme todavía más? —Apreté los dientes—. Para que conste, si es esto último, te aseguro que funciona.

—Habla con ella.

—Lo he intentado.

—No, no lo has hecho. Y tampoco lo estás intentando ahora. Gruñes, cabreas a todos, incluso a la chica con la que quieres estar. De verdad..., los dos sois idiotas. En serio. Aunque quizá al principio estabais mejor encaminados y no deberíais haber dejado de ser «solo amigos».

—No voy a aguantar que tú, precisamente tú, me digas eso en este momento.

—Ni que estuvieras haciéndome caso. Y ese es el problema. —Se apoyó en la pared—. Además de hacer comentarios idiotas durante toda la noche, ¿qué se te ha ocurrido hacer para que te escuche?

—No estoy seguro.

—Joder...

—No, en serio, no estoy seguro. Se ha creído de verdad que solo pretendía tener sexo con ella el verano pasado. Piensa que no la amaba.

—Es que le dijiste «no de esa manera», que es lo peor que podrías haberle dicho. ¿Qué querías que pensara?

—Que estaba haciendo lo mejor para ella. Hubo una vez que sacrificó sus sueños por un chico... No quería que volviera a hacerlo.

—Sinceramente, ¿crees que se habría quedado aquí en vez de ir a Francia si le hubieras dicho la verdad? ¿Que habría cambiado su futuro por ti?

—Sí. —Lo miré con intensidad, desafiándolo a que me llevara la contraria—. Y estoy seguro de que la conozco diez veces mejor que tú.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Bueno, vale, vale... Y si ese es el caso, ¿qué piensas hacer ahora?

—Intentar que me escuche todas las veces que sea necesario... —Me levanté—. Vámonos.

VARIOS MESES ANTES...

Unos días antes de que Ari se marchara a Francia, encontré su diario en el dormitorio. Y por «encontrar», me refiero a que estaba abierto encima del

escritorio, debajo del pasaporte y del billete de avión.

No pensaba leerlo; no había hecho tal cosa desde sexto de primaria, cuando me metía con ella porque estaba enamorada del chico al que quería besar «con todas sus fuerzas porque quería ver las estrellas cuando sus labios tocaran los de ella». Pero allí estaba mi nombre rodeado de corazones (más de una vez), así que cerré la puerta mientras ella estaba cocinando y me puse a leerlo.

«Querida Janet:

¿No es raro que te llame así en vez de «querido diario»? En realidad lo más extraño es que tenga veintitrés años y esté escribiendo un maldito diario...

Bien, aunque es algo que nunca pensé que me pasaría a mí..., estoy enamorada.

Me he colado sin esperanza, de una forma tonta, me he enamorado profundamente de la última persona que esperarías: Carter.

Y ahora no sé lo que quiero más, así que tengo que reconocer que el amor sí te hace ver las cosas en perspectiva. Antes, cuando no nos acostábamos juntos (sí, hemos follado, y ha sido jodidamente increíble, la verdad), tenía mis dudas con respecto a marcharme, pero ¿y ahora?

Sinceramente, si me pidiera que me quedara, lo haría. Me he apuntado en otras dos escuelas culinarias que solo están a unas horas de distancia y en las que podría matricularme si fuera necesario... Es que... nunca había sentido algo así y no tengo ni idea de qué hacer.

Seguiré contándote más tarde.

Ari

P. D.: Desde que he empezado a estar todo el tiempo con Carter para... para, ya sabes..., mi habitación está impoluta. ¡Deberías verla! :-).

Conocía a Ari como la palma de mi mano, y en ese momento supe que si alguna vez me confesaba que me amaba, seguramente sería en el aeropuerto, antes de que su avión despegara (sí, era así de dramática). También estaba seguro de que querría que le dijera las mismas palabras, que lloraría cuando lo hiciera y que, acto seguido, afirmaría que podía aprender a ser una buena chef en Estados Unidos y no necesitaba irse al extranjero.

Así que se quedaría.

Porque ya había hecho eso antes con otro chico que le gustaba: se había matriculado en la universidad de Pittsburgh, a la que en realidad no quería ir, porque pensaba que estaba enamorada. Así que se había guiado por su corazón en vez de intentar alcanzar sus sueños.

La amaba lo suficiente como para querer lo mejor para ella, y no quería que repitiera la misma jugada... Así que me había jurado a mí mismo que me comportaría de la forma más estoica posible el día que se fuera, que la besaría por última vez con pasión, pero que si me soltaba que estaba enamorada de mí antes del despegue, no le respondería que sentía lo mismo.

PISTA 31

YOU'RE NOT SORRY (3:22)

ARIZONA

Permanecí en la cocina de casa de mi madre, marinando pollo en salsa barbacoa, mientras ella preparaba una ensalada.

—Sean me cae muy bien —aseguró, sonriente.

—A mí también. —Miré por la ventana al patio trasero, donde él estaba ayudando a Nicole a poner las sillas—. Sinceramente, es perfecto.

—¿En serio?

Se me ocurrió que podía abrir la hoja de cálculo y enseñarle que tenía un diez como una casa en las categorías «Intensidad en los besos» y «Conversaciones con trasfondo», pero me contuve.

—Cuando estamos en Francia, hace cosas la mar de tiernas. Por las mañanas me llama para que me despierte a tiempo, viene a correr conmigo los fines de semana, me escucha atentamente cuando hablo y... besa de vicio.

Se rio.

—¿Besa de vicio?

—Nunca había salido con un chico que supiera besar tan bien. —«Salvo que tengamos en cuenta a Carter».

Una imagen de Carter besándome en la fiesta Épica, controlando mis labios con los de él, cruzó de repente por mi mente y me obligué a ignorarla.

—Me ha dicho que quiere decirme una cosa esta noche, cuando todos estén aquí —confesé—. ¿Crees que va a proponerme algo?

—¿Tan pronto? —Abrió los ojos de par en par—. Espero que no.

—No es tan pronto —repuse, riéndome—. Aunque me gusta mucho... ¿Nos ves juntos a largo plazo?

—No estoy segura; siempre he pensado que terminarías con Carter. —Sonrió y levantó la vista de la ensalada.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo piensas eso?

—Bueno, lo he pensado siempre. De hecho, sigo creyéndolo.

«¿Qué?».

—Pero ¿no te has dado cuenta de que actualmente mi novio es Sean?

—Sí, claro —repuso—. Y creo que está interesado por ti, pero también sé que no estáis enamorados... Y tengo la certeza de que Carter te ama más de lo que tú imaginas.

—¿Porque le molesta que tenga novio? ¿Porque está siendo un grosero y un maleducado conmigo?

—Porque desde que te marchaste ha venido por aquí todas las semanas para preguntarme por ti, interesándose por saber si habíamos hablado, esperando que me llamaras mientras él estaba aquí.

—Sí, ya...

—Es cierto. —Me puso el rallador de queso delante de la cara y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas—. No es mi intención aconsejarte qué debes hacer. Solo quiero decirte lo que pienso, y creo que, quieras admitirlo o no, tu corazón pertenece a Carter.

—Me aseguró que no sentía nada por mí cuando...

—¿Cuándo qué?

Suspiré. No quería hablar sobre mi vida sexual con mi madre, pero era casi lo más cercano a una amiga, así que me permití soltarlo todo.

—Mantuvimos relaciones sexuales antes de que me marchara al extranjero... De hecho, lo hicimos muchas veces... —Hice una pausa, esperando cierta sorpresa por su parte, al menos un grito ahogado, pero no obtuve nada—. Y luego... mmm... le pregunté si sentía que algo había cambiado entre nosotros, porque, sin duda, yo sí lo creía. Le pregunté si para él éramos algo más que amigos, si no notaba que había algo más que sexo entre nosotros, y me dijo que no.

—¿Le preguntaste eso en persona?

—No. Fue a través de un mensaje de texto. Es lo mismo.

—En realidad no. —Chasqueó la lengua—. Quizá te dijera eso por alguna razón.

—Sí, la única razón era que quería que supiera la verdad y confirmarme que jamás deberíamos habernos acostado juntos. ¿Podrías al menos parecer sorprendida por todo esto? He tenido sexo con él. He-tenido-sexo-con-Carter.

Se rio.

—Eso no me sorprende en absoluto, Arizona. Lo único que me choca es que hayáis tardado tanto tiempo en hacerlo.

—¿Estás segura de que eres mi madre?

—No creo que debas tomar decisiones drásticas hasta que hables con él en persona. Sigue siendo tu mejor amigo. —Me dio un beso en la mejilla y me abrazó antes de salir de la cocina.

Me limpié la cara con la manga y añadí unos trozos de pollo, maldiciéndome para mis adentros por no haber traído el juego de cuchillos que tenía en Francia.

«Uff... Me estoy haciendo una maniática que solo quiere usar unas herramientas en particular... Síntoma de que asimilo las enseñanzas de una escuela culinaria de primer nivel...».

—¿Arizona? —Sean me abrazó desde atrás.

—¿Sí? —Sonreí.

—¿Puedo preguntarte algo? —Me besó en la nuca y me soltó lentamente.

—Claro.

—Antes te he dicho que te pediría algo en la cena, delante de todos, pero antes de eso... —Vaciló—. ¿Estarías dispuesta a acompañarme mañana?

—¿Qué? —Me lo soltaba así, de repente—. ¿Por qué?

—No me refiero a marcharnos de Estados Unidos —aclaró—. Solo de la costa. Ya sabes que vivo a unas cinco horas de aquí, así que se me ha ocurrido que podríamos ir a mi ciudad durante un par de días. Incluso podremos regresar aquí antes de volver a Francia.

Dudé, pensando en lo que me había contado mi madre. Quería saber si Carter ocultaba alguna razón para haberme hecho tanto daño, pero no se me ocurría nada que pudiera justificar tal cosa.

—Por supuesto.

Me besó en los labios.

—¿Vamos ahí fuera, con el resto?

—Claro. —Le devolví el beso, pero ahora albergaba la esperanza de que Carter no apareciera: no quería que fuera testigo de lo que fuera que Sean tenía que decirme...

Me esforcé con todas mis fuerzas para no mirar a Carter durante la mayor parte de la fiesta, y me di cuenta de que él también me estaba evitando. Apenas me había saludado cuando llegó; se acercó directamente a mi madre, la abrazó y se

sentó ante la larga mesa de pícnic.

Fue Josh quien, para mi sorpresa, se comportó como un adulto y estuvo hablando con Sean y conmigo.

—Entonces, ¿has usado marihuana en una receta? —Josh se inclinó hacia delante, mirando a Sean.

—Sí, lo he hecho —sonrió.

—¿Qué posibilidades existen de que vuelvas a crear ese manjar mientras estás por aquí?

Nicole golpeó a Josh en la cabeza con un plato de papel.

—¿No tienes exámenes la semana que viene? No debía ocurrírsete hacer nada con hierba. ¿Tus profesores saben que fumas porros?

—Para tu información, ya no los fumo. —Puso los ojos en blanco—. Me limito a comprar productos que contienen sustancias derivadas del cannabis y los consumo. Es algo muy diferente.

Todos nos reímos y movimos la cabeza. (Bueno, salvo Carter).

—¿Me permitís decir unas palabras unos segundos? —Sean golpeó el vaso con una cuchara mientras se ponía en pie.

Nicole me dirigió una sonrisa mientras que Carter tomaba un sorbo de cerveza y miraba hacia otro lado.

—Antes de nada —empezó Sean—, gracias a todos por haberme recibido de una forma tan acogedora. Ari me ha hablado mucho sobre todos vosotros.

—Es evidente que no lo suficiente... —murmuró Carter mientras Sean me lanzaba una mirada tierna.

—Ignóralo. —Sonreí y me encogí de hombros.

Así que me besó en los labios antes de continuar.

—Perdí a toda mi familia en un horrible accidente de tráfico... Y tampoco conservo a mis amigos... —Hizo una mueca—. Por eso, para mí significa mucho estar cerca de gente que me hace darme cuenta de que la vida no es tan horrible...

Nicole se llevó la mano al corazón.

—Me ha llevado años llegar a sentirme bien, a vivir de nuevo —dijo, volviéndose para mirarme—. Y me prometí a mí mismo que si encontraba a alguien que me hiciera sentir algo otra vez, sentimientos que no pudiera ignorar, aprovecharía el momento porque, por experiencia propia, sé que la vida es demasiado corta para esperar a decir algo...

Carter miró a Sean con los ojos entrecerrados, reclinado en la silla.

Josh bebió un sorbo enorme de su vaso.

—Arizona, no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero... —Me apretó la mano—. Hay algo en ti, algo que vibra entre nosotros cuando estamos juntos, que me hace sentir vivo de nuevo. No te preocupes, esto no es una proposición... —Se rio—, pero te prometo que si aceptas ser mía, te seré fiel y podrás confiar en mí mientras estemos juntos. —Sacó un anillo de oro y plata con una gema verde—. Es un anillo de confianza... ¿Lo aceptas?

Sonriente, asentí moviendo la cabeza y me lo puso en el dedo antes de besarme en los labios, mientras todos los presentes aplaudían. Todos menos Josh y Carter.

—Esta es la razón exacta por la que necesito hierba... —murmuró Josh al tiempo que sacudía la cabeza—. Incluso noto que me ha subido la tensión... —Se levantó de la mesa y forzó una sonrisa—. Enhorabuena, vuelvo ahora. Tengo que coger algo del coche.

Sean me besó de nuevo y se sentó a mi lado.

—Me alegro de que lo hayas aceptado.

—Yo también. —Le devolví la sonrisa mientras cogía su plato—. Voy a buscar el postre dentro, ¿quieres algo?

—Otro mini *waffle*.

—¿Así que ya empiezan a gustarte los platos típicos del desayuno?

—Solo porque lo has hecho tú —repuso sin perder la sonrisa.

Me levanté y entré en la casa, mirando el anillo. Era precioso, y supe al instante que si tuviera que elegir entre Carter y él, Sean sería la opción más segura: nunca me haría daño.

Mientras arrojaba un plato de papel a la basura, sentí que unas manos familiares me agarraban por la cintura y me obligaban a darme la vuelta. Las de Carter.

—¿Sí? —le pregunté—. ¿Has dejado ya atrás ese mal humor? ¿Vas a seguir gruñéndonos a Sean y a mí?

—Te amo. —Me mantuvo inmóvil y me miró directamente a los ojos—. Te amo, Arizona, y siempre te he...

Mi corazón se aceleró de inmediato, pero lo ignoré.

—¿No te parece que es un poco tarde para esto? Mi novio acaba de hacer un discurso precioso...

—¿Y qué? No lo amas. —Me abrazó con más fuerza—. Solo piensas que tiene que gustarte porque ha obtenido buenos resultados en esa ridícula hoja de cálculo tuya.

—Entonces, ¿por qué he aceptado su anillo de confianza?

—Porque no me he levantado para detenerte. —Me miró con los ojos

entrecerrados—. Y lo sabes.

—Puedes decir lo que quieras, pero en cuanto me sueltes, regresaré con él. Un hombre que siente algo de verdad cuando estamos juntos, un hombre que sí que sentirá algo cuando nos acostemos.

—Si alguna vez tenéis sexo —intervino él.

—¿Has dicho eso de verdad?

—Lo he hecho y lo he dicho en serio.

—Suéltame inmediatamente.

—No. —Me mordisqueó el labio inferior, impidiendo que siguiera hablando—. Te amo desde que estábamos en cuarto. Desde el puto cuarto de primaria.

—Me alegra que por fin reconozcas cuál es el lapso de tiempo correcto.

—Ya basta, Ari... —Me besó—. Sencillamente no lo sabía. Has estado a mi lado durante cada momento de mi vida y yo también he estado contigo. Te amo, estoy enamorado de ti, y también te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma.

—No, solo crees que sí...

Ignoró mis palabras.

—Si te hubiera dicho que te amaba en el aeropuerto, no te habrías marchado a Francia. Te habrías quedado aquí, y no quería que hicieras eso.

«¿Qué?».

Se me detuvo el corazón y vacilé.

—¿Y por qué no me lo dijiste después del despegue? Podrías haberme dicho entonces la verdad.

—Tenías una escala en Los Ángeles... Habrías regresado.

—No, no lo hubiera hecho.

—Sí. Joder, Ari...

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste...?

—¿... la primera semana después de marcharte? —Negó con la cabeza—. ¿Cuando todavía estabas adaptándote a la nueva escuela y te sentías triste? Habrías vuelto a casa en cuanto hubieras tenido una excusa... Especialmente si yo te decía que te amaba. No habrías intentado quedarte y dar lo mejor de ti... No habrías perseguido tus sueños, y los tenías al alcance de la mano; habrías vuelto aquí y a la larga te habrías arrepentido.

No dije nada.

—Siento no habértelo dicho antes, pero te he enviado cartas en las que intentaba transmitírtelo. Como me has estado ignorando, he tratado de...

—Por favor, vete... —Sentí que comenzaban a caerme lágrimas.

—Ari..., por favor, déjame terminar. Tengo que decirte más cosas.

—No. Ya he oído suficiente, y me siento muy honrada de que me hayas antepuesto a tus sentimientos, pero... Si realmente me amas y me respetas, me dejarás sola... ahora mismo.

Parecía como si alguien le hubiera disparado un tiro mortal. No se movió.

Así que lo hice yo.

PISTA 32

YOU BELONG WITH ME (3:37)

ARIZONA

Me encerré en mi habitación y cogí una almohada de mi cama para apretármela contra la cara y gritar contra ella tan fuerte como podía.

Lo hice más de una vez, por si acaso, sin molestarme en secarme las lágrimas. No podía creerme el razonamiento de Carter para no decirme que también me amaba. No tenía sentido. Es decir, por supuesto que quería que me dijera que me amaba, pero ¿por qué había supuesto que me quedaría aquí, aferrándome a él, en lugar de intentar realizar mis propios sueños? ¿Parecía tan enamorada?

«No... Me habría marchado a pesar de lo que él hubiera dicho... Me habría...».

De repente, dejé de pensar ante los viejos recuerdos que comenzaban a pasar por mi mente, deteniéndome en una de las relaciones serias que tuve antes de Carter y Sean...

El chico se llamaba Liam, y se suponía que era mi alma gemela. Éramos novios en el instituto y estábamos tan bien juntos que Carter se ponía enfermo — literalmente, pues tuvo una migraña horrible después de ir con nosotros a la tercera ronda de la feria anual de ciencias y ver que estábamos todo el rato llamándonos «cariño» y planeando nuestro futuro—. Es evidente que siempre me había gustado planearlo todo de antemano, y aunque no estaba convencida por completo, decidí matricularme en la universidad de Pittsburgh con él en lugar de en otra más cerca de casa.

Tres semanas después, descubrí que me había estado engañando con una antigua novia y me vi atrapada en una universidad que no me gustaba con un dolor de corazón que tardó más de dos años en sanar.

Todavía en estado de *shock*, cogí el maletín del portátil y saqué las cartas que él me había enviado. Mi idea era devolvérselas sin abrir el último día del viaje. Las ojeé y elegí la más reciente. Pasé los dedos por la solapa del remite, donde él había escrito «Urgente: Ari, por favor, ábrela».

Querida Arizona:

No voy a soltar ninguna broma ni a perder el tiempo contándote lo que está pasándome en casa porque no importa. Al menos no tiene importancia si tú no estás aquí.

Por lo tanto, voy a ir al grano directamente.

No quise decir ni una maldita palabra de todo lo que te solté en el aeropuerto.

Te amo. Te amo «de esa manera», y lo que hubo entre nosotros fue mucho más que sexo. Solo quería asegurarme de que te ibas y perseguías tus sueños, porque yo siempre te esperaré.

Siempre.

Si hubiera sabido que lo que te dije haría que te distanciaras o que dejaras de hablar conmigo, te prometo que jamás lo habría hecho y que rectificaría en un abrir y cerrar de ojos.

No hablar contigo durante unos días fue raro.

No hablar contigo durante semanas fue una tortura.

No hablar contigo durante meses ha sido (y sigue siendo) insoportable.

Siempre has significado mucho para mí, pero no me di cuenta de cuánto era eso hasta que te marchaste...

Cuando me voy a dormir, te echo de menos, quiero escuchar tu voz antes de cerrar los ojos. Me levanto con la esperanza de tenerte entre mis brazos, y hay días que pienso que me volveré loco porque no estás...

Hemos bromeado durante años sobre por qué no puedo durar más de seis meses con ninguna chica, y la respuesta ha estado delante de mis narices todo este tiempo: tú.

Estoy seguro de que has sido tú desde cuarto de primaria porque ahora sé, más que nunca, que debo estar contigo y que tú tienes que estar conmigo.

Me perteneces, Ari, y siempre será así.

Eres mucho más que «mi mejor amiga» y no quiero que volvamos a ser de nuevo «solo amigos».

Sinceramente enamorado de ti,

Carter

Empecé a llorar.

La volví a leer unas cuantas veces más, y el corazón se me aceleraba con cada palabra.

La volví a doblar, me levanté y bajé de nuevo a la fiesta. Tenía que hablar con Sean a solas y alejarme de todos mis amigos y familiares para volver a leer la carta antes de decidir qué iba a hacer.

Mis ojos se encontraron con los de Sean en cuanto pisé la hierba, y corrí hacia él.

—¡Guau! —dijo—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás llorando? ¿Quieres que nos marchemos?

—Sí —asentí—. Por favor...

—Vale. —Me limpió las lágrimas, esperando a que se detuvieran. Luego me sonrió y me rodeó la cintura con un brazo.

Por el rabillo del ojo, vi que Josh negaba con la cabeza mientras me miraba fijamente, irritado como si fuera Carter.

Lo ignoré y fui a darle un abrazo a mi madre, que estaba en la cocina.

—¿Qué te pasa?

Evité su mirada.

Sean me cogió el bolso y fuimos al salón, donde estaban algunos amigos.

—¿Ya te vas, Ari? —preguntó Nicole.

—Sí... Sin embargo, te llamaré mañana. —Me acerqué y le di un abrazo—. Gracias por haber venido. Me ha alegrado mucho volver a verte.

Abracé a todos los demás, notando que Carter, por fortuna, se había marchado.

Subí con Sean al coche de alquiler y volví la cabeza hacia la ventanilla, sin decir nada.

—Mmm... —Sean parecía confundido—. ¿A dónde vamos exactamente? Nuestras maletas están ahí dentro.

—Conduce y punto...

—Vale... —Me puso la mano en la rodilla y me la apretó, haciéndome sentir de todo menos excitada. Me sentía culpable y equivocada.

Condujo sin pensar durante casi una hora, repitiendo el recorrido por las mismas calles una y otra vez, y cuando por fin pude pensar con claridad, me volví para mirarlo.

—¿Podemos detenernos allí? —Señalé Gayle's.

—¿Tienes hambre?

—No, pero... mmm... —Hice una pausa—. Tengo que hablar contigo.

—¿Es por nosotros?

—Algo así... —Respiré hondo mientras él aparcaba el coche.

Me abrió la puerta y entramos juntos en el local.

Me acerqué a un reservado en el fondo, pero vi a Carter, Josh, Nicole y otros amigos sentados por allí.

«Claro, también se les ha ocurrido venir aquí después de la fiesta...».

Les hice un breve saludo con la mano, mientras los profundos ojos azules de Carter se encontraban con los míos.

Sean me apretó la mano contra la espalda y me condujo hasta la mesa, pero no pude dejar de mirar a Carter.

—¿Ari? —preguntó Sean—. ¿Por qué parece que vas a llorar? —Sacó un pañuelo y me lo entregó.

—Estoy bien... —Me di cuenta de que Carter tampoco me quitaba los ojos de encima .

—¿De qué piensas que tenemos que hablar, Ari? —preguntó Sean.

—De... —repuse sin mirarle a la cara—. Creo que no...

—¿Crees que no qué?

—Que no voy a poder cumplir la promesa que te he hecho en la fiesta.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué no me miras?

—A todo, y lo siento mucho... —Vi que Carter se levantaba para acercarse a nosotros—. Eres un gran tipo, y estoy segura de que algún día harás muy feliz a una chica, pero...

—Voy a intentarlo una vez más. —Carter se detuvo delante de nuestra mesa, interrumpiéndome—. Arizona Turner, te amo, estoy enamorado de ti y me importa una mierda si llevas el anillo de otro hombre porque lo que tienes con él no tiene nada que envidiar a lo que tienes conmigo.

—¿Perdona? —Sean miró a Carter, lívido—. ¿Qué cojones piensas que estás haciendo? ¿No ves que está aquí conmigo?

—No por mucho tiempo. —Carter no apartó los ojos de los míos—. Te envié una carta cada semana contándote cómo me sentía, diciéndote que nada de lo que te había dicho en el aeropuerto era cierto... He pasado más de seis meses sin verte, sin tocarte, y no pienso permitir que regreses a Francia sin haber hablado contigo, sin decirte todo lo que quiero que sepas.

—¿Esto está ocurriendo de verdad? —Sean se levantó con los puños apretados—. ¿Es que soy invisible? ¿Crees que puedes hablar con mi novia como si tal cosa?

En el restaurante se había hecho un silencio sepulcral y todo el mundo nos miraba a los tres.

—Ari... —Carter se acercó aún más a mí, alargó la mano y me pasó los dedos por el pelo—. Quiero que vuelvas conmigo... Necesito que vuelvas conmigo...

—Vámonos, Ari. —Sean me miró mientras rodeaba la mesa—. Tenemos que terminar la conversación sin que este idiota desesperado nos esté interrumpiendo.

No me levanté.

—¿Ari? —parecía sorprendido—. Ari, no estarás considerando seriamente lo que sea que esté diciendo este gilipollas, ¿verdad? Desde que llegamos, solo ha sido grosero contigo.

—No, con quien he sido grosero ha sido contigo —intervino Carter sin apartar los ojos de los míos.

—Ari, si no vienes ahora conmigo, me iré directo al aeropuerto y no volveré por aquí —amenazó Sean—. Tampoco voy a olvidarme de lo que ha pasado aquí

cuando estemos en Francia. ¿Qué decides?

Abrí la boca para responderle, pero Carter me levantó y apretó los labios contra los míos, besándome mientras las lágrimas me caían por la cara. Entonces, le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso. En ese momento, no había nadie más en el restaurante.

Solo existíamos Carter y yo.

El chico del que me había enamorado, el que me había gustado durante la mayor parte de mi vida.

Cuando por fin nos separamos, volví la cabeza hacia Sean para disculparme, pero se había marchado. Los demás clientes de Gayle's nos miraban con fascinación, y me sonrojé cuando Carter me besó de nuevo.

—He leído tu carta... —confesé en voz baja—. Tenías razón...

—Normalmente la tengo.

Lo miré con los ojos entrecerrados y él sonrió.

—Vámonos de aquí... —susurró contra mi boca. Me apretó contra su cuerpo y me guió hasta su coche—. ¿Ibas a pasarte el resto de las vacaciones sin decirme nada? —preguntó, cogiéndome de la mano mientras me miraba.

—Iba a ir a tu casa esta noche, después de que rompiera con Sean... Pero como nos has interrumpido mientras intentaba hacerlo, estoy segura de que va a arrastrar mi nombre por todo el campus cuando...

Cortó mis palabras con otro beso.

—Ya sé que ha pasado algún tiempo desde que estuvimos juntos, Ari, pero las reglas siguen siendo las mismas. No quiero hablar de otras personas cuando estoy contigo, y como solo faltan cuatro días para tu vuelo, te aseguro que no quiero perder ni un segundo hablando de tu ex. —Me besó otra vez más antes de acelerar para perdernos en la noche.

Llegamos a su casa en un tiempo récord, y en cuanto salimos del coche, sus labios cayeron sobre los míos y recorrimos el camino de entrada a trompicones, con las bocas todavía unidas. Tras golpear una lámpara y una mesita auxiliar, logramos llegar a su habitación, donde me llevó a la cama inmediatamente.

Se quitó la camisa y empezó a desabrochar la mía, pero le detuve la mano.

—Espera, Carter... Espera...

—¿Qué pasa?

—Nada... —Lo miré a los ojos—. Solo quiero saber si...

—Pregúntamelo... —Me besó, pero había una sonrisa de complicidad en sus labios—. Pregúntamelo, Ari...

—No... Supongo que en realidad no importa.

—Claro que es importante. —Se deshizo de mi falda—. Pregúntame si he estado con alguna chica más desde que te fuiste.

—¿Lo has hecho? —indagué, forzando una sonrisa.

—No, Ari... —Me dio un beso para tranquilizarme mientras me desabrochaba el sujetador—. No he estado con nadie más, y me gustaría que siguiera siendo así siempre.

—¿Y qué ocurrirá cuando regrese a Francia?

—Vas a quitar mi cuenta de correo del puto filtro del *spam* y me vas a responder cada vez que tengas la oportunidad. —Soltó el botón de sus pantalones y los dejó caer al suelo—. Además, me invitarás a ir una vez al mes.

—¿Podrás permitirme venir tan seguido?

—Lo que no puedo permitirme es no ir... —Se acostó en la cama y me colocó sobre él—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí.

Arqueó una ceja, esperando que se la hiciera.

—¿Qué es tu nuevo tatuaje? —Le miré el brazo, y él sonrió, levantándolo para que lo viera—. Siempre has tenido el del estado de Arizona.

—El estado sí, pero... —Señaló las letras que formaban un arco debajo de él—. Tu nombre completo no.

Me sonrojé.

—Yo me emborraché en Francia, una noche que estaba llorando por ti. Así que entré sola en un salón de tatuajes... Debí de estar hablando mucho sobre ti, porque el hombre malinterpretó lo que yo quería. —Alcé el brazo derecho para dejar a la vista una zona al lado de mi pecho, donde se podía leer «Sinceramente, Carter» escrito con letra cursiva sobre mi piel.

Sonriendo, Carter, lo dibujó con la punta de los dedos.

—Me encanta... ¿Alguna pregunta más?

—Sí... Tengo que hacerte otra.

—Vale. —Me sujetó por las caderas y me puso sobre su polla antes de ponerse a succionarme lentamente uno de los pezones—. Estoy escuchándote.

—En la última carta afirmabas que me amabas desde cuarto..., pero siempre afirmas que es desde quinto, ¿lo piensas de verdad o solo lo dijiste porque sabías que eso me llegaría al corazón y me haría llorar?

—Arizona Turner... —Muy despacio, me hizo bajar sobre él, llenándome centímetro a centímetro y haciéndome gemir al mover la punta de la lengua alrededor de un pezón. Cuando estuvo completamente dentro de mí, me mantuvo inmóvil y me miró a los ojos—. Para que conste, y por última vez... —Me

succionó el labio inferior—. Te odiaba en cuarto, te odiaba con toda mi...

Gemí al notar que me bajaba las manos por la espalda.

—Al menos durante el primer trimestre... —susurró—. Cuando nos hicimos amigos me empezaste a caer mucho mejor, pero si echo la vista atrás, sí, estoy seguro de que ya te amaba entonces... —Me soltó el labio poco a poco—. Te amo ahora. —Me besó en la boca hasta dejarme sin aliento—. Y te amaré siempre...

PISTA 33

WONDERLAND (4:05)

ARIZONA

«Te amaba entonces. Te amo ahora. Y te amaré siempre...».

Las palabras de Carter se repetían en mi mente mientras me abrazaba.

Con una sonrisa en los labios, recordé las horas que acababa de pasar en su cama y pensé que habían borrado con facilidad los meses de separación. Cuando Carter me pasó los dedos por el pelo, lo miré a los ojos, sin saber qué decirle ni qué hacer.

Tenía que haber alguna justificación para volver tarde de las vacaciones, alguna cláusula especial que dijera que si tu mejor amigo te dijera que te ama, el mundo se paralizaría por completo.

Incluso aunque era consciente de que no era así, estuve tentada a llamar al decano y preguntarle.

No quería regresar a Francia. Quería quedarme.

—¿Estás bien? —me preguntó, apartándome un mechón de pelo de la cara.

Asentí moviendo la cabeza.

—Entonces, ¿por qué estás tan callada? ¿En qué piensas?

—En Francia.

Puso los brazos a ambos lados de mi cintura y rodó sobre mí.

—Te llevaré al aeropuerto a tiempo. Y por mucho que me gustaría que te quedaras, tampoco permitiré que lo hagas esta vez.

—¿Qué te hace pensar que estoy considerando quedarme? —pregunté—. De hecho, estaba pensando en cuántas ganas tengo de volver.

—En ese caso, si quieres, puedo llevarte al aeropuerto ahora mismo. —Curvó los labios en una sonrisa y puse los ojos en blanco, incapaz de mantener la

mentira más tiempo.

—Solo quedan tres días y medio... —le recordé en voz baja—. Siento como si hubiera perdido la mayor parte del tiempo estando enfadada contigo.

—No es así, con quien lo perdiste fue con Sean.

—¿Crees que volverá a hablarme alguna vez?

—¿Crees que quiero hablar de él ahora mismo? —Carter me lanzó una mirada neutra—. ¿En mi cama?

—Cierto. No vamos a mencionarlo más.

—Que le jodan. —Se quitó de encima y se puso de costado, abrazándome—. Cuéntame todo lo que me he perdido.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero —repuso, pasándome los dedos por el pelo— a que, salvo estudiar, no tengo ni idea de lo que has estado haciendo todos estos meses. Cuéntamelo todo.

—¿Quieres que te haga un relato pormenorizado de lo que he hecho cada día?

—No estaría mal, pero prefiero que empieces con algo más sencillo, como por qué te has cortado el pelo.

—¿No te gusta?

—Me encanta —aseguró, volviendo a hundir los dedos en él—. Solo tengo curiosidad. No te lo habías cortado desde que íbamos a primero.

—Nunca he pensado que le prestaras atención a mi pelo.

—Y no lo hacía. —Sonrió.

—Bueno, mi compañera de piso me lo sugirió. Me dijo que me vendría bien un cambio de *look*, que me ayudaría a empezar de nuevo después de que un tipo realmente imbécil me hubiera roto el corazón. Me aseguró que un nuevo corte de pelo, con otro estilo, era el primer paso para olvidarme de él.

—¿Funcionó?

—Por supuesto. No he vuelto a pensar en él desde entonces.

Nos reímos, y él se sentó. Me colocó sobre él lentamente.

—Dado que solo tenemos tres días y medio —dijo—, ¿cómo podemos aprovechar el tiempo?

—Así estamos bien.

Arqueó una ceja.

—¿Estás insinuando que quieres follar todavía más?

—No. —Me ruboricé—. Pero si lo hiciéramos, no creo que fuera un gran problema, ¿verdad?

—No, pero...

Se levantó sin terminar la frase y se dirigió al vestidor. Allí cogió el móvil y apretó la pantalla unas cuantas veces mientras murmuraba unas palabras que no entendí. Cuando terminó de hablar consigo mismo, se puso unos vaqueros.

—¿Por qué me miras así? —preguntó finalmente cuando nuestros ojos se encontraron.

—Porque no entiendo nada... Acabo de decirte que me gustaría quedarme en la cama y...

—Sí, para tener mas sexo —completó, sonriente.

—Exacto. Y estoy segura de que ponerte ropa no es lo más adecuado para esa actividad.

—No. —Se acercó a mí—. Pero dado que te garantizo personalmente que vas a pasar las últimas veinticuatro horas aquí, dedicada a ello, se me ha ocurrido que podríamos intentar hacer algo más durante los otros dos días y medio.

—¿Algo como qué?

Se había inclinado hacia mí y me pasaba los dedos por los labios.

—Como una de esas citas torbellino que te gustaban en el instituto, solo que, esta vez, los dos vamos a salir con la persona indicada. ¿Crees que te gustará?

—Sí. —El corazón se me aceleró en el pecho—. Sí, creo que me gustará mucho.

—¿Te importaría que nos saltáramos la primera parte? ¿La de ir al cine? —preguntó—. No recuerdo que te lo hubieras pasado muy bien.

Me reí y agarré una almohada, dispuesta a lanzársela a la cabeza, pero él la agarró y la tiró al otro lado de la habitación.

—Vístete —ordenó—. No quiero perder más tiempo esta noche. —Me plantó un beso más en los labios antes de dar un paso atrás y abrir un cajón del tocador. Miré la ropa que llevaba ayer; la camisa arrugada y la falda rasgada formaban un montón en el suelo y no era posible que usara ninguna de ambas prendas.

—¿Por casualidad guardas algo de ropa mía desde el verano pasado o la has tirado a la basura? —pregunté.

—Por supuesto que la tengo. —Abrió el armario y echó un vistazo entre las perchas, sacando una con una sudadera rosa y unos vaqueros.

—Gracias.

Conseguí mantener alejada la vista de él mientras me vestía. De alguna forma, parecía volverse más sexy cada minuto que pasaba.

Como si me hubiera leído la mente, me miró fijamente.

—Si no te vistes de una vez, nos pasaremos aquí el resto de la noche.

—Sigo sin encontrarle nada malo a esa idea.

—Te doy cinco minutos, Ari. —Se dio la vuelta y cogió las llaves del coche—. Date prisa.

—Vale.

Me pasé la sudadera por la cabeza y me puse los zapatos. Cuando cogí el teléfono, vi que había un mensaje de texto de mi madre.

Mamá: Me he enterado de lo que ocurrió ayer por la noche en Gayle...s... ¡Te lo dije! Saluda a Carter de mi parte y busca un rato para verme al menos una hora antes de marcharte.

Yo: ¿Qué te hace pensar que no voy a tener tiempo para ver a mi madre antes de irme? ¿Es que me consideras una obsesa? ¿Una adicta?

—¿Ari? —me llamó Carter, haciendo que levantara la vista hacia él—. ¿Estás lista?

No dije nada, solo lo observé, deseando tener mucho más tiempo para hablar con él. Sin duda esta vez iba a ser más difícil despedirme para marcharme a Francia.

—¿Ari? —insistió otra vez, sonriendo al tiempo que inclinaba la cabeza a un lado—. ¿Existe alguna razón para que estés ahí sentada, mirándome como un pasmarote?

Carraspeé y clavé los ojos otra vez en el móvil.

—Estaba contestando a un mensaje de mi madre. Estaré lista en cuanto lo envíe. —Toqué la pantalla y noté que ella había enviado otro más.

Mamá: No eres una obsesa ni una adicta, pero estás enamorada. Y ¡yo te lo dije! :-)

Al instante vi que aparecían más palabras:

Mamá: Acabo de enviarle un mensaje a Carter. Me ha prometido que te traerá después de que estéis un rato a solas. ¡Hasta luego!

No me dio tiempo a preguntarle nada a Carter al respecto, porque me rodeó la cintura con un brazo y me apretó contra su costado para llevarme fuera del dormitorio. Igual que el verano pasado, me abrió la puerta de la casa y la del coche, hundiendo los dedos en mi piel un poco más de lo necesario. Tras ponerse el cinturón de seguridad, me miró y puso en marcha el motor, haciendo que mi memoria trajera algunas imágenes a mi mente.

—Acabo de acordarme de algo —dije—. ¿Recuerdas cuando le pusiste al coche todos los extras?

—Sí, fue justo antes de la fiesta de graduación, ¿por qué?

—Me aseguraste que la razón por la que incluías todo eso era para impresionar a tu cita de esa noche, y que ibas a... —me interrumpí para hacer un sonido de

asco— asegurarte de sacarles provecho a todos esos extras. Que pensabas hacerlo con ella en el asiento trasero en cada postura posible.

—¿A dónde quieres llegar?

—Estuviste conmigo después de la fiesta de graduación, Carter. No hubo tal hazaña en el asiento trasero ni nada por el estilo, perdiste la oportunidad de estrenar el coche a lo grande por mi culpa.

Hubo un silencio.

Carter sintonizó la radio y se volvió hacia mí.

—No me perdí nada por tu culpa, y creo que los dos somos conscientes de ello en este momento. —Hizo una pausa—. Pero creo que me acosté con ella en el asiento trasero la semana siguiente a la fiesta de graduación, ¿no?

—Sí, es cierto. —Puse los ojos en blanco y él se rio. Me dio un breve beso en los labios antes de arrancar.

Cerré los ojos al sentir la familiar brisa salada contra la cara. El viento era frío en esta época del año, pero no acepté la oferta de Carter para poner la capota. Quería disfrutar de este momento todo lo que fuera posible.

Pasamos los kilómetros con los dedos entrelazados sobre la palanca de cambios. Él pasaba el pulgar por mis nudillos mientras nos acercábamos a una playa bastante alejada. Aparcó cerca de la arena, se quitó la sudadera y la lanzó al asiento trasero. Le seguí el juego sin mencionar que aunque estuviéramos fingiendo que era una cita veraniega, el agua debía de estar helada en este momento.

—No, espera un momento —le dije cuando me tendió la mano—. Vamos a ir antes a otro sitio.

—¿Por qué?

—Porque, dejando a un lado el hecho de que llevamos meses sin hablar, estoy convencida de que involuntariamente piensas que pasear por la playa al atardecer está relacionado de una forma directa con romper con tu novia al día siguiente.

—¿Qué?

—Ya me has escuchado. —Me crucé de brazos. Una lenta sonrisa curvó sus labios y me di cuenta de que estaba tratando de no reírse.

—Sal del coche, Ari.

Me puse más derecha, negando con la cabeza.

—Ari...

—¿Qué pasó en la película la otra vez? —pregunté—. Seguramente en el cine hará menos frío, ¿no crees?

Puso los ojos en blanco y me sacó del coche, cargándome al hombro.

—Acabamos de volver a estar juntos hace solo unas horas. —Me dio un azote en el culo—. Te puedo garantizar que no te voy a romper contigo por la mañana.

—¿Y pasado mañana?

—No puedo prometerte nada.

Me lanzó a una ola antes de que pudiera responderle.

Sorprendida por el frío, lancé un grito mientras me recogía entre risas y volvía a lanzarme al agua. Lo hizo otra vez antes de que intentara escapar de él, corriendo hacia la arena esquivándolo, aunque siempre se las arreglaba para atraparme por la cintura.

—He echado de menos esto —confesó, ayudándome a levantarme después de la enésima vez—. Añoro estar contigo.

—De verdad, me gustaría poder decir lo mismo. —Le salpiqué y me alejé de él, sin saber el tiempo que había pasado.

Cuando por fin me cansé de que me ganara, corrí hacia la arena con las manos en alto.

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

—Me alegro de que te hayas dado cuenta de quién gana aquí. —Se acercó y me rodeó la cintura con un brazo—. ¿Nos vamos?

—Todavía no.

—A mí tampoco me apetece. —Me acercó todavía más—. Vamos a dar un paseo.

Pensé que empezaríamos a charlar o a balbucear todo lo que habíamos echado de menos, pero parecía que a cualquiera de los dos nos sobraban las palabras. Los únicos sonidos que había a nuestro alrededor eran los que hacían las olas rompiendo contra la orilla y los débiles crujidos de una fogata abandonada. Cada poco tiempo, me miraba y me besaba los labios sin razón aparente, abrazándome estrechamente sin ninguna explicación.

Cuando habíamos recorrido la mitad de la playa hacia la parte más turística, empezamos a ver en la distancia las débiles luces de los vehículos que patrullaban por la orilla, así que dimos la vuelta hacia su coche.

—¿Preparada para ir a otro sitio? —Abrió el maletero y me lanzó una toalla—. ¿A las dos de la madrugada?

—Sí. —Se acercó y empezó a pasarme una toalla más pequeña por el pelo—. Me alegro de ver que conservas el hábito de hacer tantas preguntas. —Me miró a los ojos—. Y que sigues ruborizándote sin cesar...

—¿Perdona? —Me subí al coche—. ¿Qué insinúas?

—Estoy diciendo que nunca te había visto ponerte roja tantas veces con cualquiera de tus otros novios.

—Eso es debido, probablemente, a que estaba demasiado ocupada deseando que tú fueras mi novio.

—No. —Se sentó detrás del volante y me miró—. Repito de nuevo, si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, podrías haber cumplido tu deseo. Aunque solo después de que te esforzaras mucho.

Me reí y aceleró, conduciendo más allá de las tiendas y de los bares del embarcadero. Para mi sorpresa, algunos lugares seguían abiertos y en su interior había multitud de personas que comenzaban sus vacaciones. Carter aparcó por fin delante de una cervecería y durante una hora o más estuvimos probando las especialidades que el barman nos sugería. Riéndonos de nada concreto y entre sorbos de cerveza amarga, nuestros labios encontraron la forma de tocarse cada vez que decíamos algo.

—Horneé una galleta con la leyenda «Odio a Carter» como primer trabajo en la escuela —confesé—. Me pusieron un ocho. —Me alejé cuando intentó besarme de nuevo—. Y un nueve cuando puse «Me gustaría que Carter y yo nunca hubiéramos sido amigos» en una tarta.

—¿Y qué sacaste cuando ponía «Echo de menos follar con Carter»?

—Ya vale, ¿eh? Vosotros dos, suficiente —dijo el barman plantándose delante de nosotros con la factura—. Voy a cerrar. No más conversación ni cerveza.

—¡No estamos borrachos! —Intenté coger la cuenta, pero lo único que conseguí fue lanzar el salero al otro extremo de la mesa.

—Sí, ya veo lo sobria que estás. —El hombre negó con la cabeza al tiempo que cogía las llaves de Carter de la mesa para guardárselas en el bolsillo—. De todas formas, estoy seguro de que ibais a decirme que me las quedara hasta mañana, ¿verdad? —expuso con una sonrisa—. Marchaos de una vez. ¡Buenas noches!

Nos cogimos de la mano, riéndonos, y caminamos sin rumbo entre los últimos rezagados como si fuéramos las únicas personas del universo. Cuando nos acercamos a un salón de tatuajes, nos miramos el uno al otro antes de correr hacia allí. En esta ocasión, después de tomar unos tragos con el dueño, pensamos qué queríamos y luego nos pusimos de acuerdo para tatuarnos lo mismo: unas plumas grises y negras con el nombre del otro en el mango. Llevó mucho tiempo realizarlas, sobre todo porque no podíamos dejar de reírnos cada vez que nos mirábamos, y por fin, acabaron llevándonos a salas separadas.

Después de que el tatuador me pusiera una gasa encima de la clavícula, me reuní con Carter en la puerta.

—¿Qué es lo siguiente? —le pregunté—. Tenemos que hacer al menos una cosa más para que cuente como una verdadera cita torbellino.

—Acabas de hacerte un tatuaje, Ari.

—Sí —repuse sonriendo—, pero solo lo he dicho porque no quiero regresar todavía.

—No te preocupes. No entraba en mis planes volver a casa por ahora.

Me ruboricé.

—Entendido. ¿A dónde vamos? ¿A Gayle's?

—O podríamos ir a un sitio nuevo. Dado que no disponemos ya del coche, podríamos andar un poco entre las calles. Han abierto un *diner* nuevo más cerca que Gayle's, se llama Carmen's.

—¿Sí?

—Lo inauguraron hace unos meses y permanece abierto las veinticuatro horas del día. Me han dicho que no están mal los desayunos que sirven.

—No, no, no —dije al tiempo que movía la cabeza—. ¿Qué estás diciendo? ¿Estás loco? —Como si no lo estuviera—. ¿Por qué se te ha ocurrido siquiera? ¿Cómo has podido sugerir tal cosa?

—¿Tanto te cuestan los cambios? ¿No podría ser algo bueno?

Hubo un silencio.

—Sí... —reconocí un tiempo después—, imagino que esta noche podemos hacer cosas distintas. Podríamos tomar tortitas en vez de los *waffles* de Gayle's.

Se echó a reír y no pude evitar imitarlo. Me abrazó otra vez con una sonrisa y familiar cercanía. Cuando estábamos ya cerca del *diner*, me soltó de repente y sacó el móvil.

—¿A quién le has enviado un mensaje? —pregunté.

—A Josh. Le he pedido que recoja mi coche tan pronto como pueda.

—¿Ya ha aprendido a conducirlo?

—No —repuso—. Pero Nicole sí sabe hacerlo.

—¿Qué? —Arqueeé las cejas—. Entonces, ¿por qué no le has mandado el mensaje a Nicole? ¿Por qué se lo has enviado a Josh?

—Porque seguramente estén juntos en este momento, y ella no suele contestar mis mensajes con demasiada rapidez.

—Al decir que seguramente estén juntos, quieres decir que es probable que eso sea así porque ahora son amigos, ¿verdad?

—Por supuesto. —Sonrió y me abrazó otra vez—. Solo amigos.

PISTA 34

YOU ARE IN LOVE (4:27)

ARIZONA

UN PAR DE DÍAS DESPUÉS...

Con el sabor de las tortitas todavía en los labios y el hormigueo que me producía el reciente tatuaje en la piel, abracé a mi madre unos días después. Ella tenía razón: casi me había olvidado de ir por allí durante los últimos días. Había estado demasiado ocupada tratando de pasar cada segundo con Carter para compensar el tiempo perdido.

—Pensaba que odiabas usar jerséis de cuello alto —dijo mirándome de arriba abajo—. ¿No has metido suficiente ropa en la maleta o algo así?

—Eso es... —Me sonrojé, pensando en las numerosas marcas rojas que me había dejado Carter en el cuello—. ¿Así que puedes echarme en cara que no haya venido por aquí, pero tú no quieres acompañarme al aeropuerto?

—La primera vez fue muy traumática para mí —se disculpó—. Ese día experimenté suficiente ansiedad para toda la vida. No, gracias. Aunque eso no significa que te quiera menos.

Me reí y le facilité la información sobre el vuelo para que no se volviera loca.

—Podrías superar tus miedos y subirte a un avión para venir a visitarme a Francia algún día.

—No. —Me besó en la frente—. Ya vendrás tú. Hablando de eso, ¿habéis decidido ya cuándo irá Carter?

Negué con la cabeza. Aunque originalmente parecía probable que apareciera una vez al mes, anoche, cuando hablamos al respecto, nos dimos cuenta de que no podríamos vernos con esa frecuencia. Entre sus estudios en la escuela de leyes y que yo me pasaba los fines de semana haciendo prácticas en diferentes restaurantes, la cuestión era inviable. No podría volver a verlo antes del verano.

Dentro de seis meses.

—Vendrá a verme en junio —expliqué—. Ya ha comprado el billete.

—¡Bien! —Me abrazó de nuevo—. ¿Y cuándo volverás por aquí?

—En agosto.

—Todavía mejor. —Sonrió—. ¿Le vas a pedir perdón a Sean cuando lo veas?

—Claro —aseguré—. Ya le he enviado un correo electrónico, pero haré lo posible para disculparme en persona. Si no me cierra la puerta en las narices, claro está.

—No lo haré. —Parecía que iba a decir algo más, pero Nicole entró en la habitación.

—¡Hola! —Corrió hacia mí para darme un abrazo—. ¿Ibas a marcharte sin despedirme de mí?

—Bueno, mañana nos hubiéramos puesto a chatear por Skype.

—Bien —se rio—. Imagino que he vuelto a ser tu segunda opción ahora que has vuelto con Carter, ¿verdad?

Mi madre y ella soltaron una carcajada, e intenté con todas mis fuerzas no imitarlas.

—Bueno, yo solo quería pasar a despedirme antes de ir a trabajar —añadió—. Que tengas un buen vuelo y tenemos pendiente esa conversación por Skype. —Bajó la voz para que mi madre no la oyera—. Me tienes que dar todos los detalles de forma pormenorizada, pero para abrir boca, ¿el sexo ha sido tan bueno como antes?

—Incluso mejor.

—Quedamos a las diez, hora de Francia. —Sonrió—. Y vete pensando en que me lo tienes que contar todo. Que tengas un buen vuelo, Ari.

Mi madre y ella se alejaron lentamente de mí, y acabaron acurrucadas en un rincón. Tras ignorarme por completo, entablaron una conversación muy larga —y secreta— sobre algún tema antes de que Nicole se marchara. Después, mi madre me ayudó a hacer el equipaje, asegurándose de que la maleta quedaba bien cerrada. Incluso llegó a abrir la maleta más grande para cotejar el contenido con mi hoja de cálculo. Le conté el nuevo y repentino enamoramiento de mi compañera de piso de la cultura americana, y sobre todo las interminables búsquedas en las cercanías de París de una buena playa.

Cuando estaba explicándole por qué ya no me gustaba hacer *macarons*, Carter aparcó delante de la acera y dejé de hablar. Supe que solo faltaban tres horas para que me fuera. Lo observé salir del coche y abrir el maletero, preguntándome si estaría pensando lo mismo que yo. Entró sin apretar el timbre o llamar a la puerta y se acercó a mi equipaje. Mi madre empezó a decirme algo,

algo que no hubiera podido repetir ni aunque lo hubiera intentado, y lo último que oí fue «Te quiero. Que tengas un buen vuelo», antes de que me abrazara una última vez. Intercambió algunas palabras más con Carter antes de que él me cogiera de la mano y casi me arrastrara hasta el coche.

Cuando cerró mi puerta, recordé repentinamente que no había tenido la oportunidad de pasar por Gayle's.

—Carter —le dije mientras ponía el coche en marcha—. Se me ha olvidado algo. Crees que podríamos...

—Ya tienes dos latas de masa de Gayle's para *waffles*, tres botes con la mezcla de tortitas y una docena de galletas de desayuno con el equipaje.

—Oh, gracias... ¡Estás en todo!

—De nada.

Forzó una sonrisa y continuó conduciendo. No hablamos mucho de camino al aeropuerto. Nos mirábamos cada vez que nos deteníamos en un semáforo en rojo, y me apretaba la mano cada vez que veíamos una señal de que el aeropuerto estaba cerca, pero no dijimos una palabra. Esperaba que soltara algo, lo que fuera, pero no fue así. Para mi sorpresa, hizo el embarque para otro vuelo y fue conmigo hasta el control de seguridad.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—A ningún sitio. —Me puso los dedos en los labios—. Pero he comprado el billete más barato que pude encontrar para poder acompañarte hasta la puerta de embarque. —Sonrió—. Es decir, si te parece bien.

—Me encanta.

Veinte minutos después, cuando los agentes de seguridad habían revisado mi equipaje, Carter me deslizó el brazo alrededor de la cintura y me acompañó a una cafetería que había junto a la puerta de embarque de mi vuelo.

—Tienes que contarme todo por Skype —dije—. Debemos hablar por chat al menos dos veces por semana.

—Lo haremos.

—Y espero que continúes escribiéndome cartas.

—Espero que esta vez las abras.

Sonrió mientras tomaba un sorbo de café.

—No lo dudes.

Empecé a decir algo más... para rellenar el silencio, pero él me abrazó y me besó con pasión durante un buen rato, haciéndome perder la capacidad de hablar.

—Atención, pasajeros, se abre la puerta de embarque C5 —dijo la asistente por el altavoz—. Comienza el embarque de primera clase para el vuelo 4457.

—¿No vas en primera? —preguntó Carter, retirando lentamente la boca de la mía—. ¿O vas en otra categoría?

—No... —Miré la tarjeta de embarque—. Tengo el asiento 8A, es clase preferente.

—Es un avión muy grande. —Sonrió—. Me aseguraron que era primera clase cuando llamé ayer para cambiarlo.

—Gracias. —Lo abracé—. Muchas gracias.

—Empieza el embarque de los pasajeros de la zona 1 —informó la asistente de la puerta—. Si en su billete aparece la zona 1, pueden subir al avión.

No me moví.

—Bueno... Nos veremos dentro de seis meses, ¿verdad?

—Eso espero. —Me pasó los dedos por el pelo—. Entonces iré a verte.

Suspiré, mirando a los pasajeros que iban hacia el *finger*. Me di cuenta de que la mayoría eran parejas.

—Embarque de los pasajeros de la zona 2 —anunció la asistente—. Comienza el embarque de los pasajeros de la zona 2 del vuelo 4457.

—Ari... —Carter entrecerró los ojos al tiempo que señalaba el avión.

—¿Sería una locura que decidiera ahora que no quiero volver? —pregunté—. ¿En una escala de uno a diez?

—Veinte —me dijo al oído al tiempo que me colocaba un mechón detrás de la oreja—. Pero no estarías tan loca como hace años.

—No era para tanto.

—Lo era, créeme —afirmó—. Tienes que embarcar ya, Ari.

No quería admitirlo, pero por la manera en la que estaba mirándome, supe lo dura que había sido la primera vez que nos separamos. Lo entendí perfectamente.

—Seis meses es mucho tiempo, Carter —comenté—. La primera vez fue muy difícil... —El resto de la frase murió en mis labios cuando empezó a besarme hasta dejarme sin aliento delante de todo el mundo. Intenté recuperar el equilibrio y mantener la mente clara mientras continuaba besándome a fondo.

—Súbete al avión, Ari —suspiró—. Sube de una maldita vez al puto avión.

—¿Ahora mismo?

—Sí. —Me besó una última vez—. Ahora mismo.

Dejó caer lentamente los brazos y dio unos pasos hacia atrás.

—Si vuelves a acercarte a mí, no respondo de mí. No te dejaré marchar.

—Bueno, no me digas «Te quiero» y no lo haré.

—Te quiero con todas mis fuerzas. —Sonrió, retrocediendo otra vez.

—Última llamada para los pasajeros del vuelo 4457 de Elite Airways. Por favor, embarquen por la puerta número C5.

Me acerqué deprisa a Carter para darle un último abrazo. Luego fui al túnel de embarque, mirándolo por encima del hombro hasta que ya no pude verlo más. Cuando ocupé mi asiento, vi que me había enviado un correo electrónico.

Asunto: Esta semana...

En la primera carta te enviaré un paquete que sellaré hoy mismo. Te llegará esta semana. Avísame cuando lo recibas y nos pondremos en contacto por Skype en cuanto tengas una oportunidad.

Nos veremos dentro de ciento sesenta y ocho días.

Sinceramente enamorado de ti,

Carter

La asistente de cabina bloqueó la puerta antes de que se me ocurriera siquiera bajarme del avión.

Asunto: Re: Esta semana...

Tengo que enviarte algo cuando llegue. No lo dudes, te llamaré por Skype en cuanto esté en el piso. :-)

Y son ciento sesenta y siete días, Carter; hoy no cuenta.

Sinceramente enamorada de ti también,

Arizona

SEIS SEMANAS DESPUÉS...

CARTER

Asunto: Sincronización

¿Me has enviado a propósito esas fotos mientras estaba estudiando con Erica?

Sinceramente,

Carter

Asunto: Re: Sincronización

¿A qué fotos te refieres?

Sinceramente confundida,

Arizona

Asunto: Re: Re: Sincronización

Sabes exactamente a qué fotos me refiero, Ari... Las que me has enviado hace exactamente una hora. Para que conste, no me quejo. De hecho, han hecho que reconsidere de verdad si voy a esperar ciento veintiséis días para ir a verte.

Hablaremos esta noche.

Sinceramente excitado,

Carter

Asunto: Re: Re: Re: Sincronización

Ya entiendo.

¿Te refieres quizá a las fotos en las que aparezco desnuda? :-)

No creo que te las haya enviado a propósito mientras estabas estudiando con Erica. Sobre todo porque me has dicho con exactitud a qué horas acostumbráis a quedar para estudiar durante la semana. No era mi intención interrumpiros.

Y son ciento veinticinco días, Carter. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?

Se hace eterno.

Sinceramente esperando verte pronto,

Arizona

Querido Carter (¡Josh!):

¿Realmente piensas que todavía no conozco la letra de Carter después de todos estos años? ¿Y de verdad crees que él me enviaría una carta en la que dijera: «Me encantaría que oyeras a Josh hablar de ti. Le alegra que pasáramos un buen rato follando, y que (tú) te hayas enamorado (de mí). Por eso será siempre mi mejor amigo. Y porque tú fuiste muy egoísta durante unos meses, pero él siempre me fue fiel»? ¡Madura, joder! Y aprende a escribir bien. (¿No os enseñan nada en la escuela de leyes?).

Arizona

Querida Arizona (Eres un coñazo):

Por supuesto que soy consciente de que conoces la letra de Carter, pero he supuesto que no deberíamos perder el tiempo discutiendo sobre lo que ya sabes, pero aquí tienes una lista de las razones que no conoces por las que sois un coñazo: vuestras llamadas telefónicas y sesiones por Skype

son interminables (y tus risas y balbuceos sobre ninguna cosa concreta son insoportables, «¡Oh, Dios mío, Carter..., te echo tanto de menos, Carter... La distancia que nos separa me mata día a día!») y me han mantenido despierto todas las putas noches durante semanas. ¿Es mucho pedir que volváis a concentraros en cartas y correos electrónicos? Creo que me caías mejor cuando no le hablabas. Y madura tú primero. Otra cosa: no sé cómo alguien que empieza todas las frases con la conjunción «Y» puede atreverse a decirme que no sé escribir.

Josh

Asunto: Aplicación de Skype

Querida Arizona:

No tengo ni idea de lo que puede haberle pasado a mi Skype entre ayer por la noche y hoy, pero no funciona. No va. Y por alguna razón que desconozco, no puedo volver a instalarla. Hasta la semana que viene no me devuelven el portátil, pero usaré el de Josh para comunicarme contigo esta noche.

Sinceramente,

Carter

Asunto: Re: Aplicación de Skype

Ja, ja, ja, ja...

Arizona

Cerré el último correo electrónico de Ari y comprobé el seguimiento del paquete que le había enviado. En noches como esta, era como si ella no se hubiera marchado. Como si siguiera viviendo a unos minutos de mí. Durante las últimas semanas se había desarrollado una nueva y reconfortante rutina entre nosotros. En lugar de quedar todos los fines de semana, nos enviábamos correos electrónicos de madrugada. En vez de largas cadenas de mensajes de texto, había hilos de fotos. Me enviaba imágenes de la rocosa y lluviosa costa próxima a París y yo lo hacía de las largas playas de arena blanca. Le mostraba vislumbres de Josh y Nicole mientras ella me enseñaba las sesiones de karaoke con su compañera de piso.

Todas las noches hablábamos durante horas, sin guardarnos nada. Y a pesar de que los dos teníamos un montón de trabajo, nunca nos perdíamos un día.

Después de confirmar que el regalo llegaría a sus manos este fin de semana, bajé las escaleras.

—¿Has hablado ya con tu mujer esta noche? —preguntó Josh cuando me detuve ante la pantalla de plasma—. Si es así, bravo. Apenas os he oído esta vez.

—¿Así que para ti ya no es mi novia, sino mi mujer?

—Eso es. —Gimió—. Estoy seguro de que acabaréis casándoos y de que no vas a volver a salir con nadie más.

Puse los ojos en blanco.

—Necesito tu portátil.

—¿Para qué?

—Lo sabes perfectamente. —Me incliné hacia él—. Mi Skype ha dejado de

funcionar hoy de una forma muy misteriosa. No sabrás por casualidad qué cojones le puede haber pasado, ¿verdad?

—No. Pero en esta casa pasan cosas muy misteriosas. —Confirmó con una sonrisa—. Llevo tiempo diciéndotelo.

—Déjame tu puto portátil, Josh.

Me lo entregó a regañadientes, riéndose.

—Te juro que no era mi intención joderte por completo el Skype. Solo quería que no lo usaras.

—¿Te das cuenta de lo que me acabas de decir?

—Sí. —Se rio con más fuerza—. Espera, antes de que vuelvas a subir, necesito que me aconsejes sobre algo.

—Sí, tienes un gusto horrible con la ropa. ¿Era sobre eso?

—No. —Puso los ojos en blanco—. Creo que... —Hizo una pausa—. Creo que me gusta alguien. Que me gusta más que el resto...

—Lamento escuchar eso —dije—. No eres mi tipo...

—¿En serio? —Se cruzó de brazos—. Nunca me puse borde contigo cuando estabas sufriendo por Arizona, ni siquiera cuando llorabas como un bebé mientras cada maldita mujer de la zona estaba dispuesta a acostarse contigo y tú no te dabas por enterado.

—Eso no es lo que sucedió. —Me negué a refrescar sus deformados recuerdos—. Vale, te gusta alguien. Tendrá un nombre, ¿no?

—No lo tiene —afirmó—. Es su mejor cualidad. Sin embargo, no creo que sea consciente de que me gusta y de lo que está ocurriendo. Lo que hay entre nosotros es mucho más que una amistad. Yo no soy como tú, no somos «solo amigos».

—¿Tienes alguna pregunta? —le presioné—. ¿O solo es una conversación para que te expreses emocionalmente?

—Necesito que me aconsejes cómo dejar de ser amigos. Preferentemente antes del fin de semana. Como muy tarde el sábado. —Cogió unos tapones para los oídos y se puso uno—. Vale, ya lo he soltado. Puedes largarte.

—¿No quieres que te dé ahora un consejo?

—No, porque creo que voy a dormir un poco. Y me gustaría conciliar el sueño antes de que te conectes a Skype. —Se puso el otro tapón antes de tumbarse en el sofá.

Estuve a punto de conectarme desde la cocina y hacerle pagar que se hubiera cargado mi portátil, pero me dio pena.

Apagué las luces y fui a mi dormitorio, donde encendí el ordenador de Josh y

abrí la aplicación de Skype para llamar a Ari. Respondió de inmediato.

—Hola —la saludé.

—Hola. —Sonrió—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás estar conectado esta noche?

—Tanto como tú quieras.

—Bueno —repuso, mirando a la cámara—. Ha sido un día muy largo.

—¿Peor que el jueves pasado?

—Muchísimo peor —suspiró—. El chef de acero me avergonzó delante de todo el mundo. Aunque ha sido la única vez que me ha dicho que me iba a poner un cero.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Curvó los labios en una sonrisita muy sexy—. Dos horas después volvió a la cocina y se disculpó. Me dijo que solo se había sentido temporalmente decepcionado conmigo, pero que seguía pensando que era la mejor alumna de la clase. También se ofreció para darme dos días libres este semestre por esforzarme siempre tanto.

—¿Vas a utilizar esos días para estar más tiempo de vacaciones en casa?

—No exactamente. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Los usaré contigo cuando vengas, así podré ir a buscarte al aeropuerto.

—¿Cuántos días faltan?

—Demasiados...

PISTA 35

NEW ROMANTICS (3:50)

ARIZONA

Miré por la ventana suspirando mientras una fuerte lluvia caía sobre la ciudad. No dejaba de llover desde hacía una semana y, aunque el transporte público no mantenía el horario previsto, mis profesores se negaban a mostrarse indolentes con respecto a los retrasos. La profesora de pastelería me había dicho con un inglés chapurreado que llovía fuera y que eso no afectaba a los hornos.

«Aggg... ¡Que deje de llover de una vez!».

Después de ver cómo uno de los vecinos perseguía a su hijo entre los charcos, me levanté y me acerqué al calendario. Había puesto una X en el espacio correspondiente a hoy y dibujado un corazón en el borde. No importaba cuántas veces contara los días para que Carter viniera a verme: siempre eran demasiados.

—¿Ari? —me llamó mi compañera de piso, Heather, entrando en mi habitación—. ¿Puedes hacerme un favor mientras salgo esta noche?

—Claro. ¿Qué es?

—¿Puedes hacer masa para pasta y congelarla? La necesito para la clase de mañana por la noche.

—Solo la haré si me das una buena razón para que no puedas hacerla tú misma.

—No tengo una buena razón. —Se cruzó de brazos—. Pero me debes un favor por la vez que hice lo mismo el semestre pasado, ¿no te acuerdas? —Puse los ojos en blanco, pero claro que me acordaba. Ella me había preparado la masa en más de una ocasión, cuando mi tristeza era tan profunda que no era capaz de hacer nada fuera del aula.

—¡Tomaré eso como un sí! —Entrelazó nuestras manos—. Si luego te lo

cuento todo sobre mi cita, ¿me tendrás al tanto del sexo que mantienes con Carter por Skype? —Sonrió—. ¿Crees que eso ayuda a mantener una relación a distancia? ¿Llegas al orgasmo de esa forma?

—¿Qué? —Sentí las mejillas calientes—. No tenemos sexo por Skype.

—¿No lo hacéis?

—Solo hablamos y nos ponemos al día. Eso es todo.

—Mmm... —Se dio unos golpecitos en el labio con el dedo—. Por lo tanto, cuando gimes y murmuras «Carter... ¡Oh, Dios, Carter!», es solo porque...

—¿No tenías que marcharte? —la interrumpí, tomando nota mental para ahogar mi voz de ahora en adelante—. ¿No quieres llegar a tiempo?

—Lo sabía... —Se llevó la mano al pecho y empezó a reírse—. Saluda a Carter de mi parte cuando llame. Te traeré algo de postre. ¿Tiramisú, por ejemplo?

—Perfecto. —Esperé hasta que salió del piso y miré por la ventana cuándo salía a la calle. Solo entonces cogí el portátil y fui a la cocina.

Justo cuando acabé de amasar la primera mezcla, entró una llamada a través de la pantalla. Carter. La acepté y esperé a que se definiera la imagen

—Hola —lo saludé mientras veía que se movía de arriba abajo—. ¿Estás andando?

Asintió con la cabeza.

—Estoy atravesando el campus. Ha comenzado a llover. ¿Qué estás haciendo?

—Masa. —Le enseñé mi labor—. Heather ha salido esta noche. Hablando de eso, ¿cómo es que nunca me has dicho que grito muy fuerte cuando... mmm...?

—Le lancé una mirada cómplice.

—¿Cuando qué, Ari? —Curvó los labios—. ¿Qué tratas de transmitirme con esa mirada?

—Pensaba que Josh exageraba —dije—. ¿De verdad grito tan fuerte?

Se rio.

—¡Carter! ¿Lo hago o no?

—Lo haces. —Continuó riéndose—. Pero no me molesta, ¿sabes?

—Claro que no te molesta. —Puse los ojos en blanco—. Gracias por comportarte como un amigo de verdad y esperar al último momento para decírmelo.

—De nada. ¿Todavía sigue lloviendo ahí?

—Por desgracia sí. Puedes hacer una llamada de voz, ¿sabes? No me importa esperar hasta que estés dentro para verte.

—No pasa nada. —Ignoró mi comentario—. ¿Cuánto tiempo tiene pensado

estar fuera tu compañera?

—Posiblemente toda la noche —repuse, amasando con brío—. ¿Quieres ayudarme a ser más contenida?

—No. —Su imagen por fin dejó de moverse arriba y abajo—. Quítate la camiseta.

Sonreí y me despojé de la prenda lentamente, dejando a la vista un sujetador rojo.

Se mantuvo en silencio durante un buen rato; parecía como si le doliera no estar aquí.

—Recógete el pelo.

—¿Quieres que me lo recoja?

Asintió sin añadir nada más.

Cogí la goma que llevaba en la muñeca y me sujeté el pelo en una coleta. Luego me quedé ante él, esperando las palabras que hacían que la distancia fuera más tolerable.

—¿Carter? —Arqueé las cejas—. ¿Carter?

Tocó la pantalla, dibujando el contorno de mi cara con el dedo. Murmuró algo que no pude interpretar, aunque estaba bastante segura de que sería algo en plan «Esto es una tortura».

Carraspeé y moví la mano delante de la cámara.

—Mmm... ¿Carter? Creo que ahora es cuando me dices que me quite el sujetador. —Sonreí, tratando de burlarme de él—. ¡Quítate el puto sujetador! —lo imité—. Eso es, ¿recuerdas?

—No —dijo, sin dejar de tocar la pantalla con los dedos—. Ahora es cuando te digo que me abras la puta puerta.

—¿Qué? —Lo miré boquiabierto, pero no desperdicié ni un solo segundo pensando. Me precipité hacia la puerta, y maldije la dureza de la cerradura mientras la abría.

Ni siquiera me dio tiempo a saludarlo: sus labios cayeron sobre los míos al momento y le rodeé la cintura con las piernas.

—No podía esperar más —susurró contra mi boca—. No podía... —Me besó con más intensidad, impidiendo que dijera nada—. ¿Dónde está tu habitación?

Señalé hacia la izquierda y me sostuvo por las nalgas mientras cruzaba el salón. Tan pronto como entramos en mi dormitorio, me soltó encima de la cama. Clavó los ojos en los míos y dejó la cartera en la mesilla de noche.

—Te echaba demasiado de menos, Ari. —Las palabras sonaron roncacas mientras se quitaba la ropa mojada—. Ni te lo imaginas...

—Claro que me lo imagino. —Tragué saliva cuando se puso encima de mí, apretando los labios contra los míos.

—Todavía no he abandonado el hábito de pasar por tu casa de camino a la mía —susurró, soltándome el sujetador—. Y tengo la horrible costumbre de pedir comida para dos aunque esté solo.

Gemí cuando deslizó la lengua por mis pechos.

—Pero... —Succionó con suavidad mis pezones— todo eso vale la pena para que consigas tu sueño. —Me miró—. Después de esto, vamos a tener que discutir nuevos términos para definir esta relación a distancia.

—¿Después de qué? —No respondió. Me puso boca abajo y deslizó las manos por mis nalgas mientras me besaba la columna, susurrándome lo mucho que me había echado de menos y que se moría por estar dentro de mí. Antes de que pudiera cerrar los ojos, me subió el culo y apretó despacio la polla contra mi sexo. Al principio fue suave, y me acarició la piel mientras se hundía centímetro a centímetro en mi interior, retirándose antes de enterrarse por completo. Repitió el movimiento una y otra vez mientras mi cuerpo se amoldaba al suyo, buscando un ritmo conjunto. Me sujetó con firmeza y me penetró sin cesar hasta que no pude reprimir los gemidos.

—Carter... —Me mordí el labio cuando me apresó la coleta con la mano tirando de mí hacia atrás—. Carter...

—¿Sí? —Aceleró los envites—. ¿Sí, Ari?

—Oh, Dios mío...

—¿Sí, Ari? —repitió, mordiéndome el hombro.

Me aferré a las sábanas, tensando todos los músculos. Comenzaron a temblarme las piernas e, inmediatamente, se retiró de mi interior para obligarme a darme la vuelta.

Me puso de espaldas sobre la cama y me penetró una vez más, mirándome directamente.

—No cierres los ojos —me pidió, apoyando la frente en la mía—. Déjame verte.

Asentí, y gemí mientras me besaba.

—Te amo —declaró mientras me sujetaba las caderas—. Te amo más que a nada, Ari.

—Yo... también te amo. —En el momento en que esas palabras abandonaron mi boca, reanudó el frenético ritmo anterior, follándome como si esa fuera la última vez que pudiéramos hacerlo. Le clavé las uñas en la piel para tratar de controlar el tempo, pero fui incapaz. Grité cuando los temblores me hicieron

sacudirme de repente, y grité su nombre con más fuerza que antes. Mantuve los ojos abiertos hasta que alcanzó su propio orgasmo y permanecimos entrelazados mientras los dos nos corríamos de una manera salvaje. Cuando por fin recuperé el aliento, lo volví a mirar a los ojos.

—¿Cuándo compraste el billete?

—Hace dos semanas. —Sonrió antes de rodar a un lado—. Fue una tortura guardarlo en secreto.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar aquí exactamente?

—Solo hoy y mañana. Tengo que regresar el domingo para poder asistir a clase el lunes por la tarde.

—Pero volverás para pasar una semana y media, ¿no?

—Sí. —Me besó en la frente—. Esto ha sido una gratificación porque soy el número uno en la asignatura más difícil.

—Vale. —Le acaricié el pecho—. ¿Qué quieres hacer mañana?

—¿Qué me propones?

—Quizá algo de turismo. —Me encogí de hombros—. Podríamos ir a París, y te enseñaría los sitios típicos: la torre Eiffel, el museo del Louvre, los castillos del Loira...

Me lanzó una mirada muy seria.

—Arizona, llevo un montón de horas en un avión y solo puedo estar contigo un día completo.

—¿Eso significa que no quieres hacer turismo mañana?

—Exacto.

Una sonrisa curvó mis labios lentamente.

—Eso podremos hacerlo cuando vengas dentro de unas semanas.

—De acuerdo... Lo haremos entonces.

—Mientras tanto... —Se rio y me colocó encima de él—. Dime una cosa, ¿de verdad no va a venir Heather esta noche?

PISTA 36

TODAY WAS A FAIRYTALE (4:02)

ARIZONA

Mis dedos estaban entrelazados con los de Carter desde que lo recogí en el aeropuerto la mañana del miércoles. Pensaba que no era posible sentir aquellas mariposas revoloteando en el estómago ni que el corazón me latiera tan rápido ahora que habíamos superado la etapa de «solo amigos», pero en el momento en el que nuestros ojos se encontraron en la terminal, sentí como si estuviera enamorándome de él otra vez.

Tardamos dos días en salir del piso para explorar algo diferente a nuestros cuerpos. Aunque había llovido durante el recorrido que hicimos por las empinadas callejuelas de Montmartre y nos habíamos empapado el día anterior, hoy lucía el sol y podíamos ir a las partes más conocidas de París.

—Hoy no estás siendo una buena anfitriona, Ari —me susurró al oído—. Has estado muy callada por alguna razón que no conozco.

—Lo siento. —Me detuve y señalé un enorme edificio de ladrillo que había a cierta distancia—. ¿Ves eso? ¿El edificio con el reloj de bronce dentro de un marco dorado?

—Sí. ¿Qué le pasa?

—Lo cierto es que no sé lo que es, pero me parece muy bonito, ¿no crees?

—Qué profunda... —Sonrió—. Por favor, cuéntame más.

—No te preocupes, lo haré. —Saqué el móvil del bolsillo—. Voy a buscarlo en Google.

Se rio antes de poner los ojos en blanco.

—Me parece bien, pero quiero ver la torre Eiffel.

—¿Ahora? Si vas a estar aquí toda la semana... —protesté—. Podemos ir en

otro momento, a esta hora suele haber mucha gente. ¿Por qué no visitamos las catacumbas?

—En la torre hay un restaurante en el primer piso, y tenemos una reserva dentro de dos horas, pero también me gustaría ver París desde arriba. —Arqueé las cejas. No me había mencionado que hubiera hecho una reserva para la cena hasta este momento. De hecho, ni siquiera me había dicho que quisiera ver la torre Eiffel. Como si supiera que iba a abrasarlo a preguntas, me puso un dedo en los labios.

—Te lo explicaré cuando estemos allí. —Miró el reloj—. Tenemos que ponernos ya en marcha.

—Supongo que sí...

Cruzamos entre la multitud que había en la plaza, acercándonos a la gigantesca estructura metálica que aparecía en casi todas las postales que había enviado a casa. Después de comprar las entradas, Carter me guio hasta el ascensor. Subimos lentamente, pero se detuvo en el segundo piso.

—Tenemos que coger otro para subir a lo más alto —explicó, indicándome el camino.

—Así que has estado investigando antes del viaje, ¿no? —Sonreí mientras se abrían las puertas del siguiente ascensor—. ¿De verdad tenemos que hacer este recorrido?

—Solo he buscado información sobre la parte más importante. —Apretó el botón para ir a la parte superior.

—Carter, odias las alturas.

—Cierto, pero quería disfrutar una vista aérea de la ciudad al menos una vez, por si no tengo la oportunidad de volver.

Me acerqué más a él cuando empezó a entrar más gente en la cabina, y justo antes de que se cerraran las puertas entraron dos personas que se parecían insólitamente a Josh y Nicole. Sin embargo, me negué a creer que eran ellos; Nicole tenía previsto ir a Luisiana esta semana y Josh no hacía trayectos de más de cuatro horas en avión. Miré a Carter.

—¿Has visto eso?

—¿El qué?

—A los dobles de nuestros amigos —dije cuando el ascensor empezó a moverse—. Te los enseñaré cuando llegemos arriba.

Cuando las puertas se abrieron, la pareja fue a la derecha, y me moví deprisa para que Carter me siguiera. Los vi cerca de una barandilla, pero captó mi atención la persona que se acercaba a mí.

«No puede ser».

Negué con la cabeza y miré la ciudad, el mar de luces centelleantes, para asegurarme de que no veía visiones. Pero cuando la miré de nuevo, aquella persona seguía siendo real. Estaba claro como el día.

—¿Mamá? —Me acerqué a ella—. Mamá, ¿eres tú?

—Sí, lo soy. —Me abrazó—. ¿Estás bien? Pareces asustada.

—¿Me he muerto o algo?

—¿Qué? —Se rio—. ¡Qué tonterías dices!

—Estoy empezando a pensar que me he muerto y estoy atrapada en una realidad alternativa. ¿De verdad te has subido a un avión para venir a verme? ¿No te ha dado un ataque de nervios?

—Lo he conseguido gracias a esto. —Sacó del bolso una caja de Xánax y sonrió—. Hace maravillas.

—Espera, espera, espera... —dije—. ¿Por qué razón has venido sin decírmelo antes? —Imaginé que los dobles de Josh y Nicole eran realmente ellos—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has... venido?

—¿Ari? —La voz de Carter hizo que me volviera hacia él—. Ari... —Me cogió la mano derecha y se puso de rodillas.

Lo miré boquiabierta con un repentino aleteo de mariposas en el estómago.

—Al principio quería esperar a que termináramos los estudios, pero... —Hizo una pausa, sonriente— los dos sabemos que tener paciencia no es lo mío. —Solté una risita tonta—. Incluso he escrito lo que iba a decir, cómo iba a hacerlo y dónde quería que estuviéramos cuando ocurriera —continuó—. Sin embargo, me dejé el papel en casa, y esperar está fuera de consideración, así que intentaré acordarme de todo. —Me empezaron a caer las lágrimas mientras él me acariciaba la mano—. No es necesario que te recuerde que te odié cuando te conocí ni que me sentía realmente feliz cada vez que te hacía llorar en cuarto de primaria, pero lo haré si quieres.

Negué con la cabeza al tiempo que me reía con suavidad mientras la gente nos miraba.

—Bien. —Sonrió—. En algún momento entre odiarnos mutuamente y ahora, te convertiste en mi mejor amiga, mi primera y única amiga, y no comprendí lo que ocurría de verdad hasta el pasado verano, pero en realidad has sido siempre la primera en todo para mí. Fuiste la primera chica que besé, la primera cita en la que me lo pasé realmente bien y la primera mujer de la que me he enamorado. La primera que me enseñó lo que era amar... —dijo—. Todavía eres la única persona con la que quiero hablar veinte veces al día, tanto por carta, correo

electrónico, mensaje de texto o por teléfono, y aún siento que no es suficiente.

—Carter...

—Déjame terminar —dijo, levantándose brevemente para besarme antes de volver a arrodillarse—. He estado enamorado de ti toda mi vida y lo único que lamento es no haberme dado cuenta antes. Te prometo que seguiré estando ahí para ti, para que discutamos hasta los detalles más ridículos de la vida o no. Te enviaré por correo la versión larga y más elocuente de esta propuesta, pero no puedo dejar pasar otro día sin saber tu respuesta.

El corazón se me aceleró cuando lo vi meterse la mano en el bolsillo.

—Y para que conste, sí, soy totalmente consciente de que, en algún momento, vas a querer incluir los próximos años de nuestra vida en una hoja de cálculo —añadió con ironía, leyendo mi mente sin esfuerzo—. Y sí, también sé que me vas a hacer un millón de preguntas esta noche, pero así eres tú... Si me amas y solo puedes imaginar estar conmigo en el futuro, tienes que decírmelo. Necesito oírtelo. —Sacó un anillo con un diamante inmenso—. Arizona Turner, quiero que seas más que la amiga que eres, y quiero pasarme el resto de mi vida amándote. ¿Quieres casarte conmigo?

Asentí moviendo la cabeza mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Tenía la palabra «Sí» en la punta de la lengua, pero no fue eso lo que dije.

—Carter, el primer chico al que besé fue Dawson Meade —le corregí con suavidad—. Y la primera chica a la que besaste tú fue Rachel Ryan.

—No —replicó, sonriendo—. El primer beso te lo di a ti y tú a mí, créeme.

—Nunca te habría besado en quinto, todavía te reías de mis *brackets*.

—El primer beso nos lo dimos el uno al otro, Ari —dijo él—. Pero no lo hemos contado como tal.

—No lo hemos contado así porque no es cierto. No puede ser.

—¿En serio? —intervino Josh, acercándose a nosotros poco a poco—. ¿De verdad os vais a poner a discutir por esa mierda después de haber hecho subir a un avión a vuestras personas más cercanas para que presenciaran este momento? ¿Te está ofreciendo un anillo y empiezas a discutir sobre un maldito recuerdo?

—Cierra el pico, Josh —dijimos a la vez.

—De todas formas... —Carter me acarició la mano, mirándome—, ¿podemos discutirlo después de que me contestes? ¿Vas a casarte conmigo o no?

—Ha sido «Sí» desde que nos conocimos —repuse, secándome las lágrimas—. Sí, y sabes que no era necesario que me lo preguntaras. Nunca te habría dicho que no. Pero si sigues desvirtuando nuestros recuerdos, no me queda más

remedio que preguntarme si no te olvidarás de «nosotros» al final.

—Nunca lo haré. —Se levantó y me puso el anillo en el dedo antes de besarme
—. Pero incluso si lo hiciera, siempre estarás a mi lado para recordármelo.

AGRADECIMIENTOS

Estimados lectores de todos los tiempos:

Quiero agradecerlos con todas mis fuerzas que hayáis leído otra de mis novelas. No soy capaz de deciros lo que significa para mí, y, os haya gustado o no, os adoro por invitarme de nuevo a vuestra estantería.

Os dedico este libro porque sin vosotros no tendría carrera literaria, y prometo que doy las gracias por ello todos los días. Cada puto día.

Lo he escrito porque el cuerpo me pedía algo diferente a lo que acostumbro a publicar, así que lo mantuve en secreto y no se lo conté a nadie hasta que lo terminé. (Aún no sé si fue una buena idea o no... Sin embargo, llegados a este punto, debo detenerme y agradecer a Erik Geners el fantástico trabajo de edición, y a Evelyn Guy por no protestar por pedirle, literalmente, que me metiera en su agenda de corrección en el último momento).

Carter y Arizona me exigieron que contara su historia e interrumpieron de forma constante el resto de mis proyectos con sus notas y correos electrónicos, así que tuve que dedicarme a ellos lo antes posible.

Hasta la próxima.

F.L.Y.

Erin, te quiero siempre.

Whit

P. D.: Millones de gracias a Tamisha Draper, mi mejor amiga, mi «persona», como dicen en *Anatomía de Grey* por:

Obligarme a terminar este libro.

Obligarme a publicarlo.

Darle ese maravilloso título.

Gracias también a Bobbi Jo por dejarlo todo para leerlo antes de la publicación y decirme que todo iba a ir bien. Gracias a Natasha Gentile por ser increíble. Gracias también a Alice Tribue por su brutal sinceridad mientras lo leía y por sostenerme la mano durante mis ataques de nervios y todas las lágrimas interminables, gracias a las increíbles e inspiradas damas llenas de talento de FYW a las que tanto echo de menos (volveré cuando lo publique, —risas—). Gracias a Brooke Cumberland por los mensajes de texto y las divertidas bromas

para los días difíciles. Gracias a Kimberly Brower por ser la mejor agente que se puede pedir, y gracias a los innumerables blogueros y autores que tanto me apoyan. Les estaré eternamente agradecida por ese incondicional y único apoyo.

SINOPSIS DE CARTER Y ARIZONA



SINOPSIS.

Solo amigos.

Solo somos amigos.

No, en serio. Arizona es solo mi mejor amiga...

Arizona Turner y Carter James son amigos inseparables desde los nueve años. Se lo han contado siempre todo el uno al otro y se han apoyado en todas sus «primeras veces». Y, por supuesto, han sido mutuo paño de lágrimas cuando las relaciones que han mantenido con otras personas han fracasado...

Pero a lo largo de los años, a pesar de todo lo que han pensado los demás sobre ellos y su amistad, jamás han traspasado la línea.

Nunca se les ha ocurrido.

Nunca han querido...

Hasta que una noche todo cambió.

Así que quizá ahora...

Solo amigos.

Solo somos amigos.

O eso seguiré diciendo hasta que averigüe si Carter sigue siendo «solo» mi mejor amigo.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

WHITNEY G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas *best seller* incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de The Indie Tea, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su instagram, en twitter... Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia...

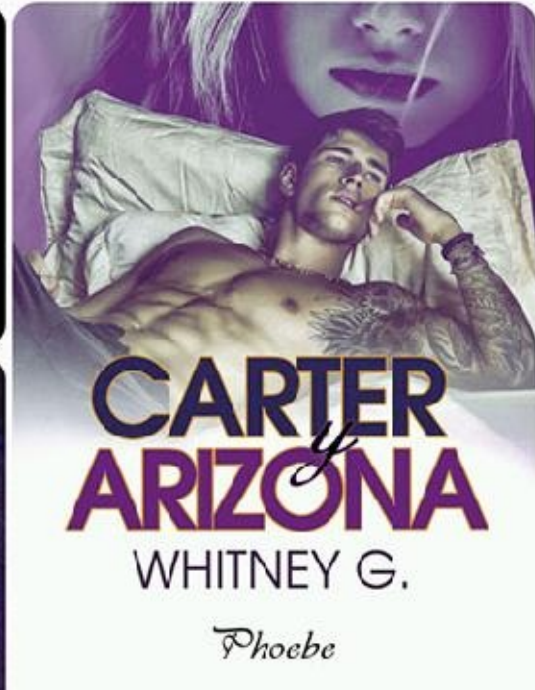
Carter y Arizona es la tercera novela de Whitney que publicamos en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* (2017) y *Turbulencias* (2017).



www.whitneygbooks.com
Twitter: @WhitGracia
Facebook: @AuthorWhitneyG

FANPICS

(FUENTE: TWITTER @PHOEBEROMANTICA)





"Algunas personas entran
en tu vida por una razón,
otras por una temporada
y otras para siempre".

CARTER Y ARIZONA
WHITNEY G



**- ¿Hola? -respondí.
-Miauuuu... -susurró-. Miau... ¡Miau!
-Que te jodan, Ari.**

CARTER Y ARIZONA
WHITNEY G



CARTER *y* ARIZONA

WHITNEY G.

Phoebe

